21

CHUCK PALAHNIUK

Error humano

Lectulandia

DEBOLSILLO

Compendio de crónicas, retratos de estrellas e historias íntimas, *Error humano* nos permite entrever el insólito mundo del autor y nos invita a destapar algunas de las realidades más sórdidas que alimentan sus novelas. Destacan en este universo Palahniuk el capítulo «Combate de cosechadoras», una crónica sobre la América profunda donde se mezclan el absurdo y la aberración, el retrato de un Marilyn Manson que habla sin tapujos de sí mismo a través de una sesión de tarot o la curiosa descripción del rodaje de *El club de la lucha* (adaptación de la novela que llevó a la fama al autor), en la que se habla del potenciador de labios de Brad Pitt.

Chuck Palahniuk es el rey del territorio white-trash, un lugar que todos los seguidores de su obra conocen bien, un lugar que evitamos y que, sin embargo, atrae al tiempo que aterroriza. Como lo definió el escritor Alberto Fuguet: *«Chuck Palahniuk es ver vídeos porno y comer papas fritas en lugar de masturbarse. Es pagar con tu tarjeta Visa y no tener a nadie a quien llamar después. Palahniuk es la voz que eyacula la psiquis del American almost-psycho, del adicto a la adicción, del tipo que no necesita matar porque ya está muerto».*

Lectulandia

Chuck Palahniuk

Error humano

ePUB v1.0
GONZALEZ 07.12.11

más libros en lectulandia.com

Título original: *Stranger Than Fiction: True Stories*
© 2004, Chuck Palahniuk
Publicación: Nuevas Ediciones de Bolsillo
Javier Calvo Perales, por la traducción
Fecha Edición: 09/2006

ISBN 13: 978-84-8346-127-3
ISBN 10: 84-8346-127-7

Para Mick y Chick y Chimp

Introducción: realidad o ficción

(Fact and Fiction: An Introduction)

Por si no os habéis dado cuenta, todos mis libros tratan de una persona solitaria que busca alguna forma de conectar con los demás.

En cierta forma, es lo contrario del sueño americano: hacerse uno tan rico que pueda elevarse por encima de la chusma, de toda esa gente que va por la autopista o, peor todavía, que va en autobús. No, el sueño es una casa grande y solitaria en alguna parte. Con un ático de lujo, como la de Howard Hughes. O un castillo en lo alto de una colina, como el de William Randolph Hearst. Un nido encantador y aislado donde uno pueda invitar solamente a la chusma que le cae bien. Un entorno que uno pueda controlar, libre de conflictos y de dolor. Donde uno reine.

Sea un rancho en Montana o un apartamento en un sótano con diez mil DVD y acceso a internet de alta velocidad, nunca falla. Vamos allí y conseguimos estar solos. Y solitarios.

Cuando llegamos a un límite de tristeza —como el narrador de *El club de la lucha* en su apartamento, o la narradora de *Monstruos invisibles* aislada por su cara bonita — destruimos nuestro nido encantador y nos obligamos a regresar al mundo exterior. En muchos sentidos, es así como se escribe una novela. Primero planeas e investigas. Pasas tiempo a solas, construyendo un mundo encantador donde puedas tenerlo absolutamente todo bajo control. Dejas que suene el teléfono. Que se acumulen los e-mails. Permaneces en el mundo de tu historia hasta que lo destruyes. Entonces regresas para estar con el resto de la gente.

Si el mundo de tu historia se vende lo bastante, te envían de gira promocional. Das entrevistas. Ahora sí que estás con gente. Con un montón de gente. Más y más gente, hasta que estás harto de verdad. Hasta que te mueres de ganas por escaparte y perderte en...

En el encantador mundo de otra historia.

Y así es como funciona. Solo. Con gente. Solo. Con gente.

Lo más probable es que, si estáis leyendo esto, conozcáis el ciclo. Leer un libro no es una actividad colectiva. No es como ir al cine o a un concierto. Es el extremo solitario del espectro.

Todas las historias de este libro tratan sobre estar con otra gente. Sobre mí en compañía de otra gente. O sobre gente que está reunida.

En el caso de los constructores de castillos, se trata de levantar un emblema de piedra tan magnífico que atraiga a gente con el mismo sueño.

En el caso de los participantes en combates de cosechadoras, se trata de encontrar

una forma de juntarse, una estructura social provista de normas y metas y roles que la gente puede cumplir mientras reconstruyen su comunidad mediante la destrucción de maquinaria agrícola.

En el caso de Marilyn Manson, se trata de un chico del Medio Oeste que no sabe nadar y que de pronto se muda a Florida, donde la vida social se vive en el océano. Y ese chico sigue intentando conectar con la gente.

Se trata en todos los casos de historias reales y ensayos que escribí entre novelas. Mi propio ciclo va así: Realidad. Ficción. Realidad. Ficción.

El único inconveniente de escribir es que estás solo. La fase de la escritura. La fase de la buhardilla solitaria. En la imaginación de la gente, eso es lo que distingue a un escritor de un periodista. El periodista, el reportero, siempre anda con prisas, de caza, reuniéndose con gente y recogiendo datos. Preparando una historia. El periodista escribe en compañía de otra gente y siempre con plazos de entrega. Rodeado de gente y con prisas. Es una actividad emocionante y divertida.

El periodista escribe para conectar a la gente con el mundo exterior. Es un conducto.

Pero un escritor *escritor* es distinto. Alguien que escribe ficción es alguien —o eso imagina la gente— que está solo. Tal vez porque la ficción parece conectarlo a uno solamente con la voz de otro individuo. Tal vez porque leer es algo que hacemos a solas. Es un pasatiempo que parece separarnos de los demás.

El periodista investiga una historia. El novelista se la imagina.

Lo gracioso es que os sorprendería la cantidad de tiempo que el novelista tiene que pasar con gente a fin de crear esa voz individual y solitaria. Ese mundo en apariencia aislado.

Es difícil llamar «ficción» a alguna de mis novelas.

Si me dedico a escribir es sobre todo porque una vez a la semana la escritura me servía para reunirme con otra gente. Eso fue en un taller que impartía un autor publicado —Tom Spanbauer— en la cocina de su casa los jueves por la noche. Por entonces, la mayoría de mis amistades se basaban en la proximidad: eran vecinos o compañeros de trabajo. Esa gente a la que uno conoce porque, bueno, le toca sentarse con ellos todos los días.

La persona más graciosa que conozco, Ina Gebert, llama a sus colegas del trabajo «compañeros de aire».

El problema de las amistades basadas en la proximidad es que acaban por marcharse. Se despiden o los despiden.

No fue hasta participar en el taller de escritura cuando descubrí la idea de las amistades basadas en una pasión compartida. La escritura. O el teatro. O la música. Alguna visión común. Una búsqueda similar que te hiciera reunirte con otra gente que apreciara aquel talento vago e intangible que tú apreciabas también. Se trata de

amistades que sobreviven a los trabajos y a los desahucios. Aquel festival de cháchara fijo y regular de los jueves por la noche fue el único incentivo que me hizo escribir durante los años en que escribir no daba ni para pipas. Tom y Suzy y Monica y Steven y Bill y Cory y Rick. Nos peleábamos y nos elogiábamos entre nosotros. Y con aquello bastaba.

Mi teoría favorita sobre el éxito de *El club de la lucha* es que la historia presentaba una estructura para que la gente se reuniera. La gente quiere formas nuevas de conectar. Mirad si no libros como *Coser y cantar* de Whitney Otto, *Clan ya-yá* de Rebecca Wells y *El club de la buena estrella* de Amy Tan. Son todos libros que presentan una estructura —hacer una colcha o jugar al mahjong— que permite a la gente reunirse e intercambiar historias. Todos esos libros consisten en relatos breves unidos por una actividad común. Por supuesto, se trata en todos los casos de historias de mujeres. No vemos muchos modelos nuevos para la interacción social masculina. Está el deporte. Y construir graneros. Y ya está.

Y ahora hay clubes de lucha. Para bien o para mal.

Antes de escribir *El club de la lucha* yo trabajaba como voluntario en una residencia benéfica para enfermos terminales. Mi trabajo consistía en llevar a gente en coche a citas y reuniones de grupos de apoyo. Allí me sentaba con otra gente en el sótano de una iglesia para comparar síntomas y hacer ejercicios New Age. Aquellas reuniones resultaban incómodas porque no importaba lo mucho que yo intentara esconderme, la gente siempre daba por sentado que yo tenía la misma enfermedad que ellos. Así que empecé a contarme a mí mismo la historia de un tipo que iba a las reuniones de grupos de apoyo para enfermos terminales para tolerar mejor la falta de sentido de su vida.

En muchos aspectos, todos esos lugares —los grupos de apoyo, los grupos de rehabilitación en doce pasos, los combates de vehículos agrícolas— vienen a cumplir las funciones que antes desempeñaba la religión organizada. Antes íbamos a la iglesia para revelar los peores aspectos de nosotros mismos, nuestros pecados. Para contar nuestras historias. Para que nos reconocieran. Para que nos perdonaran. Y para que nos redimieran y nos aceptaran de vuelta en nuestra comunidad. Aquel ritual era nuestra forma de seguir conectados con la gente y de resolver nuestra ansiedad antes de que esta pudiera llevarnos tan lejos de la humanidad que acabáramos perdidos.

En aquellos lugares encontré las historias más verdaderas. En los grupos de apoyo. En los hospitales. En los sitios donde a la gente no le quedaba nada que perder era donde se contaban las verdades más grandes.

Mientras escribía *Monstruos invisibles* me dediqué a llamar a números de línea erótica y pedir a la gente que me contaran sus historias más obscenas. Uno puede simplemente llamar y decir: «¡Hola a todos, estoy buscando historias de incesto verdaderamente guarras entre hermanos y hermanas, contadme la vuestra!». O bien:

«¡Contadme vuestra fantasía de travestismo más sucia y guarra!». Y después pasarse horas tomando apuntes. Como no hay más que sonido, es como un programa de radio impúdico. Hay personas que son actores terribles, pero hay otras que te rompen el corazón.

En una de aquellas llamadas, un chico me contó que un policía lo había chantajeado amenazándolo con acusar a sus padres de abusos y abandono si no se acostaba con él. El policía le contagió al chico la gonorrea y los padres a los que estaba intentando salvar... lo echaron de casa. Mientras me estaba contando la historia, cerca del final, el chico se echó a llorar. Si estaba mintiendo, fue una actuación magnífica. Una diminuta pieza de teatro entre dos personas. Aunque no fuera más que una historia, era una historia estupenda.

Así que la usé en el libro.

El mundo está hecho de gente que cuenta historias. Mirad la Bolsa. Mirad la moda. Y cualquier historia larga, cualquier novela, no es más que una combinación de historias cortas.

Mientras hacía investigación para mi cuarto libro, *Asfixia*, asistí a sesiones de terapia oral para adictos al sexo dos veces por semana durante seis meses. Los miércoles y los viernes por la noche.

En muchos aspectos, aquellas charlas no eran muy distintas del taller de escritura al que yo asistía los jueves por la noche. Los dos grupos consistían en gente que contaba sus historias. Puede que a los adictos al sexo les importara menos la «técnica», pero aun así contaban sus historias de sexo anónimo en el cuarto de baño y de prostitutas con la suficiente pericia como para obtener una reacción positiva de su público. Mucha de aquella gente llevaba tantos años hablando en reuniones que al escucharlos uno oía soliloquios geniales. Actores brillantes que se interpretaban a sí mismos o a sí mismas. Monólogos que daban fe de su instinto para revelar lentamente la información clave, para crear tensión dramática, para establecer desenlaces y para captar por completo al oyente.

Para *Asfixia*, también hice de voluntario con pacientes de Alzheimer. Mi tarea consistía simplemente en hacerles preguntas sobre las fotografías viejas que cada paciente guardaba en una caja en su armario para intentar despertar sus recuerdos. Era un trabajo que las enfermeras no tenían tiempo de hacer. Y, una vez más, lo importante era contar historias. Una subtrama de *Asfixia* se fue creando a medida que, día tras día, los pacientes miraban las mismas fotografías y contaban historias distintas sobre ellas. Un día, la hermosa mujer en topless era su esposa. Al día siguiente, era una mujer a la que habían conocido en México mientras estaban en la Marina. Al día siguiente, era una vieja amiga del trabajo. Lo que me impresionaba era que... tenían que inventarse una historia para explicar quién era la mujer. Aunque se hubieran olvidado, nunca lo admitirían. Una historia incorrecta pero bien contada

siempre era mejor que admitir que no conocían a aquella persona.

Las líneas eróticas, los grupos de apoyo para enfermos, los grupos de doce pasos, son todos escuelas que te enseñan a contar una historia de forma efectiva. En voz alta. A la gente. No solamente a buscar ideas sino también a interpretar la historia en público.

Vivimos nuestras vidas basándonos en historias. Historias sobre ser irlandés o ser negro. Sobre trabajar duro o inyectarse heroína. Ser hombre o mujer. Y nos pasamos la vida buscando pruebas —datos y testimonios— que apoyen nuestras historias. Como escritor, uno reconoce esa parte de la naturaleza humana. Cada vez que uno crea un personaje, ve el mundo con los ojos de ese personaje y busca los detalles que hacen que esa realidad sea la única realidad verdadera.

Como el jurista que defiende un caso en el tribunal, uno se convierte en el abogado que intenta que el lector acepte la verdad de la visión del mundo de su personaje. Uno quiere darle al lector un respiro de su vida. De la historia de su vida.

Así es como creo un personaje. Tiendo a darle a cada personaje una educación y un conjunto de habilidades que limiten su visión del mundo. Una mujer de la limpieza ve el mundo como una serie interminable de manchas que quitar. Una modelo ve el mundo como una serie de competidoras por la atención del público. Un estudiante fracasado de medicina no ve nada más que los lunares y los temblores que pueden ser las señales tempranas de una enfermedad terminal.

Durante el mismo período en que empecé a escribir, mis amigos y yo empezamos una tradición semanal llamada «noche de juegos». Cada domingo por la tarde nos reuníamos para jugar a los típicos juegos de fiesta, como la charada. Había noches en que nunca empezábamos a jugar. Lo único que nos hacía falta era una excusa, y a veces una estructura, para reunimos. Si yo estaba atascado con mi escritura, hacía lo que más adelante llamaría «sembrar en el grupo». Sacaba un tema de conversación, tal vez contaba alguna breve anécdota graciosa e incitaba a la gente a que me contara sus propias versiones.

Mientras escribía *Superviviente,* saqué el tema de los trucos de limpieza y la gente se pasó horas dándome consejos. En *Asfixia* fueron los anuncios en clave de los servicios de seguridad. En *Diario* conté historias sobre lo que me había encontrado, o bien sobre lo que yo había dejado, sellado entre las paredes de las casas en las que había trabajado. Mis amigos escuchaban mi puñado de historias y me contaban las suyas. Y sus invitados contaban las de ellos. Y en una sola noche ya tuve bastantes para un libro.

De esta forma, incluso el acto solitario de la escritura se convierte en excusa para estar con gente. Y, a su vez, la gente alimenta la narración.

A solas. Con gente. Realidad. Ficción. Es un ciclo.

Comedia. Tragedia. Luz. Oscuridad. Se definen entre ellos.

Y funciona, pero solo si uno no se queda demasiado tiempo varado en uno de los dos lados.

GENTE REUNIDA

(People Together)

Festival del Testículo

(Testy Festy)

Una atractiva rubia se echa el sombrero de cowboy hacia atrás sobre la cabeza. Es para poder meterse en la boca toda la polla de un cowboy sin clavarle en el vientre el ala del sombrero. Esto tiene lugar sobre la tarima de un bar abarrotado. Ambos están desnudos y embadurnados de pudin de chocolate y nata montada. Se trata de lo que llaman el «Concurso Mixto de Pintura Corporal». El escenario está cubierto de una alfombra roja. Las luces son fluorescentes. El público corea: «¡Que la chupe! ¡Que la chupe!».

El cowboy rocía la raja del culo de la rubia de nata montada y se pone a comérsela. La rubia lo masturba con la mano llena de pudin de chocolate. Otra pareja sube al escenario y el hombre lame el pudin que ella tiene sobre el coño afeitado. Una chica con una cola de caballo castaña y un top sin espalda le chupa la polla sin circuncidar a un chaval.

Y todo esto mientras el público canta «You’ve Lost That Loving Feeling».

Cuando la chica se está yendo del escenario, una de sus amigas grita:

—¡Se la has chupado, mala puta!

El local está abarrotado, la gente fuma puros, bebe cerveza Rainier, bebe Schmidt’s y Miller, y come gónadas de toro rebozadas y bañadas en salsa ranchera. Huele a sudor, y cuando alguien se tira un pedo, el pudin de chocolate deja de parecer pudin.

Es el Festival del Testículo del Rock Creek Lodge, que acaba de empezar.

Estamos a unos veinticinco kilómetros al sur de Missoula (Montana), donde este mismo fin de semana se han reunido drag queens de una docena de estados para coronar a su emperatriz. Por esa razón han venido al pueblo cientos de cristianos: para sentarse en sus sillas de jardín en algún rincón tranquilo y señalar a las drag queens que se pavonean en minifalda y a los quince mil moteros vestidos de cuero que rugen por la ciudad montados en sus choppers. Los cristianos señalan y gritan:

—¡Demonio! ¡Te veo, demonio! ¡No te puedes esconder!

Durante un solo fin de semana, el primero de septiembre, Missoula es el centro del puñetero universo.

En el Rock Creek Lodge, la gente se pasa el fin de semana subiendo la «Escalera al cielo», o sea, el escenario al aire libre, para hacer, bueno... ya saben.

A un tiro de piedra al este, los camiones que circulan por la interestatal 90 hacen sonar las bocinas mientras las chicas del escenario pasan la pierna por encima de la barandilla y menean vigorosamente los coños afeitados. A medio tiro de piedra al

oeste, los trenes de carga de la Burlington Northern aminoran la marcha para ver mejor al tiempo que hacen sonar las sirenas.

—Monté un escenario con trece escalones —dice el fundador del festival, Rod Jackson—. Siempre se puede usar como patíbulo.

Salvo por el hecho de que está pintado de rojo, el escenario parece un patíbulo.

Durante el concurso femenino de camisetas mojadas, y con el escenario rodeado de moteros, universitarios, yuppies, camioneros, cowboys flacos y palurdos, una rubia con unos tacones altos que repiquetean con un ruido metálico pasa una pierna por encima de la barandilla del escenario y flexiona la otra para que el público pueda extender el brazo y meterle los dedos.

El público corea:

—¡Chooocho! ¡Chooocho! ¡Chooocho!

Una rubia con el pelo corto y un piercing en los labios vaginales agarra la manguera del organizador del concurso de camisetas mojadas. Se da una ducha vaginal con la manguera y luego se agacha en el borde del escenario para rociar al público.

Dos morenas se chupan las tetas mutuamente y se dan un beso con lengua. Otra mujer sube a un pastor alemán al escenario. Se reclina hacia atrás y mueve enérgicamente las caderas al tiempo que sujeta el hocico del perro entre las piernas.

Una pareja vestida de exploradores se sube al escenario y se desnuda. Copulan en un montón de posturas distintas mientras el público corea:

—¡Fóllatela! ¡ Fóllatela! ¡ Fóllatela!

Una universitaria rubia apoya los dos pies en la barandilla del escenario y baja lentamente su coño afeitado hasta la cara sonriente del organizador del concurso, Gary el Manguera, mientras el público canta «London Bridge is Falling Down».

En la tienda de souvenirs, gente desnuda y quemada por el sol hace cola para comprar camisetas (11,95 dólares). Hombres con tangas negros del Festival del Testículo (5,95 dólares) compran consoladores hechos a mano llamados «Taladradores de Montana» (15 dólares). En el escenario al aire libre, bajo el poderoso sol de Montana, mientras los coches hacen sonar la bocina y los trenes hacen sonar la sirena, un Taladrador desaparece dentro de una mujer desnuda.

La cola de compradores de recuerdos pasa junto a un barril lleno de bastones, cada uno de un metro de largo, de color marrón cuero y de tacto pegajoso. Una mujer corpulenta que hace cola para comprar una camiseta dice:

—Son pichas secas de toro.

Y me cuenta que los penes se pueden conseguir en carnicerías o en mataderos y que luego se tensan y se desecan. El acabado es como el de los muebles, se lijan y se les da varias capas de barniz.

Un hombre desnudo que está en la cola detrás de ella, con todo el cuerpo igual de

marrón y correoso que los bastones, le pregunta a la mujer si alguna vez ha fabricado uno.

La mujer corpulenta se ruboriza y dice:

—Qué vaaa... Me daría vergüenza pedirle una picha de toro al carnicero.

Y el hombre correoso dice:

—Probablemente el carnicero pensaría que es para usarla tú.

Y todo el mundo en la cola, incluida la mujer, se ríe y se ríe sin parar.

Cada vez que una de las mujeres del escenario se pone en cuclillas se eleva un bosque de brazos, cada uno de ellos sosteniendo una cámara desechable de color naranja, y el chasquido simultáneo de los obturadores recuerda el canto de los grillos.

Aquí una cámara desechable cuesta 15,99 dólares.

Durante el «Concurso Masculino de Torso Desnudo», el público corea: «¡Polla y huevos! ¡Polla y huevos!», mientras los moteros borrachos y los cowboys y los estudiantes de la Universidad Estatal de Montana hacen cola para desnudarse en el escenario y balancear sus partes delante de la multitud. Un sosias de Brad Pitt menea vigorosamente su erección. Una mujer le mete la mano entre las piernas desde detrás y lo masturba hasta que él se gira de golpe y le da un porrazo en la cara con la polla tiesa.

La mujer lo agarra y se lo lleva del escenario.

Los viejos se sientan encima de troncos, beben cerveza y tiran piedras a los retretes portátiles de fibra de vidrio donde hacen pis las mujeres. Los hombres mean en cualquier parte.

A estas alturas el aparcamiento está pavimentado de latas de cerveza aplastadas.

Dentro del Rock Creek Lodge, las mujeres se agachan debajo de una estatua de tamaño natural de un toro y le besan el escroto para que les dé buena suerte.

En un camino de tierra que limita un extremo de la propiedad, varias motos participan en un concurso de «Muerdepelotas». Mientras los hombres conducen a toda velocidad, las mujeres, sentadas en la parte trasera de las motos, intentan arrancar de un bocado un testículo colgante del toro.

Lejos del grueso del público, una estela de hombres conduce al campamento de caravanas y tiendas, donde dos mujeres se están vistiendo. Las dos se describen a sí mismas como «dos chicas normales y corrientes de White Fish, con trabajos normales y todo eso».

Una dice:

—¿Has oído ese aplauso? Hemos ganado. Está claro que hemos ganado.

Un joven borracho les dice:

—¿Y qué habéis ganado?

Y la chica dice:

—No hay premio ni nada de eso, pero está claro que hemos ganado.

De donde viene la carne

(Where Meat Comes From)

Uno tarda un par de horas en darse cuenta de qué le pasa a todo el mundo.

Son las orejas. Parece que uno haya aterrizado en un planeta donde casi todo el mundo tiene las orejas rotas y aplastadas, derretidas y encogidas. No es lo primero que salta a la vista de esta gente, pero cuando uno se fija, ya no ve nada más.

—Para la mayoría de los luchadores, las orejas deformadas son como tatuajes —dice Justin Petersen—. Son como signos de estatus. Es algo que en la comunidad se contempla con orgullo. Quiere decir que uno le ha dedicado tiempo.

—Te pasa cuando vienes aquí y peleas y te manosean todo el tiempo las orejas —dice William R. Groves—. Lo que sucede es que de tanto manosearlas y manosearlas, de la abrasión, el cartílago se separa de la piel y, al separarse así, la oreja se llena de sangre y fluidos. Al cabo de un tiempo se vacía, pero el calcio solidifica sobre el cartílago. Muchos luchadores lo ven como una especie de emblema de la lucha, un emblema necesario de la lucha.

Sean Harrington dice:

—Es como una estalactita o algo así. La sangre se filtra lentamente en la oreja y se apelmaza. Luego se hace otra herida y un poco más de sangre se filtra y se apelmaza, y poco a poco la oreja va quedando irreconocible. Hay tipos que lo ven así, está claro, como un emblema de valor, un emblema de honor.

—Yo creo que sí es un emblema de honor —dice Sara Levin—. Así se reconoce a los luchadores. Es otra de esas cosas que hacen que una persona sea tu igual. Y es un vínculo. Es parte del curro. Las orejas. Es parte del juego. Es la naturaleza del deporte, como cicatrices, como heridas de guerra.

Petersen dice:

—Yo tenía un compañero de equipo que antes de irse a la cama se sentaba y se pasaba diez minutos dándose puñetazos en las orejas. Se moría de ganas por tener orejas deformes.

—Yo me las he vaciado un montón de veces —dice Joe Calavitta—. Tengo jeringuillas y, cuando se me hinchan, me dedico a vaciarlas. Y es que se llenan, se llenan de sangre. Y mientras las vayas vaciando antes de que la sangre se endurezca, se puede ir evitando, más o menos. Te lo puede hacer un médico, pero entonces tienes que ir todo el tiempo a la consulta, así que es mejor conseguir las jeringuillas y hacerlo uno mismo.

Petersen, Groves, Harrington y Calavitta practican la lucha amateur.

Levin es la coordinadora de eventos masculinos de lucha americana, el organismo del gobierno central para la lucha amateur.

Lo que tiene lugar en esta página no es lucha, es escritura. En el mejor de los casos, se trata de una postal enviada durante un fin de semana caluroso y seco en Waterloo (Iowa). De donde viene la carne. De los Preolímpicos de la Región Norte, el primer paso, donde por veinte dólares cualquier hombre puede competir por una oportunidad de entrar en el equipo olímpico americano de lucha.

El torneo nacional ya ha terminado, igual que los demás torneos regionales, así que esta es la última oportunidad de clasificarse para las finales.

Algunos de estos hombres han venido para luchar contra otros luchadores universitarios ahora que la temporada regular ha terminado.

Para algunos de estos hombres, cuyas edades oscilan entre los diecisiete y los cuarenta y uno, esta va a ser la última oportunidad de conseguir una plaza para los Juegos Olímpicos. Como dice Levin:

—Aquí verás el final de un montón de carreras.

Aquí todo el mundo te habla de la lucha amateur.

Es el deporte por excelencia, te dicen. El más antiguo. El más puro. El más duro.

Es un deporte al que hombres y mujeres atacan por igual.

Es un deporte que está muriendo.

Es una secta. Es un club. Es una droga. Es una fraternidad. Una familia.

Para toda esta gente, la lucha amateur es un deporte incomprendido.

—En el atletismo, uno corre de aquí hasta allí. En el baloncesto, uno mete la pelota por el aro —dice el tricampeón mundial Kevin Jackson—. La lucha tiene dos estilos distintos, además de los estilos tradicional y universitario, lo que conlleva tantas reglas que el público general no puede seguirlo.

—No hay animadoras correteando, no cae confeti del techo y Jack Nicholson no está en la tribuna —dice el antiguo luchador universitario y miembro del equipo del ejército Butch Wingett—. Lo que te encuentras es un montón de tipos canosos que pueden ser granjeros o gente a la que han despedido de la planta de John Deere.

—Creo que los luchadores somos unos incomprendidos —dice Lee Pritts, que practica la lucha libre en la categoría de cincuenta y cuatro kilos—. En realidad es un deporte elegante. Y muchas veces se considera brutal. La lucha tiene una propaganda muy negativa.

—Ahora mismo, la gente no entiende el deporte —dice Jackson—. Y si uno no entiende algo o no sabe quién compite, no le presta atención.

—La gente no le da a este deporte el respeto que se merece porque piensan: «Bah, son dos tíos rodando por el suelo», y creo que se equivocan —dice el luchador Tyrone Davis, tres veces campeón de la Asociación Nacional de Deportistas Universitarios, que practica la lucha grecorromana en la categoría de ciento treinta

kilos—. Es más que dos tíos rodando por el suelo. Básicamente la lucha es como la vida. Hay que tomar muchas decisiones. La colchoneta es tu vida.

Cuando uno vuela a Waterloo (Iowa), la ciudad resulta ser idéntica al mapa que aparece en su página web, plana y atravesada por autopistas. En el Young Arena, cerca del centro vacío y reseco de la ciudad, y durante todo el día previo a los pesajes, entran luchadores de vez en cuando para preguntar si hay una sauna en la ciudad. ¿Dónde está la báscula? El Young Arena es donde los ancianos van entre semana para caminar vueltas y más vueltas por la pista cubierta y con aire acondicionado.

Durante un combate de diecisiete minutos, los luchadores pierden hasta medio kilo por minuto. Se cuentan historias de entrenamientos como la de uno que se puso a correr pasillo arriba y abajo en un vuelo de línea, pese a las protestas de la tripulación. Acto seguido empezó a hacer flexiones de brazos en la zona de servicio del avión. Un viejo truco para luchadores de instituto es pedir permiso para ir al baño durante todas las clases para ponerse a hacer flexiones de brazos colgado del borde superior de las paredes de los retretes, dejando que la parte afilada del borde te haga callos en las manos. O la historia de otro que se dedicaba a correr por las tribunas de las pistas de baloncesto en pleno partido, pasando por entre los fans furiosos, a fin de alcanzar el peso requerido al día siguiente.

En 1998, dice Wingett, tres luchadores universitarios murieron por deshidratación al intentar bajar de peso con suplementos de creatina.

—No creo que exista ningún deporte con unos entrenamientos tan duros o agotadores —dice Kevin Jackson—. Pasar por ello es una buena cura de humildad. Primero te machacan en la sala de entrenamiento. Y luego te agotas corriendo por la pista o subiendo a la carrera las escaleras del estadio.

Wingett me habla de largas carreras en pleno verano donde tres luchadores se turnan: dos persiguen a una camioneta que el tercero conduce con las ventanillas cerradas y la calefacción encendida.

—Se acaba adoptando un sistema —dice Justin Petersen, que a los diecisiete años ha visto cómo le rompían la nariz más de quince veces—. Piensas: puedo beberme este cartón de leche, puedo comerme ese bagel y para esta hora del día ya lo habré sudado, después podré beberme ese sorbo de agua sin pasarme del peso. Aprendes a calcularlo exactamente.

Lee Pritts y Mark Strickland, luchador de estilo libre en la categoría de setenta y seis kilos que lleva «Strick» tatuado en el brazo, se han traído a la ciudad sus bicicletas estáticas y están sudando su peso en la habitación 232 del Hartland Inn. Un tercer amigo, Nick Feldman, ha venido para darles apoyo moral y masajes cuando sus cuerpos se quedan tan deshidratados que empiezan los calambres musculares.

Feldman, antiguo luchador universitario que ha venido desde Mitchell, Dakota del Sur, dice:

—La lucha es como un club en el que cuando entras ya no puedes salir.

—Los demás deportistas de la universidad, los jugadores de baloncesto y los jugadores de fútbol americano, dicen que «la lucha no es tan dura», pero se apuntan al equipo y no duran más de una semana —comenta Sean Harrington, que se ha pasado los últimos seis meses entrenando en Colorado Springs para poder competir en lucha libre en la categoría de setenta y seis kilos.

Dice:

—Siempre nos enorgullecemos del hecho de que trabajamos más duro que nadie y no tenemos ninguna clase de reconocimiento. O sea, aquí no hay fans. La mayoría del público son padres y madres. No es un deporte popular.

—Cuando iba a la universidad lloraba mucho porque era muy duro y nunca se me dio muy bien —dice Ken Bigley, de veinticuatro años, que empezó a luchar en primer curso y ahora es entrenador en la Universidad Estatal de Ohio—. Me preguntaba muchas veces por qué lo hacía. Una analogía que suelo usar es que es como una droga. Uno se vuelve adicto. A veces te das cuenta, te das cuenta de que no es bueno para ti, sobre todo emocionalmente, de que es una de esas prácticas demasiado duras o de esas competiciones negativas, pero sigues viniendo. Si no lo necesitara no estaría aquí. No se gana dinero. No se obtiene ninguna gloria. Supongo que lo único que se persigue es la excitación.

Sean Harrington dice:

—Llevo tanto tiempo en esto que no me acuerdo de cómo era el dolor antes de dedicarme a la lucha.

Dice Lee Pritts, de veintiséis años, entrenador en la Universidad de Missouri:

—Es raro. Te metes en la ducha después de un torneo y sueles tener la cara tan vapuleada de luchar todo el día que cuando el agua te toca te escuece. Y sin embargo, si te tomas una semana de descanso lo echas de menos. Echas de menos el dolor. Después de una semana de descanso ya tienes ganas de volver porque echas de menos el dolor.

El dolor es tal vez una de las razones por las que la tribuna está casi vacía.

La lucha amateur no es fácil de ver. Tal vez sea la versión en carne y sangre de un combate de cosechadoras.

Durante el primer minuto de su primer combate, las Navidades pasadas, Sean Harrington se rompió la muñeca.

Las lesiones de Keith Wilson incluyen el hombro, el codo, la rodilla, el tobillo derecho y una hernia discal entre las vértebras C5 y C6. Siete operaciones en total.

En su casa, en un frasco de formol, el luchador juvenil Mike Engelmann de Spencer (Iowa), guarda una astilla traslúcida de cartílago que los cirujanos le sacaron del menisco. Es su amuleto de la buena suerte. Lo han operado nueve veces.

Hablando de su nariz, Ken Bigley dice:

—A veces apunta a la izquierda y a veces a la derecha.

Un médico con una camiseta naranja en la que puede leerse «Centro de Lesiones Deportivas» dice:

—La tiña es increíblemente común entre estos tipos.

Una de las normas más antiguas, dice, es que los luchadores tienen que arrodillarse y limpiar su propia sangre con un espray de lejía.

—Sus abuelos no paran de decir todo el tiempo que «es una locura» —dice el ingeniero de software David Rodrigues, que ha venido con su hijo de diecisiete años Chris, cuatro veces campeón del estado de Georgia y quinto del mundo en los Juegos Juveniles celebrados el año pasado en Moscú.

»Ha tenido lesiones —dice, y las enumera—. Elongación de rodilla, elongación de codo, un ligero desgarro en un músculo de la espalda, se ha roto una mano, un dedo de la mano y un dedo del pie y se ha hecho un esguince en la rodilla, pero hemos visto cosas peores. Hemos visto cómo se llevaban a chavales en camilla. Fracturas de clavícula, brazos rotos, piernas rotas y cuellos rotos. ¡Dios nos libre! En Georgia teníamos a un chico que se rompió el cuello. Esa es la clase de heridas que uno reza para que nunca pasen, pero al mismo tiempo todos entendemos que es la naturaleza del deporte.

—Y el diente que se me rompió —dice su hijo Chris.

Y David Rodrigues dice:

—Se le rompió un diente y se le quedó en la cabeza del otro chico, clavado en su cabeza.

Sobre la madre de Chris, David Rodrigues dice:

—Mi mujer solamente va a un par de torneos al año. Va a los estatales y luego a los nacionales, pero no quiere ir a muchos porque le dan miedo las lesiones. No quiere estar presente cuando se haga daño.

A Chris ya le han pegado los incisivos.

Dentro de unos días, Chris Rodrigues se romperá la mandíbula en las eliminatorias del equipo mundial juvenil.

Justin Petersen dice:

—Hay una foto de mí después del torneo estatal del año en que yo iba a segundo curso. Acababa de darme de bruces contra la rodilla de un tío, de manera que tenía un lado de la cara todo hinchado, y el otro lado estaba raspado por la colchoneta. Muy desagradable. Te sale una costra y la costra se rompe cada vez que mueves los músculos faciales. Y me había vuelto a romper la nariz, así que tenía una bola de algodón metida en los orificios nasales. Y me había hecho otro esguince en el hombro, así que tenía una bolsa enorme de hielo encima. Acababa de terminar mi último combate y alguien me sacó una foto.

Timothy O’Rourke, que hoy lucha por primera vez después de diecinueve años,

ha venido sin su mujer.

—No quiere ver cómo me hago daño —dice—. Rodando por el suelo con esos tiparracos... Tiene miedo de ver cómo me hacen daño, así que se ha quedado en el hotel.

En el caso del luchador de grecorromana Phil Lanzatella, fue su mujer la primera que detectó su lesión y le salvó la vida.

—Yo me marchaba a Suecia y Noruega y mi mujer me abrazaba y tenía su cabeza contra mi pecho —dice—. Yo acababa de volver del Centro de Entrenamiento Olímpico. Y ella, que mide poco más de metro cincuenta, me dijo: «El corazón te hace un ruido raro. Mejor será que te lo hagas mirar». Así que fui a urgencias.

Tenía desgarrada una válvula cardíaca.

Lanzatella dice:

—En resumidas cuentas, fui a urgencias el domingo por la noche y el martes de la semana siguiente me comunicaron que necesitaba una operación inmediata a corazón abierto. Lo único que pudieron aventurar fue que era culpa de la lucha libre. Uno de los mejores cirujanos del mundo, el que me operó, me dijo que en toda su carrera solo había visto una lesión como la mía. Me dijeron que lo más parecido a un desgarro de válvula es darse de cabeza contra el volante de un coche a cien kilómetros por hora.

La válvula cardíaca estaba desgarrada por tres sitios, en forma de V, con otro desgarro horizontal hacia el punto medio de la V, y eso obligaba al corazón de Lanzatella a bombear cinco veces más deprisa de lo normal para mantener el ritmo.

Aquello fue en febrero de 1997. Phil Lanzatella se había clasificado para las eliminatorias olímpicas todos los años desde 1980, que fue su momento álgido, cuando todavía era adolescente pero ya un luchador de primera fila, salía con la hija de Walter Móndale e iba a participar en las Olimpiadas de Moscú. Las Olimpiadas que boicoteamos aquel año. Así pues, las opciones de Phil eran una válvula mecánica, una válvula trasplantada de un cerdo o una válvula humana recuperada. La válvula recuperada era la opción que le permitiría seguir compitiendo.

Después de aquello ejerció como entrenador ayudante en escuelas secundarias y universidades locales. Empezó a encontrarse mejor y a aumentar un poco su actividad.

—No se lo dije a mi mujer. Un día llegué a casa y le dije: «Eh, Mel, ¿qué te parece si vuelvo a luchar?», y ella dijo: «Me parece muy bien si quieres dejarme viuda. No voy a volver a pasar por eso». Pero al final se acostumbró a la idea.

Llevan quince años casados.

A la postre, Melody Lanzatella le dijo: «Si vas a hacerlo, entonces tienes que ganar».

De momento, Phil no ha ganado. No se clasificó en el torneo regional del Sur.

—Quedé décimo en el torneo nacional, en Las Vegas, y se clasificaban los ocho

primeros. En Tulsa se me averió la furgoneta —dice— y me perdí los pesajes. Me quedé tirado en la autopista. Así que esta es la hora de la verdad. Literalmente.

Así que para Phil Lanzatella, de treinta y siete años, esta es su última oportunidad de llegar a los Juegos Olímpicos después de varias décadas de entrenamiento y competición.

Es la última oportunidad para Sheldon Kim, de veintinueve años, venido de Orange County (California), que trabaja a tiempo completo como analista de inventarios y ha venido con su mujer, Sasha, y su hija de tres años, Michaela. En estos momentos está muy ocupado intentando perder un kilo extra antes de que terminen los pesajes.

Es la última oportunidad para Trevor Lewis, de treinta y tres años, interventor de la Universidad Estatal de Pensilvania con un máster en ingeniería y arquitectura, que ha venido con su padre.

Es la última oportunidad para Keith Wilson, de treinta y tres años, que va a ser padre de un niño dentro de dos semanas y se entrena dos o tres veces al día como parte del programa del ejército World Class Athlete.

Es la última oportunidad para Michael Jones, de treinta y ocho años, de Southfield (Michigan), cuyo primer proyecto fílmico, *Revelations: The Movie*, está a punto de entrar en fase de producción.

Dice Jones:

—Mi cuerpo no puede aguantar otros cuatro años de lucha a este nivel. Como suelo decir, empiezan a fallarme las piernas. La espalda está empezando a darme problemas. No quiero llegar a los cincuenta y andar encorvado y con bastón. Está claro que estas van a ser mis últimas Olimpiadas.

Es la última oportunidad para el antiguo luchador universitario Timothy O'Rourke, de cuarenta y un años, que luchó por primera vez en 1980 y dice:

—Lo vi en internet y pensé: Qué demonios, voy a probar.

A pesar de todo lo que hay en juego, el ambiente no es tanto de torneo de lucha como de reunión familiar.

Keith Wilson ha venido del Centro de Entrenamiento Olímpico de Colorado Springs para competir en lucha grecorromana en la categoría de setenta y seis kilos.

—No me guardo nada dentro —dice—. Estoy feliz todo el tiempo. Y si me estreso, tengo una válvula de escape que no está nada mal. Puedo venir aquí y darle una paliza a alguien sin meterme en líos por ello. Cuando luchas quieres sangre, pero cuando salimos de la colchoneta los dos volvemos a ser amigos.

—Es casi como una familia —dice Chris Rodrigues—. Uno conoce a todo el mundo. Yo conozco a todo el mundo. Te reúnes con gente a la que conoces y todo el mundo tiene la oportunidad de conocerse en los grandes torneos nacionales. El nacional juvenil y el nacional que tienen lugar cada año. Es como tener una gran

conexión con todo el mundo. Yo conozco a gente en Moscú y Bulgaria. Conozco a gente de todo el mundo.

Su padre, David, añade:

—Forma parte de una fraternidad y, cuando se vaya a Michigan y se gradúe en empresariales y tal vez lo deje y nunca más vuelva a luchar en su vida, se encontrará con otro tío que luchó en la misma época y la camaradería siempre estará ahí.

Sean Harrington dice:

—Cuando conoces por primera vez a otro luchador, por ejemplo en un viaje, es como eso que dicen de que la gente que tiene un Corvette siempre se saluda con la mano. Lo mismo pasa con la lucha. Hay camaradería porque uno sabe por lo que ha pasado el otro.

—Hay que concentrar la energía para el combate —dice Ken Bigley—. Cuando estamos sobre la colchoneta, solamente queremos partirnos la cara los unos a los otros, pero cuando no estamos luchando, sabemos por lo que estamos pasando porque todos pasamos por lo mismo. Por mucho que te concentres en darle una paliza a tu adversario, por mucho que en la colchoneta seamos enemigos, por muy fuerte que le vayas a pegar, en cuanto dejamos de luchar nos convertimos en gente no violenta, a la que simplemente le gusta un deporte violento.

Nick Feldman lo llama «violencia elegante».

Durante los combates, los luchadores se tumban alrededor de las colchonetas para mirar. Vestidos con sudaderas holgadas. Permanecen juntos, abrazados entre ellos o bien entrelazados practicando llaves, con esa clase de intimidad tranquila que ya solamente se ve en los anuncios de moda masculina. En los anuncios para revistas de Abercrombie & Fitch o de Tommy Hilfiger. Nadie parece necesitar «espacio personal». Nadie está a la defensiva.

—Somos hermanos —dice Justin Petersen, que a los diecisiete años tiene una media de matrícula de honor y dirige su propia empresa de marketing en internet—. Comemos juntos. Cuando almorzamos es con los demás luchadores y lo único que hacemos es hablar del hambre que pasamos y de que no podemos esperar a que pasen los pesajes para comer esto o aquello. De cuántos decagramos vamos a perder en un día.

Nick Feldman dice:

—En general, los luchadores se sienten más cómodos con otros luchadores. No hay demasiados egos hinchándose por todas partes porque todo eso no son más que fantasmadas. Lo nuestro viene a ser lo contrario de la NBA.

—El calvario —dice Sara Levin—. Es el resultado de estar sufriendo el mismo calvario. Sabes que hay un tío en Rusia que está pasando por lo mismo que este tío de aquí, intentando bajar de peso para el encuentro. Todos tienen que hacer lo mismo para llegar al combate. Existe un vínculo por el hecho de que no es un deporte

glamouroso. No estamos ganando montones de dinero. Ya se sabe que somos unos pringados.

Y hasta se parecen como si fueran hermanos. Muchos tienen las narices rotas. Las orejas deformes. Muchos tienen una especie de aspecto pastoso y hervido de tanto sudar y caerse de cara. Están todos musculados como un diagrama de anatomía. La mayoría parecen tener la frente ceñuda.

—En nuestra sala de combates solemos tener la calefacción alta —dice Mike Engelmann, cuyas largas pestañas contrastan con su ceño—. Lo que se consigue así es limpiar el cuerpo. Lo sudas todo. Bebes más y lo vuelves a sudar, y eso hace que se te hundan un poco los ojos y las mejillas, y al final lo único que te sobresale es la frente. Te da un aspecto que a mí me gusta, porque demuestra que estás trabajando duro.

Ese rollo de hermandad parece terminarse cuando el árbitro hace sonar el silbato.

El sábado, a pesar de todos los años de preparación, el torneo de estilo libre se termina en un momento.

Joe Calavitta pierde y queda fuera de las Olimpiadas.

En la competición juvenil, Justin Petersen gana y en cuanto sale de la colchoneta vomita.

La poca gente que hay en la tribuna aplaude. La mujer de Sheldon Kim, Sasha, va repitiendo, sin levantar mucho la voz:

—Vamos, Shel, vamos, Shel, vamos, Shel...

—Cuando estás ahí, cara a cara con tu adversario —dice Timothy O’Rourke—, no puedes oír lo que está pasando en la tribuna.

O’Rourke es inmovilizado en cinco segundos.

Sheldon Kim pierde.

Trevor Lewis gana el primer combate pero pierde el segundo.

Chris Rodrigues gana el primer combate.

El hermano menor de Sheldon Kim, Sean, pierde ante Rodrigues.

Mark Strickland se enfrenta a Sean Harrington, con Lee Pritts de entrenador en una esquina. Strickland va perdiendo y pide tiempo muerto, y le grita a Pritts con la cara fruncida, como si ya estuviera llorando:

—¡Le voy a romper las costillas!

—Los tipos más duros que conozco lloran después de los combates porque ponen mucho en ellos —dice Joe Calavitta.

Lee Pritts dice:

—Se desarrolla una relación tan íntima con tus compañeros de entrenamiento que acaban siendo como tu familia, y si salen y pierden un combate, si pierden un combate importante, entonces se te rompe el corazón.

Strickland pierde ante Harrington.

—Odio verlo perder —dice Pritts—. Lo he visto tener tantos éxitos que cuando pierde me destroza.

Pritts gana su combate.

Chris Rodrigues gana su segundo combate.

Ken Bigley gana el primer combate y el segundo, pero pierde el tercero.

Rodrigues pierde el tercer combate y queda fuera del torneo de estilo libre.

Sean Harrington y Lee Pritts se clasifican para la final preolímpica de Dallas.

Un médico se niega a decir la cifra de músculos elongados, huesos rotos y articulaciones dislocadas. Todo eso, dice, es «altamente confidencial».

Y el torneo de lucha libre se termina hasta dentro de cuatro años.

Esa noche, en un bar, un luchador que no ha ganado dice que lo ha jodido un árbitro para favorecer a un héroe local y que la Federación Americana de Lucha tendría que importar árbitros imparciales de otras partes. Ese mismo luchador habla de ir a Japón a ganar veinte mil dólares en un combate de artes marciales mixtas «sin reglas» y luego usar el dinero para crear una empresa conjunta que combine clubes de topless y torneos de lucha amateur.

—Muchos de estos tipos acaban haciendo lucha sin reglas porque se gana mucho dinero —dice Sara Levin—. Tenemos atletas olímpicos que se dedican a eso. Kevin Jackson se dedica a eso. Y la mitad de nuestro equipo de grecorromana de 1996. No me emociona que sea la salida profesional de nuestros muchachos, pero es la única opción que tienen.

El luchador del bar dice que puede meter clandestinamente en el país el dinero de Japón sin pagar impuestos. Planea evitar las leyes estatales sobre la lucha profesional pagando a los luchadores en negro. Firma autógrafos para los niños. Es un tipo enorme y nadie se muestra en desacuerdo con nada de lo que dice. Y eso que no para de hablar.

A la mañana siguiente, domingo, hay aparcado delante del Young Arena un vehículo militar de reclutamiento de los marines y de un par de altavoces gigantes sale música heavy metal a todo volumen mientras dos reclutadores con uniformes de marines permanecen de pie al lado.

Dentro del estadio, las colchonetas están colocadas una sobre otra, en pilas de a dos, a modo de preparación para el torneo de lucha grecorromana.

—A mucha gente le da miedo la grecorromana —dice Michael Jones—. Yo tardé años en que me gustara, porque me daba miedo. Es por los lanzamientos. Hay algunos lanzamientos tremendos.

Phil Lanzatella se viste para el combate, con la cicatriz de su operación a corazón abierto recorriéndole el centro del pecho. Explica que por lo menos la tercera y última rotura de válvula cardíaca tuvo lugar probablemente mientras estaba practicando

lucha grecorromana con Jeff Green en el Centro de Entrenamiento Olímpico en 1997.

—Yo pesaba unos ciento treinta kilos y Green venía a pesar unos ciento veinte, así que entre los dos sumábamos unos doscientos cincuenta volando por los aires a no sé cuántos kilómetros por hora. Retorciéndonos y dando vueltas. Y estábamos al lado de unos tipos más pequeños. En aquel sitio estábamos todos muy pegados. Y ellos levantaron las manos y los pies —dice—. Y nosotros veníamos volando y girando por el aire y yo aterricé justo en el pie de un tío.

Lanzatella dice:

—Lo sentí. Me di cuenta de lo que había pasado, pero no me detuve a pensar mucho en ello. Me había llevado porrazos peores que aquel.

Hoy hay quien habla del lado oscuro de la lucha, de cómo alguien entró con una cámara escondida en los pesajes del torneo de las Midlands unos años atrás y los mejores luchadores del mundo acabaron saliendo desnudos en internet. La gente cuenta que los luchadores amateurs son acosados por fans obsesionados. Que los han llamado de madrugada. Que los han seguido. Que los han matado.

—Sé que se ha hablado mucho —dice Butch Wingett—. DuPont se pasó mucho tiempo yéndole detrás a Dave Schultz.

El antiguo luchador universitario Joe Valente dice:

—Este deporte no es nada respetado. La gente cree que son un montón de maricas que solo quieren sobarse.

En el momento de empezar la competición grecorromana no hay nadie en la tribuna.

Keith Wilson gana su primer combate y pierde el segundo, pero a pesar de todo irá a las finales preolímpicas porque ya se había clasificado en el torneo nacional.

Chris Rodrigues gana un solo combate y se clasifica para las finales preolímpicas de lucha grecorromana. El único estudiante de secundaria que se clasifica.

Ya con su padre después del combate, dice:

—Es genial. Todavía voy al instituto. Voy a volver a casa y contaré a todos mis amigos que voy a ir a los preolímpicos de Dallas.

Phil Lanzatella gana su primer combate por tres a cero.

En su segundo combate, Phil empata a cero en el primer tiempo, cede un punto a su oponente en el segundo y pierde el combate en la prórroga.

Ya quedan pocos luchadores en el evento. La gente se está marchando, cogiendo aviones. Mañana es lunes y todo el mundo tiene que estar de vuelta en el trabajo. Sean Harrington es contratista de pintores. Tyrone Davis es operador de una planta de aguas en la localidad de Hempstead (Nueva York). Phil Lanzatella es portavoz de la empresa que le instaló la válvula en el corazón y representante de cuentas publicitarias para la Time Warner.

Lanzatella está sentado en el extremo más alejado de la arena mientras terminan

los últimos combates de consolación. Sus zapatillas de lucha están tiradas a unos metros.

—Tengo lo que merecía —dice—. No he estado entrenando lo bastante duro. Ahora tengo otras prioridades. Mi mujer. Mis hijos. Mi trabajo.

Dice:

—Es la última vez que estas zapatillas entran en acción.

Dice:

—A lo mejor me paso al golfo algo así.

Sheldon Kim dice:

—Probablemente esto se ha acabado para mí. Tengo otras prioridades. Tengo una niña. Después de esto, se acabó. Ya he aprendido lo bastante de este deporte como para saber hasta dónde he llegado.

Los luchadores abandonan «la familia» para concentrarse en sus familias.

Ya casi no queda nadie en el Young Arena.

—La lucha tiene una especie de culto de seguidores —dice William R. Graves, que esta noche se vuelve en coche a la Universidad Estatal de Ohio, donde está terminando el último año de su doctorado en física—. Vienen tus amigos. Viene tu familia. Y creo que mucha gente ve la lucha como un deporte aburrido.

Justin Petersen dice:

—Es un deporte que agoniza. He oído decir que el boxeo está un poco peor, pero la lucha le anda a la zaga. Hay muchas universidades que están cerrando sus programas de lucha. También está perdiendo popularidad en los institutos. No le quedan muchos años, por lo que dice la gente.

—Sobre todo está muriendo en el ámbito universitario —dice Sean Harrington—. Pero he leído que en el infantil, entre los niños, es más popular que nunca. Hay muchos niños que están entrando en la lucha porque los padres saben lo que les puede dar a sus hijos.

Dice:

—Es todo culpa del Apartado Nueve.

En los veinticinco años desde que se aprobó la ley federal que obliga a las universidades a ofrecer igualdad de oportunidades en el deporte para hombres y mujeres, un total de cuatrocientas sesenta y dos escuelas cancelaron sus programas de lucha.

—El Apartado Nueve es un factor importante —dice Mike Engelmann—. A todas esas universidades les están jodiendo los programas de lucha porque tenemos que tener igualdad en el número de deportes. No quiero parecer sexista ni nada así, pero yo no creo en eso.

Incluso el campeón olímpico Kevin Jackson dice:

—Tengo un hijo que está empezando a luchar un poco, pero ya practica

taekwondo, fútbol y baloncesto, y no veo claro lo de presionarlo para que luche porque es mucho trabajo a cambio de una recompensa muy pequeña.

Todavía sentado junto a sus zapatillas en el estadio casi vacío, Phil Lanzatella habla de sus hijos:

—Es más, yo los pondría a jugar al golfo al tenis. Algo sin contacto físico que dé un montón de dinero.

Jackson dice:

—Hay mucha gente por todo el país que ha luchado o que conoce a alguien que ha luchado. Y que tiene algún vínculo con la lucha. Simplemente tenemos que promocionar mejor a nuestros deportistas para que la gente que ve la tele pueda establecer ese vínculo.

—Esos tipos... —dice Engelmann—. Estoy seguro de que sus hijos también van a luchar. Y por eso va a sobrevivir el deporte. Yo quiero tener hijos, y no los voy a presionar ni nada, pero confío en que quieran dedicarse a la lucha.

Phil Lanzatella también tiene que coger un avión.

—Tal vez toda esa energía se pueda canalizar en forma de beneficios monetarios —dice. Ha recibido una oferta para escribir un libro—. Ahora tengo tiempo para reflexionar y está claro que tengo historias. Desde mil novecientos setenta y nueve hasta ahora. Presentarme a legislador estatal... Salir con la hija de Móndale cuando boicoteamos los Juegos Olímpicos en mil novecientos ochenta... Formar parte de cinco equipos olímpicos... Algo que nadie ha hecho. Sí, hay muchas historias.

Recoge sus zapatillas y dice:

—Todavía tengo que llamar a mi mujer...

—Es estupendo cuando lo dejas —dice el entrenador de lucha en institutos Steve Knipp—. Tu vida es tan dura cuando estás en activo que cuando dejas de controlarte el peso y te pones a comer, disfrutas de la comida como nunca en tu vida. O cuando simplemente te sientas, nunca has disfrutado tanto de ese sillón. O cuando bebes un vaso de agua, nunca has disfrutado tanto del agua.

Y ahora Lanzatella, Harrington, Lewis, Kim, Rodrigues, Jackson y Petersen, con sus orejas, y Davis, Wilson, Bigley, con sus orejas deformes como estalactitas, se dispersan por el ancho mundo y empiezan a integrarse en él. En sus trabajos. En sus familias.

Donde solamente serán reconocidas por otros luchadores.

Keith Wilson dice:

—Es una familia pequeña, pero todos nos conocemos.

Y tal vez la lucha amateur esté muriendo, pero tal vez no.

En las finales preolímpicas de Dallas hay 50.170 espectadores con entrada y empresas patrocinadoras de peso como The Bank of America, AT &T, Chevrolet y Budweiser.

En Dallas, un luchador pide permiso para llevar a cabo un antiguo ritual que marque el último combate de su carrera. De acuerdo con la tradición, el luchador deja sus zapatillas en el centro de la colchoneta y las cubre con un pañuelo. Mientras el público guarda silencio, el luchador besa la colchoneta y deja sus zapatillas atrás.

Sean Harrington dice:

—Tengo un amigo que solía decirme: «Si yo luchara sería el mejor. Sé que sería el mejor. Sé que podría». Pero no lo hizo. Nunca. Así que siempre podía creer que podría haber sido el mejor, pero la verdad es que nunca se puso las zapatillas ni salió a intentarlo.

Dice:

—Lo importante es que lo has hecho, que te has puesto una meta y has ido a por ella, que nunca has sido uno de esos que dicen «Yo podría», «Si yo hubiera querido...». Lo has hecho de verdad.

Ninguno de los mencionados en este artículo llegó al equipo olímpico.

Está usted aquí

(You are Here)

En el salón de baile del hotel Sheraton del aeropuerto hay un equipo de hombres y mujeres sentados en cabinas individuales, separados entre sí por cortinas. Cada uno está sentado delante de una mesilla y las cortinas delimitan un espacio donde no cabe nada más que la mesilla y dos sillas. Y están a la escucha. Así pasan el día entero, sentados y escuchando.

Delante del salón, en el vestíbulo, espera una multitud de escritores con manuscritos o guiones de cine en las manos. Una mujer de la organización custodia las puertas del salón, consultando la lista de nombres que lleva en una tablilla con sujetapapeles. La mujer dice tu nombre y tú te acercas y la sigues al salón. Te abre una cortina. Tú te sientas delante de una mesilla. Y empiezas a hablar.

Como escritor, tienes siete minutos. En algunos sitios te pueden dar ocho o incluso diez, pero en cuanto se acaban la persona de la organización viene y pone a otro escritor en tu sitio. Y tú has pagado entre veinte o cincuenta dólares por ese lapso de tiempo y la oportunidad de hacer llegar tu historia a un agente literario, un editor o un productor cinematográfico.

Y durante todo el día, el salón de baile del Sheraton del aeropuerto permanece lleno de gente hablando. La mayoría de los escritores que hay aquí son viejos: viejos siniestros, jubilados que se aferran a su única buena historia. Que agitan su manuscrito con las dos manos moteadas por la edad y dicen: «¡Tenga! ¡Lea mi historia sobre incesto!».

La mayor parte de toda esta escritura trata sobre el sufrimiento personal. Apesta a catarsis. A melodrama y memorias. Una amiga escritora se refiere a esta escuela como la escuela literaria de «Brilla el sol, los pájaros cantan y mi padre vuelve a estar encima de mí».

En el vestíbulo que hay delante del salón del hotel los escritores esperan y ensayan entre ellos su única gran historia. Una batalla de submarinos en plena guerra o los maltratos a manos de un cónyuge borracho. Historias de cómo sufrieron pero sobrevivieron para vencer. De desafío y de triunfo. Se cronometran entre ellos con relojes de pulsera. En tantos minutos exactos tienen que contar su historia y también demostrar por qué sería perfecta para Julia Roberts. O para Harrison Ford. O si no, para Mel Gibson. Y si no es Julia, para Meryl.

Y entonces, lo sentimos, se han acabado sus siete minutos.

Los organizadores siempre te interrumpen en la mejor parte de tu discurso, cuando estás inmerso en contar tu adicción a las drogas. O tu violación en grupo. O tu

salto borracho a un estanque poco profundo del río Yakima. Y en explicar que sería una película de cine genial. O si no, una película de cable genial. O si no, un telefilme genial.

Y entonces, lo sentimos, se han acabado sus siete minutos.

La multitud del vestíbulo, todos con sus historias en las manos, son un poco como la multitud que estuvo aquí la semana pasada para la feria itinerante de antigüedades. Cada uno de ellos llevando un peso que quitarse de encima: un reloj bañado en oro o la cicatriz de un incendio doméstico o la historia de una vida como mormón casado y gay. Hay algo con lo que llevan toda la vida cargando y que ahora van a ver por cuánto se vende en el mercado abierto. ¿Cuánto me dan por esto? Esta tetera de porcelana o esta enfermedad de la médula que causa parálisis. ¿Son un tesoro o no son más que quincalla?

Y entonces, lo sentimos, se han acabado sus siete minutos.

En el salón de baile del hotel, en esos cubículos cerrados por cortinas, una persona permanece sentada en actitud pasiva mientras la otra se vacía. En ese sentido, es como un burdel. El oyente pasivo ha pagado para recibir. El orador activo ha pagado para que lo oigan. Para dejar tras de sí cierto rastro de sí mismo: siempre confiando en que dicho rastro baste para echar raíz y convertirse en algo más grande. Un libro. Un hijo. Un heredero para su historia, para llevar su nombre hasta el futuro. Pero al oyente ya nada le viene de nuevo. Es educado pero se aburre. Es difícil de impresionar. A uno le dejan coger las riendas durante siete minutos —por decirlo de algún modo—, pero la puta no para de mirarse el reloj, de preguntarse qué hay para comer y de hacer planes para gastarse su estipendio. Y entonces...

Lo sentimos, se han acabado sus siete minutos.

He aquí la historia de tu vida pero reducida a dos horas. El momento en que viniste al mundo, en que tu madre dio a luz en el asiento trasero de un taxi, ahora es tu secuencia inicial. La pérdida de tu virginidad es el clímax de tu primer acto. La adicción a los calmantes es la progresión dramática de tu segundo acto. Los resultados de tu biopsia son la revelación de tu tercer acto. Lauren Bacall estaría perfecta como tu abuela. William H. Macy como tu padre. Dirigidos por Peter Jackson o por Roman Polanski.

Se trata de tu vida, pero procesada. Embutida en el molde de un buen guión. Interpretada de acuerdo con el modelo de un éxito de taquilla. No es de extrañar que hayas empezado a ver cada día en términos de un nuevo episodio de la trama. La música se convierte en tu banda sonora. La ropa se convierte en vestuario. Las conversaciones en diálogos. Nuestra tecnología para contar historias se convierte en nuestro lenguaje para recordar nuestras vidas. Para entendernos a nosotros mismos. En nuestro marco de referencia para percibir el mundo.

Vemos nuestras vidas en términos de convenciones narrativas. Nuestras

sucesiones de matrimonios se convierten en secuelas. Nuestra infancia es nuestra precuela. Nuestros hijos son *spin-offs*.

Tengan en cuenta solamente la rapidez con que la gente empezó a usar expresiones como «funde a negro» o «fundido lateral». O búsqueda rápida. Corte a... Flashback... Secuencia onírica... Créditos...

Y entonces, lo sentimos, se han acabado sus siete minutos.

Otros siete minutos cuestan veinte, treinta o cincuenta dólares. Un nuevo intento de conectar con el mundo exterior. De vender tu historia. De convertir la tristeza en un montón de dinero. Dinero en concepto de adelanto por el libro o de opción de compra de adaptación cinematográfica. El gordo de la lotería.

Hace unos años había muy pocas de estas convenciones que enviaban a gente de la industria de Nueva York o Los Ángeles, los metían en hoteles y les pagaban un estipendio para que se sentaran a escuchar. Ahora hay tantas que los organizadores tienen que escarbar un poco y buscar a cualquier ayudante de producción o editor asociado que pueda dedicar un fin de semana a volar hasta Kansas City o Bellingham o Nashville.

Esta es la Conferencia de Escritores del Medio Oeste. O la Conferencia de Escritores del Sur de California. O la Conferencia de Escritores del Estado de Georgia. Como aspirante a escritor, has pagado para estar en la puerta, para tener una tarjeta con tu nombre y asistir a un almuerzo con charla. Hay clases a las que se puede uno apuntar y conferencias sobre técnica y marketing. Está la presencia medio reconfortante y medio competitiva del resto de los escritores. De los colegas escritores. Cientos de ellos con manuscritos debajo del brazo. Uno paga el dinero extra, el de los siete minutos, para comprar la atención de una persona de la industria. Uno compra la oportunidad de vender y de marcharse de aquí con algo de dinero y de reconocimiento por su historia. Un billete de lotería vital. Una oportunidad de convertir limones —un aborto espontáneo, un conductor borracho, un oso pardo— en limonada.

Es paja, pero convertida en oro. Aquí en el gran casino de las narraciones.

Y entonces, lo sentimos, se han acabado sus siete minutos.

Y en otro sentido, este salón de hotel está lleno de gente que confiesa sus crímenes espantosos. Que cuenta con pelos y señales cómo abortaron a su hijo. Cómo trajeron droga de Pakistán metida en el culo. Historias de cómo perdieron la gracia, lo contrario a un relato heroico. En este sitio pueden vender incluso su mal ejemplo, aquí ese ejemplo puede ayudar a los demás. Evitar desastres semejantes. Esta gente ha venido en busca de la redención. Para ellos, cada cabina cerrada con cortinas se convierte en un confesionario. Cada productor de cine, en un sacerdote.

Ya no es Dios el que espera para emitir su juicio. Es el mercado.

Tal vez un contrato de publicación sea el nuevo halo. Nuestra nueva recompensa

para sobrevivir con fuerza y carácter. En lugar del cielo conseguimos dinero y la atención de los medios de comunicación.

Tal vez una película protagonizada por Julia Roberts, elevándose por encima de los mortales y tan guapa como un ángel, sea la única vida que hay después de la muerte.

Y eso solo si... eres capaz de embellecer tu vida y tu historia, de promocionarlas y venderlas.

En otro sentido, este público se parece mucho al público que estuvo aquí el mes pasado, cuando un concurso televisivo estaba haciendo pruebas de casting para encontrar concursantes. Para resolver acertijos. O el mes anterior, cuando estuvieron aquí los productores de un programa diurno de tertulias en busca de gente con problemas que los quisiera airear en una cadena nacional de televisión... Padres e hijos que han tenido la misma pareja sexual. O madres que demandan a sus ex maridos para que paguen la pensión alimenticia de sus hijos. O cualquiera que esté cambiando de sexo.

Y entonces, lo sentimos, se han acabado sus siete minutos.

El filósofo Martin Heidegger señaló que los seres humanos suelen considerar el mundo una reserva permanente de materiales que podemos usar. Como unas existencias que podemos procesar para convertirlas en algo más valioso. Árboles que dan madera. Animales que dan carne. A ese mundo de recursos naturales brutos lo llamó *Bestand.* Parece inevitable que la gente sin acceso a las formas naturales del *Bestand* como son los pozos petrolíferos o las minas de diamantes recurran al único stock de que disponen: sus vidas.

Cada vez más, el *Bestand* de nuestra era es nuestra propiedad intelectual. Nuestras ideas. Las historias de nuestras vidas. Nuestra experiencia.

Lo que antes la gente soportaba o incluso disfrutaba, todos esos acontecimientos que conformaban episodios de la trama, como aprender a usar el retrete, irse de luna de miel o sufrir cáncer de pulmón, ahora se pueden dotar de una buena presentación y venderse.

El truco es prestar atención. Tomar notas.

El problema de ver el mundo como *Bestand,* dijo Heidegger, es que te lleva a usar las cosas, a esclavizar y explotar las cosas y a la gente, para tu beneficio personal.

Teniendo esto en cuenta, ¿es posible esclavizarse a uno mismo?

Martin Heidegger también señala que la presencia del espectador da forma a los acontecimientos. Un árbol que cae en el bosque es en cierto modo un suceso distinto si hay alguien presente para verlo, tomando notas y acentuando los detalles a fin de convertirlo en una película con Julia Roberts.

Aunque solo sea distorsionando los acontecimientos, retorciéndolos para conseguir un mayor impacto dramático y exagerándolos hasta el punto de que te

olvidas de tu verdadera historia —de que te olvidas de quién eres—, ¿es posible explotar tu propia vida para conseguir una historia vendible?

Pero entonces, lo sentimos, se han acabado sus siete minutos.

Tal vez tendríamos que haberlo visto venir.

En los años sesenta y setenta, los programas de cocina de la televisión convencieron a una clase emergente de personas para que se gastaran el tiempo y el dinero que les sobraban en comida y vino. Pasaron de comer a cocinar. Guiados por expertos del «Hágalo usted mismo» como Julia Child y Graham Kerr, exploramos el mercado en busca de cocinas de restaurante y ollas de cobre. En los ochenta, con la libertad que nos dieron los vídeos y los reproductores de cedes, el entretenimiento se convirtió en nuestra nueva obsesión.

Las películas se convirtieron en el terreno sobre el que la gente podía reunirse para polemizar, igual que lo habían sido una década atrás los soufflés y el vino. Y tal como antes hacía Julia Child, ahora Gene Siskel y Roger Ebert aparecían en televisión y nos enseñaban a discutir sobre nimiedades. El entretenimiento se convirtió en el siguiente terreno en que invertir el tiempo y el dinero sobrantes.

En lugar de la cosecha y el bouquet y los posos de un vino, hablábamos de la efectividad en el uso de la voz en off y del eje de la historia y del desarrollo de personajes.

En los años noventa nos volvimos hacia los libros. Y el lugar de Roger Ebert lo ocupó Oprah Winfrey.

Con todo, la diferencia verdaderamente grande era que se podía cocinar en casa. No se podía hacer una película en casa, eso no. En cambio, sí que se podía escribir un libro. O un guión. Y los guiones se convierten en películas.

El guionista Andrew Kevin Walker dijo una vez que en Los Ángeles nadie está sentado a más de quince metros de un guión. Están en los maleteros de los coches. En los cajones de las mesas de trabajo de la gente. Dentro de los ordenadores portátiles. Siempre listos para ser vendidos. Un billete ganador de lotería en busca de su premio gordo. Un cheque sin cobrar.

Por primera vez en la historia, cinco factores se han alineado para propiciar esta explosión de narraciones. Esos factores, listados sin ningún orden en particular, son:

El tiempo libre.

La tecnología.

El material.

La educación.

El hastío.

El primero parece simple. Hay más gente que tiene más tiempo libre. La gente se jubila y vive más años. Nuestro nivel de vida y nuestra red de protección social permiten a la gente trabajar menos horas. Además, a medida que hay más gente que

reconoce el valor de las narraciones —aunque estrictamente como material para libros y películas—, más gente ve la escritura, la lectura y la investigación como algo más que un simple pasatiempo culto. Se está convirtiendo en una verdadera empresa financiera en la que vale la pena invertir tiempo y energía. Contarle a alguien que escribes siempre suscita la pregunta: «¿Qué has publicado?». Nuestra expectativa es: escribir equivale a dinero. O, por lo menos, en el caso de la buena escritura debería ser así. Con todo, sería casi puñeteramente imposible que nadie viera el trabajo de uno de no ser por el segundo factor.

La tecnología. Por una pequeña inversión te pueden publicar en internet y tu trabajo puede ser accesible para millones de personas de todo el mundo. Los impresores y las editoriales pequeñas pueden suministrar cualquier cantidad de libros en tapa dura bajo demanda a cualquiera que tenga dinero para autoeditarse. O publicar por cuenta propia. O publicar por placer. O como quiera llamarlo uno. Cualquiera que sepa usar una fotocopiadora y una grapadora puede publicar un libro. Nunca ha sido tan fácil. Nunca en la historia han llegado tantos libros cada año al mercado. Todos ellos llenos del tercer factor.

Material. A medida que hay más gente que envejece y que tiene toda la experiencia de toda una vida en la memoria, más les preocupa perderla. Perder esos recuerdos. Sus mejores números, sus relatos, sus cantinelas para hacer que toda la mesa se eche a reír a la hora de la cena. Su legado. Su vida. Un simple toque de la enfermedad de Alzheimer y todo puede desaparecer. Además, todas nuestras mejores aventuras parecen encontrarse en el pasado. Así que produce placer revivirlas, plasmarlas sobre el papel. Organizarlas y hacer que todos esos desechos cobren sentido. Darles un envoltorio bonito y pulcro y rematarlo todo con un lacito. El primer volumen de la caja de tres volúmenes que será tu vida. La cinta de los mejores momentos de la liga de fútbol americano de tu vida. Todo reunido, tus razones para hacer lo que hiciste. Tu explicación de por qué, en caso de que alguien sienta curiosidad.

Y gracias a Dios por el factor número cuatro:

La educación. Porque por lo menos todos sabemos teclear. Sabemos dónde poner las comas... más o menos. En general. Tenemos revisión ortográfica automática. No nos da miedo sentarnos y atrevernos a escribir un libro. Stephen King hace que parezca muy fácil. Y hay montones de libros. E Irvine Welsh hace que parezca tan divertido, el último sitio donde puedes tomar drogas y cometer delitos sin que te arresten ni engordes ni te pongas enfermo. Además, llevamos toda la vida leyendo libros. Hemos visto un millón de películas. De hecho, esa es parte de nuestra motivación, el quinto factor:

El hastío. Salvo quizá por seis películas, el resto del videoclub es basura. Y lo mismo pasa con la mayoría de los libros. Basura. Nosotros lo podemos hacer mejor.

Conocemos todas las tramas básicas. Todo lo ha analizado Joseph Campbell. Y también John Gardner. Y E. B. White. En lugar de perder más tiempo y dinero en otro libro de mierda, ¿por qué no intentar escribirlo uno mismo? O sea, ¿por qué no?

Y entonces, lo sentimos, se han acabado sus siete minutos.

Muy bien, muy bien, tal vez hemos tomado un camino que lleva a unas vidas mecánicas y obsesionadas por sí mismas donde cada acontecimiento es reducido a palabras y ángulos de cámara. Cada momento se imagina a través de la lente de un director de fotografía. Cada comentario gracioso o triste es apuntado para venderlo a la menor oportunidad.

Un mundo que Sócrates no podía imaginar, donde la gente examina sus propias vidas, sí, pero solo en términos de posibilidades de película o edición de bolsillo.

Donde una historia ya no es el resultado de una experiencia.

Ni la experiencia tiene lugar a fin de generar una historia.

Es un poco como cuando uno dice: «No lo hagamos, pero digamos que lo hicimos».

La historia —el producto que uno puede vender— se vuelve más importante que el acontecimiento real.

Un peligro de esto es que podemos pasar a toda prisa por la vida, soportando un acontecimiento tras otro, con el simple objeto de crear nuestra lista de experiencias. Nuestra reserva de historias. Y nuestra ansia de relatos puede acabar reduciendo nuestra conciencia de la experiencia en sí. Igual que desconectamos después de ver demasiadas películas de acción y aventuras. Nuestra química corporal no puede tolerar tanta estimulación. O bien nos defendemos inconscientemente fingiendo que no estamos presentes y actuamos como «testigos» distantes o periodistas de nuestra propia vida. Y al hacer eso, dejamos de sentir emociones o de tomar parte activa. Siempre estamos sopesando cuánto vale la historia en efectivo.

Otro peligro es que este pasar a toda prisa por las cosas pueda darnos un entendimiento falso de nuestra propia capacidad. Si ocurren cosas que nos ponen a prueba y las experimentamos únicamente como una historia que puede grabarse y venderse, entonces, ¿habremos vivido? ¿Habremos madurado? ¿O acaso moriremos sintiéndonos vagamente engañados y timados por nuestra vocación de narradores?

Ya hemos visto a gente que usa la «investigación» como coartada para cometer crímenes. Winona Ryder robando en las tiendas como preparación para interpretar a un personaje que roba. Pete Townsend visitando páginas de internet de pornografía infantil a fin de escribir sobre los abusos que sufrió siendo niño.

Nuestra libertad de expresión ya se dirige a una colisión con el resto de las leyes. ¿Cómo se puede escribir sobre un «personaje» violador y sádico si uno nunca ha violado a nadie? ¿Cómo podemos crear películas y libros excitantes e innovadores si únicamente vivimos unas vidas aburridas y reposadas?

Las leyes que lo prohíben a uno conducir por la acera, oír el ruido sordo de la gente al golpear el capó de tu coche, el crujido de los cuerpos al hacer estallar tu parabrisas, esas leyes son económicamente opresivas. Si uno piensa realmente en ello, prohibir el acceso a la heroína y las *snuff movies* es una restricción del derecho al libre comercio. Es imposible escribir libros que sean auténticos sobre la esclavitud si el gobierno hace que sea ilegal poseer esclavos.

Todo lo que esté «basado en hechos reales» es más vendible que la ficción.

Pero entonces, lo sentimos, se han acabado sus siete minutos.

Por supuesto, no todo son malas noticias.

La mayoría de los talleres de escritura tienen una vertiente de terapia oral.

Existe la idea de la literatura como laboratorio seguro para explorarnos a nosotros mismos y al mundo. Para experimentar con una imagen pública o un personaje o una organización social, para ponerse un disfraz y reproducir un modelo social hasta que este se hunde.

Hay todo eso.

Un aspecto positivo es que tal vez esa conciencia y ese registro de los que hablamos nos lleven a vivir vidas más interesantes. Tal vez así sea menos probable que cometamos una y otra vez los mismos errores. Casarse con otro borracho. Volver a quedarse embarazada. Porque ahora ya sabemos que eso generaría un personaje aburrido y antipático. Un papel de protagonista femenino que Julia Roberts no interpretaría nunca. En lugar de inspirar nuestras vidas en personajes de ficción listos y valientes, tal vez podamos llevar vidas inteligentes y valientes en las que inspirar a nuestros personajes.

Controlar la historia del pasado de uno, registrarla y agotarla, es un talento que puede permitirnos avanzar hacia el futuro y escribir esa historia. En lugar de dejar que la vida tenga lugar, podemos trazar nuestra propia trama personal. Aprenderemos la técnica que necesitemos para aceptar esa responsabilidad. Desarrollaremos nuestra capacidad de imaginar con más y más detalle. Podemos concentrarnos con mayor precisión en lo que queremos lograr y en lo que queremos ser.

¿Quieren ser felices? ¿Quieren estar en paz? ¿Quieren tener buena salud?

Como les diría cualquier buen escritor: abran el paquete que pone «feliz». ¿Qué hay dentro? ¿Cómo pueden demostrar la felicidad sobre la página, ese concepto vago y abstracto? No lo cuenten, muéstrenlo. Muéstrenme la «felicidad».

En este sentido, aprender a escribir implica aprender a mirarse a uno mismo y al mundo muy, muy de cerca. En el peor de los casos, tal vez aprender a escribir nos obligue a mirarlo todo más de cerca, a ver las cosas de verdad. Aunque solo sea para reproducirlas en la página.

Tal vez con un poco más de esfuerzo y reflexión, uno pueda vivir la clase de historia vital que un agente literario querría leer.

O tal vez... tal vez todo este proceso sea nuestro entrenamiento para algo más grande. Si podemos reflexionar y conocer nuestras vidas, podemos permanecer lúcidos y dar forma a nuestros futuros. La inundación de libros y películas que sufrimos —de tramas, planteamientos, nudos y desenlaces— podría ser una forma que tiene la humanidad de hacerse consciente de toda nuestra historia. De nuestras opciones. De todas las formas en que hemos intentado arreglar el mundo en el pasado.

Lo tenemos todo: el tiempo, la tecnología, la experiencia, la educación y el hastío.

¿Y si hicieran una película sobre una guerra y no fuera nadie a verla?

Si somos demasiado perezosos para aprender la historia propiamente dicha, tal vez podamos aprender tramas. Tal vez nuestra sensación de que ya lo hemos visto todo nos salve de declarar la próxima guerra. Si la guerra no «funciona» narrativamente, ¿para qué molestarse? Si la guerra no puede «encontrar un público», si vemos que la guerra «cae» después del primer fin de semana, entonces nadie dará luz verde a otra. Al menos durante mucho, mucho tiempo.

Y finalmente, ¿qué pasaría si a un escritor se le ocurre una historia completamente nueva? Una forma nueva y excitante de vivir, antes...

Lo sentimos, se han acabado sus siete minutos.

Combate de cosechadoras

(Demolition)

Vienen desde las colinas, víctimas sacrificiales de camino a su muerte.

Es viernes, 13 de junio. Hay luna llena.

Vienen cubiertas de adornos. Pintadas de rosa, con enormes morros de cerdo acoplados y con sus orejas blandas de cerdo de color rosa recortándose contra el cielo azul. Vienen con enormes lazos amarillos hechos de contrachapado pintado. Vienen pintadas de color azul brillante y disfrazadas para parecer tiburones gigantes con aletas dorsales. O bien pintadas de verde y llenas de pequeños extraterrestres de ojos rasgados de pie debajo de una antena de radar plateada giratoria y un montón de luces estroboscópicas parpadeantes de colores.

Vienen pintadas de negro y con luces de ambulancia. O pintadas de camuflaje marrón para el desierto y con misiles caricaturescos dibujados a mano volando estruendosamente hacia árabes montados en camellos. Vienen dejando atrás un rastro de humo artificial. Disparando cañones hechos con tuberías y provocando explosiones de pólvora para petardos.

Vienen con nombres como *Patrulla coñil*, *Vikingo* o *Gangrena de la mala*, procedentes de poblaciones de secano productoras de trigo como Mesa, Cheney y Sprague. Un total de dieciocho víctimas sacrificiales, venidas aquí para morir. Para morir y renacer. Para ser destruidas y salvadas y regresar el año que viene.

Esta noche se trata de romper cosas y arreglarlas. De tener el poder de la vida y la muerte.

Vienen para lo que se llama el «Combate de cosechadoras de Lind».

El lugar es Lind (Washington). La población de Lind se compone de 462 personas que habitan en las colinas resecas de la parte más oriental del estado de Washington. El pueblo tiene su centro en los elevadores de granos de la Union Grain, que discurren en paralelo a las vías de ferrocarril de la Burlington Northern. Las calles numeradas —calle 1, calle 2 y calle 3— también van en paralelo a las vías. Las calles que se cruzan con las vías empiezan con la calle N cuando uno entra en el pueblo desde el oeste, luego viene la calle E. Luego la calle I. De un extremo a otro, las calles deletrean la palabra NEILSON, el apellido de los hermanos James y Dugal, que planificaron el pueblo en 1888.

El cruce más importante, el de la calle 2 y la calle I, está flanqueado por dos edificios comerciales de dos plantas. El edificio más grande del centro del pueblo es la mole art déco descolorida del edificio Phillips, que alberga el cine Empire, cerrado desde hace décadas. El más bonito es el edificio del Whitman Bank, de ladrillo y con

el nombre del banco pintado con letras doradas en las ventanas. Al lado está la peluquería Hometown.

El paisaje durante un centenar de kilómetros en cualquier dirección es una extensión de artemisa y planta rodadora, salvo allí donde las suaves colinas han sido aradas para plantar trigo. Allí giran los remolinos de polvo. Las vías del tren conectan los altos elevadores de grano de las poblaciones agrícolas como Lind, Odessa, Kahlotus, Ritzville y Wilbur. En el extremo norte de Lind se elevan las ruinas de cemento del puente de caballete de la carretera de Milwaukee, tan dramático como un acueducto romano.

No hay constancia del origen del nombre de Lind.

En el extremo sur del pueblo están las plazas de los rodeos, donde las tribunas circundan tres lados de la plaza de arena y las liebres pastan en un aparcamiento de grava, junto a los restos mellados y oxidados de los concursantes jubilados del combate de cosechadoras.

Se trata de cosechadoras, esas máquinas grandes y lentas que se usan para cosechar el trigo. Todas las cosechadoras tienen cuatro ruedas: dos ruedas delanteras gigantescas que llegan hasta el pecho y dos traseras pequeñas que llegan hasta las rodillas. Las ruedas delanteras son las que llevan a cabo la tracción. Las traseras se encargan de la dirección. En caso de necesidad —por ejemplo, cuando alguien te arranca las ruedas de detrás— se puede dirigir con las delanteras. Cada una de estas tiene freno individual, así que para girar a la derecha solo hay que parar la rueda derecha y dejar la izquierda en marcha. Para girar a la izquierda se hace lo contrario.

La parte delantera de cada cosechadora es una pala ancha y baja que se llama morro. Se parece un poco a la pala que tiene delante un bulldozer, pero es más ancha, más baja y está hecha de lámina de metal. Sirve para recoger el trigo. Luego el trigo del morro es tamizado, trillado y metido en un camión. El conductor va sentado, a dos metros del suelo, junto al motor. En lo tocante al tamaño y la forma, parece que el conductor vaya montado en un elefante de acero rectilíneo.

Aquí, el morro es lo que se usa para reventar los neumáticos ajenos. O para arrancarles el morro a los demás. O para destrozarles la correa de transmisión. Es por eso por lo que en los años anteriores la gente llenaba los morros de cemento o bien los soldaba con capas de placas acorazadas o los recortaba para que a las demás cosechadoras les resultara más difícil engancharse.

Pero ahora eso va contra las normas. Muchas normas cambiaron después de que Frank Bren atropellara a su padre en 1999, le rompiera la pierna y le dejara una rueda delantera gigantesca aparcada encima. Desde entonces Mike Bren ha ido cojo.

Este año Frank conduce la número 16, una Gleaner CH pintada de amarillo brillante, llena de banderas americanas ondeantes y con un lazo enorme de cinta amarilla hecho de contrachapado. La ha bautizado: *Espíritu de América, la cinta*

amarilla.

—La descarga de adrenalina cuando estás ahí es magnífica —dice Frank Bren—. No es tan bueno como el sexo pero se le acerca. El ruido de metal aplastado es simplemente genial.

El resto del año Bren conduce un camión de transporte de grano. El cultivo de trigo de secano comporta que no hay irrigación y tampoco hay mucho dinero. En la década de 1980 los padres del pueblo estaban buscando una forma de conseguir dinero para el centenario de Lind. Dice Mark Schoesler, el conductor de la número 11, una cosechadora Massey Super 92 de 1965 pintada de verde y bautizada *Tortuga:*

—El instigador fue Bill Loomis, de Camiones y Tractores Loomis. Repartió cosechadoras viejas entre la población. Las vendió a bajo precio. Las cambió por otras cosas. Se prestó a cualquier tipo de trato que la gente quisiera llevar a cabo. Y salió tan increíblemente bien que nadie pudo dejar de hacerlo.

Ahora, en la decimoquinta edición, unas tres mil personas acuden y pagan diez dólares por cabeza para ver cómo Schoesler embiste con su cosechadora a otras diecisiete máquinas, una y otra vez, durante cuatro horas, hasta que solo una de ellas sigue funcionando.

Las normas: el morro tiene que estar como mínimo a cuarenta centímetros del suelo. Solo se pueden llevar veinte litros de gasolina y el tanque de gasolina tiene que estar protegido por el depósito del trigo en la parte central de cada cosechadora. Se pueden usar solamente diez piezas de hierro angular para reforzar la máquina. Hay que quitar todo el cristal de la cabina. No se pueden rellenar los neumáticos de calcio ni de cemento para conseguir mejor tracción. Hay que tener por lo menos dieciocho años, llevar casco y cinturón de seguridad. La cosechadora ha de tener por lo menos veinticinco años de antigüedad. Hay que pagar cincuenta dólares en concepto de inscripción.

Los jueces le dan a cada participante una bandera roja que sirve para señalar que uno sigue en el combate.

—Si bajas la bandera estás fuera —dice Jared Davis, de dieciocho años, que conduce la número 15, una McCormick 151—. Si se te rompe la cosechadora y ya no puedes hacerla funcionar ni hacerla moverse, te dan un lapso de tiempo después del cual bajas la bandera y estás fuera.

En la parte trasera de la número 15 de Davis hay un dibujo a mano de un ratón enseñando el dedo de forma obscena. La número 15 se llama *Ratón Mickey.*

Davis dice:

—Se trata de gente normal que se quiere divertir. Gente trabajadora normal y corriente. Uno ventila sus frustraciones y tiene la oportunidad de destrozar cosas.

A pesar de todas las normas, todavía se permite beber. Davis da un trago de una lata de Coors y dice:

—Mientras puedas caminar, puedes conducir.

En la zona de mecánicos cubierta de hierba que hay detrás de la plaza de rodeos, Mike Hardung está aquí por tercer año conduciendo la *Gangrena de la mala*, una John Deere 7700 de 1973.

—A mi mujer le preocupa que haga esto, pero es que yo hago muchas chifladuras —dice Hardung—, Como las carreras de cortadoras de césped, o sea, pilotando una cortadora. Es un rollo muy popular. Tenemos la Asociación del Noroeste de Carreras de Cortadoras de Césped. Las pilotamos a más de sesenta y cinco kilómetros por hora.

Sobre los combates de cosechadoras, estar sentado ahí arriba y destrozar una montaña de metal, Hardung dice:

—Es un caos. No sabes dónde estás. Tienes que tener mucho cuidado con los puntos flacos, como la parte de atrás de la cosechadora y los neumáticos. Luego te dejas llevar por el entusiasmo y les das bien fuerte. Yo soy de los que dan bien fuerte.

Hardung señala las poleas y las correas que conectan el motor con el eje delantero y dice:

—Hay que proteger la transmisión para que nadie le pueda dar. Si me arrancan una correa estoy listo.

Algunas cosechadoras tienen transmisión hidrostática, sin palanca de cambio, me cuenta. Cuanto más fuerte empujes la palanca, más deprisa va la máquina. Otras tienen transmisiones manuales. Sus conductores tienen una fe ciega en un embrague y una palanca de cambio. Otros tienen fe ciega en no beber antes del evento. Cada cual tiene una estrategia distinta.

—Yo me meto —dice Hardung—. Y examino el terreno. Ataco a los chungos. A los más pequeños los dejo en paz, a menos que ellos me ataquen primero.

Dice:

—Aquí se revientan los neumáticos. Nos damos tan fuerte que nos arrancamos el morro de las cosechadoras o la parte trasera. Hace un par de años hicimos volcar a uno.

Para reparar los daños entre eliminatorias, Hardung y sus mecánicos de la *Gangrena de la mala* han traído piezas extra y suministros. Partes traseras de cosechadoras. Ejes. Neumáticos. Ruedas. Soldadores. Grúas. Pulidoras. Y cerveza.

—Si el trabajo en el campo sigue empeorando —dice Hardung—, voy a empezar a traer mis cosechadoras nuevas.

Cuando le pregunto cuál le preocupa más, Hardung señala una cosechadora enorme, pintada de azul y con una aleta dorsal sobresaliendo de la parte superior. Tiene unos enormes dientes blancos y un monigote a medio devorar que sobresale de la boca del morro. En la parte delantera, pintado en letras grandes y negras, dice: «Josh».

—Voy a estar vigilando a la *Tiburón* —dice Hardung—. Es grande porque es una cosechadora de colina, y tiene un hierro especial por dentro. Y ruedas de metal fundido. Es una máquina dura.

Josh Knodel es un conductor novato de dieciocho años. Desde que tenía catorce él y su amigo Matt Miller han estado trayendo y reparando a la *Tiburón*, una cosechadora John Deere 6602, y sus padres la han estado conduciendo. En sus dos primeros años se llevaron el primer premio a casa. El año pasado se les averió la máquina cuando tenían un neumático reventado y solamente quedaban otras tres cosechadoras.

—No se puede hacer gran cosa para proteger el neumático en sí —dice Knodel—. Lo que tengo que hacer sobre todo es tener cuidado de que no me acorralen, de no ponerme en una situación en la que una cosechadora se me ponga detrás y me impida retroceder de forma que alguien pueda dedicarse a machacarme los neumáticos. Tengo que intentar moverme todo el tiempo para que nadie me inmovilice.

Dice:

—Primero de todo voy a intentar dejar a todo el mundo en tierra. Les golpearé las ruedas traseras para intentar arrancárselas. Cuando a uno lo dejan así en tierra ya no es ni la mitad de rápido o ágil. Se pierde mucho control. Pierdes un neumático y toda la parte trasera de tu vehículo se arrastra por el polvo. A veces se desprenden las llantas enteras y acabas arrastrando todo el trasero.

»Estoy sobre todo emocionado —dice Knodel—. Llevo toda la vida queriendo hacer esto. Hoy es el día. Pero estoy nervioso. Anoche me costó dormirme —dice—. No recuerdo haberme perdido nunca un combate. En nuestra casa es un acontecimiento importante. Siempre bajamos al pueblo para el rodeo y el combate de cosechadoras. Es un sueño hecho realidad, está claro, el poder venir aquí esta tarde y conducir. Si ganas tu eliminatoria te dan trescientos dólares. Si quedas segundo en tu eliminatoria te dan doscientos y si quedas tercero cien. Pero si ganas todo el combate son mil dólares. Eso es bastante guita.

»No hay seguro —añade Knodel—. No firmamos nada, lo cual es asombroso. Lo normal sería que el Lions Club nos hiciera firmar algo diciendo que si alguien se hace daño ellos no se responsabilizan, pero yo no he firmado nada. Todos los que hemos venido estamos aquí para pasarlo bien. Nos damos cuenta de que estamos por nuestra cuenta y riesgo.

Las tribunas se van llenando. Al aparcamiento está llegando una larga hilera de coches y camiones. Un camión cisterna se dedica a mojar la arena de la plaza de rodeos.

Al principio del combate, las cosechadoras entran en la plaza y aparcan formando dos largas hileras. Mientras esperan, la multitud se pone de pie. La reina del rodeo de Lind durante tres años consecutivos, Bethany Thompson, vestida con lentejuelas

rojas, blancas y azules y sosteniendo una bandera americana, galopa a lomos de su caballo cada vez más deprisa alrededor de las cosechadoras congregadas. A medida que Thompson gana velocidad, con su bandera ondeando al viento, los conductores de las cosechadoras permanecen de pie con la mano derecha sobre el corazón y los tres mil miembros del público recitan la jura de bandera. A la gente que ha venido de visita de la ciudad les dan palmadas o puñetazos en la espalda y les gritan por no quitarse el sombrero.

El combate consta de cuatro eliminatorias: la primera es para los que han participado antes en la competición, la segunda es para los novatos, la tercera vuelve a ser para conductores con experiencia y la cuarta empieza con una ronda de consolación para todas las cosechadoras perdedoras que todavía puedan funcionar. Después de las eliminatorias, los ganadores de las tres primeras entran en la plaza, y todo el que todavía se pueda mover —ganadores y perdedores— lucha a muerte.

Una vez terminada la jura, un juez lee un tributo escrito por el conductor Casey Neilson y el equipo de la cosechadora número 9, una McCormick International 503 de 1972 con luces giratorias de ambulancia azules y rojas en el techo. El amuleto de Neilson es la peluca afro que siempre lleva cuando conduce. La gente lo llama Afro Man. Y él llama a su cosechadora la *Rambulancia*.

Se oye por el sistema de megafonía:

—Al equipo de la Odessa Trading Company le gustaría dedicar un momento a dar las gracias a los hombres y mujeres del servicio de ambulancias y del departamento local de bomberos voluntarios por todo su duro trabajo y su dedicación. Si no fuera por vosotros, algunos no estaríamos aquí.

Todas las cosechadoras salvo siete abandonan la arena y empieza la primera eliminatoria.

Un juez dice por el sistema de megafonía:

—Señor, ayúdanos a tener un espectáculo seguro y de calidad esta noche.

De buenas a primeras, Mark Schoesler, a bordo de la *Tortuga*, pierde un neumático trasero. La *Gangrena de la mala* y la *Invento de J y M* hacen chocar los morros. La *Máquina antediluviana*, la *Bala de plata* y la *Patrulla coñil* levantan polvareda y se persiguen las unas a las otras en círculos. A la *Gangrena de la mala* le revienta un neumático trasero. A la *Invento de J y M* le revienta un neumático trasero y el conductor, Justin Miller, parece tener problemas: no puede moverse, está inclinado y desaparece en el interior del compartimento del motor de su cosechadora. La *Bala de plata* está completamente inmóvil, un juez la declara fuera de combate y el conductor Mike Longmeier baja su bandera roja. La *Patrulla coñil* tiene una rueda trasera completamente arrancada y luego pierde el eje trasero, pero sigue adelante, arrastrándose por la arena solamente con las ruedas delanteras. La *Rayo rojo* aplasta la parte de atrás de la *Patrulla coñil*. El compartimento del motor de la *Gangrena de*

la mala se abre y empieza a salir humo. A la *Rayo rojo* se le incendia el motor. La *Invento de J y M* regresa a la vida y Miller reaparece en el asiento del conductor. La *Patrulla coñil* se arrastra por la arena. La *Invento de J y M* le arranca la parte trasera a la *Tortuga.* A la *Gangrena de la mala* se le cae la jarra de cerveza. A la *Tortuga* se le desprende el eje trasero. Y Miller vuelve a quedarse parado. Los jueces despiden con la mano a la *Tortuga y* Schoesler baja la bandera roja. La *Invento de J y M* es eliminada, la *Patrulla coñil* es eliminada y la *Gangrena de la mala* queda ganadora.

En la zona de mecánicos el equipo rodea la *Invento de J y M,* aporreando con martillos y puliendo el metal. Saltan chispas de los sopletes de soldar. Se cambian los neumáticos. Miller, directo a la ronda de consolación, dice:

—No me importa quién gane con tal de que podamos golpear lo más fuerte posible durante todo el tiempo que podamos.

A modo de descripción de la mejor manera de golpear, dice:

—Yo uso los frenos. En estas cosechadoras hay un freno distinto para cada lado, así que, si bloqueas uno, puedes girar y usar uno de los lados del morro. Lo haces ir cinco o seis veces más deprisa que la cosechadora, y cuando le das a alguien justo en la esquina, le haces un montón de daño a su máquina.

Hay que balancear el morro, dice, es como un golpe de molinete en boxeo.

—Le revientas el neumático. La rueda queda destruida. Ese morro puede estar yendo a treinta y cinco o cuarenta kilómetros por hora. Y menudo estruendo hace... El culo de la cosechadora se levanta del suelo. Se levanta a medio metro del suelo.

Entre eliminatorias una carretilla elevadora y un camión grúa entran en la arena y se llevan a los muertos, el hierro angular todo roto y los morros aplastados. La reina del rodeo Thompson tira camisetas al público. Fluye la cerveza.

De vuelta a la zona de mecánicos, los pilotos novatos como Davis y Knodel, todos ellos en edad de ir a la universidad salvo Garry Bittick, que conduce la *Tanque,* se ponen en fila para su eliminatoria.

Durante el primer minuto, la *Ciervo devastador* de Jeff Yerbich muere a consecuencia de dos neumáticos traseros reventados. La *Hombrecillos verdes* embiste a la *Tanque* y la levanta tanto del suelo que a punto está de hacerla volcar hacia atrás. La *Tiburón* pierde una rueda trasera. A la *Ratón Mickey* le aplastan el morro y se lo arrugan todo como si fuera de papel de aluminio. La *Tanque* se para en seco y baja la bandera roja. La *Tiburón* persigue a la *Ratón Mickey* en círculos. Knodel clava el morro en los neumáticos delanteros de la *Ratón* y se los revienta. Con la *Ratón* detenida, la *Tiburón* sigue embistiendo hasta que el juez hace bajar la bandera a la cosechadora muerta. La *Tiburón* pierde un neumático trasero pero se sigue arrastrando. La *Vikingo* está muerta. A la *Tanque* le arrancan el morro. Se acaba el tiempo y la *Tiburón* y la *Hombrecillos verdes* quedan empatadas como ganadoras.

En la zona de mecánicos Bittick se está recuperando de estar a punto de volcar y

quedar atrapado bajo las cinco toneladas de la número 5, la *Tanque.* Con cuarenta y siete años de edad, ya es un poco mayor para entrar en la eliminatoria con los novatos. Su hijo Cody tenía que haber vuelto a casa de permiso del ejército y conducir en el combate, pero se le acabaron los permisos. Lo que ha hecho es enviar las banderas —una bandera del 82.º Regimiento de Aviación, una bandera de los desaparecidos en combate y una bandera del ejército norteamericano— que ondean en la cosechadora marca International Harvester, la que tiene pintado el camuflaje para el desierto y los dibujos de árabes en camellos perseguidos por misiles crucero.

—Me han dado un montón de golpes tremendos, todo el mundo embistiendo al mismo tiempo, con el morro —dice Bittick—. Por supuesto, se me ha levantado la parte trasera del vehículo, el morro se ha soltado y la máquina se ha averiado. Podría haber volcado —dice—. Se te pone el corazón a cien. Sin cinturón de seguridad uno saldría volando.

Para los primerizos Davis y Knodel ha sido como ir en la montaña rusa:

—¡Ha sido increíble! Ha sido la hostia de divertido —dice Davis, sosteniendo una lata de cerveza mientras su equipo arregla la *Ratón Mickey* para la ronda de consolación—. Tengo que volver y darle una buena paliza a todo el mundo para divertirme.

Para Knodel y la *Tiburón*, su primer intento ha sido un poco más duro.

—Ha sido mucho más de lo que esperaba —dice Knodel—. No me imaginaba que fuera a tener que concentrarme tanto. Estaba intentando conducir y sudando a mares.

Uno de los pocos conductores que no está bebiendo cerveza ni vodka, Knodel, describe la sensación de estar ahí subido en medio de la arena y los gritos.

—La verdad es que no se oye nada. Yo no oía al público. Lo único que oía era mi motor. Y va el motor y se me para. He seguido adelante y no me he dado cuenta de que se me había parado. Con toda la descarga de adrenalina, seguía mirando a ver quién venía a por mí. Al final solo me he dado cuenta de que el motor arrancaba otra vez porque al levantar la vista veía las hélices del ventilador, y al final he visto que volvían a girar. Entonces he podido continuar.

En la tercera eliminatoria las cosechadoras empiezan aparcadas con las partes traseras juntas y los morros hacia fuera como los radios de una rueda. En el segundo grupo de conductores experimentados, la *Rambulancia* le raja un neumático trasero a la *Chavalotes.* La *Cerdo de matanza exprés* le arranca el trasero a la *Máquina antediluviana.* La *Chavalotes* le aplasta el trasero a la *Espíritu de América* y le hace polvo el eje de atrás. La *Cerdo de matanza exprés* mete el morro debajo del extremo trasero de la *Rambulancia.* La *Máquina antediluviana* está parada con el compartimento del motor abierto y humeando. Un momento más tarde Chet Bauermeister la pone en marcha de nuevo. La *Cerdo de matanza exprés* queda

atrapada entre la *Chavalotes* y la *Máquina antediluviana.* La *Chavalotes* pierde los dos neumáticos traseros pero sigue moviéndose apoyada en las llantas. La *Máquina antediluviana* vuelve a morirse. La *Chavalotes* embiste a la *Cerdo de matanza exprés* por detrás y le hunde el trasero rosado en la arena. La *Chavalotes* se pone en marcha y embiste a la *Máquina antediluviana.* La *Cerdo de matanza exprés* ha muerto. La *Rambulancia* ha muerto. La *Chavalotes* empuja a la *Máquina antediluviana* en círculos hasta que Bauermeister baja la bandera. El conductor de la *Chavalotes,* Kyle Cordill, es el ganador.

En la zona de mecánicos los equipos ganadores y los perdedores reparan sus cosechadoras para la ronda final. Las soldadoras, los sopletes y las pulidoras arrojan una lluvia de chispas sobre la hierba seca y la gente se dedica a perseguir los pequeños incendios espontáneos y a apagarlos con latas de cerveza. Las barbacoas asan perritos calientes y hamburguesas. Los niños y los perros corretean alrededor de las cosechadoras volcadas y apoyadas en gatos hidráulicos.

Cerca de la número 17, la *Hombrecillos verdes,* un grupo de chicas bebe cerveza y mira disimuladamente al conductor Kevin Cochrane.

Cochrane, de veinte años de edad, dice:

—Sí, existen grupis de los combates de cosechadoras. No creo que haya grupis del mismo Lind, pero sí de otros pueblos. Creo que van siguiendo el circuito. Solamente hay dos combates, así que es un circuito pequeño.

Cochrane mira a las chicas mientras una de ellas deja atrás a sus amigas y se acerca.

—¿Que cómo son las grupis? —dice—. Pues en primer lugar son un poco palurdas. Llevan botas de cowboy y cosas así. Un poco al estilo campesino, pero no como esa. —Señala con la cabeza mientras la chica se acerca.

La chica se llama Megan Wills. Cuando le pregunto por qué no hay mujeres conductoras, dice:

—¡Porque es muy jodío! ¡A Josh le han dao una buena!

—Antes había mujeres conductoras —dice Cochrane.

—¡Una! ¡Y hace mucho tiempo! —grita Wills, que tiene a su hermano en el equipo de mecánicos de la número 14, la *Patrulla coñil*—. ¡No hay mujeres conductoras porque es una cosa muy jodía! ¡Yo ahí no me meto ni loca! ¡La menda prefiere emborracharse y tirarse a todos los tíos buenos que conducir esa mierda! ¡Anda que nooo!

Cochrane da un trago de su cerveza y dice:

—Creo que si uno no bebe nada se pone demasiado nervioso. Te metes ahí y estás todo tenso. Hay que relajarse un poco.

Antes de la ronda de consolación, los jueces recorren la zona de mecánicos diciéndole a la gente que sus treinta minutos de reparaciones han terminado hace rato.

Solo la *Ratón Mickey* y la *Invento de J y M* están listas y esperando en la arena. El sol está por debajo del horizonte y oscurece deprisa. Los jueces anuncian por los altavoces:

—Necesitamos nueve cosechadoras en el ruedo. Solamente tenemos dos. Nos faltan siete.

Frank Bren, conductor de la *Espíritu de América,* llega corriendo, con la camiseta y las manos embadurnadas de aceite de motor, sudor y sangre seca:

—No vamos a llegar a tiempo —les dice a los jueces—. No conseguimos cambiar un cable hidráulico.

Un juez lee los nombres de las cosechadoras a las que todavía se espera en la arena.

—Estáis pasándoos del límite de tiempo —dice—. Y poniendo a prueba la paciencia de los jueces.

La *Rambulancia* entra en el ruedo, arrastrando una rueda trasera pinchada. La *Rayo rojo* consigue llegar. La *Bala de plata* llega cojeando. Nada más empezar la ronda, la *Rayo rojo* embiste a la *Rambulancia* y del choque saltan chispas. La *Bala de plata* clava el morro en los neumáticos delanteros de la *Invento de J y M.* La *Rambulancia* pierde el eje trasero. La *Ratón Mickey* pierde una rueda de atrás. La *Invento de J y M* embiste frontalmente a la *Rayo rojo.* Luego la *Rambulancia* hace chocar su morro con el de la *Invento* tan fuerte que las traseras de ambas cosechadoras se levantan un metro del suelo. La *Ratón Mickey* se engancha a la *Rayo rojo* tan fuerte que le arranca las dos ruedas de atrás y le revienta un neumático delantero. El golpe le arranca el morro a la *Ratón Mickey* y Davis baja la bandera. Se queda sentado, despatarrado en el asiento y con la cara levantada en dirección al cielo a oscuras. La *Rambulancia* se arrastra por un campo lleno de tornillos y trozos de metal. La *Bala de plata* y la *Invento de J y M* embisten tan fuerte a la *Rayo rojo* que el golpe mata a la *Bala de plata.* Luego la *Invento* baja la bandera.

Mientras esperamos a que las grúas limpien y los ganadores se presenten a la confrontación final, Thompson tira más camisetas a las tribunas. Una luna naranja y enorme asciende y parece pararse, flotando en el horizonte.

Los ganadores de las tres primeras eliminatorias y cualquier cosechadora superviviente entran en la arena. Está completamente oscuro y las banderas rojas que los conductores tienen al lado parecen negras al recortarse sobre el fondo de humo y polvo. A la *Máquina antediluviana* se le está cayendo el radiador y la pequeña cosechadora Massey 510 está desaparecida en medio de una nube de vapor blanco. Los motores de las nueve cosechadoras rugen al unísono y empieza la ronda final.

Nada más empezar la *Hombrecillos verdes* pierde la parte trasera y se queda tirada en una esquina. La *Tiburón* embiste el trasero de la *Patrulla coñil* y la mata al instante. La *Máquina antediluviana* corre a toda pastilla por el ruedo, llenando la

arena del vapor que le sale del radiador hecho un colador. Mientras un tren de carga de la Burlington Northern pasa a toda velocidad, haciendo sonar su silbato por encima del ruido del combate, la *Tiburón* se queda atascada, con el morro enganchado debajo del trasero de la *Patrulla coñil*. La *Cerdo de matanza exprés* aplasta el culo de la *Gangrena de la mala*. La *Tortuga* permanece escondida, con las ruedas traseras apoyadas en el borde del ruedo, donde ninguna cosechadora pueda golpearla sin empujarla contra el público apelotonado. La *Cerdo de matanza exprés* se detiene, muerta. La *Tortuga* se aventura a golpear a la *Rambulancia*, que ya no tiene eje trasero. En una esquina yace muerta la *Hombrecillos verdes*, con la antena de radar plateada de Cochrane todavía dando vueltas.

Escondida en los límites del vuelo, la número 11, la *Tortuga*, no es precisamente una favorita del público.

—Hay quien dice que no doy el cien por cien —dice Schoesler, su conductor—. Que evito demasiado el contacto. A mí me gusta pensar en esto como la vieja táctica de contención de Muhammad Ali. Ponte contra las cuerdas y déjales que te den donde no duele. Y si ves un hueco, da un golpe corto y apártate. Me ha funcionado bastante bien toda la vida.

Para Schoesler, que representa al Noveno Distrito Legislativo en la Cámara de Representantes del estado de Washington, el combate es una oportunidad para hacer campaña. Está planeando presentarse a senador.

—Ser un cargo electo siempre provoca unos cuantos golpes cortos —dice—. En broma, espero. Y el ganador de un combate anterior es un hombre marcado. Como gané una edición anterior, soy un objetivo. Ser un cargo electo me convierte en objetivo por partida doble.

Ahora en el ruedo, la *Máquina antediluviana* sigue llenando el aire de vapor y su motor echa chispas. La *Tortuga* sigue escondida, a salvo junto a la multitud de espectadores.

La *Rambulancia* baja la bandera. La *Gangrena de la mala* embiste a la *Tortuga* y la devuelve a la contienda. La *Invento de J y M* embiste a la *Tortuga* y las cosechadoras muertas permanecen tiradas, chamuscadas y destruidas, convertidas en simples obstáculos en la arena oscura llena de humo y vapor. La *Tortuga* intenta escapar y termina embutida entre la *Chavalotes*, la *Gangrena de la mala* y la *Invento de J y M*. La *Máquina antediluviana* se queda quieta pero con el radiador todavía humeando. La *Tortuga* se escapa, dejando que sus tres atacadores se zurren entre sí. El morro de la *Invento de J y M* sigue tan perfecto como cuando salió de la fábrica, pero ya no le funciona la dirección en la parte trasera. Huele a líquido de freno caliente y amargo y acaba por pararse, con Miller encorvado, intentando arrancar otra vez el motor. A la *Gangrena de la mala* se le cae el morro y Hardung es eliminado. La *Tortuga* sigue escondida en los márgenes. La *Chavalotes* apenas puede controlar

la dirección.

A medida que el tiempo toca a su fin, los jueces dictaminan. El dinero del primer y el segundo puesto se lo reparten la *Gangrena de la mala* y la *Tortuga*. La *Chavalotes* queda tercera.

A las diez de la noche todo se ha acabado excepto el consumo abundante de alcohol. Las botas de cowboy ya patean el polvo de camino al aparcamiento. La música country se mezcla con el hip-hop y el aire se vuelve rosa por efecto de los miles de luces traseras y luces de freno que esperan el momento de coger la autopista.

Terry Harding y el equipo de la *Rayo rojo* dicen:

—Búscanos sobre las doce o la una y nos encontrarás cocidos.

Kevin Cochrane se vuelve a estudiar agricultura a la Universidad Estatal de Washington.

Frank Bren se vuelve a conducir su camión de transporte de grano.

No hay duda de que Mark Schoesler va a seguir en el gobierno estatal durante otra legislatura. Y las cosechadoras —la *Rayo rojo*, la *Tiburón*, la *Patrulla coñil* y la *Naranjada*— permanecerán aparcadas y oxidándose hasta que llegue la hora de repararlas y de hacerlas chocar y de repararlas y de hacerlas chocar, una y otra vez, el año que viene.

Esta es la forma que tienen de reunirse los hombres del condado de Adams. Los granjeros se marchan cada vez más a trabajar a la ciudad. Las familias se dispersan. Los años juveniles de vivencias compartidas en el instituto de los jóvenes van quedando cada vez más atrás. Esta es su estructura de normas y tareas. Una forma de trabajar y jugar juntos. De sufrir y celebrar. De reunirse.

Hasta el año que viene todo se ha acabado. Salvo el desfile de mañana. El rodeo y la barbacoa. Las historias y los hematomas.

—Mañana todos tendrán agujetas —dice Carol Kelly, de la organización del combate—. Todos tendrán los hombros y los brazos doloridos. Y los cuellos también: apenas podrán girar la cabeza.

Y dice:

—Por supuesto que se hacen daño. Si te dicen que no, es que se están haciendo los duros.

Mi vida como un perro

(My Life as a Dog)

Las caras que establecen contacto visual se convierten en muecas de burla. El labio superior se retrae para enseñar los dientes y la cara entera se frunce alrededor de la nariz y los ojos. Un niño rubio con pinta de Huck Finn echa a andar a nuestro lado y se pone a darme palmadas en las piernas y a gritar:

—¡Te veo el CUELLO! ¡Eh, gilipollas! ¡Te veo el cuello por detrás!

Un hombre se dirige a una mujer y le dice:

—Dios mío, solamente en Seattle...

Otro hombre de mediana edad dice en voz alta:

—Esta ciudad se ha vuelto demasiado liberal...

Un joven con un monopatín debajo del brazo dice:

—¿Te crees que molas? Pues no molas. Pareces un capullo. Pareces un puto capullo...

Pero no se trataba de quedar bien.

Como hombre blanco, uno puede pasar la vida entera sin problemas de integración. Uno nunca entra en una joyería donde solamente ven su piel negra. Uno nunca entra en un bar donde solamente le ven las tetas. Ser un blanquito es como ser papel de pared. Nunca llamas la atención, ni para bien ni para mal. Aun así, ¿cómo sería vivir llamando la atención? Con todo el mundo mirando. Dejarles que saquen sus conclusiones y dar por sentado que lo van a hacer. Dejar que durante un día entero la gente proyecte sobre uno algún aspecto de sí misma.

Lo peor de escribir ficción es el miedo a echar a perder tu vida sentado delante de un teclado. La idea de que al morir te darás cuenta de que solo viviste sobre el papel. De que tus únicas aventuras fueron fantasías y de que mientras el mundo peleaba y se besaba, tú estabas sentado en una habitación a oscuras, masturbándote y ganando dinero.

Así que la idea era que una amiga y yo alquiláramos disfraces. Yo sería un dálmata moteado y sonriente. Ella sería un oso pardo bailarín. Disfraces sin señales de género. Simplemente disfraces de piel sintética que nos esconderían las manos y los pies y cabezotas de pesado cartón piedra que impedirían que nos vieran la cara. Nada de darle a la gente ninguna pista visual, ninguna expresión facial o ningún gesto que decodificar: no éramos más que un perro y un oso paseando, de compras, haciendo el turista en el centro de Seattle.

Yo ya tenía alguna idea de cómo iba a ser. Cada mes de diciembre la Asociación Cacofónica Internacional celebra una fiesta llamada la Invasión de Santa Claus, en la

que cientos de personas aparecen en una ciudad, todos disfrazados de Santa Claus. Nadie es blanco ni negro. Nadie es viejo ni joven. Hombre ni mujer. Todos juntos se convierten en un mar de terciopelo rojo y barbas blancas que asaltan el centro, bebiendo, cantando y volviendo loca a la policía.

En una Invasión de Santa Claus reciente, la policía fue a recibir a un avión lleno de Santa Claus al aeropuerto de Portland, los acorraló con pistolas y espray antiviolación y anunció:

—Sea lo que sea que están planeando, la ciudad de Portland (Oregón) no los va a mirar con buenos ojos si denigran la figura de Santa Claus.

Con todo, quinientos Santa Claus tienen un poder que un perro y un oso solitarios no tienen. En el vestíbulo del museo de arte de Seattle nos venden entradas por catorce pavos. Nos hablan de las piezas en exhibición, retratos de George Washington cedidos en préstamo por la capital del país. Nos dicen dónde podemos encontrar los ascensores y nos dan mapas del museo, pero en cuanto pulsamos el botón del ascensor nos echan. No nos devuelven el dinero de las entradas. Nada de manga ancha. Mucho negar con la cabeza con expresión triste y una nueva política de seguridad que dice que los osos y los perros pueden comprar entradas pero no pueden ver las exposiciones.

A una manzana de las puertas del museo, los vigilantes todavía nos siguen, hasta que un nuevo grupo de vigilantes del edificio de al lado se hace cargo de nuestro seguimiento. A una manzana más allá, por la Tercera Avenida, un coche de la policía de Seattle aparece a nuestro lado y se pone a seguirnos a paso de tortuga mientras nos dirigimos al norte hacia el centro comercial.

Al pasar por el Pike Place Market, unos jóvenes esperan a que pase el perro y luego se ponen a darle puñetazos o patadas de kárate en la piel moteada. En los riñones. En la parte de atrás de los codos y las rodillas, con fuerza. Puñetazos y patadas, sin parar. Luego esos mismos jóvenes se apartan de golpe, miran hacia arriba y fingen que silban como si no hubiera pasado nada.

Esa gente con gafas de sol de espejo, todos con sus estrictos uniformes de hip hop y monopatines, son jóvenes que viven en el centro urbano y buscan integrarse. Delante del Bon Marché, en Pine Street, unos chavales nos tiran piedras, nos llenan de muescas el cartón piedra y nos golpean en el pellejo. Las chicas corren a nuestro lado en grupos de cuatro o cinco, sosteniendo cámaras digitales del tamaño de paquetes de tabaco plateados y aferrando al perro y al oso para sacarse fotos con ellos. Nos agarran fuerte, con los pechos suavemente apretados contra nosotros y abrazando nuestros cuellos de animales.

Con la policía todavía detrás, entramos corriendo en el Westlake Center, dejamos atrás el Nine West en la primera planta del centro comercial. Dejamos atrás el Mill Stream —«Regalos del Pacífico Noroeste»—, pasamos corriendo por delante del

Talbots y del Mont Blanc, por delante del Marquis Leather. La gente que tenemos delante se va apartando, pegándose a los escaparates del Starbucks y el LensCrafters, creando un hueco constante de suelo vacío y blanco para dejarnos correr. Detrás de nosotros se oye el crujido de los walkie-talkies y voces masculinas que dicen: «... sospechosos a la vista. Uno parece ser un oso bailarín. El segundo sospechoso lleva una cabeza grande de perro...».

Los niños chillan. La gente que hay en las tiendas se asoma para ver mejor. Los empleados se acercan para mirar y enseñan las caras por entre los jerséis y los relojes de pulsera de los escaparates. Es la misma excitación que sentíamos de niños cuando entraba un perro en nuestra escuela primaria. Pasamos por delante de Sam Goody, de la tienda Fossil, con los walkie-talkies siguiéndonos los pasos, las voces que dicen: «... el oso y el perro se dirigen al oeste, hacia el acceso de la primera planta a la zona de restaurantes del subterráneo...». Pasamos corriendo por delante del Wild Tiger Pizza y del Subway Sandwiches. Por delante de las chicas adolescentes que hay sentadas en el suelo charlando por los teléfonos públicos. «Afirmativo», dice la voz del walkie-talkie. Detrás de nosotros, dice: «... estoy a punto de detener a los dos supuestos animales...».

Menudo jaleo y menuda persecución. Los chavales nos apedrean. Las jovencitas nos manosean. Los hombres de mediana edad apartan la vista, niegan con la cabeza y fingen no ver al perro que hace cola con ellos en Tully’s para comprar un café con leche grande. Un tipo de mediana edad de Seattle, alto, con una coleta rubia y los pantalones remangados hasta la rodilla, enseñando los tobillos desnudos, pasa a mi lado y dice:

—¿Sabes que en esta ciudad la correa es obligatoria?

Una anciana con un peinado de peluquería teñido de color plateado y esculpido con laca agarra una pata moteada del perro, tira del pellejo y pregunta:

—¿Qué están anunciando? —Y echa a andar detrás de nosotros, sin soltar el pellejo, preguntando—: ¿Quién les paga para hacer esto? —Luego levanta la voz—. ¿Es que no me oyen? —dice—. Respóndanme —dice—. ¿Para quién trabajan? —dice—.

Díganmelo. —Camina agarrada a nosotros durante media manzana hasta que ya no puede más y se tiene que soltar.

Otra mujer de mediana edad que empuja un carrito de bebé del tamaño de un carro de supermercado, lleno de pañales desechables, preparado para biberón, juguetes, ropa y bolsas de la compra, con un bebé diminuto perdido en alguna parte de todo el revoltijo, en medio de la extensión de cemento de Pike Place Market, se pone a gritar:

—¡Todo el mundo atrás! ¡Atrás! ¡Podrían llevar bombas pegadas al cuerpo debajo de esos disfraces!

Por todas partes, los guardias de seguridad se rompen la cabeza inventando políticas públicas para tratar con gente disfrazada de animales.

Una amiga mía, Monica, trabajaba como payasa de alquiler. Mientras retorcía globos en forma de animales en fiestas de empresas, los hombres siempre le ofrecían dinero para follar. Retrospectivamente, dice que cualquier mujer que se vista como una idiota y que renuncie a estar atractiva es vista como licenciosa, disipada y dispuesta a follar por dinero. Otro amigo mío, Steve, lleva un disfraz de lobo todos los años al festival Burning Man y folla como un loco porque la gente, según dice, lo ve menos humano. Lo ve como algo salvaje.

A estas alturas, tengo las corvas doloridas de tanto recibir patadas. Los riñones me duelen de tantos puñetazos, y los omóplatos de las piedras que me han tirado. Tengo las manos cubiertas de sudor. Me duelen los pies de tanto caminar sobre el cemento. En Pine Street las mujeres pasan en coche, nos saludan con la mano y nos gritan:

—¡Sois un encanto!

Toda esa gente oculta tras sus propias máscaras: sus gafas de sol y sus coches y su ropa a la moda y sus peinados. Pasan jóvenes en coche y nos gritan:

—¡Putos MARICONES de mierda!

A estas alturas ya no me importa un comino. Este perro podría pasarse el resto de la vida paseando así. Con la cabeza bien alta. Ciego y sordo a los insultos de la gente. No necesito saludar con la mano ni consentir los caprichos de nadie ni posar con los niños en las fotos. No soy más que un perro fumando un cigarrillo delante de Pottery Barn. Tengo la espalda y un pie apoyados en la fachada de Tiffany and Company. Soy un simple dálmata llamando por el móvil delante de Old Navy. Es esa clase de actitud chulesca, esa sensación de que nada te puede afectar, que los tipos blancos se pasan toda la vida sin conocer.

Ahora hace un calor de narices. Es media tarde y el FAO Schwartz está casi desierto. Dentro del enorme escaparate hay un joven disfrazado de soldado de plomo con una casaca roja con hilera doble de botones de latón y un casco negro muy alto. La Barbie Shop está vacía. El soldado de plomo está jugando con un coche de carreras controlado por radio, a solas y atrapado ahí dentro en el primer día de sol que Seattle ha visto en varios meses.

El soldado de juguete levanta la vista, mira al perro y al oso que están entrando por la puerta y sonríe. Deja de prestar atención al coche de carreras, que se estrella con la pared, y dice:

—¡Tíos, sois lo más! —dice—. ¡Sois acojonantes!

Confesiones de piedra

(Confessions in Stone)

Si vuelan ustedes de Seattle a Portland (Oregón), cuando el avión gira para llevar a cabo la aproximación final al aeropuerto desde el este, al otro lado de las ventanillas, justo debajo... ahí lo tienen:

Una aparición de almenas y torres blancas. Torretas estrechas y blancas, un puente levadizo que cruza un lago turbio y un montón de ruinas de piedra en el centro de sus aguas inmóviles. En un extremo se levanta una gigantesca torre del homenaje redonda.

Ahí, en las colinas de las inmediaciones del pueblo obrero de Camas (Washington), donde la mayoría de los días el aire huele al humo amargo de la fábrica de papel, ahí está:

Un castillo.

Un castillo enorme. Un castillo de verdad.

Está rodeado de pequeñas parcelas de granjeros aficionados, de urbanizaciones de casas adosadas y del enorme complejo posmoderno de la nueva escuela secundaria de Camas, pero es un castillo vikingo. Con sus estantes para hachas de batalla y todo, listo para el próximo combate. Con un dragón que vomita fuego. Con cancelas de cinco metros de altura. Con todo eso y una cafetera Bunn. Y una nevera Frigidaire y Jerry Bjorklund, el constructor y vikingo residente.

Vuelen ustedes seiscientos kilómetros al nordeste, hasta las montañas Selkirk en el corredor de Idaho, y encontrarán un castillo de estilo bávaro apostado en los campos nevados a mil cuatrocientos metros de altura. Una fortaleza de piedra y vidrieras de colores con piscina interior climatizada y trozos como puños de cuarzo citrino amarillo semiprecioso, amatista púrpura y cuarzo rosado incrustados en las paredes. Arcos y pináculos y chapiteles, todo ello construido a mano, piedra a piedra, por un solo hombre llamado Roger DeClements.

Y en alguna parte entre el vikingo y el bávaro hay una alta y estrecha torre de cuatro pisos que se eleva desde una punta rocosa en la margen del río White Salmon. En este tercer castillo, un maniquí desnudo está sentado en la barandilla de un balcón del tercer piso, listo para distraer la atención de los practicantes de rafting en rápidos y de la gente en kayak que pasa y solamente puede verle los pechos desnudos un momento antes de que el río los arrastre al próximo recodo y los deje preguntándose qué es lo que han visto. O qué es lo que han creído ver: un puñado de torres de piedra gris. Robustos balcones de madera. Una cascada cayendo, verde, por la pared delantera de una terraza de piedra. Gigantescas camas con dosel y armarios de

anticuario y un antiguo piloto de caza llamado Bob Nippolt.

Ahí, en lo más profundo de las montañas Cascade, hay una aparición... una fantasía.

Un castillo.

—Parece haber una red secreta de constructores de castillos —dice Roger DeClements, que se cambió su antiguo y muy alemán apellido Grimes. Dice—: Debe de haber entre veinte y treinta personas que en estos momentos están construyendo un castillo en Estados Unidos. Muchos de ellos son gente que se lo hace todo ellos mismos, así que van más bien despacio. Empiezan como empecé yo, con sus propios diseños. Pero también hay un par de tíos muy ricos que simplemente van y buuum, se construyen el castillo más grande que pueda uno imaginar.

Aquí el hogar de un hombre es su castillo. Y viceversa. Y tal vez esta tendencia no sea más que una versión aumentada del instinto básico de construir un nido. Los castillos son a las casas normales lo que los todoterrenos son a los coches normales. Sólidos. Recios. Seguros.

O tal vez construir castillos sea un ritual de iniciación. Una forma de meditación o de reflexión. Durante la segunda mitad de su vida, después de que muriera su madre, el psicólogo y filósofo Carl Jung se puso a trabajar en la construcción de un castillo de piedra. Lo construyó en Bollingen, en la orilla del lago Zurich, en Suiza. Lo llamó su «confesión de piedra».

O tal vez construir castillos sea una reacción contra el espíritu rápido y efímero de nuestra época. Para los arquitectos, la época moderna terminó a las 15.32 de la tarde del 15 de julio de 1972, cuando el complejo residencial Pruitt-Igoe fue dinamitado en San Luis (Missouri). Había sido un ejemplo premiado de arquitectura internacional de líneas simples y edificios parecidos a cajas. Lo que los arquitectos llamaban «una máquina para vivir». Para 1972, se había convertido en un fracaso. Sus habitantes lo odiaban y la ciudad lo declaró inhabitable.

Aquel mismo año, el arquitecto Robert Venturi declaró que la idea de utopía de la mayoría de la gente se parecía más a Disneyland o a Las Vegas que a un moderno apartamento de bloques de cristal.

Así que no importa si construir un castillo es una declaración o una misión, un resultado del instinto de anidar o una extensión del pene... lo que sigue son las historias de tres hombres que dejaron sus respectivas carreras —como policía, como contratista y como piloto de caza— y se pusieron a construir sendos castillos. A continuación se cuentan los errores que cometieron. Y lo que aprendieron en el camino.

Caminando por su castillo, en lo alto de la montaña de granito que domina Sandpoint (Idaho), Roger DeClements es un hombre de cuarenta y siete años que aparenta veintisiete, con un pelo largo y tupido que le cuelga por debajo de los

hombros. Tiene los brazos y las piernas flacos y lleva una camiseta blanca de manga larga y unos vaqueros. Zapatillas de tenis. Tiene unas uñas sorprendentes, largas y estriadas, tal vez como resultado de los años que pasó tocando el bajo con una banda de rock.

—Siempre he estado construyendo —dice Roger—. Me construí mi primera casa en mil novecientos setenta y cinco. Luego alquilamos un sitio que estaba justo al lado de las vías del tren y la gente siempre estaba llamando a mi puerta. Luego vimos la película *El señor de las bestias* y aquello me dio algunas ideas. Me pareció que un castillo estaría bien porque sería seguro. Luego también vi que las casas se devaluaban con el paso del tiempo, mientras que un castillo subiría de precio y no se echaría a perder.

Hasta la actualidad Roger ha construido tres castillos, empezando por uno que le ocupó cinco semanas, hasta el último, que está a la venta por un millón de dólares.

—Básicamente nos pareció que sería divertido —dice—. Un sitio divertido donde vivir. Que a la gente le divertiría ver. Y luego está el hecho de que va a estar aquí permanentemente y se puede pasar de generación en generación.

La motivación de Jerry Bjorklund fue la diversión más un poco de alcohol.

—Soy bastante buen bebedor —dice—. Una noche estaba bebiendo un Black Velvet y llamé a un amigo del ayuntamiento y le dije: «Voy a construir un castillo». Y él dijo: «No, no puedes hacer eso». Y yo dije: «Sí que puedo». A la mañana siguiente me levanté y pensé: «Mierda. Le he dicho que iba a construir un castillo, así que manos a la obra...».

Pero ¿por qué un castillo?

Jerry se encoge de hombros y dice:

—No lo sé. Es mi sangre nórdica o algo así. Siempre me han interesado. Y me pareció buena idea. Nadie más tiene uno.

Con un bronceado oscuro que le queda de los inviernos pasados pescando en Mazatlán, Jerry está sentado en el apartamento que ocupa un ala de su castillo en las verdes colinas que se elevan sobre Camas (Washington). Tiene cincuenta y nueve años y es un agente jubilado del departamento de policía de Camas. Tiene la cara cuadrada con una barbilla robusta y hendida y un bigote poblado de vikingo ya canoso. Sus cejas pobladas y su mata de pelo son grises. Lleva una camiseta negra con bolsillos y unos vaqueros. Los viejos tatuajes de sus antebrazos se han vuelto de color azul oscuro.

Jerry fuma cigarrillos mexicanos marca Delicados.

—Me los traigo de allí —dice—. Los consigo a siete dólares el cartón. —Y suelta una risa cascada de fumador.

Sus ojos de color azul claro son casi del mismo tono que el de las encimeras de la cocina del apartamento. Bebe café solo y lleva un reloj con una gruesa correa

plateada.

Sus antepasados eran noruegos y él nació en Dakota del Norte, aunque se crió aquí en el estado de Washington. En 1980 se jubiló y se construyó una casita con tejado a dos aguas. En 1983 inició el castillo de sus sueños.

—Lo iba a construir de piedra —dice Jerry—. Por aquí tenemos mucha piedra. Y me pasé seis meses intentando hacerlo así. Con piedras. Y argamasa. Dios.

Sacando la piedra de una cantera que había en sus cinco acres y medio, Jerry construyó una torre de siete metros. Dice:

—Tenía hecha parte de una torre y me di cuenta de que aquello iba a ser una aventura increíblemente ardua.

Se ríe y dice:

—Y pensé que tenía que haber una forma mejor.

Así que llamó a su tío, que había sido maestro yesero durante cincuenta años, y le pidió información sobre el estucado. En julio de 1983 estaba construyendo su castillo con madera y cubriéndolo de estuco.

Dice:

—Eso representa un montón de tablones y un montón de planchas de contrachapado y un montón de grapas.

El armazón es de tablones colocados cada setenta centímetros y cubiertos con planchas de contrachapado de un centímetro y medio. Grapado a la plancha hay cartón alquitranado de ocho kilos y luego alambre de estucado, que se parece al alambre normal pero que está un poco separado de la madera para permitir que el yeso se meta por detrás del alambre y se endurezca alrededor del mismo.

—Se pone la primera capa —dice Jerry— y luego encima la capa marrón. Esta se alisa. Luego volvemos con una pistola de aire comprimido de las que se usan para extender techos acústicos y usamos arena blanca y aislante de vermiculita Zonolite. Lo mezclamos todo en el depósito de la pistola y lo aplicamos con aire comprimido.

Dice:

—Solo en el exterior hay ciento noventa toneladas de arena y cemento que acarreé con mis propias manos. Además, yo tengo mucho vértigo, y la tarea se convirtió en un infierno porque mi último andamio estaba a diez metros del suelo. Ah, Dios, fue una tarea terrible, y tardé tres días enteros en hacer el parapeto.

El castillo consiste en una «torre del homenaje» de tres plantas en el extremo oriental. Desde la torre del homenaje se extienden hacia el oeste dos alas que rodean un patio central. El extremo oeste del patio está cerrado y es un garaje. La torre del homenaje tiene unos ciento cincuenta metros cuadrados, a razón de unos cincuenta en cada planta. Cada una de las alas tiene unos cien metros cuadrados, una termina en un apartamento y la otra en un almacén. El garaje tiene unos cincuenta metros cuadrados.

Pensando en la construcción, Jerry enciende otro cigarrillo. Se ríe y dice:

—Hay algunas historias fantásticas.

Para terminar las paredes de doce metros de altura de la torre del homenaje, Jerry construyó un trípode sobre el tejado, usando los enganches que se fabrican para remolcar caravanas, que son básicamente vigas de acero de veinticinco centímetros en forma de I, y un trozo de revestimiento para pozos a modo de brazo. Me cuenta:

—Aquello daba mucho miedo. Construí una cesta de metro y medio por dos y medio. Era lo bastante alta como para estar de pie dentro y estaba cerrada con alambre por tres lados para poder trabajar directamente en la superficie del edificio. Luego me hice con un cabrestante eléctrico de una tonelada y doce voltios, con cable de ocho milímetros, y eso lo monté encima de la jaula con un control remoto. Imagínate esto: dos tíos que se meten en esa cosa con un rollo de alambre o de papel o de lo que sea que van a aplicar. Nos metemos ahí dentro y nos elevamos hasta donde queremos trabajar. Pues bueno, resultó que yo había cortado demasiado la tubería de revestimiento para pozos cuando lo fabriqué, de modo que la cesta no subía lo bastante como para trabajar en el parapeto.

Ahí, donde la parte superior de la torre se proyecta hacia fuera, justo delante de la cúspide almenada, Jerry tuvo que aplicar el estucado inclinado hacia atrás sin nada debajo más que doce metros de vacío.

—Se podía trabajar más o menos hasta la mitad de la parte que sobresalía, pero por encima de esa altura era una gran putada —dice—. Estábamos allí arriba colgando de aquel cable de ocho milímetros y yo tenía a dos personas en el suelo con cuerdas intentando mantener estable aquella cesta. Al día siguiente fui al pueblo, compré un montón de madera y construimos andamios.

Tardaron solo cuatro días en montar el andamio.

Reunir el dinero fue todavía más duro.

—Los putos banqueros —dice Jerry—. Hablé con ellos una vez mientras el castillo estaba en construcción y dijeron que no había ninguna garantía de que yo fuera a terminarlo nunca. Así que los mandé a la mierda.

Añade:

—Del banco no se puede conseguir un préstamo. Me han venido tasadores tres veces distintas. Y la conclusión final que han sacado es que es una estructura que «no se ajusta a ninguna categoría». —Y se ríe—. Ahí sí que la han clavado. Que no se ajusta... Me encanta.

»Así que reuní algo de dinero y avancé un poco —dice—. Entonces se me acabó el dinero y tuve que dejarlo y hacer otra cosa para sacarme algo más de pasta. Luego volví y trabajé un poco más. Al final uno aprende a hacer instalaciones eléctricas y fontanería. Se aprende sobre la marcha. Y no puedo decir que me disgustara. Gracias a Dios, me estoy haciendo demasiado viejo.

Los suelos interiores de la torre del homenaje se apoyan en postes verticales de veinte por veinte que sostienen vigas de veinte por treinta, cortadas a ojo por un amigo a partir de corazones de troncos.

—Los primeros dos pisos no fueron demasiado mal —dice Jerry—. Pero el tercero fue una putada enorme. Por la altura. Tuvieron que venir a apuntalar los de Evergreen Truss con su camión y el tipo tuvo que ponerle la extensión a su brazo y aun así apenas llegaba para ponerme las vigas. Aquello dio un miedo que te cagas.

La cocina del primer piso incluye una cocina de leña de 1923 y un lavabo pequeño. La sala de estar está en el segundo piso. El dormitorio y el baño completo están en la planta superior.

—Cuando vas al lavabo aquí —dice Jerry—, estás a nueve metros del suelo.

Ahora está divorciado, pero en la época en que construyó la torre Jerry Bjorklund estaba casado.

—Cuando hay mujeres de por medio, siempre están: «Necesito esto. Y necesito aquello. Y necesito un comedor aquí. Y necesito un lavavajillas» —dice Jerry—. Uno empieza a ponérselo todo y el resultado final acaba por no parecerse en nada a lo que tenías en mente originalmente.

Una vez dentro, la torre del homenaje parece una casa, con moqueta y arañas de cristal.

—Es como vivir en cualquier otro sitio —dice—. Te olvidas de dónde estás.

Cuando empezó a construir, Jerry no tenía ningún permiso oficial de nadie.

—En aquel momento yo estaba totalmente en contra del gobierno —dice—. Por supuesto que no tenía permisos, ni nada, y mi hermano me dijo: «Será mejor que pidas permiso para hacer lo que estás haciendo». Así que construí un modelo a escala, lo llevé al departamento de vivienda y les dije: «Esto es lo que quiero construir». El viejo se lo quedó mirando y me dijo: «¿Cuánto mide de altura?». Le dije que iba a medir doce metros. Y él me dijo: «No puede medir doce metros. Solamente puede medir once, por ley».

La razón era que tradicionalmente la escalera más larga que puede llevar un camión de bomberos mide once metros. Así que Jerry solicitó una excepción, demostrando que su piso superior solo tenía once metros de altura.

—Al final llegaron a la conclusión de que las cúpulas, los chapiteles y los parapetos no estaban incluidos en la ordenanza —dice—. Así que pude construirlo de doce metros de alto. Aquello solucionó el problema.

Jerry puso la primera capa de yeso en las paredes y se fue a pescar a Canadá.

—Primero lo construimos y luego hicimos los planos.

Pagó a un amigo quinientos dólares y al final consiguió un permiso que legitimaba oficialmente el castillo como remodelación de un edificio agrícola existente: un viejo cobertizo que hacía mucho tiempo que ya no estaba en la

propiedad.

Jerry se enciende otro cigarrillo, se ríe y dice:

—Básicamente los puse en un aprieto.

Desde entonces, el castillo de Jerry se ha hecho famoso.

—Los pilotos con los que hablo, de Alaska Airlines —dice Jerry—, giran cuando vienen de Seattle y toman una ruta que los lleva justo por encima del castillo. Se lo anuncian a los pasajeros y todo ese rollo. He hablado con un par de pilotos y me dijeron: «Lo llamamos la “curva del castillo” para entrar en el aeropuerto de Portland».

El momento álgido del castillo fue en 1993, cuando la mujer de un amigo cosió unos estandartes enormes para el lugar. Había cuatro estandartes colgados en la torre del homenaje y inedia docena más en las almenas del patio y las torres de los parapetos. La puerta de ciento veinticinco kilos de la torre del homenaje tenía pintado el emblema del castillo, un león, parecido al emblema de Noruega. Y todo para un acontecimiento muy especial.

—Mi hija se casó aquí hace diez años. Montamos una gran boda. Había, no sé, trescientas personas —dice Jerry—. Emperifollé este sitio de una manera que no te imaginas. Con estandartes gigantes y chorradas por el estilo. Su marido se vistió de Robin Hood y ella se vistió de doncella Marion. E hicimos venir tres días a la gente de la Sociedad para el Anacronismo Creativo. Instalé duchas y retretes portátiles. Dios santo. Pistas de baile, de todo...

Desde entonces los fans del Medievo han hablado de comprar el castillo como sede permanente para sus ferias renacentistas. Otra pareja intentó comprar el castillo con la idea de alquilarlo para bodas. Tenían planeado alquilar trajes de época y ofrecer servicios de catering, pero Jerry se retiró del proyecto cuando todo empezó a acelerarse demasiado.

Una de las ironías es que una fortaleza construida para excluir a desconocidos parece atraer ahora un flujo continuo de curiosos.

Jerry se enciende otro cigarrillo Delicados y dice:

—Antes tenía muchos problemas con la gente que entraba todo el tiempo con el coche. Dios, una mañana estaba sentado en el castillo tomando una taza de café y de pronto oigo un ruido y mi mujer entra en la cocina y me dice: «¿Qué demonios pasa?». Se asomó al ventanuco de la planta baja y había un tío con una autocaravana de doce metros intentando girar en la entrada. Le costó media hora.

Me dice:

—Pusimos un montón de letreros de «PROHIBIDA LA ENTRADA», pero debía de haber mucha gente analfabeta, porque parece que no lo entendían.

Una compañía de cine independiente ha usado el castillo como escenario para una película ambientada en la Edad Media. La madre y el hermano de Jerry viven en las

dos casas más cercanas. La State Farm Insurance ha pedido la dirección para venir a ver qué es lo que han asegurado, pero de momento ningún agente se ha molestado en hacer el viaje.

—Se rumorea que hay una mazmorra subterránea debajo de la torre —dice Jerry—. Y yo dejo que la gente se lo crea.

Añade:

—Es probable que en Camas me consideren un loco, pero me importa un carajo lo que piensen.

Su castillo se levanta junto a un pequeño lago bordeado de aneas y césped. Se trata de la cantera inundada de la que Jerry sacó la piedra para su construcción original. La primera de aquellas torres que tanto les costó construir era tan sólida que tardaron dos días en derribarla con un bulldozer. Ahora sus ruinas de piedra se elevan al fondo de la cantera inundada. Cerca de las ruinas, el puente levadizo del castillo se extiende sobre el lago. El puente levadizo podía levantarse y bajarse hasta que llegó el hermano de Jerry, Ken.

—Ahí arriba hay una maquinaria con un motor y una serie de enganches, e hice bajar cables —dice Jerry— y que un tipo me conectara un interruptor. Fue mi hermano el que lo rompió. Vino aquí con un par de amigotes, cuando yo no estaba, iban borrachos y se pusieron a trastear con el puñetero puente. Me jodieron el interruptor. Siempre que venían se ponían a hacerlo funcionar. Todo el mundo que venía tenía que accionar el puto puente.

Como Jerry se pasa todos los inviernos pescando en México, el castillo está un poco desmejorado. Dentro de la torre del homenaje hay partes de placas de yeso y de aislante que se han caído y dejan al descubierto manchas oscuras y daños causados por la humedad en el interior de las paredes. El aire está rancio y huele a moho.

—Usé un sistema de canalones de bajada que iban por dentro de las paredes y me funcionó bien. Hechos de plástico ABS —dice—. Cuando hice los canalones del tejado, usé un sistema parecido a un abrevadero. Luego tuve que hacer un empalme de bajada a través del metal galvanizado que conectara con los tubos de ABS. Hicimos unos cuantos y funcionaban bien. Usamos un tejado prefabricado de fibra de vidrio y aguantó muy bien, pero luego empezaron a salir goteras. De eso debe de hacer unos cuatro años. Y, mira por dónde, la salida galvanizada de los canalones se ha oxidado.

El estucado ya no es tan blanco como antes. En algunas partes está agrietado y descascarillado, y en otras se ve el listón metálico de debajo.

—Lo peor es el estucado exterior —dice Jerry—. Lo he remozado dos veces: primero le di una capa y luego otra hace unos doce años. Tendría que ponerme a limpiarlo. Uso agua y lejía y una pistola pulverizadora. Luego es cuestión de trabajar por zonas. Coges una mezcladora, una pistola de aire comprimido y todo el material y

te pones a mezclar y a rociar y todo va bastante deprisa.

»Este sitio está un poco estropeado, comparado con como estaba antes —añade—. Pero se puede arreglar.

Y resulta que este es el año indicado para arreglar el castillo. Entre otros proyectos. En el garaje hay el casco de una barca de pesca StarCraft de seis metros y treinta años de antigüedad. Jerry está instalando un dragón de metal que se erguirá encabritado en la proa con un ojo rojo a un lado y uno verde al otro. El dragón estará arreglado por dentro para lanzar fuego por la boca. Va a añadir treinta centímetros para levantar la proa y así conseguir que la barca de proa plana aguante mejor cuando la mar está picada.

—La voy a usar en México, y por las tardes la mar se pica un poco —dice—. Se levanta viento y tenemos que navegar con olas de tres y cuatro metros. Y eso te preocupa cuando tienes una proa abierta.

Mirando hacia atrás, dice:

—Mi consejo sería: no lo hagáis. Es obvio, mirando el exterior, que el estucado no es apropiado para esta zona. Ahora han inventado un material nuevo para estucados exteriores que voy a usar y que es mucho mejor. Pero he vivido aquí con mujeres y no les gusta esto, y no les gusta aquello, y no les gusta subir ni bajar escaleras. —Y vuelve a reírse.

Jerry Bjorklund se ríe un montón. Desde arriba se oye el rugido apagado de un avión a reacción doblando la «curva del castillo» para entrar en el aeropuerto internacional de Portland.

Y todo se remonta a aquella lejana noche, bebiendo Black Velvet...

—El problema es que le dije a alguien que iba a hacerlo —dice Jerry—. Aquella fue probablemente mi perdición total. Porque si digo que voy a hacer algo, me importa un huevo lo que me cueste.

Pero eso no quiere decir que Jerry Bjorklund se arrepienta de nada.

—Yo creo que hay demasiada gente que hace las cosas como todo el mundo, y yo no voy a ser así. Nunca he sido así. —Y vuelve a encenderse otro cigarrillo mexicano y suelta otra risotada rasposa.

Para Roger DeClements —que ha construido tres castillos—, el primero fue más bien cuestión de rapidez y de ahorrar dinero. Nacido en Edmonds (Washington), Roger trabajó como contratista durante la década de 1970. Roger tiene mujer y tres hijos, y como a su mujer le dan miedo los médicos, todos los niños nacieron en sus castillos. Los dos primeros hijos en un castillo que construyó en Machias (Washington), a *ocho* kilómetros al norte de Snohomish, que está al este de Everett, que está al norte de Seattle. Se trata de un pueblecito que toma su nombre de un pueblo de Maine, con una pequeña iglesia blanca con campanario construida en 1902, situado en un valle del río Pilchuk.

—Para mi primer castillo —dice Roger— conseguí financiación. Era mil novecientos ochenta, cuando los tipos de interés eran del dieciocho por ciento, así que fuimos a los bancos locales y nadie estaba dando préstamos. Alguien mencionó a los de Citicorp, así que fui y me dijeron: «Claro... al dieciocho por ciento».

Con todo, Citicorp no sabía qué estaban financiando con su dinero.

—Ni siquiera sabían que iba a ser un castillo —dice Roger—. Solo querían seguridad, así que usamos otra propiedad como aval. Para el segundo castillo usamos nuestros ahorros. Para el tercer castillo usamos ahorros y cuando las obras estaban más avanzadas hicimos que vinieran del banco a echarle un vistazo y refinanciarlo.

»El primer castillo era en realidad un castillo de cemento prefabricado. Moldeamos la forma de las paredes en la arena, pusimos las barras de refuerzo del cemento armado, echamos el hormigón, las levantamos y las sacamos del molde. Fue un castillo muy barato y lo terminé en cinco semanas. Yo lo hice todo de principio a fin.

Roger dibujó sus propios planos, basándose en los castillos de Disneyland y los castillos de las películas.

—En el estado de Washington —dice— tienes que llevar tus planos a un ingeniero de estructuras y él te los sella. Después de eso ya no hay problemas.

»Soy licenciado en química y física, pero he estado haciendo un montón de arquitectura e ingeniería —explica Roger—. Y estoy especializado en castillos.

»El primero tenía una sola torre —dice—. Ochenta metros cuadrados en dos pisos. Estaba construida básicamente como un sótano, con paredes de cemento prefabricadas. Luego la aislamos recubriéndola de tablones y poniendo placas de yeso Sheetrock en el interior. Mucha gente de todo el país empieza así a construir sus castillos, pero yo he descubierto que no funciona muy bien. Además, todo el mundo venía y me preguntaba: “¿Es piedra de verdad?”. Y me cansé de que me lo preguntaran.

Añade:

—Lo construimos en un solo día, así que para todo el vecindario fue una sorpresa. Apareció así, paf, de la nada.

»A los niños les encantaba entrar en la propiedad y ver hasta dónde podían llegar antes de tener demasiado miedo. A la gente le gustaba pararse en la carretera y sacar fotos.

El primer castillo solo costó catorce mil dólares y tardaron en hacerlo un total de cinco semanas. Todavía ocupa cinco acres junto a la orilla del río Pilchuk. Tiene calefacción eléctrica, pero lo que Roger ganó en velocidad y coste, la familia DeClements lo perdió en comodidad.

—Recubrir las paredes de aislante —dice Roger— no funciona muy bien. El frío traspasa el cemento. Llega a donde está el aislante. Luego el aire caliente del interior

se filtra a través del aislamiento y entra en contacto con la superficie fría del cemento o de los bloques. Entonces el agua se condensa. En cuanto una molécula de agua se condensa, llega otra para ocupar su sitio. Así que terminas con una condensación continua en la pared fría de detrás del aislante. Y eso es un problema, porque hace que salga moho y que todo huela a sótano.

A fin de volver a la universidad y sacarse la licenciatura, Roger les vendió aquel castillo a unos artistas para que lo usaran como estudio.

—Antes de construir mi segundo castillo, volví a la universidad y aprendí un montón —dice—. Fui contratista desde mil novecientos setenta y cinco hasta mil novecientos ochenta y siete, construí casas y edificios comerciales, usando los métodos tradicionales. En la universidad aprendí mucho más sobre el proceso físico de cómo funciona la transferencia de calor y humedad.

Dice:

—Así que para el segundo castillo que construimos, usamos piedra de verdad.

El segundo castillo está construido sobre roca encima de una cascada en Sedro-Woolley (Washington). Está apostado sobre un precipicio de piedra, por encima de un estanque natural donde nadan en verano los chavales del lugar. En vez de calefacción eléctrica, el segundo castillo tenía una chimenea de leña.

Dice:

—El segundo lo diseñamos para que tuviera aspecto de castillo y para que la gente no supiera cuándo había sido construido. Usamos solo piedra e incorporamos también un nuevo método de construcción, empezando por fabricar una pared doble que tenía piedra por fuera, luego una capa de poliestireno rígido y extrudido, luego hormigón armado y por fin piedra otra vez, de forma que no se veían ni el cemento ni el aislamiento del interior. Lo único que se veía era la piedra.

Paso a paso, explica Roger:

—Lo primero que hay que levantar son las barras de refuerzo del hormigón armado, luego los tablones de aislamiento. Después extendemos los conductos y las tuberías, los cables de internet a alta velocidad, lo que uno quiera. Luego se construye una pared doble de piedra, en el interior y en el exterior. Cuando has levantado dos metros y medio rellenas el espacio intermedio de cemento. Luego continúas. Las dos paredes de piedra, que se aguantan con postes de acero inoxidable, forman una estructura de hormigón permanente. Es como lo hacían los romanos en la Antigüedad. Lo hacían así mismo. No usaban refuerzos de metal, sino piedras muy largas que conectaban las dos paredes de piedra.

»Intentamos encontrar una cantera de donde las piedras salieran con forma rectangular, a modo de sillares, para no tener que vernos con un montón de piedras redondas. Se pueden usar rocas de río, pero se tarda mucho más tiempo y el resultado no es tan fuerte.

En lugar de cinco acres, el segundo castillo ocupa veinte. En lugar de cinco semanas, Roger se pasó desde 1992 hasta 1995 construyéndolo.

—El segundo castillo no se podía ver desde la carretera como el primero —dice—. Estaba un poco más escondido. Conseguí el terreno a buen precio porque la única forma que había de llegar hasta allí era cruzar un desfiladero de treinta metros de profundidad. Así que construí un puente de metal y luego transportamos todos los materiales con una carretilla. A veces vuelvo allí y no me puedo creer todo lo que hice.

Con todo, Roger DeClements dice que le encanta su trabajo.

—Mucha gente viene y dice: «Oh, no me puedo creer esto. Yo nunca podría hacerlo». Para mí, todo es muy simple y sencillo. Y es un trabajo muy relajante. Resulta muy relajante y tranquilo estar al aire libre entre las colinas y los árboles... amontonando piedras.

Es interesante señalar aquí que Carl Jung empezó a explorar su subconsciente jugando a un juego de construcción con piedras. Al juntarlas, sintió que era lanzado al espacio exterior, donde tuvo visiones que guiarían el resto de su vida.

—Es como montar un rompecabezas —dice Roger DeClements—. Juntar todas estas piezas. Pero no te agobia ni hace que te salga humo de la cabeza. Y además, puedes dar rienda suelta a tu creatividad, porque puedes dedicarte a hacer curvas y torres y formas distintas.

¿Y vivir en un castillo?

—Vivir en un castillo es distinto a vivir en una casa —dice—. Es más tranquilo. No lo hace temblar el viento. No sube ni baja la temperatura cuando cambia la de afuera. La piedra la mantiene constante —añade—. Aun así, no he podido hacer la transición a caballero medieval ni nada de eso. Sigo siendo la misma persona.

Aquel castillo tenía catorce metros de altura, ventanas en arco y cuatrocientos metros cuadrados de espacio habitable repartido en tres plantas. Con todo, cuando llegó la hora de venderlo y mudarse, los dos primeros agentes inmobiliarios se mostraron reacios. Dijeron que no había ventas como aquella en la zona. Los agentes que vinieron después dijeron que no había nada de que preocuparse e inmediatamente consiguieron tres ofertas y vendieron aquel castillo en 1995 por 425.000 dólares.

Y empezó la búsqueda de nuevos «terrenos para castillos». Buscaron en Utah, pero el terreno era demasiado caro y no había agua disponible.

—Salimos de Logan, fuimos a Jackson, a Targee, a Sun Valley y hasta Big Sky en Montana, y desde allí vinimos aquí, y este sitio era el mejor con diferencia.

Ahora están aquí, en el condado de Bonner (Idaho), en lo alto de la estación de esquí de Schweitzer Mountain.

—Se pueden hacer planes por adelantado o se puede construir sin más —dice Roger—. Depende de dónde construyas. Las distintas ubicaciones, las distintas

ciudades y los distintos condados tienen requisitos diferentes para obtener el permiso. Algunos tardan hasta dos años en darte un permiso. En otras partes solo diez minutos. Esa es una de las razones por las que nos gusta Idaho. No les cuesta nada dar permisos.

Dice:

—A la gente que anda buscando terrenos para un castillo les digo que vayan primero al departamento de planificación del condado y pregunten. Mucha gente pensará: «Quiero una torre de veinticinco metros de alto...». Así que necesitan averiguar si el condado tiene restringida la altura de los edificios a once metros o si hay algún requisito arquitectónico.

Al castillo de Idaho, Roger le puso de nombre castillo Kataryna por su hija, que nació en él. Tiene una escalera de caracol en el interior, carpintería de nogal y puertas y ventanas ojivales de estilo gótico, muchas de ellas con vidrieras.

Mientras nos enseña el castillo, Roger señala los marcos de nogal para las ventanas que hizo.

—En el segundo castillo —dice—, las ventanas se pusieron después de construir las paredes. En este tercer castillo, las ventanas se instalaron justo después del refuerzo de cemento armado y el aislamiento, antes de levantar la piedra a su alrededor. Eso nos dio un aspecto y un acabado mucho más auténticos. En el segundo castillo tuvimos que intentar cortar los tablones para ajustados y luego poner masilla alrededor. En el tercer castillo, las ventanas llegaron primero, envueltas en plástico para protegerlas, luego se construyó en piedra alrededor y le pusimos marco solamente a la capa exterior de piedra, que es la que puede moverse y expandirse. La capa de piedra de dentro siempre está a veintidós grados, mientras que la de fuera puede ir de quince bajo cero a treinta y ocho, con lo cual crece y decrece. Se las ponemos a la capa de fuera porque es la que queremos aislar del clima.

Otra mejora de este último castillo es el sistema de calefacción «hidrónico», donde una caldera hierve agua que circula por tuberías debajo del suelo. Es un calor uniforme que no hace ruido y la masa térmica de piedra del castillo permanece caliente durante tres días después de apagar la calefacción.

En una sala pequeña cerca de las cancelas del castillo, Roger me enseña la caldera y dice:

—Me gusta porque si pusiera zócalos o calderas de aire forzado me romperían el aspecto de castillo. Esto lo esconde, así que es invisible, y además, no hay que aguantar el ruido de los ventiladores.

Entre las paredes de piedra aisladas y el calor hidrónico, Roger DeClements ha desarrollado su fórmula perfecta para un castillo habitable. Bueno, casi perfecta...

—En el primer castillo —dice—, no preví el problema del moho. Que ahora es un problema candente. Hace unos años era el radón y ahora es el moho en las casas.

Hacen las cosas tan herméticas que dejan un montón de humedad encerrada dentro, y tan pronto como la humedad llega a una superficie fría se condensa. Con nuestro nuevo método, que es la capa de aislamiento dentro de las paredes, la humedad nunca tiene oportunidad de acercarse. Así que mi mujer se queja de que este castillo es demasiado seco. Fuera tenemos seis metros de nieve y ella dice que esto es «demasiado seco».

Para solucionar el problema del aire seco, ha construido una piscina climatizada en la escalera. Allí va a poner una cascada cuya agua caerá desde lo alto de un poste de arranque de piedra. Habrá velas en las cornisas de piedra y la bomba y los filtros estarán escondidos en una gruta subterránea.

Igual que Jerry Bjorklund, Roger se encontró con que su mujer tenía sus propias ideas en materia de castillos. Al empezar las obras en junio de 1999, había planeado construir el tercer castillo usando una grúa para la construcción —muy parecida al trípode de enganches de remolque que construyó Jerry—, pero su mujer no le dejó cortar los árboles que necesitaba quitar para que pudiera girar el brazo de la grúa. Así pues, igual que con el segundo castillo, Roger tuvo que cargar con las piedras una a una.

Ahora, gracias a su mujer, el castillo está rodeado de alerces de Canadá, cedros, pinos y campos rocosos de matas de arándanos. Los ciervos, los alces y los osos merodean por el vecindario. La vista abarca hasta las montañas Rocosas y Canadá. Es una vista que Roger ha tenido mucho tiempo para disfrutar.

—Subí todas las piedras hasta aquí de una en una —dice—. El segundo castillo se construyó todo a mano, cargando con las piedras por aquel puente en carretilla. Mientras construíamos aquellas paredes dobles de piedra, fuimos poniendo troncos que sobresalían por ambos lados de las paredes. Luego fuimos poniendo planchas sobre esos troncos. Poníamos troncos atravesados en las paredes y los íbamos sacando a medida que íbamos subiendo. Así era como hacían los antiguos castillos. Hasta les pusieron nombre: los llamaban «troncos de apoyo». Si miras fotos antiguas de castillos europeos verás un montón de agujeros en las paredes. Por supuesto, algunos eran para disparar flechas por ellos, pero los más pequeños eran donde ponían aquellos troncos para no tener que construir andamios hasta lo alto de las paredes. Yo no tenía ni idea de que se hacía así.

Después de quitar los «troncos de apoyo» que hacían de andamios, Roger se dedicó a llenar la mayoría de los agujeros pequeños con piedras cuadradas. Algunos los dejó abiertos a modo de ventilación.

A fin de seguir trabajando todo el invierno, edificó alrededor de su plataforma de construcción un cobertizo de contrachapado que lo protegiera de los vientos y la nieve de la alta montaña y del hecho de estar erigiendo una pared vertical que se elevaba cinco pisos por encima de una ladera abrupta.

—Aunque estábamos a doce grados bajo cero —dice Roger—, me pasé el invierno entero poniendo piedras.

Con ayuda de otro hombre levantó las largas y mal cortadas vigas de abeto de veinte por veinte —primero de un lado y después del otro— hasta los espacios preparados para ellas. Tachonó las paredes interiores de trozos de piedras semipreciosas. Amatista. Cuarzo citrino. Cuarzo rosa. Calcita verde. Cristales claros de cuarzo. Labró a mano dibujos decorativos en los armarios de la cocina e incrustó mosaicos de cristal de colores en las paredes de mampostería. En el segundo piso me señala una estatua metálica que hay en la repisa de la chimenea.

—¿Ve el dragón? —dice Roger—. Todos los castillos deben tener un dragón.

Bajo la brillante luz de las montañas, las vidrieras despiden destellos parecidos al neón rojo, azul y amarillo. En algunas ventanas el cristal de colores está sellado en el interior de la doble hoja transparente. En otras, la vidriera es el único cristal que hay en el marco.

—En algunas ventanas —dice Roger— tuve que volver al sistema tradicional, según el cual solo tenía que tocar la vidriera. Intenté evitar la doble hoja tanto como pude. Cuando uno mira a la luna, lo que ve es más bien una doble luna. Si uno puede usar simplemente cristal macizo, se ve la luna tal como es.

Las almenas están bordeadas de afiladas agujas de basalto del río Hudson. Los techos miden tres metros y medio de altura. Todas las ventanas de las paredes de piedra tienen arcos ojivales de estilo gótico.

—Vas siguiendo el contorno de la ventana con las piedras hasta que llegas a un punto en que las piedras se caen —explica Roger—. Por encima de ese punto, las piedras se apoyan en palos. Con las ventanas más grandes, cuando llego a la parte alta, tengo que hacer un pequeño molde para la punta del arco. Se pueden aguantar unas cuantas piedras con un puñado de palos, pero es mucho más rápido usar un molde. Colocas todas las piedras en su sitio y luego quitas el molde.

Añade:

—Si quitas de golpe uno de los palos... se empiezan a caer todas las piedras.

De las ventanas a la mampostería, al sistema incorporado de limpieza por aspiración, pasando por las tejas de madera de los tejados cónicos de las torres, todo lo ha hecho Roger DeClements. En los cuchillos de armadura del interior del tejado escribió su nombre y la fecha. Y siguió la antigua tradición entre los mamposteros de sellar su cincel y su paleta dentro de las paredes después de terminar de colocar las piedras. Aunque por accidente. La verdad es que las herramientas se le cayeron entre las dos capas de piedra y las enterró con el cemento que vertió para llenar el espacio de forma permanente.

Con todo, a pesar de tanto trabajo, el castillo Kataryna no está acabado del todo. Sigue faltando por construir el puente levadizo. Una cantera de Canadá va a traer

otros veinte palés de piedra, o sea, treinta y dos toneladas. Cuando le llegue el dinero, Roger planea construir una «casa solariega» colina arriba, detrás del castillo actual y luego conectar ambos edificios con paredes almenadas que encierren un patio de armas similar al plano del castillo de Jerry Bjorklund.

Además de todo esto, Roger DeClements ya está buscando terrenos para un cuarto castillo. Quiere aprender a trabajar el hierro y construir un pueblo medieval alrededor de su siguiente proyecto.

—Los tres primeros eran básicamente torres del homenaje —dice—, el sitio donde viven el rey y la reina. No he podido construir las murallas del patio ni las torres de entrada ni las cancelas para que el castillo tenga dos mil metros cuadrados. La próxima vez quiero tener un gran salón con vigas de madera como una catedral. Y murallas que rodeen el patio de armas. Tengo los planos en la cabeza y unos cuantos sobre papel.

Añade:

—Miramos en la costa de Oregón, pero se nos salía del presupuesto.

Y Roger DeClements no es la única persona que está deseando construir el castillo de sus sueños. Desde que colgó en internet la página web del castillo Kataryna se ha convertido en el gurú nacional de los proyectos de castillos privados. Se ha puesto en contacto con él gente de todos los estados en busca de consejo sobre cómo construir los proyectos de sus fantasías.

—Gracias a internet —dice— se pone en contacto conmigo un montón de gente. Yo no me había dado cuenta de que había tanta gente apasionada con los castillos. Les encantan. Mucha gente dice: «Llevo años soñando con construir un castillo». Y no son solo hombres los que tienen este sueño, también mujeres.

En calidad de cabeza visible del nuevo movimiento americano de construcción de castillos, dice:

—El atractivo es el amor por la época romántica de los castillos que la gente tiene en mente. La vida mejor que se imaginan que se vivía entonces. Hay un grupo llamado Sociedad para el Anacronismo Creativo, a cuyos miembros les gusta recrear la Edad Media tal como debería haber sido. No como fue, sino como ellos se la imaginan, como sus fantasías. Además, las películas y los castillos de Disney también han inspirado a la gente a desear tener castillos.

Como contratista pragmático, dice:

—Además, la vida de muchas casas se está haciendo cada vez más corta por culpa de los nuevos materiales que inventan.

Ahora hay gente de Alaska hasta Florida que está aprendiendo de sus errores.

—Cuando puse este castillo por primera vez en internet, cuando colgué la página web, me llovieron encargos para construir castillos por todo el país. Hay muy poca gente que tenga paciencia y tiempo para amontonar tanta piedra. Y que tenga los

conocimientos para hacerlo bien.

—Hay mucha gente que se está construyendo castillos para vivir en ellos, tal como hice yo al principio. Compras un bloque o una estructura de hormigón, lo enyesas por fuera y lo aíslas. Pero yo no recomiendo eso. No es más que un sótano que acaba oliendo a humedad.

En cuanto a las respuestas, Roger hace lo que puede.

—La gente me llama a menudo para hacerme preguntas y contarme sus proyectos —dice—. Y yo intento enseñarles, pero la mayoría vuelven al viejo sistema porque tienen que recortar costes. A largo plazo salen perjudicados, porque tienen que aprender por las malas.

Añade:

—Así que termino siendo una consultoría de problemas con los castillos.

A pesar de que el castillo vale un millón de dólares, la familia DeClements no es rica. Roger trabaja como agente inmobiliario en la agencia Windemere, en la cercana estación de esquí, y durante la mayor parte del período de construcción de este último castillo, la familia de seis miembros —sus hijos tienen tres, seis y diez años, y también están su mujer y una hija de su anterior matrimonio— ha vivido en la segunda planta, compartiendo unos cien metros cuadrados de espacio vital.

Roger dice:

—Mis hijos se están cansando un poco de que los demás niños se burlen de ellos o de que quieran venir a ver su castillo. Quieren vivir en una casa normal para llamar menos la atención —añade—. Y a mi mujer le fastidia que siempre haya visitas. Porque esto atrae a la gente. Pero a mí me encanta hablar con ellos. Lo que me sorprende es que muchos dicen: «Acabamos de venir de Europa, donde hemos estado mirando castillos...». No sé si es simple coincidencia o si soy yo, que atraigo a ese tipo de gente.

Resulta extraño, pero para ser tres hombres con pasiones tan parecidas y que viven relativamente cerca, Jerry Bjorklund, Roger DeClements y Bob Nippolt no se conocen. Ninguno ha visto los castillos de los otros dos. Se tarda pocas horas en coche de un castillo al otro, pero nunca han oído hablar de los demás.

Cuando trabajaba en un hospital mental, Carl Jung se dio cuenta de que todos los dementes sacaban sus delirios de una reserva limitada de imágenes e ideas. Las llamó «arquetipos», y afirmó que aquellas imágenes eran hereditarias y compartidas por la gente de todas las épocas. Mediante su escritura y su pintura, y después su construcción de castillos —sus «confesiones de piedra»—. Jung fue capaz de examinar y registrar su propia vida inconsciente.

Ninguno de estos tres constructores de castillos ha oído hablar nunca de Carl Jung.

Cerca de Columbia Gorge, en la frontera entre los estados de Washington y

Oregón, a unos once kilómetros de la desembocadura del río White Salmon, otro castillo se levanta entre las montañas. A diferencia del de DeClements, este se erige en un lugar rocoso al fondo de un valle, en un recodo de los rápidos del río. Alcanza los veinte metros de altura y tiene cuatro plantas sobre un sótano excavado en la roca. Un laberinto vertical de escaleras y balcones con una sala secreta.

Retirado del ejército y de una segunda carrera como piloto de aviones comerciales, Bob Nippolt tiene una mata de pelo blanco. Es una figura menuda con vaqueros, zapatillas de tenis y gafas de montura negra. En la actualidad, después de subir las escaleras del castillo durante años, camina con las piernas un poco agarrotadas. Sus antepasados eran irlandeses y él toca la gaita. En las noches de verano duerme al raso en la terraza del castillo que da al río.

En un aparador de la sala de estar de su castillo tiene una fotografía enmarcada en blanco y negro. La fotografía muestra un edificio de piedra sin pulimentar.

—Mi bisabuelo vino de Cork, Irlanda —dice Bob con la fotografía en la mano—, y se construyó esta casa de piedra en Dakota del Norte. Debió de llegar allí en la década de mil ochocientos setenta. Ahora está en ruinas, pero la sociedad histórica está intentando reconstruirla.

Sobre su propio proyecto de construcción, Bob dice:

—No sé por qué quise construir un castillo. Simplemente vi algunas fotografías de torres de entrada. También había visto algunas torres de entrada en Irlanda y Escocia y se me ocurrió que sería divertido. Luego me dejé llevar. Me volví loco.

Empezando en 1988, construyó su castillo de cuatrocientos ochenta metros cuadrados con bloques de cemento sin pulimentar. Con cuatro pisos de altura más sótano, las paredes tienen medio metro de grosor y se componen de dos hileras de bloques de veinte centímetros de grosor con un espacio de unos diez centímetros entre ambas. A modo de apoyo, una reja de dos centímetros de barras de refuerzo de acero sostiene ambas paredes y una de cada tres hileras de bloques es una tira de hormigón sólido. A modo de aislamiento, el interior hueco de las paredes está lleno de vermiculita. El hueco de diez centímetros también alberga los conductos para los cables eléctricos y las tuberías.

Igual que el castillo de Roger DeClements, el calor viene de agua que hierve en una caldera en el sótano y es conducida por tuberías bajo el suelo de cemento.

El primer piso se sostiene con vigas de acero. Los pisos superiores están soportados por vigas de veinte por treinta, muy juntas entre sí.

Bob te cuenta:

—Compré todas las vigas en unos saldos en Salem, Oregón, después de que quebrara una empresa. Fui, les eché un vistazo y compré dos camiones enteros. Pensé... Ya las usaré para algo. Y fue entonces cuando se me ocurrió construir el castillo.

Añade:

—Nunca tendría que haber encontrado aquellas vigas.

Gran parte de los materiales de construcción de Bob llegaron aquí —como el mismo Bob— tras haber tenido una vida previa en otra parte.

—Yo siempre leía los anuncios clasificados —dice—. Mucho de lo que hay aquí son planchas y tablones viejos que pasamos por el desbastador aquí mismo.

Las vigas proceden de unos saldos por quiebra. El tejado de acero, de un viejo edificio de Standard Oil que había sido derribado. Los lavamanos son antiguos tocadores con un agujero tallado en la parte superior para hacerlos servir de pileta. La barra del bar procede de la antigua East Avenue Tavern de Portland (Oregón). Todo el aislamiento lo consiguió gratis en un supermercado Safeway que se estaba remodelando.

Igual que en el castillo de Roger, las ventanas y las puertas tienen arcos ojivales góticos, incluyendo una enorme vidriera mural en el hueco de la escalera de caracol. No hay cortinas, pero tampoco hay vecinos. Los suelos son de piedra: losas procedentes de China o de las inmediaciones del monte Adams.

Para levantarlas paredes de bloques de cemento trabajó con un viejo mampostero que llevó a cabo un trabajo casi perfecto.

—Era lento —recuerda Bob—, pero conocía su oficio. Cuando llegamos al piso de arriba, el tejado solamente estaba desviado un centímetro. El lugar era un cuadrado perfecto.

A diferencia de lo que le pasó a Jerry Bjorklund, la altura no fue problema para los urbanistas locales del condado de Klickitat.

—No me molestaron con la altura —dice Bob—. Aunque ahora sí me molestarían. Ahora son muy puñeteros. Y como tengo tantas violaciones de la normativa dentro de la casa, como el hueco de la escalera, que no se ajusta a los requisitos, cuando vinieron para llevar a cabo la inspección final me dijeron: «Bob, casi sería mejor que no tuvieras inspección final». Y lo dejamos así.

Aunque no haya un permiso oficial final, confía en no estar violando la ley:

—Mi permiso original es muy antiguo —dice Bob—. Desde entonces han cambiado las leyes, así que por lo que respecta a las inspecciones del condado me ampara una disposición anterior.

Pero llegar hasta veinte metros le complicó algunos detalles.

—Los cables —dice— van todos por conductos internos. Tenía que ser así. Cuando llegué al sitio donde tenía que dar de alta la electricidad, el inspector me dijo que era un edificio comercial porque tenía más de tres pisos, así que todo tenía que ir por conductos. De no ser así, es probable que no los usara, pero ahora me alegro de haberlo hecho.

Igual que pasa con el castillo de los DeClements, hay árboles de hoja perenne tan

cerca de los muros que hace falta limpiar los canalones de hojas. Es un trabajo aterrador de tan alto que hay que subir, pero con la amenaza de los incendios forestales hay que hacerlo. Aun así, con el río tan cerca y un flujo constante y abundante de agua del pozo artesiano natural, Bob no está preocupado.

—El peligro de incendios va de escaso a moderado debido a que estamos junto al río —dice—. Por aquí no acampa nadie porque el gobierno posee la mayor parte de la tierra de los alrededores. Pero el fuego es una de las razones de que me decidiera por el cemento y el acero.

Durante todo el día, cuando hace buen tiempo, la gente pasa en balsas y canoas por el lado oeste del castillo. El murmullo de los rápidos es el ruido de fondo aquí durante todo el día.

—¿Ves esa roca de ahí? —dice Bob señalando los abruptos acantilados de la orilla opuesta del río White Salmon—. A este lado hay el mismo tipo de roca. Así que cuando hice los cimientos, fue sobre lecho de roca. Cuando vino el tipo a inspeccionar los cimientos, dijo: «¿Qué demonios esperas que pase? ¿Vas a construir un refugio antiaéreo?». Y yo le dije: «Si alguna vez el río tiene una crecida, no se va a llevar mi casa por delante».

Y Bob Nippolt se alegra de haberlo hecho.

—En mil novecientos noventa y cinco hubo aquí la peor inundación en cien años —dice—. El río subió un metro y medio desde donde estamos. La corriente se llevó troncos, sillas y todo lo que uno pueda imaginar.

Con su sótano parecido a un refugio antiaéreo y sus enormes vigas, Bob admite que la mayor parte de su casa es una exageración. Construirla le llevó siete u ocho años de trabajo casi continuado.

—En los inviernos tenía que parar —dice Bob—, o me quedaba sin dinero.

A diferencia de Jerry, Bob sí encontró a banqueros que le prestaran dinero para su sueño.

—La financiación no me parece un problema —dice—. Tengo un préstamo de Countrywide: les encantó financiarme. Y antes de eso, tenía un préstamo de un banco local. Por aquella época, la casa era muy conocida. Por lo que respecta a incendios y desastres naturales, es a prueba de casi todo.

Dichos «desastres» incluyen las fiestas.

—Tengo la sensación de que mi casa también es a prueba de gente —dice Bob—. He estado aquí con trescientas personas, todos bailando en la sala de estar.

Y también hay siempre quien viene sin ser invitado. Bob señala una mancha de humedad en la pared de color blanco y dice:

—Un roedor se metió por el extremo inferior del canalón de bajada e hizo que la tubería se llenara y se rompiera, y que el agua se fuera para el piso de arriba, que yo tenía sin acabar. De forma que me quedé sin agua en toda la casa.

En lugar de verse los bloques de cemento, las paredes interiores están acabadas con yeso sin pulimentar pintado de blanco.

—Para que pareciera adobe —dice Bob—, primero pusimos yeso con paja mezclada, pero no funcionó. Luego descubrimos que si cortábamos la paja en trozos de quince a veinte centímetros, después añadíamos el yeso y por fin apisonábamos la paja sobre el yeso húmedo conseguíamos un efecto bastante parecido a lo que queríamos.

Señala las tres chimeneas —dos son para calentar las habitaciones y la tercera para la caldera de petróleo del sótano— y dice:

—El pasado invierno, a mi regreso del río Hood, me encontré un animal de gran tamaño detrás de la tele, moviéndose. Lo que había pasado es que un pato había bajado volando por el tiro. Llegó al hogar y entró en la casa. Anda que no me costó sacarlo.

Y tal como les pasa a Jerry y a Roger, no paran las visitas de los curiosos. Bob dice:

—De vez en cuando viene alguien en verano. Sobre todo porque hay muchos vecinos en la zona. Y todos dicen: «Oh, bueno, a Bob no le importa. Vamos a ver a Bob».

Añade:

—Y va bien. Siempre y cuando traigan whisky.

Es una extraña coincidencia que la MTV se pusiera en contacto tanto con Bob Nippolt como con Roger DeClements para alquilar sus castillos y filmar un episodio del programa *Reel World*. Roger les dijo que no. A Bob le gustó la idea, pero la temporada ya estaba demasiado avanzada para que la gente de la cadena pudiera encontrar habitaciones de motel para las cincuenta personas de su equipo de producción.

En la actualidad, el piso superior sigue sin acabar. Amplios ventanales rematados con arcos dan a las terrazas de piedra inferiores.

—No tengo vértigo —dice Bob—. Me he tirado en paracaídas y he volado en ala delta. Las alturas no me preocupan. Lo único que me preocupa ahora es que no me quedan rodillas. Ya no soy tan ágil como antes.

Este año está plantando heno y árboles en sus veintiséis acres para hacer bajar los impuestos que paga por los terrenos. Está construyendo una gigantesca entrada principal nueva, que aguanta un patio de piedra al que dan los dormitorios de la segunda planta.

Lo que le gustaría hacer es construir una segunda ala, un comedor con ventanales que diera directamente a la cocina. Y le gustaría cambiar las ventanas que hizo a mano en el sótano, desmontando y reutilizando las partes de ventanas Andersen que consiguió a bajo precio. Para las cornisas exteriores le gustaría usar bloques de

alféizar de cemento en lugar de espuma para la construcción.

—Todo esto es porque edifiqué el sitio para mí solo. Probablemente tendría que haber dejado mucho más sitio para armarios —dice echando la vista atrás—. Y más que una escalera cuadrada, tendría que hacer una circular. Tendría que haberme tomado tiempo para construir una escalera de mampostería. Hay un libro, un libro bastante grueso, que se llama *Historia de las casas británicas,* y que trata de las ventanas, las puertas, el forjado, la forma en que se hacían las puertas... Antes de empezar yo no tenía ese libro. Si lo hubiera tenido habría hecho muchas cosas de forma distinta. Y me habría tomado más tiempo.

Y un poco más de dinero...

—Lo que pasó realmente —dice— es que muchas cosas que puse en la casa, como era solo para mí, no eran de primera calidad.

Le gustaría haber puesto un foso alrededor del castillo.

Quiere poner una nueva superficie de concha de ostra triturada en la pista de bocci.

Y el maniquí desnudo que contempla el río desde un balcón del dormitorio tiene, bueno... la piel de fibra de vidrio resquebrajada y descolorida.

—Iba a llevarla a Portland —dice Bob— para que le pusieran implantes de silicona.

Muy pronto ninguno de estos detalles importará. Porque este año Bob vende la casa. Las buenas noticias para el siguiente propietario es que ocho o nueve contratistas locales conocen la casa de Bob de arriba abajo.

—Todos los cuartos de baño están arreglados —dice—. Y hay tipos por aquí cerca, en las inmediaciones del río Hood, que han trabajado en esta casa, han hecho la instalación eléctrica y la fontanería, y saben lo que hacen. Son todos unos fanáticos del windsurf, así que no se van a ir.

Ni tampoco la miríada de pájaros del río. Ni su castillo. Ni las historias ni las leyendas locales sobre el mismo.

Sea la construcción de castillos un intento de alcanzar la inmortalidad o un hobby —una forma «divertida» de matar el tiempo—, sea un legado para el futuro o un vestigio del pasado, en las colinas de Camas (Washington), el castillo de Jerry Bjorklund sigue siendo el punto de referencia que usan para hacer sus giros los pilotos de vuelos comerciales. En las montañas de Idaho, los esquiadores siguen descubriendo el castillo Kataryna de Roger DeClements, un monumento a su hija. Una aparición en medio de la nieve. Como el castillo que tanta gente ha soñado siempre construir.

Su confesión de piedra. Sus memorias.

En el valle del río White Salmon, el agua sigue corriendo junto a la alta torre gris. El viento y los pájaros siguen moviéndose entre los árboles. Aunque hubiera un

incendio forestal, este montón de piedra seguiría aquí durante los próximos cien años.

Solo que Bob Nippolt se marcha.

Y, de momento, ninguno de los tres castillos está acabado.

Fronteras

(Frontiers)

—Si todo el mundo se tirara por un barranco —me decía mi padre—, ¿tú también te tirarías?

Esto pasó hace unos años. Fue el verano en que un puma mató a un tipo que hacía jogging en Sacramento. El verano en que mi médico se negó a darme esteroides anabolizantes.

Un supermercado local ofrecía la siguiente oferta especial: si llevabas recibos por valor de cincuenta pavos, te daban una docena de huevos por diez centavos, así que mis mejores amigos, Ed y Bill, se quedaban en el aparcamiento y les pedían a la gente sus recibos. Ed y Bill comían bloques de clara de huevo congelada, bloques de cinco kilos que compraban en una tienda de suministros para pastelerías, ya que la clara de huevo es la proteína que se asimila con más facilidad.

Ed y Bill hacían viajes en coche a San Diego, cruzaban a pie la frontera en Tijuana con el resto de los excursionistas gringos que iban a comprar sus esteroides, su Dianabol, y lo metían en el país de contrabando.

Aquel debió de ser el verano en que la DEA tenía otras prioridades.

Ed y Bill no son sus nombres de verdad.

Íbamos de viaje en coche por California y nos paramos en Sacramento para visitar a unos amigos, pero no los encontramos en su casa. Esperamos toda una tarde junto a su piscina. A Ed le estaba creciendo el pelo al rape de color rubio oxigenado, así que se inclinó por encima del borde de la piscina y me pidió que le afeitara la cabeza.

Por entonces el puma seguía suelto. Estábamos en el campo pero no lo estábamos. La espesura estaba compartimentada en forma de pequeñas parcelas de dos acres y medio. En alguna parte había un puma hembra con sus cachorros, embutidos entre las madres de clase media y las piscinas.

Aquello no fueron tanto unas vacaciones como un peregrinaje de una franquicia de Gold’s Gym a la siguiente por toda la Costa Oeste. En la carretera comprábamos atún en conserva, nos zampábamos hasta la última gota y tirábamos las latas vacías en el asiento de atrás. Lo hacíamos bajar con refrescos bajos en calorías y nos alejábamos tirándonos pedos por la interestatal 5.

Ed y Bill se chutaban jeringuillas ya preparadas de Dianabol y yo tomaba todo lo demás. Arginina, ornitina, zarzaparrilla, inosina, DHEA, serenoa, selenio, cromo, testículo de carnero neozelandés de granja, sulfato de Vanadyl, extracto de orquídeas...

En el gimnasio, mientras mis amigos levantaban tres veces su peso, se inflaban y

rompían la ropa desde dentro, yo deambulaba junto a sus codos gigantes.

—¿Sabéis? —decía yo—, creo que estoy aumentando de tamaño un montón con esa tintura de corteza de yohimbo.

Sí, aquel verano.

La única razón por la que me dejaban ir con ellos era por el contraste.

Es la vieja estrategia de buscar damas de honor feas para que la novia parezca guapa.

Los espejos son solo la metadona del culturismo. Hace falta un público real. Hay un chiste que dice: ¿Cuántos culturistas hacen falta para poner una bombilla?

Tres: uno para poner la bombilla y dos para decir: «¡Joder, tío, estás impresionante!».

Sí, ese chiste. Pues no es ningún chiste.

En el camino a casa de vuelta de México volvimos a parar en casa de aquella gente de Sacramento a la que habíamos intentado visitar. Estaban haciendo una barbacoa para unos amigos suyos que acababan de llegar de un retiro espiritual para hombres.

En aquel retiro, explicó alguien, enviaban a todos los hombres a vagabundear por el desierto hasta que tuvieran una revelación. Ahora, mientras las antorchas de jardín parpadeaban y la barbacoa de propano humeaba, había un hombre que sostenía una especie de bate de béisbol maltrecho. Era el esqueleto disecado de un cactus muerto que había encontrado en su búsqueda de una revelación, pero resultó ser más que eso.

—Me di cuenta —dijo— de que aquel esqueleto de cactus era yo. Era mi hombría, dura y áspera por fuera, pero hueca y frágil por dentro.

Se había llevado el esqueleto a casa en el avión, sobre el regazo.

Todos en la terraza cerraron los ojos y asintieron. Salvo mis amigos, que miraron a otro lado con las mandíbulas prietas para evitar que se les escapara la risa. Con los enormes brazos cruzados sobre el pecho, se dieron un codazo y acordaron alejarse por la carretera para ver cierta roca con valor histórico.

La anfitriona nos paró en la puerta y dijo:

—¡No! No vayáis.

Con el ponche de vino en la mano y mirando la oscuridad que se extendía más allá del vapor de la piscina de hidromasaje y la luz de las antorchas, sin mirarnos, dijo que había un puma merodeando. El puma había estado justo al lado de su terraza y ella nos mostró un montón de pelos rubios, cortos y gruesos que había entre los matorrales.

Aquel año, a dondequiera que fuéramos, durante todo el viaje, todo estaba ya cercado y delimitado y había carteles por todas partes.

Ed siguió exprimiéndose y haciendo pesas durante un par de años más hasta que se jodió las rodillas, y Bill, hasta que se hizo una hernia de disco.

El médico no accedió hasta que murió mi padre, el año pasado. Yo había perdido peso y seguí perdiendo hasta que él sacó su bloc de recetas y dijo:

—Probemos con treinta días de Anadrol.

Y así es como yo también me lancé al precipicio.

La gente me miraba con los ojos fruncidos y me preguntaba si había cambiado en algo. El perímetro de mis brazos creció un poco, pero no demasiado. Más que el tamaño, era una cuestión de sensaciones. Empecé a ir con la espalda recta y a cuadrar los hombros.

De acuerdo con el prospecto, el Anadrol (oximetolona) es un esteroide anabólico, un derivado sintético de la testosterona. Los posibles efectos secundarios incluyen: atrofia testicular, impotencia, priapismo crónico, aumento o disminución de la libido, insomnio y pérdida del cabello. Cien tabletas cuestan mil cien dólares. Y el seguro médico no las cubre.

Pero las sensaciones... Los ojos se abren como platos y adquieren una expresión alerta. Igual que las mujeres se ponen tan estupendas cuando están embarazadas, radiantes y suaves, mucho más mujeres, el Anadrol te hace parecer y sentirte mucho más hombre. El priapismo rampante solo duró dos semanas. Uno no es nada más que la propiedad que tiene entre sus piernas. Es igual que esas viejas ilustraciones de *Alicia en el País de las Maravillas,* donde Alicia se come la tarta que dice «Cómeme» y crece hasta que el brazo le sobresale por la puerta delantera. Salvo que no es tu brazo el que sobresale, y llevar pantalones de ciclista de licra está totalmente prohibido.

Hacia la tercera semana el priapismo remitió, o pareció extenderse al resto de mi cuerpo. Levantar pesos acaba siendo mejor que el sexo. Una sesión de ejercicios se convierte en una orgía. Tienes orgasmos: orgasmos parecidos a calambres, calurosos y torrenciales, en los deltoides, los cuadriceps, los laterales y los trapecios. Te olvidas de tu viejo y perezoso pene. Quién lo necesita. En cierta forma es toda una paz, una escapatoria del sexo. Unas vacaciones de la libido. Puedes ver a una mujer guapísima y ponerte a gruñir, pero tu siguiente tortilla de clara de huevo o serie de abdominales te resultan mucho más atractivas.

Yo no me volví tan estúpido. Esto es una digresión un poco extraña, pero con una amiga que iba a la facultad de medicina hice el trato de que si yo le presentaba a Brad Pitt ella me colaría para que la ayudara a diseccionar cadáveres. Ella conoció a Brad y yo pasé una larga noche ayudándola a desmembrar a gente muerta para que los estudiantes de medicina de primer año pudieran estudiarlos. Nuestro tercer cadáver era un médico de sesenta años. Tenía la masa y definición musculares de un hombre de veintitantos, pero cuando le abrimos el pecho su corazón era casi igual de grande que su cabeza. Yo le sujeté el pecho abierto y mi amiga vertió formol hasta que le flotaron los pulmones. Mi amiga miró el corazón aberrantemente grande del tipo y su

polla igual de descomunal y me dijo: «Testosterona. Autoadministrada durante años».

Me enseñó los cablecitos enrollados y el marcapasos que tenía metido en el pecho y me dijo que el tipo tenía un historial de un ataque al corazón tras otro.

Más o menos por la misma época una revista de culturismo de tirada nacional publicó una serie discontinua de artículos en las últimas páginas. No salió en todos los números, ni siquiera en muchos, pero cada artículo era un perfil biográfico actualizado sobre un culturista estrella de la década de 1980. Eran los mismos tipos en los que Ed y Bill querían convertirse. En los días de su estrellato posaban y daban entrevistas en las que juraban que habían sido bendecidos con una naturaleza y una determinación extraordinarias, que se limitaban a trabajar mucho y comer bien y que nunca tomaban esteroides. Lo juraban.

En la parte del artículo dedicada a la actualidad, los mismos tipos aparecían pálidos y blandos, luchando con problemas de salud que iban desde la diabetes al cáncer. Y admitían que sí habían tomado esteroides, y que habían estado manipulando sus niveles de insulina e inyectándose hormona del crecimiento humano.

Yo sabía todo aquello y aun así me lancé al precipicio.

Mis amigos no me detuvieron. Solo me dijeron que comiera las bastantes proteínas como para hacer que la inversión valiera la pena. Con todo, no me compré los bloques de cinco kilos de clara de huevo. Nunca llené la nevera de filas y más filas de pechugas de pollo sin piel ni huesos ni de patatas al horno envueltas en papel de aluminio tal como solían hacer Ed y Bill. Ellos se aprovisionaban para cada ciclo de esteroides como si se prepararan para un asedio de seis semanas. Yo no estaba tan entregado.

Me limité a tomar las pildoritas blancas y a hacer ejercicio, y un día en la ducha me di cuenta de que las pelotas me estaban desapareciendo.

Muy bien, lo siento, les prometí a un montón de amigos que no tocaría esta cuestión, pero aquel fue el momento crucial. Cuando lo que eran huevos de ganso se te encogen hasta el tamaño de pelotas de ping-pong, y luego de canicas, resulta fácil decir que no cuando tu médico te pregunta si quieres repetir con otra tanda de Anadrol.

Ahí estás tú, con un aspecto estupendo, resplandeciente y alerta, inflado y con los músculos bien marcados, con más pinta de hombre que nunca en tu vida, pero en lo importante eres menos hombre. Te estás convirtiendo en un simulacro de masculinidad.

Además, ya que sale el tema, el atractivo de ser un montón enorme y grotesco de músculos ya está empezando a remitir. Claro, al principio sería divertido, como ser propietario de una mansión victoriana laberíntica cubierta de molduras de filigrana. Pero después del primer par de semanas los trabajos constantes de mantenimiento me consumirían la vida. Nunca podría alejarme lo bastante de un gimnasio. Estaría

comiendo proteína de huevo a todas horas. Y aunque hiciera todo eso, el proyecto entero acabaría por hundirse.

Mi padre estaba muerto, Ed y Bill estaban hechos un asco y yo estaba perdiendo rápidamente la fe en los rollos tangibles. En los rollos temporales y tangibles. Había escrito una historia, un libro imaginario, y me estaba dando más dinero que ningún trabajo de verdad que yo hubiera hecho nunca. Me quedaban treinta días de tiempo libre entre mis obligaciones promocionales como escritor y el estreno de la película de *El club de la lucha*. Había ahí un experimento de treinta días, una aventura a lo Jack London actualizada y envasada en un frasquito marrón.

Me lancé al precipicio porque era una aventura.

Y durante treinta días me sentí realizado. Pero solo hasta que se acabaron las pildoritas blancas. Temporalmente permanente. Realizado e independiente de todo. De todo excepto del Anadrol.

La mujer de Sacramento, la que estaba haciendo una barbacoa años atrás, me dijo:

—Esos amigos tuyos están locos.

Al lado de la piscina, el hombre acunaba el frágil esqueleto de cactus de su masculinidad y la mujer seguía mirando los puñados de «pelo de puma» teñidos con agua oxigenada que yo había cortado de la cabeza al rape de Ed. Inflados y enormes dentro de sus camisetas sin mangas, Ed y Bill desaparecieron caminando pesadamente por la carretera. En la oscuridad de fuera estaba el puma, u otros pumas.

La anfitriona dijo:

—¿Por qué los hombres tienen que hacer esas estupideces?

«Mientras a este país le quede una frontera —dijo Thomas Jefferson—, habrá un lugar para los inadaptados y los aventureros de América.»

Ahora Ed y Bill son dos adefesios gordos, pero aquel verano, joder, tío, estaban impresionantes. Un buen chute... Mi padre... El Anadrol... Lo único que queda es la historia intangible. La leyenda.

Y vale, eso de las fronteras tal vez no lo dijera Thomas Jefferson, pero ya me entienden.

Siempre habrá pumas ahí fuera. Es muy típico de las tías pensar que la gente tendría que vivir para siempre.

Gente en conserva

(The People Can)

Te haces a la mar cansado. Después de todo el rollo de rascar y pintar el casco, de cargar las provisiones, de reemplazar el equipo y de abastecerse de piezas, después de que te den un adelanto de tu paga y tal vez de que pagues por adelantado el alquiler de los tres meses durante los que no vas a estar en casa, después de arreglar tus asuntos, de darle la orden de «vender» a tu agente de bolsa, de despedirte de tu familia en la puerta de la base naval de King's Bay y tal vez de afeitarte la cabeza porque va a pasar mucho tiempo antes de que veas a un barbero, después de todo ese ajetreo, los primeros días en altamar son tranquilos.

Dentro de la «lata de gente en conserva» o del «tubo bajo llave», como llaman los tripulantes de submarino a su embarcación patrullera, reina una cultura del silencio. En la zona de ejercicios, los pesos libres están cubiertos de grueso caucho negro. Entre las pesas de las máquinas de ejercicios marca Universal hay almohadillas rojas de caucho. Los oficiales y la tripulación llevan zapatillas de tenis, y casi todo está sujeto —desde las cañerías hasta la rueda de andar, en cualquier parte donde el metal toque metal— con aislamiento de caucho para evitar el traqueteo o el tintineo. Las patas de las sillas terminan en gruesas fundas de caucho. Cuando uno está de guardia puede escuchar música con auriculares. El *USS Louisiana,* SSBN-743, tiene un revestimiento que lo protege del sonar enemigo y lo mantiene oculto, pero cualquier ruido alto y brusco que emita lo puede oír cualquiera que esté a la escucha en un radio de cuarenta kilómetros.

—Cuando vas al baño —dice el oficial de suministros del *Louisiana,* el teniente Patrick Smith—, tienes que bajar el asiento del retrete en caso de que la nave experimente un bamboleo raro. Una tapa que se cierre de golpe puede delatar nuestra presencia.

—No se cierran todas al mismo tiempo —dice el oficial ejecutivo Pete Hanlon, mientras describe lo que pasa cuando el submarino cambia de profundidad y la gente se ha dejado las tapas de los retretes abiertas—. Estás en el puente y oyes «¡WANG!». Y «¡WANG!». Y «¡WANG!». Una detrás de otra, y ves que el capitán se va poniendo más y más tenso.

En todo momento, un tercio de la tripulación puede estar durmiendo, así que durante el viaje de patrulla la única luz que hay en el techo de los dormitorios es el pequeño fluorescente rojo que hay junto a la puerta cerrada con una cortina. Prácticamente lo único que se oye es el susurro del aire en el sistema de ventilación. Cada dormitorio tiene nueve literas, dispuestas en torres de tres y en formación de U

mirando a la puerta. Cada litera, que se conocen como «ganchos», tiene un colchón de espuma de quince centímetros de grosor que puede tener o no la marca del cuerpo de tu equivalente en la tripulación alternativa del submarino. Dos tripulaciones se alternan en las patrullas del *Louisiana,* la Tripulación Dorada y la Tripulación Azul. Si el tío que duerme en tu gancho mientras tú estás en tierra pesa ciento veinte kilos y deja una marca, dice el especialista en gestión de comedores de la Tripulación Dorada Andrew Montroy, lo que hay que hacer es poner toallas debajo. Los ganchos se levantan y debajo de cada uno hay un cajón de diez centímetros de profundidad que se llama «cajón ataúd». Unas pesadas cortinas de color burdeos separan los distintos dormitorios. En la cabecera de cada colchón hay una lamparilla de lectura y un panel con un enchufe y los controles de un estéreo con auriculares parecido al que se usa en los vuelos comerciales. Hay cuatro tipos distintos de música procedentes de un sistema que va poniendo los discos compactos que trae a bordo la tripulación. Hay conductos de ventilación. Y en la cabecera de todos los ganchos hay también una máscara de oxígeno.

—El miedo más grande que tenemos a bordo es el fuego —dice el teniente Smith —. Y la razón es el humo.

En caso de incendio, por los pasillos estrechos llenos de humo y sin luz, en la oscuridad total, hay que ponerse sobre la cara la máscara de oxígeno acoplada a una capucha de lona con lamparilla y caminar palpando el suelo en busca de aire. En el suelo hay unas marcas oscuras y rugosas que pueden ser cuadradas o triangulares. Uno va palpando el suelo con los pies, como si leyera braille, hasta encontrar una marca. Las marcas cuadradas indican tomas de aire en el techo a las que se puede uno conectar. Las marcas triangulares indican tomas de aire en las paredes. Uno se conecta a la toma, respira, grita «Aire», y luego sigue por el pasillo hasta la siguiente toma para respirar otra vez. En la máscara hay una salida que permite a otros miembros de la tripulación conectarse a ti y respirar mientras tú respiras. Hay que gritar «Aire» para que nadie se alarme por el estrépito que hace el aire cuando te desconectas de una toma.

Para hacer el *Louisiana* más hogareño, el teniente Smith se trae café en grano de Gevalia, un molinillo y una máquina de expresso. Otros miembros de la tripulación se traen las toallas de casa y fotografías para pegar con cinta adhesiva en la parte inferior de la litera de encima de la suya. Montroy se trae sus treinta cedés favoritos. Se traen grabaciones en vídeo de la vida en casa. Un miembro de la tripulación trae una funda de almohada de Scooby-Doo. Muchos se traen sus propias colchas y mantas.

—La llamo mi manta protectora —dice el encargado de almacén de primera de la Tripulación Dorada Greg Stone, que está escribiendo un diario para leérselo más tarde a su mujer, mientras ella le lee el suyo a él.

Uno se mete en el agua sin más aire que el que hay en el submarino. Ese mismo aire se limpia con aminos calentados, que se unen al dióxido de carbono y lo eliminan. A fin de generar oxígeno nuevo, se usan mil cincuenta amperios de electricidad que divide las moléculas del agua de mar desmineralizada. El dióxido de carbono y el hidrógeno se expulsan al océano. Hacen falta mil quinientos kilos de presión hidráulica para comprimir la basura de a bordo en forma de latas de treinta kilos envueltas en acero —unas cuatrocientas por cada patrulla— que luego se expulsan.

No se puede beber alcohol y solo se puede fumar en la zona cercana al motor auxiliar de gasoil Firbank Morris de doce cilindros, apodado el «Pistón de la Chaveta». El motor de gasoil actúa como apoyo a la planta eléctrica nuclear, el «Fogón de la Panza».

Si formas parte de la tripulación, duermes a menos de dos metros de los veinticuatro misiles nucleares Trident que llenan el tercio central de la nave, almacenados en tubos que suben desde la sentina hasta las cuatro cubiertas. Fuera de los dormitorios, los tubos de los misiles están pintados de distintos tonos del naranja, naranja más claro hacia la proa y más oscuro hacia la popa, con el objeto de contribuir a la percepción de la profundidad de la tripulación en el compartimento de treinta metros. Montados sobre los tubos de los misiles hay cajones llenos de películas de vídeo y golosinas a la venta cortesía del Club de Ocio.

Uno está rodeado de tuberías y válvulas de colores. El púrpura quiere decir refrigerador. El azul, agua limpia. El verde, agua de mar. El naranja, fluido hidráulico. El marrón, dióxido de carbono. El blanco, vapor. El marrón claro, aire a baja presión.

De acuerdo con Hanlon, Smith y el jefe de embarcación de la Tripulación Dorada Ken Biller, la percepción de profundidad no es un problema a pesar del hecho de que uno nunca enfoca la vista más lejos de la longitud del compartimento central de misiles. Dice un miembro de la tripulación que está bebiendo café en la cubierta comedor que el primer día que sales a la luz del sol vas con los ojos fruncidos y tienes que llevar gafas de sol, y la Marina te recomienda que no conduzcas un coche durante los dos primeros días debido a posibles problemas con la percepción de profundidad.

Montadas en un par de tubos de misiles hay placas metálicas que señalan el lugar y el momento en que se disparó un misil. En el tubo número cinco, una placa señala el lanzamiento de un misil el 18 de diciembre de 1997, a las 15.00 horas, en el marco de la operación Demonstration and Shakedown. Lo disparó la Tripulación Azul.

—De vez en cuando —dice el teniente Smith, de la Tripulación Dorada—, una nave tiene la suerte de poder disparar su misil.

La Tripulación Dorada nunca ha disparado ninguno.

No hay ni ventanas ni ojos de buey ni cámaras instaladas en la parte exterior del casco. Salvo por el sonar, uno es ciego en el caso de que alguna vez te ataque...

—¿...un calamar gigante? —dice el teniente Smith, completando mi pensamiento con las cejas levantadas—. De momento no ha pasado nunca.

—Una vez chocamos contra una ballena —dice el primer oficial de máquinas Cedric Daniels—. Bueno, por lo menos se cuenta esa historia.

Las abolladuras sin explicar en el casco se han atribuido a las ballenas. Con el sonar, en las profundidades del mar, se oyen las llamadas de las ballenas, los delfines y las marsopas. El claqueteo que hacen los bancos de gambas. Se trata de los ruidos que la tripulación denomina «biológicos».

Uno se hace a la mar con trescientos sesenta kilos de café, quinientos setenta litros de leche en cajas, novecientas docenas de huevos grandes, tres mil kilos de harina, seiscientos kilos de azúcar, trescientos cincuenta kilos de mantequilla y mil setecientos cincuenta kilos de patatas. Todo se empaqueta en «módulos de alimentación», cajones de metro y medio por metro y medio por dos metros que se llenan en almacenes del puerto y se meten en la nave por una escotilla. Uno viaja con seiscientos vídeos, trece torpedos, ciento cincuenta tripulantes, quince oficiales y ciento sesenta y cinco «cajas de la Noche del Medio».

Antes de partir, la familia de cada hombre a bordo le da al jefe de embarcación Ken Biller un paquete del tamaño de una caja de zapatos, y la noche que marca el punto medio exacto del período de patrulla, que se llama la Noche del Medio, Biller reparte las cajas. La mujer de Smith le envía fotos y cecina y una moto de juguete para recordarle la que tiene en tierra. Greg Stone recibe una funda de almohada donde hay impresa una foto de su mujer, Kelley. La mujer de Biller le envía fotos de su perro y de su colección de armas de fuego.

Además, en la Noche del Medio se puede pujar por un oficial, ya que los oficiales salen a subasta. El dinero va a parar al Fondo de Ocio, y los oficiales subastados tienen que trabajar durante la siguiente guardia para los ganadores de la subasta.

Otra tradición de la Noche del Medio es la subasta de tartas. El ganador de la subasta puede elegir al hombre que quiera, sentarlo en una silla delante de toda la tripulación y darle un tartazo.

Todo el mundo a bordo llama al oficial de suministros Smith «Chuleta» por las insignias doradas que lleva en el cuello del uniforme, que deberían parecerse a hojas de roble pero que recuerdan más a chuletas de cerdo. Al jefe de embarcación Keller lo llaman «Mazorca». Al oficial ejecutivo jefe Hanlon lo llaman «OEJ». De los miembros de la tripulación original, como la especialista en dirección de comedores Lonnie Becker, se dice que tienen «tabla propia». Uno no ve películas, sino que «quema pelis». Las puertas son «trampillas». Los gorros, «tapas». Los misiles son «chuzos». En la nueva Marina políticamente correcta, los monos de color azul oscuro

que lleva la tripulación cuando está de patrulla ya no se llaman «cagaderos». Los tripulantes que sirven en la cubierta comedor ya no se llaman «basureros». El Sauerbraten ya no es «polla de burro». Los raviolis no son «almohadillas de la muerte». La carne de buey picada con crema sobre una tostada ya no es «mierda en una teja». La carne en conserva al maíz ya no es «culo de babuino».

No de forma oficial. Pero aún se oye.

Las hamburguesas, solas o con queso, siguen siendo «grasas». Las hamburguesas de pollo siguen siendo «ruedas de pollo». Las literas se llaman «ganchos», por los que se usaban para sujetar las hamacas en los barcos de vela. Los baños siguen siendo «agujeros», por los que había en la proa de aquellos barcos. Dos agujeros para la tripulación y uno para los oficiales, perforados en la cubierta bamboleante y bañada por el oleaje, por encima de la quilla.

Como dice OEJ Hanlon, «a aquellos tipos no les hacía falta papel higiénico».

Otra noche señalada durante el viaje de patrulla es el «Café del Jefe», con la palabra «jefe» en español. Se trata de la noche en que los oficiales cocinan para la tripulación. Se apagan las luces de la cubierta comedor y los oficiales sirven a los tripulantes con barritas de fósforo incandescentes en las mesas en lugar de velas. Hasta hay un maître.

Para fines religiosos, hay «líderes seglares» en la tripulación que pueden llevar a cabo servicios católicos o protestantes. En Navidad, los marineros cuelgan lucecitas en sus dormitorios y ponen pequeños árboles plegables de papel de aluminio. Decoran el salón de cenas de los oficiales, llamada Sala de Oficiales, con nieve artificial y guirnaldas.

Cuando uno se hace a la mar en el *USS Louisiana*, esta es su vida. Los tripulantes viven en ciclos de dieciocho horas. Seis horas de guardia. Seis horas de sueño. Y seis horas libres de guardia en que uno se puede relajar, hacer ejercicio o estudiar cursos por correspondencia en el ordenador destinados a sacarse una diplomatura. Una vez por semana más o menos uno duerme una noche «de equilibrio» de ocho horas. La edad media de los tripulantes es de veintiocho años. Del dormitorio al agujero vas vestido con calzoncillos o con una toalla. Por lo demás, casi todos los tripulantes llevan su mono.

Los oficiales viven en un ciclo de veinticuatro horas. Mientras se está de patrulla no se hace el saludo militar a los oficiales.

—Cuando nos meten en el tubo bajo llave —dice el teniente Smith—, esta es nuestra familia y así es como los tratamos.

Smith señala el juramento de servicio enmarcado que hay en la pared de la cubierta comedor y dice:

—Un tipo puede haber tenido un día muy bueno, pero si viene aquí a comer y el servicio es malo, la comida no está buena o los platos no están calientes, si no le

damos esa atmósfera casera, le podemos estropear el día entero.

Los últimos días de patrulla todo el mundo coge «fiebre de canal». Nadie quiere dormir. Todo el mundo quiere llegar a casa. Llegado ese punto, siempre hay películas puestas y se comen pizzas y aperitivos las veinticuatro horas.

En puerto, las mujeres y las novias se están rifando el «primer beso». El dinero de las tartas, las subastas y las rifas se invierte en la fiesta de la tripulación para celebrar la vuelta a casa.

Y el día en que el *USS Louisiana* llegue a casa, las familias estarán en el muelle con carteles y banderitas. El oficial al mando siempre es el primero en poner el pie en tierra para saludar al oficial de flota, pero después...

Se anuncia a los ganadores de la rifa y ese hombre y esa mujer se besan delante de todo el mundo. Y todos los demás aplauden.

POSDATA: La fotógrafa de este artículo, Amy Eckert, tuvo que pasar por un montón de filtros gubernamentales para conseguir publicarlo en la revista *Nest.* Me avisó de que, como *Nest* era una revista de «diseño», a los mandamases de la Marina les preocupaba que tuviera un público lector homosexual y que la pieza pudiera ser una revelación sonada sobre la actividad homosexual a bordo de los submarinos.

La fotógrafa recalcó que yo no podía mencionar bajo ningún concepto el tema del sexo anal bajo el mar. Tiene gracia, pero hasta que ella no lo mencionó, a mí ni se me había pasado por la cabeza. A mí me interesaba más la jerga y los vocablos específicos de los tripulantes de submarinos. Quería pintar un paisaje de palabras completamente únicas. La jerga es la paleta de colores del escritor. Me rompió el corazón que antes de que se publicara el artículo los censores de la Marina quitaran toda la jerga, incluyendo «polla de burro» y «culo de babuino».

Con todo, la fobia al sexo se convirtió en el gran elefante invisible que resultaba difícil de ignorar.

Un día, en un pasillo muy estrecho, yo estaba de pie con un oficial asistente cuando pasaron varios oficiales en pleno desempeño de sus tareas. Yo tenía las manos cerca de la cintura y trataba de tomar notas mientras hablábamos.

Y sin venir a cuento de nada, el oficial dijo:

—Por cierto, Chuck, cuando los tíos se froten de esa manera contra ti, no quiere decir nada.

Hasta entonces yo ni me había fijado. Pero ahora quería decir algo. Todos aquellos frotamientos...

Otro día, en la cubierta comedor después del almuerzo, había unos marineros sentados hablando sobre los problemas de permitir que sirvieran mujeres a bordo en los submarinos. Un hombre dijo que era cuestión de tiempo antes de que dos personas se enamoraran, alguna mujer acabara embarazada y tuvieran que suspender una misión de noventa días para regresar a puerto.

Y al oír aquello yo dije que ni hablar. Que llevaba el tiempo suficiente a bordo como para ver lo apretados que estaban todos allí. Ni en coña, dije yo, iban a encontrar dos personas el espacio ni la intimidad para tener relaciones sexuales a bordo.

Y otro marinero cruzó los brazos sobre el pecho, se reclinó en el asiento de su silla y dijo:

—¡Oh, pasa! —En voz alta y clara, sonrió y dijo—: ¡Pasa, y mucho!

Y entonces se dio cuenta de lo que acababa de decir. Acababa de reconocer la existencia del elefante invisible.

Todo el mundo en la sala lo estaba fulminando con la mirada.

Lo que siguió fue el momento de silencio furibundo más largo de la historia de la Marina.

En otra ocasión me pidieron que esperara en un pasillo delante de un tablón de noticias con los anuncios del día. El primer anuncio era una lista de tripulantes nuevos y una nota dándoles la bienvenida a bordo.

El segundo anuncio era un recordatorio de que se acercaba el día de la Madre.

El tercer anuncio decía que el «daño personal autoinfligido» estaba a la orden del día en los submarinos. Decía: «Evitar el daño autoinfligido entre el personal a bordo de los submarinos es la prioridad más alta de la Marina». Argot siniestro de la Marina para referirse al suicidio. Otro elefante invisible.

El día que me marché de la base naval de King’s Bay vino un oficial a pedirme que escribiera un buen artículo. Yo me había quedado para echar un último vistazo al submarino y él me dijo que cada vez había menos gente que valorara el tipo de servicio que él valoraba por encima de todo.

Yo sí veía aquel valor. Admiro a esa gente y el trabajo que hacen.

Pero al esconder las dificultades que soportan parece que la Marina les está estafando a esos hombres la mayor parte de su gloria. Al intentar hacer que el trabajo parezca divertido y desenfadado, la Marina puede estar repeliendo a la gente que quiere esa clase de desafíos.

No todo el mundo busca un trabajo fácil y divertido.

La señora

(The Lady)

Un amigo mío vive en una casa «encantada». Es una casa de campo blanca y bonita, rodeada de jardines, y una vez cada tres o cuatro semanas me llama en plena noche y me dice:

—¡Hay alguien gritando en el sótano! ¡Voy a bajar con la pistola, y si no te llamo avisa dentro de cinco minutos a la policía!

Resulta muy dramático, pero es la clase de queja que apesta a farol. Es el equivalente psicológico de decir: «Pero cómo pesa mi anillo de diamantes». O bien: «Ojalá pudiera llevar este biquini con tanga sin que a todo el mundo se le cayera la baba».

Mi amigo se refiere a su fantasma como «la señora», y se queja de no poder dormir porque «la señora» se ha pasado toda la noche despierta, haciendo traquetear los cuadros de las paredes y cambiando la hora de los relojes y dando golpes en la sala de estar. A eso lo llama «estar en danza». Si llega tarde o está preocupado, suele ser por culpa de «la señora». Porque se ha pasado la noche gritando su nombre desde el otro lado de la ventana del dormitorio o bien apagando y encendiendo las luces.

Estoy hablando de un hombre práctico que nunca ha creído en fantasmas. Lo llamaré «Patrick». Hasta que se mudó a esa granja, Patrick era como yo: estable, práctico y razonable.

Ahora creo que es un embustero.

Para demostrárselo, le pedí que me dejara cuidarle la granja mientras él estaba de vacaciones. Necesitaba la tranquilidad y el aislamiento para escribir, le dije. Le prometí que regaría las plantas y él se largó y me dejó allí dos semanas. Y yo monté una fiestecita.

El hombre del que hablo no es mi único amigo que delira. Otra amiga mía —la llamaré «Brenda»— dice que puede ver el futuro. Mientras estamos cenando te estropea tu mejor historia tapándose de pronto la boca con la mano, soltando un enorme grito ahogado y reclinándose hacia atrás en la silla con los ojos como platos y una expresión aterrada en la cara. Cuando le preguntas qué le pasa, ella dice:

—Oh... Nada, en serio. —Luego cierra los ojos y trata de quitarse de la mente esa terrible visión.

Cuando insistes y le preguntas qué la ha asustado, Brenda se inclina sobre la mesa con lágrimas en los ojos. Te coge la mano y te suplica:

—Por favor, por favor. Mantente alejado de los coches durante los próximos seis años.

¡Durante los próximos seis años!

Brenda y Patrick son raros pero son mis amigos, y siempre están reclamando atención. «Mi fantasma hace demasiado ruido...», «Odio poder ver el futuro...»

Para mi fiestecita planeé invitar a Brenda y a sus amigas médiums a la granja encantada. Planeé invitar a otro grupo de amigos normales y estúpidos que no sufren la molestia de ningún don especial extrasensorial. Beberíamos vino tinto y observaríamos a las médiums revolotear por la casa, entrar en trance, ser poseídas por espíritus, llevar a cabo escritura automática y hacer levitar mesas mientras nos tapábamos la boca y nos reíamos delicadamente.

Así pues, Patrick estaba de vacaciones. Llegó a la granja una docena de personas. Y Brenda trajo a dos mujeres a las que yo no conocía de nada, Bonnie y Molly, las dos ya derritiéndose de tanta energía fantasmagórica como sentían allí. Cada dos o tres pasos se paraban, se tambaleaban y se agarraban a una silla o una barandilla para no caerse al suelo. Vale, todos mis amigos y amigas se tambaleaban un poco. Pero los que no estaban chiflados se tambaleaban por el vino tinto. Luego nos sentamos todos a la mesa del comedor, con un par de velas encendidas en el centro, y las médiums se pusieron a trabajar.

Primero se dirigieron a mi amiga Ina. Ina es alemana y sensata. Su forma de expresar emociones es encender otro cigarrillo. Aquellas médiums, Bonnie y Molly, no conocían de nada a Ina, pero se turnaron para decirle que a su lado estaba el espíritu de una mujer. La mujer se llamaba «Margaret» y estaba rociando a Ina de florecillas azules. Nomeolvides, dijeron. Y de pronto Ina dejó el cigarrillo y se echó a llorar.

La madre de Ina había muerto de cáncer hacía varios años. Su madre se llamaba Margaret y todos los años Ina echaba semillas de nomeolvides sobre su tumba porque era la flor favorita de su madre. Ina y yo éramos amigos desde hacía veinte años y ni siquiera yo conocía aquellos detalles. Ina nunca hablaba de su madre muerta y ahora estaba llorando y pidiendo más vino tinto.

Después de dejar a mi amiga hecha polvo, Bonnie y Molly se volvieron hacia mí.

Me dijeron que había un hombre cerca de mí, de pie justo detrás de mí. Las dos se mostraron de acuerdo en que era mi padre asesinado.

Oh, por favor. Mi padre. Venga, dejémonos de tonterías un momento.

Cualquiera podía conocer los detalles de la muerte de mi padre. El círculo extraño e irónico. Cuando él tenía cuatro años, su padre disparó a su madre y luego lo persiguió a él por toda la casa intentando pegarle un tiro. El primer recuerdo que tenía mi padre en la vida era estar escondido debajo de una cama, oír que su padre lo llamaba y ver pasar sus pesadas botas, con el cañón humeante del rifle colgando cerca del suelo. Mientras él estaba escondido, su padre acabó por pegarse un tiro. Luego mi padre se pasó la vida entera huyendo de aquella escena. Mis hermanos y hermanas

también dicen que se pasó la vida casándose con una mujer tras otra en un intento de encontrar a su madre. Siempre divorciándose y volviéndose a casar. Llevaba veinte años divorciado de mi madre cuando vio un anuncio en la sección de contactos del periódico. Empezó a salir con la autora del anuncio sin saber que tenía un ex marido violento. Cuando volvían a casa de su tercera cita, el ex marido los sorprendió y los mató a tiros a los dos en casa de ella. Aquello sucedió en abril de 1999.

La verdad es que estos detalles se han publicado en todas partes. El caso fue ajuicio y el asesino ha sido sentenciado a la pena de muerte. Bonnie y Molly no necesitaban ningún don especial para saber todo aquello.

Y, sin embargo, insistieron. Dijeron que mi padre estaba muy arrepentido de algo que me había hecho cuando yo tenía cuatro años. Que sabía que había sido cruel pero que era la única forma que tenía de enseñarme una lección. Que por entonces era muy joven y no se dio cuenta de que estaba yendo demasiado lejos. Bonnie y Molly se cogieron de la mano y dijeron que me estaban viendo a mí de niño, arrodillado junto a un tajo para cortar leña. Mi padre estaba a mi lado y tenía algo de madera en la mano.

—Es un palo —dijeron entonces—. No, no. Es un hacha...

El resto de mis amigos estaban callados. El llanto de Ina había sofocado sus risitas.

Bonnie y Molly dijeron:

—Tienes cuatro años y estás tomando una decisión muy importante. Es algo que cambiará el resto de tu vida...

Describieron a mi padre afilando su hacha y dijeron:

—Estás a punto de ser... —Hicieron una pausa y dijeron—: ¿Desmembrado?

Ina seguía sollozando a nuestro lado. La muy tonta. Me serví otro vaso de vino y me lo bebí. Me serví otro. Les pedí a Bonnie y a Molly, nuestras guías en el mundo de los fantasmas, que por favor me dijeran más. Sonreí y dije:

—En serio, esto es fascinante.

Luego me dijeron:

—Ahora tu padre es muy feliz. Es más feliz de lo que fue nunca en vida.

Oh, ¿acaso no es eso lo que dicen siempre? Unas migajas de consuelo para la familia del difunto. Bonnie y Molly son la misma clase de gente que se han aprovechado durante toda la historia de la gente que tiene muertos en la familia. En el mejor de los casos son unos chiflados que sufren delirios. En el peor, unos monstruos manipuladores.

Lo que no les dije era que cuando yo tenía cuatro años me puse una arandela de metal en el dedo como si fuera un anillo. Me venía demasiado pequeña para sacármela y esperé a tener el dedo totalmente hinchado y morado antes de pedirle ayuda a mi padre. Siempre nos habían dicho que no nos pusiéramos gomas elásticas

ni nada apretado en los dedos o se nos gangrenarían, y las partes gangrenadas se pudrirían y se caerían. Mi padre me dijo que iba a tener que cortarme el dedo y se pasó la tarde lavándome la mano y afilando el hacha. Y durante todo aquel tiempo también me estuvo sermoneando sobre el hecho de asumir las responsabilidades de mis actos. Me dijo que si me iba a poner a hacer estupideces tenía que estar dispuesto a pagar el precio.

Me pasé toda la tarde escuchando. No hubo dramatismo ni lágrimas de pánico. En mi mente de niño de cuatro años mi padre me estaba haciendo un favor. Cortarme el dedo hinchado y morado iba a doler, pero sería mejor que dejarlo que se pudriera durante semanas.

Me arrodillé junto al tajo, donde había visto a tantos pollos correr un destino parecido, y extendí la mano. Estaba enormemente agradecido a mi padre por su ayuda y decidí no culpar nunca más a los demás por mis estupideces.

Mi padre levantó el hacha y, claro está, no me acertó en el dedo. Entramos en casa, y usó agua con jabón para quitarme la arandela.

Es una historia que yo ya casi había olvidado. Casi la había olvidado porque no se la había contado nunca a nadie y nunca la había rememorado en voz alta para comprobar la reacción de nadie. Porque sabía que nadie más iba a entender aquella lección. No verían nada más que las acciones de mi padre y lo considerarían una crueldad. Que Dios me libre de contárselo a mi madre: tendría un estallido de cólera moral. Igual que le pasaba a mi padre con el tiroteo de su infancia, aquel día del hacha es mi primer recuerdo, y durante treinta y seis años ha sido mi secreto. Y el de mi padre. Y ahora aquellas estúpidas, Bonnie y Molly, me lo estaban contando a mí y a mis amigos borrachos.

Ni en coña iba a darles yo la satisfacción de admitirlo. Mientras Ina sollozaba, yo seguí bebiendo vino. Sonreí, me encogí de hombros y dije que era una cháchara muy interesante pero que no dejaba de ser una tontería. Al cabo de unos minutos una de las mujeres cayó enferma al suelo y pidió que la ayudaran a regresar al coche. La fiesta terminó e Ina y yo nos quedamos atrás para terminarnos el vino y pillar una curda.

La verdad es que aquella tontería de fiesta fue muy decepcionante. Y también lo fue ver a amigos míos tomarse aquellas memeces tan en serio. «La señora» no apareció nunca, pero Patrick no ha dejado de llamarme para quejarse de sus estúpidos problemas con los fantasmas. Brenda sigue estremeciéndose y quedándose blanca antes de anunciar sus premoniciones bobaliconas. Y por lo que respecta a Bonnie y Molly, tuvieron mucha suerte. Fue alguna clase de truco. Ahora todo el mundo que me rodea va a caer en ese engaño.

No puedo explicar el pequeño truco mágico de Bonnie y Molly, pero hay muchas cosas en el mundo que no puedo explicar.

La noche en que mataron a mi padre, a cientos de kilómetros, mi madre tuvo un sueño. Dijo que mi padre había llamado a su puerta suplicándole que le dejara entrar. En el sueño, a mi padre le habían herido en el costado —más tarde, el juez de instrucción lo confirmaría— y estaba intentando escapar de un hombre que tenía un arma. En lugar de esconderlo, mi madre le dijo que no había traído más que vergüenza y dolor a sus hijos y le cerró la puerta en las narices.

Aquella misma noche una de mis hermanas soñó que estaba caminando por el desierto donde crecimos. Estaba caminando junto a mi padre y diciéndole que sentía que se hubieran distanciado y que llevaran tiempo sin hablarse. En su sueño él la hizo detenerse y le dijo que el pasado ya no importaba. Nuestro padre le dijo que era muy feliz y que ella también tenía que serlo.

La noche que murió mi padre, yo no tuve ningún sueño. Nadie se me apareció en sueños para despedirse.

Una semana más tarde la policía me llamó para decirme que tenían un cadáver y que si podía ir a identificarlo.

Oh... me encantaría creer en un mundo invisible. Eso destruiría todo el sufrimiento y la presión del mundo físico. Pero también negaría el valor del dinero que tengo en el banco, de mi casa que no está nada mal y de todo mi esfuerzo. Todos nuestros problemas y todo lo bueno que nos pasa podrían desdeñarse simplemente porque no son más reales que las escenas de un libro o una película. Un mundo eterno e invisible convertiría el nuestro en una ilusión.

En serio, el mundo espiritual es como la pedofilia o la necrofilia. No tengo experiencias con él, así que soy completamente incapaz de tomármelo en serio. Siempre me parecerá una broma.

Los fantasmas no existen.

Pero si existen, mi padre tendría que venir a decírmelo en persona, coño.

RETRATOS

(Portraits)

En sus propias palabras

(In Her Own Words)

—Una vez —dice Juliette Lewis—, le escribí una serie de preguntas a alguien para llegar a conocerlo mejor... —dice—. Y aquellas preguntas dicen más de mí que cualquier cosa que pudiera escribir en un diario.

Juliette dice esto en un sofá de anticuario en una casa de alquiler de Hollywood Hills, una casa muy blanca y vertical, muy parecida al museo Getty —supermoderna pero llena de los muebles de anticuario suyos—, una casa que tiene alquilada con su marido, Steve Berra, hasta que puedan mudarse a su nueva casa cerca de Studio City. Sostiene una lista escrita a mano que acaba de encontrar y se pone a leérmela:

—«¿Alguna vez le has clavado a alguien de forma intencionada un objeto afilado o lo has usado para rajarles?».

Lee:

—«¿Te gustan los espárragos?».

Lee:

—«¿Tienes segundo nombre?».

Ella bebe *chai.* No ve la televisión. Le encanta jugar a las cartas, al «rey en la esquina» o «los reyes a la esquina». Usa ese papel higiénico nuevo tan pijo, Cottonelle, que te hace sentir que estás usando un jersey de cachemir. En el sótano tiene la cabeza cortada de Steve, una réplica muy realista que sobró de un vídeo de skateboard y fabricada por el mismo equipo que hizo el vientre embarazado de Juliette para la película *Semestre infernal.*

Juliette Lewis sigue leyendo la lista:

—«¿Te decepcionan los gatos como mascotas o bien admiras su independencia?».

Durante las últimas veinticuatro horas me ha hablado de su familia, de su padre (Geoffrey Lewis), de su carrera, del rollo de la cienciología, de casarse y de escribir canciones. Lo de las canciones es importante para ella porque, después de años de seguir un guión, por fin pronuncia sus propias palabras.

La madre de Juliette, Glenis Batley, dice:

—Muy bien, he aquí la gran historia.

Me lo dice mientras desayunamos en Los Ángeles. Glenis bebe mucho café, tiene el pelo rojo y muy abundante y sigue siendo la misma mujer encantadora que se ve posando en una vieja fotografía que Juliette tiene enmarcada en casa.

Glenis dice:

—Me quedé embarazada y estaba siguiendo una dieta increíble que era

absolutamente natural, pero no quería a nadie conmigo cuando me llegara el momento. Cuando me di cuenta de que las contracciones eran cada cinco minutos llamé, me pusieron con un médico que yo no quería y este me dijo que venía enseguida. Y me dijo: «Pase lo que pase, no empuje». Así que fui y me tumbé, y entonces llegó la siguiente contracción y me vino un ansia irrefrenable de empujar, y pensé: «No pasa nada por un solo empujoncito». Así es como nació. Y era muy ruidosa. En fin, que estaba yo cogiendo a aquel bebé y a punto estuvo de caérseme, y fue entonces cuando se dio cuenta de que yo no sabía lo que estaba haciendo, así que se echó a llorar. Y estaba amaneciendo, y las palomas nos arrullaban, y hasta aquel momento no supe que se iba a llamar... ¡Juliette!

Y dice:

—Decidí escribirlo a la francesa porque la tragedia es un coñazo.

Juliette sigue leyendo su lista:

—«¿Alguna vez le has roto la nariz a un tipo?».

Sigue leyendo:

—«¿Dirías que has ganado más peleas de las que has perdido?».

En su cocina, moliendo granos de café, Juliette dice:

—Cuando estaba creciendo, lo que más me influyó fueron los musicales. Como *Fama.* Ese era mi sueño. Cómo me habría gustado estar en una escuela donde se cantara y bailara. O sea, *Fama,* y *Flashdance,* y *Grease.* ¿Has visto alguna vez la película *Hair*? A mí me hizo llorar. Ese musical me mata.

Dice:

—Antes que nada iba a ser cantante. Antes de ser actriz quería cantar. Y siempre pensé que actuar sería una actividad secundaria. Siempre pensé en los musicales. En cantar y bailar. Y todavía quiero cantar, así que he escrito canciones con un amigo mío que es músico. Lo más divertido de todo es que las letras son mías.

»La única forma que tuve de meterme fue que mi padre me presentara a una pequeña agencia. Introducirme. El gran problema para los actores que empiezan es conseguir agente. Los agentes quieren que tengas carnet del sindicato de actores, pero no se puede conseguir un carnet del sindicato a menos que tengas un agente que te consiga trabajo. Es una situación sin salida. Así que mi padre me llevó a la oficina de un agente, pero aun así tuve que hacer una audición. Hice una lectura y algo tuvieron que ver en mí.

»Si me hubieras conocido cuando era más joven, yo era muy callada. Una vez salí en televisión y la gente le preguntaba a mi agente: “¿Está bien? Parece muy triste”. Era un rollo típico de adolescente. Solamente porque no sonrío a todo el mundo y les pregunto cómo están, ¿tengo que estar triste?

Sentada en un sofá de anticuario, Juliette sigue leyendo su lista:

—«¿Hubo una época en que te sentiste desconcertado por el funcionamiento de tu pene?».

Y sigue leyendo:

—«¿Te pareces más a tu padre o a tu madre?».

La grabadora avanza sin parar, escuchándolo todo.

Y ella dice:

—Ya a los dieciocho años les dije: «¿Dónde está el libro oculto de normas que dice que tienen que maquillarme?». Porque tenían una butaca y un montón de maquillaje. «¿No podemos sacar la foto y ya está?» Es por eso por lo que en todas las revistas donde aparecía antes no salía maquillada ni tampoco sin maquillar. Estaba a medio camino, y lo que me identificaba era lo que ellos llamaban la «chica alternativa» o la «chica rara», porque no me convertía en vampiresa en cuanto ellos daban una palmada.

»Cuando era más joven tenían un armario lleno de ropa que nunca me ponía... Tenían una persona de maquillaje... ¿Y se suponía que yo tenía que representarme a mí misma? Era un rollo muy raro. Yo siempre había querido ser como mis predecesores masculinos, como Brando o como De Niro. Coges a un hombre y te limitas a documentarlo para tu película.

»Lo que uno exuda, su sexualidad, es parte de uno mismo. Así que un atractivo sexual prefabricado que incluya la boca abierta y brillo de labios y colores vivos, es ese atractivo sexual del porno americano que no tiene nada que ver con el sexo. Son como muñecas inflables. Yo podría hacerlo sin problemas. No es que no pueda. Es que nunca ha sido mi objetivo.

»Ahora me he dado cuenta de que lo que una hace es vender cosas —dice Juliette—. Así que te conviertes básicamente en un perchero.

Sigue leyendo:

—«¿Has salido con alguna mujer mayor a la que consideraras una mujer mayor, y qué te ha enseñado?».

»“¿Cuál es la primera imagen que tienes del cuerpo femenino?”.

Pregunta:

—«¿Hay un bajón del factor respeto cuando una mujer tiene implantes de pecho?».

Dice Juliette:

—Tuve dos sueños con De Niro cuando estaba trabajando con él. Creo que todo se debió a mi expectación por una escena. Porque aquella era, en mi cabeza, la gran escena. En un sueño, estábamos bajo el agua en una piscina y salimos a coger aire. El se sumergía y yo me sumergía y los dos buceábamos el uno frente al otro de forma

deliberada, tal como jugarían en una piscina un chico y una chica que se gustaran. Como un flirteo. Pero me desperté de aquel sueño y resultó que ahora él me gustaba.

»En aquella escena, el pequeño tango entre nuestros personajes, lo único que yo sabía era que se me iba a acercar y me iba a decir: “Danielle, ¿puedo rodearte con el brazo?”. Según el guión, entonces me besaba, pero lo único que dijo Scorsese fue: “Bob va a hacer algo. Tú déjate llevar por la escena”.

»Antes de aquella escena yo sabía que íbamos a filmar la parte del beso. Acababa de comer. Había comido siluro o algo parecido y me estaba preguntando si tenía que enjuagarme la boca. Pero no quise hacerlo, porque si lo hacía él se daría cuenta de que yo había pensado en ello. No quería dar la impresión de que estaba pensando en el beso. Era una putada si lo hacía, y otra putada si no lo hacía. Así que no lo hice. No me enjuagué. Llegué al plato y Bob se puso a mi lado y olí a enjuague bucal. Y en aquel preciso momento caí en la cuenta, y me sentí como una niña porque pensé: “Está siendo profesional. Está siendo considerado conmigo. Está siendo cortés”. Pero para entonces ya era demasiado tarde para volver a la caravana. No sé si lo ofendí o no.

»La que se ve en la película es la primera toma que hicimos. La repetimos una vez. Él me pone el pulgar en los labios. Es muy intenso porque estamos casi pegados el uno al otro y yo lo estoy mirando fijamente. Él intenta meterle el pulgar en la boca y ella se aparta. Él insiste y por fin ella se lo permite. Después de hacerlo la gente no paraba de hablar de la sexualidad y del despertar a la sexualidad de aquella edad, pero yo nunca lo vi de aquella manera. Tal como yo lo vi, antes de hacer lo del pulgar él la estaba escuchando, la estaba tomando en serio de una forma en que sus padres eran incapaces, y luego hizo aquella cosa sexual. Pero lo que ves en mis ojos, después de que ella le chupe el pulgar y él lo saque, es una mirada que dice algo así como: “¿Lo he hecho bien? ¿Te ha gustado?”. Un deseo de complacer.

Y me dice:

—Su pulgar estaba muy limpio.

Ella sigue leyendo:

—«¿Ibas a colonias de verano? (Porque algunos de mis mejores recuerdos de infancia son de las colonias de verano)».

Y sigue leyendo:

—«¿Te gustan las montañas rusas?».

Dice Steve Berra:

—Hace mucho tiempo yo estaba de gira, haciendo skateboard, y me compré *Kalifornia* en una gasolinera. Recuerdo haber intentado imitar una risa que ella soltaba en una de las escenas. Y es que me dejó flipado. Una simple risita que el personaje de Adele soltaba. Era tan natural y verdadera, y recuerdo haber pasado diez

minutos intentando reír como se había reído ella. No la conocía de nada. No conseguía imaginar por qué demonios aquella persona era tan buena.

Tienen puesta una copia en vídeo de la película en su sala de estar y Juliette se dedica a reírse y a señalar todas las líneas de diálogo que improvisó en el rodaje.

Dice Juliette:

—En el guión, mi pequeño personaje, Adele, tenía alguna frase dispersa en alguna escena. Así que me reuní con Dominic Sena y me quedé ñipada con su energía y su visión de la película. Era un tipo muy entusiasta. Así que básicamente me dejó crear el personaje. El noventa por ciento de lo que hago en esa película me lo inventé sobre la marcha. Fue un momento crucial para mí en materia de interpretación, porque tenía que llegar a la mesa con algo, inventar cosas de verdad. Para mí fue mi primer personaje oficial. Aquel pequeño personaje de Adele.

Sigue leyendo:

—«¿Qué te imaginas que le pasa a uno después de que el cuerpo muere? ¿Crees que eres un espíritu con un cuerpo o simplemente un cerebro?».

Y luego:

—«La siguiente pregunta es: ¿cómo explicas que Mozart escribiera sinfonías a los siete años? (Porque yo creo que es un ejemplo perfecto de que el talento creativo lo genera el espíritu)».

Dice Juliette:

—Cuando tienes oportunidad de trabajar con buenos actores, simplemente se crea un universo alternativo de realidad fingida. Es lo inexplicable. Yo creo que es magia. Es pura fe. Mi truco para sentirme segura es la cámara. Conozco el universo de la cámara. Solamente está captando lo que hay aquí. Tengo cierta seguridad o certeza de que puedo ejecutar cosas en este espacio. Es la realidad condensada de la cámara.

»A veces quieres hacer un aparte y decir: “Por cierto, público, cuando rodamos esta escena en realidad eran las tres de la mañana. Estábamos a temperaturas bajo cero en la calle. Y a pesar de ello, yo di todo lo que veis”. Antes de que saliera *El cabo del miedo,* hice una película que se titulaba *Aquella noche.* Una historia de amor ambientada en mil novecientos sesenta y dos. Un tipo de los barrios bajos, muy atractivo, muy dulce. Se suponía que yo tenía que conocerlo en plena noche en un muelle de Atlantic City. Hacía un frío de muerte, pero se suponía que era verano. Ya sabes, una de esas noches calurosas. Entretanto, yo estaba amoratada de frío. Me castañeteaban los dientes. Así que tuve que hacer un esfuerzo para que no me temblara la boca, y además, llevaba un vestido de verano. Tenía que abrigarme con una parka hasta que viniera alguien y me dijera: “Vale, ya puedes ponerte”. Entonces me quitaba la parka y me tenía que decir a mí misma: “Caray, qué enamorada estoy...”.

»Cuando estaba trabajando en *Abierto hasta el amanecer*, la película de vampiros en la que trabajé con George Clooney, George me dijo: “Coño, todos mis amigos me preguntan: ‘Oooh, así que estás trabajando con Juliette. ¿Es verdad que es tan psicótica? ¿Es verdad que es tan apasionada?’”. Y yo no soy nada apasionada, al contrario. Tal vez de joven fuera un poco huraña. Eso a lo mejor puedo admitirlo. La verdad es que mi trabajo no es nada duro. Me meto en él y salgo. Cuando la cámara está rodando, estoy metida. Cuando se apaga, salgo y ya está.

Y dice:

—Cuando la gente se pregunta cómo eres capaz de hacer lo que haces, necesita una explicación. Y les sirve decir: «Vale, lo que te pasa es que estás un poco loca y por eso puedes ser tan apasionada en la pantalla». Necesitan una explicación, pero mi explicación es, simplemente, magia.

Sigue leyendo su lista:

—«¿Alguna vez te ha desconcertado y asustado la anatomía femenina? (Porque a mí sí, y soy la dueña)».

Mientras pasamos en coche por delante del Centro de Celebridades de la Cienciología, me dice:

—Lo importante en la cienciología, el gran lema es: «Lo que es real para ti, es real para ti». Así que no hay dogma. No es más que una filosofía religiosa aplicada. Y dan cursillos, como el «Curso de éxito a través de la comunicación». Tienen cosas que puedes aplicar a tu vida, pero nada de falsedades, nada de rollos robóticos. Puedes ver si funciona o si no. Si funciona, funciona. Es algo que me ha ayudado mucho.

Sigue leyendo la lista:

—«¿Alguna vez has estado atrapado en un desastre natural?».

Sigue leyendo:

—«¿Alguna vez has tenido unas sandalias Birkenstock?».

Delante de la puerta de su dormitorio, mirando una foto enmarcada tamaño póster de ella y Woody Harrelson sacada de la portada de *Newsweek*, Juliette dice:

—Con *Asesinos natos* me he dado cuenta con el tiempo de que la película es una sátira y que mi personaje es una caricatura, aunque yo lo llené de emociones humanas verdaderas. Pero para mí es un poco afectada. Es boba. Es demasiado exagerada para ser real. Simplemente le tuve que poner un poco de energía, como en toda esa secuencia inicial en que está gritando: «¿Todavía te parezco sexy?». Tengo mucha voz, así que puedo subir el volumen, pero cuando cortamos me sentí boba. Todo el mundo debió de pensar «Oooh, qué chiflada está», pero no lo estaba. Para mí aquella

actuación fue bastante afectada.

Sobre la forma en que la gente reaccionó a la película, Juliette dice:

—Se puede intentar homogeneizarlo todo, pero siempre quedará gente que son bombas, gente lista para explotar. ¿Y por qué pasa eso? Creo que desde los años cincuenta, el incremento de drogas psiquiátricas ha aumentado de forma arrolladora... Lo he investigado. Llegué a hablar en algunas reuniones del Senado, pero la verdad es que es un problema demasiado grande para ellos, considerando que hay seis millones de niños mayores de seis años que toman Ritalin. Así que prefieren fingir que no lo ven. Se limitan a decir: «¿Podríais hacer películas menos violentas?».

»Tienes a aquel tío famoso, el Hijo de Sam, el asesino, que dijo que la razón por la que mataba era porque cuando el perro ladraba le estaba transmitiendo mensajes. Que era el demonio el que hablaba por boca del perro. Muy bien, ¿entonces qué, encerramos a todos los perros? ¿Por lo que dice un criminal?

Sigue leyendo su lista:

—«¿Cuál era tu expresión favorita en la adolescencia? O la que más se le acercaba:

Mola. Guay. Chachi. Puta madre. Para flipar».

Dice Juliette:

—No creo que uno tenga que usar su pasado para crear en el presente. Hay varias escuelas de interpretación en las que coges un incidente que te haya resultado doloroso, lo insertas en la película y lo usas. A mí eso me resulta demasiado complicado. Yo me limito a someterme al material. Simplemente tengo que someterme.

»Para mí, las tres cosas más difíciles que hay para un actor son: una, llorar, porque casi nunca lo hago en la vida real. Puede que me vengan lágrimas a los ojos, pero no lloro. Otra es reírse histéricamente, como cuando dicen: “No puede parar de reír”. Y la tercera es cuando te dan una sorpresa o te asustan, las situaciones tipo: “¡Caray, qué susto me has dado!”. Uno tiene que retrotraerse a cosas del tipo: “¿Qué pasa cuando alguien me da un susto?”. Oh, tal vez después del shock inicial te tiemblan las manos, tardas un minuto en volver a respirar con normalidad... Así que te esfuerzas en llegar a esa situación.

»Para llorar, suelo usar la presión que me da el miedo a hacerlo, y la idea de que si no puedo llorar voy a fracasar. Voy a fallarme a mí misma. Voy a fallarle al director. Y voy a fracasar en la película. La gente tiene fe en que yo produzca cosas. La frustración de no poder llorar es lo que hace que salgan las lágrimas.

Dice:

—Estaba haciendo *Asesinos natos* con Oliver Stone y había una escena con

Woody Harrelson en lo alto de una colina en la que estábamos teniendo una discusión. A mí me había venido la regla aquella mañana y no había dormido muy bien. Había dormido una hora más o menos, y a eso se le sumaba el dolor de la cosa femenina, y estábamos discutiendo, y entonces el director cortó.

»Y Woody dice: “¿Quieres repetirla? Yo quiero hacer otra toma”.

»Y Oliver dice: “Sí. ¿Tú qué dices, Juliette? ¿Quieres repetirla?”.

»Y yo digo: “¿Para qué? Si es una mierda. ¿Qué sentido tiene? Doy asco. Ni siquiera sé por qué me dedico a esto. ¡Nunca voy a mejorar! ¡Es una mierda! ¡Es horrible!”.

»Y ellos se me quedan mirando, y Oliver me lleva aparte y me dice: “Juliette, nadie quiere oír que das asco. A nadie le importa que pienses que das asco”. Y aquella fue la última vez que hice algo así. Fue un momento crucial. Lo que hizo Oliver estuvo muy bien. Consiguió que dejara de cometer aquellas estupideces.

Sigue leyendo:

—«¿Alguna vez te has enamorado de un animal hasta el punto de desear que pudiera hablar como tus amigos humanos? (Porque yo podría enamorarme de mis gatos y desear que fuéramos de la misma especie para poder relacionarnos entre nosotros)».

En una fiesta en Westwood, la actriz y guionista Marissa Ribisi mira cómo Juliette y Steve comen pollo y dice:

—Quedan genial juntos. Son como un par de colegas.

Cuando se marchan de la fiesta, bajo la luna llena, cogen sendas galletas de la fortuna y les sale el mismo mensaje: «Se abren ante ti las avenidas de la buena suerte».

Volviendo de la fiesta, Juliette dice:

—Lo único que yo había pensado para la boda era que tuviéramos buenas vistas. Y nos casamos al aire libre sobre un acantilado. Era la primera vez que yo lo veía a él vestido con traje y estaba elegantísimo. El paisaje que tenía ante mí... Yo tenía que recorrer un caminillo que salía de un túnel (porque había un parque, luego un túnel y por fin el acantilado), y a medida que me acercaba lo único que veía era la silueta de un hombre con el sol de fondo. Fue increíble.

Ella dice:

—Yo no paraba de pensar: «¿Tengo que subirme el velo o dejármelo bajado? ¿Velo subido? ¿Velo bajado?». Me encantaba la idea del velo porque dentro del velo una está como en un sueño. Y así es como son los días de boda.

Steve dice:

—Yo no tenía zapatos. No tuve tiempo nada más que de comprar un traje, así que

no tenía zapatos para ponerme. Y al final tuve que coger prestados los zapatos de un amigo. Nos los cambiamos en el mismo acantilado. Para las fotos.

Como el vídeo de la sala de estar se ha estropeado, están viendo los vídeos de skateboard de Steve en el televisor del dormitorio, y Juliette dice:

—La primera vez que vi sus vídeos de skateboard se me llenaron los ojos de lágrimas. En primer lugar, la música es preciosa, fue él quien eligió personalmente la música y el piano. Me resulta increíblemente estética la forma en que flota y salta y desafía el universo físico. Porque se supone que eso no se puede hacer. No se puede coger un objeto con ruedas y saltar desde una estructura. Es un desafío. Fue la primera vez que una pareja mía me dejaba así de sobrecogida.

En el piso de arriba, mirando una foto enmarcada de Marilyn Monroe, Juliette dice:

—La gente ha reducido a Marilyn a un símbolo sexual, pero la razón de que tuviera tanto poder fue que alegraba a la gente. Estaba llena de gozo. Cuando sonreía en una foto era como una mezcla de varias cosas. Tenía cuerpo de mujer, una hermosa forma de mujer, pero también tenía aquel resplandor de amor infantil, aquella especie de luz infantil que hacía que la gente también se iluminara. Creo que eso era lo que tenía de especial.

»En la cienciología hay una palabra para eso. Lo que es común a todos los niños es que emiten... que son capaces de alegrar, de transmitir su gozo, eso se llama “theta”. Es lo que es innato a un espíritu. Por eso en cienciología el espíritu se llama “thetán”, y lo que emite es el theta. Es lo que yo llamaría magia.

Leyendo la lista de preguntas que le queda de un romance acabado hace tiempo, me dice:

—«¿Crees que todos somos potencialmente afines a Jesucristo?».

Y dice:

—«¿Tienes esperanzas para la humanidad? Y en caso de que no, ¿cómo eres capaz de seguir honestamente con tu vida siendo consciente de esa falta de esperanza?».

Y hace hincapié:

—Para estas preguntas no hay una respuesta correcta.

POSDATA: A medio camino de casa de Juliette, el hombre que me estaba llevando en coche recibió una llamada. Al parecer, la tarjeta de crédito de la revista no autorizaba el pago y la persona encargada de avisar al chófer le dijo que «obtuviera el pago del pasajero». La cuenta por medio día de ser llevado en coche eran unos setecientos dólares. La semana anterior, un hotel me había contado la misma historia sobre la

tarjeta de crédito de otra revista y habían acabado cargándolo tanto a mi tarjeta de crédito como a la de la revista. Yo estaba muy receloso de que intentaran cobrarme en los dos sitios y dije que ni hablar. El chófer me llamó ladrón. Yo le dije que me dejara bajarme en el siguiente semáforo. Él bloqueó las portezuelas y dijo que no, y además mi bolsa seguía en el maletero. Me puse a llamar a la revista de Nueva York, pero para entonces todo el mundo se había ido a su casa. Nos pasamos las dos horas siguientes conduciendo por Hollywood Hills con las portezuelas bloqueadas y el conductor gritándome que yo era el responsable. Que era un ladrón y que no debería usar un servicio que no podía pagar.

Y yo diciéndole que la revista era la que había hecho todos los arreglos. Y todo el tiempo llamando a la revista, y al mismo tiempo pensando: «¡Hala, estoy secuestrado en una limusina! ¡Cómo mola!».

Al final llamé al 911 y dije que me habían secuestrado. Un minuto más tarde el conductor nos tiró a mí y a mi bolsa a la alcantarilla de delante de la casa de Juliette.

Nunca le conté a ella lo que me había pasado. Me limité a levantarme y llamar al timbre. Es probable que ella y Steve sigan pensando que siempre estoy igual de tembloroso y de sudado.

Resultó que a la tarjeta de la revista no le pasaba nada...

¿Por qué no cede?

(Why Isn't He Budging)

—Yo [Andrew Sullivan] nací en mil novecientos sesenta y tres en un pueblecito muy, pero muy pequeño del sur de Inglaterra, crecí en otro pueblecito no muy lejano en el sur de Inglaterra, gané una beca para ir a Oxford, me licencié, y gané otra beca para cursar el posgrado en Harvard en mil novecientos ochenta y cuatro. Hice un máster en administración pública en la Kennedy School y me di cuenta de que no podía soportar aquella clase de análisis regresivo de las reformas del estado del bienestar, así que me pasé a la filosofía, sobre todo a la filosofía política, y pasé los años siguientes haciendo un doctorado en ciencias políticas, sobre todo teoría política. Mientras hacía el doctorado tuve un empleo que consistía en ir a Washington y hacer de becario en el *New Republic,* después ese empleo se convirtió en hacer de ayudante de jefe de redacción y por fin acabé como jefe de redacción del *New Republic,* creo que en mil novecientos noventa y uno. Y eso estuve haciendo hasta mil novecientos noventa y cinco, hasta que puse fin a todo aquello y acabé poniendo un poco de orden en mi vida.

—Yo tenía... Odiaba mi vida familiar. La odiaba. Sentía una hostilidad muy visceral hacia las circunstancias en las que me había tocado crecer, y creo que me distancié de ellos siendo muy joven... Lo pasaba muy mal cuando mis padres se peleaban. Aquello me horrorizaba y me dejó traumatizado... Hasta cierto punto uno se acostumbra a ello. Mi madre era increíblemente franca y directa, y todo resultaba muy... crudo. Mi padre siempre estaba dando portazos y chillando y gritando y emborrachándose y jugando al rugby, y mi madre siempre estaba quejándose y chillando. O sea, aquello no paraba nunca, y creo que una parte de mí simplemente se distanció de todo aquello y empezó a verlo como un espectador deportivo, pero otra parte de mí también estaba extremadamente traumatizada por ello. Pero, bueno, estés traumatizado o no, la familia es el lugar al que perteneces. Aunque sea un trauma horrible, eso es lo que te dicen los psicólogos, y yo creo que tiene mucho sentido. Aunque sea una profunda infelicidad, es tu infelicidad.

—Bueno, tal vez de eso se deduzca que uno busca relaciones que reproduzcan todo aquello...

—Hice la confirmación en la catedral de Arundel, en Sussex. Yo soy de Sussex. Mi familia no. Ellos vienen de alguna ciénaga perdida en Irlanda. Pero Sussex es un

condado católico muy inglés y muchos mártires ingleses vienen de allí y eso fue parte de mi identidad de niño.

—El santo de mi confirmación fue santo Tomás Moro... Yo era un chico católico inglés, y supongo que eso me servía para afirmar una identidad muy concreta y una resistencia a Inglaterra y a toda su pompa anticatólica, además del hecho de que Moro siempre me ha fascinado. Es un hombre terriblemente fascinante por todas las razones obvias, por su intento de estar en el mundo y no estarlo. De estar metido hasta el cuello en la política y todavía más metido en su vida espiritual. En él se dan cita toda clase de cuestiones acerca de qué es la integridad y qué es la lealtad.

—La única área que me interesa de veras es la santidad. Me interesa saber qué son los santos. Porque son... no sé qué son, y la verdad es que debería saberlo. Creo que todos deberíamos tener un mejor entendimiento de en qué consiste todo eso, un ser humano que es un ser humano y sin embargo es de alguna forma sagrado, alguien que está en contacto con algo de forma más profunda que el resto de la gente... Y hay varios santos que me fascinan en mayor o menor medida y sobre los cuales me gustaría averiguar más cosas. Uno es san Francisco. Otro es san Juan el Amado...

—Hay algo atractivo en la figura que aguanta a solas, y estoy seguro de que yo me proyecto en eso en cierta medida. En quien resiste y no cede. Uno se pregunta: «¿Por qué no cede? ¿Qué está pasando? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?».

—Antes envidiaba a la gente que era seropositiva. Porque sentía que vivían de una forma más intensa que yo todavía no había podido alcanzar. Aquí es donde entra la santidad. La misma definición de *santo* es alguien que vive como si fuera a morir esa misma noche. Un santo está tan en contacto con la realidad, que es por supuesto nuestra mortalidad, que es capaz de vivir con un nivel distinto de intensidad... Me encontré a mí mismo enamorándome de gente seropositiva... Estoy pensando en un par de personas que creo que tuvieron formas notables de tratar con su enfermedad y de vivir con ella y a quienes la enfermedad les hizo brillar incluso en la hora de su muerte. Todo eso tiene algo especialmente atractivo, igual que nos atraen los mártires y nos fascinan los terroristas suicidas... Ninguna de esa gente quería estar en la situación en la que estaban, pero la estupidez y lo efímero les causaban cierta impaciencia.

—Sin entrar en detalles, acabo de tener una relación muy, muy, muy breve y tempestuosa con alguien con quien me topé en San Francisco. Simplemente me topé con él un sábado por la noche... Nuestra última comunicación fue un e-mail realmente imperioso y agresivo, y luego lo vi y hablé con él y no nos levantamos la voz ni nada. Estuvimos hablando y mis amigos señalaron que se habían dado cuenta

de dos cosas. Una es que era obvio que estábamos enfadados, pero también que nuestra relación tenía una intensidad increíble.

»Entre nosotros dos simplemente había algo que soltaba chispas cuando estábamos juntos. Y supongo que eso me gusta. Impide que me aburra.

—Estar casado no quiere decir que uno esté menos solo. Creo que si no se anda con cuidado una relación puede ser la forma más intensa de estar solo... La amistad es lo que realmente resuelve y mitiga la soledad sin comprometer al yo de la forma en que lo compromete el amor, el amor romántico. Y Moro no estaba completamente solo. Tenía a su hija, que estaba muy unida a él, y tenía algunos amigos maravillosos.

—Esa es una pregunta importante: «¿Por qué estás solo?». O sea, todos estamos solos. La soledad es... es la vida. Lo que importa es la calidad de nuestra soledad. El hecho de que sea o no una soledad de calidad. Yo soy una persona solitaria. Siempre lo he sido, desde niño. Supongo que me resulta difícil... me cuesta mucho dejar entrar a alguien.

—Alguien me dijo una vez: «Para la gente hetero eres gay. Para los ingleses eres católico. Católico irlandés. Para los americanos vienes a ser inglés. Para la institución académica eres un periodista. Para los periodistas eres una especie de académico. No paras de desmarcarte de todos los equipos».

—Podría ser una reacción defensiva. O sea, los republicanos no quieren saber nada de mí. Los demócratas tampoco. La gente de derechas me contempla con mucho recelo. También la gente de izquierdas... Me gusta pensar que intento pensar y escribir para mí mismo, y a veces eso quiere decir que cabreas a la gente de forma habitual. La soledad es el ambiente natural para los escritores. Y repito que no es como mis modelos... como Orwell, que fue un héroe para muchos grupos de gente, pero mira, era un tipo muy encerrado en sí mismo. Desconfío mucho de tomarle afecto a la gente.

—Es terrible, en cuanto siento que todo el mundo se muestra de acuerdo conmigo, quiero cambiar de opinión. Soy así... y esta es probablemente la razón de que no se me diera muy bien la parte de ser jefe de redacción relacionada con la gestión: porque me sentía literalmente más cómodo enfrentado a toda mi plantilla que intentando amablemente unirlos. O incluso con mis lectores [del *New Republic*], siempre pongo, siempre he intentado poner nerviosa a la gente.

»Es obvio que he pensado bastante en esto. No quiero problematizarlo de ninguna manera. Creo que cada uno es como es, pero... precisamente lo que me hace sentirme seguro, creo, es esa falta de seguridad.

—No me interesa ser bien recibido o no serlo. Cuando uno empieza a pensar así está acabado, en mi opinión. La única pregunta que me interesa es si transmito ciertas cosas que estoy intentando transmitir de forma más eficaz a través del medio de la narración ficticia, o bien intentando escribir cosas que sean argumentativas. Como sabes, hoy día hay una división entre los escritos que se atienen a los hechos, escritos biográficos o históricos, y por otro lado la ficción. No existe una gran producción en el género de la escritura política o moral, si exceptuamos los libros políticos puramente efímeros del tipo «yo tengo razón y ellos no» a lo Jim Carville.

—*Prácticamente normal* fue un libro extraño en el sentido de que no creo que fuera un libro raro, pero sí fue un intento de decir que se podía escribir sobre una cuestión como aquella, que está tan envuelta en emociones y psicología, en un estilo racionalista clásico. El modelo del libro fueron todos los polemistas y panfletistas del siglo diecinueve que yo admiro: textos no muy largos y que cualquiera podía leer para generar una discusión, y es que aquella clase de panfletos de finales del diecinueve eran unos libritos estupendos.

—[*Prácticamente normal*] salió en mil novecientos noventa y cinco, lo cual quiere decir que lo escribí en mil novecientos noventa y cuatro, mientras todavía era redactor jefe, y de hecho escribí una especie de prototipo del argumento en un ensayo para el *New Republic* en mil novecientos noventa y tres [«Política de la homosexualidad»]. Y entretanto escribí sobre un montón de cosas más y seguí escribiendo como una especie de comentarista americano para la prensa inglesa, lo cual finalmente me iría muy bien y me proporcionaría una plaza de colaborador en el *Times*, y de esa forma acabé encontrando una forma de pagar el alquiler. Pero después de abandonar el *New Republic*, he dejado lo de ser jefe de redacción y me he concentrado más en escribir.

—No había exactamente dramatismo, pero sí energía. No creo que hubiera dramatismo manufacturado. Había energía. Y yo también tenía esa misma clase de interacción con mis compañeros de la redacción... Simplemente era un sitio tempestuoso. Mucha gente importante con ideas fuertes haciendo chocar las cabezas. O sea, así es como son esos sitios. Atraen a gente como yo, y la gente como yo no se lleva bien con la gente como yo.

—... Al principio era eso lo que yo quería hacer, cuando era niño. Es la actividad a la que yo creía estar destinado, presentarme a unas elecciones... Y creo que es lo que hago, al menos en parte... Voy por todo el país y hablo. Voy por los institutos, aparezco en los mítines políticos, hablo en fiestas de recaudación de fondos. Y son cosas que hago todo el tiempo... Es interesante, pero creo que lo que intento llevar a

cabo es en primer lugar una actividad forense, el mero hecho de diseccionar y señalar la falta de adecuación del argumento del bando opuesto, ya estés oponiéndote a Jerry Falwell o a Pat Buchanan o a quien sea. Pero también desempeñar un rol que sirva de ejemplo, como cuando digo: «Yo también soy gay y estoy aquí». Ese mero hecho ya cambia el debate que tenemos entre manos, precisamente porque en parte estamos tratando de la vergüenza y de la capacidad de resistir la vergüenza y vencerla. Y sobre eso no se puede discutir. Es algo que se tiene que mostrar. La gente presente lo tiene que sentir para poder absorberlo y crecer y hacerlo ellos mismos. Y yo tengo la sensación de que la mitad del tiempo es eso también lo que estoy haciendo. Que por el mero hecho de aparecer ya consigo el noventa y cinco por ciento de lo que hago. Los miras a los ojos... Es gracioso, pero la semana pasada yo estaba en *Politically Incorrect* con Lou Sheldon, y él dijo: «Yo no creo que sea una enfermedad. Es una disfunción», hablando de la homosexualidad, y lo único que hice yo fue decir: «Eh, estoy aquí. Deje de hablar sobre mí como si yo no existiera...». Ya no se puede hablar del mismo modo sobre nosotros porque estamos presentes. Tienen que tomarnos en serio.

—No sé cuál debería ser mi rol. Es una cuestión que ha sido un quebradero de cabeza para mí. Te asombraría la hostilidad con que me siguen tratando... Creo que en cuanto tuviera un cargo sería literalmente destrozado por la misma gente a la que se supone que represento... El mundo es muy duro... En el mundo gay y lésbico hay una resistencia extrema a esa clase de liderato. Es una comunidad muy quisquillosa. Odio parecer tan vago y confuso, pero es que no lo sé. Creo que estamos avanzando a tientas. Yo estoy avanzando a tientas.

—Me da miedo recaer en la falta de fe en nosotros mismos, recaer en el pensar en nosotros mismos como cosas irrelevantes o superficiales, como gente que no necesita unas vidas emocionales plenas, que no necesita vidas políticas, me da miedo que todo eso pueda regresar. No soy un liberal conformista. No creo que esas cosas sean inevitables. Creo que son opciones, razón por la cual yo era tan partidario de conseguir el matrimonio al menos como premio de consolación, como una especie de legado tangible del sida, y no lo hemos logrado. Los resultados en Hawai y Alaska muestran que nos queda mucho trabajo pendiente en materia de hablar con la gente heterosexual y convencerlos de que esto es la realidad y que lo necesitamos y lo merecemos. Y que hay mucho pendiente en el sentido de decirnos a nosotros mismos que nos lo merecemos. Y de creer que nos lo merecemos. Pero es duro. Es extremadamente duro.

—En muchos sentidos me parece que este libro [*Love Undetectable*] es un intento real de trazar una línea al final de una determinada parte de mi vida para poder

olvidarme y seguir adelante. Y tuve la impresión de que no podría seguir si no lo escribía, así que tuvo un efecto purgante. Probablemente es así también como la gente lo entiende. Me vino como una náusea. Incluso las partes abstractas me salieron como una náusea. Llegué a un punto en que me di cuenta de que no iba a terminarlo porque no tenía nada que decir sobre la amistad, por ejemplo, y entonces [hace un ruido de náusea], en dos semanas escribí la última parte. Solamente tres o cuatro horas al día escribiendo a toda pastilla.

—Uno llega a un punto con estas cosas donde simplemente necesita dormir un montón de horas y despertarse y volver a organizarse la vida antes de pensar en qué es lo siguiente que va a escribir.

—Tengo la sensación de estar diciendo cosas aquí que no debería decir. Supongo que no importa.

No perseguir a Amy

(No Chasing Amy)

Cuando se estudia el minimalismo en el seminario de Tom Spanbauer, el primer relato que se lee es «La cosecha» de Amy Hempel. Luego, «Callejeros» de Mark Richard. Y, después de eso, ya estás perdido.

Si os encantan los libros, si os encanta leer, esta es una línea que tal vez no queráis cruzar.

No estoy de broma. Si pasáis de este punto, casi todos los libros que leáis en adelante os parecerán una mierda. ¿Todos esos gruesos libros en tercera persona donde lo que importa es seguir la trama y están sacados de las páginas del periódico de hoy? Pues bueno, después de Amy Hempel os vais a ahorrar un montón de tiempo y de dinero.

O no. Cada año, en el apartado C de mi declaración de la renta, deduzco más dinero en concepto de ejemplares nuevos de los tres libros de Amy Hempel, *Razones para vivir, At the Gates of the Animal Kingdom* y *Tumble Home.* Porque todos los años quiero compartir esos libros. Y lo que sucede es que nunca vuelven. Los libros buenos nunca vuelven. Es por eso por lo que las estanterías de mi despacho están llenas de libros de no ficción demasiado repugnantes para la mayoría de la gente, sobre todo libros de texto sobre autopsias forenses, y de una tonelada de novelas que odio.

El año pasado en un bar de Nueva York, el bar literario KGB en el East Village, Hempel me dijo que su primer libro estaba descatalogado. El único ejemplar que conozco está en una vitrina de la sala de ediciones raras de la Powell's, una primera edición en tapa dura que se vende por setenta y cinco dólares, sin firmar.

Tengo una norma sobre conocer a la versión en carne y hueso de la gente cuya obra me encanta. Me reservo esta norma para hablar de ella al final.

A menos que los libros de Hempel se reimpriman, puedo terminar gastando todavía más o haciendo menos amigos. No se puede forzar a la gente a aceptar esos libros, no se puede decir: «Lee esto», ni tampoco «¿Es una cosa mía o a ti también te hizo llorar?».

Una vez le regalé *At the Gates of the Animal Kingdom* a un amigo y le dije: «Si esto no te encanta, no tenemos nada en común».

Cada frase está elaborada y construida de forma tortuosa. Cada cita y cada broma, todo lo que Hempel escribe con su estilo de humorista, es lo bastante gracioso o profundo como para recordarlo durante años. Igualmente, creo que Hempel debe de haberlas recordado, debe de haberse aferrado a ellas y haberlas guardado para usarlas

en el lugar donde más pudieran brillar. Es una metáfora espeluznante del ámbito de la joyería, pero sus relatos están tachonados de incrustaciones cautivadoras. Son como galletas con virutas de chocolate pero sin la «matriz» más sosa de la galleta, hechas únicamente a base de virutas y nueces trituradas.

Y de esa forma, la experiencia de ella se convierte en tu experiencia. Los profesores explican que los estudiantes necesitan tener un avance emocional, un momento de descubrimiento —«¡ajá!»— a fin de retener la información. Fran Lebowitz todavía escribe sobre el momento en que vio por primera vez un reloj y entendió el concepto de dar la hora. La obra de Hempel se *compone* únicamente de dichos destellos, y cada destello te provoca una punzada de reconocimiento.

En estos mismos momentos, Tom Spanbauer está enseñando a otra remesa de estudiantes y haciendo fotocopias de «La cosecha» a partir de su viejo ejemplar de *The Quarterly*, la revista que editaba Gordon Lish, el hombre que enseñó el minimalismo a Spanbauer y Hempel y Richard. Y, a través de Tom, también a mí.

Al principio, «La cosecha» parece una lista de la compra llena de detalles. Y al final de las siete páginas uno no tiene ni idea de por qué está llorando. Uno se siente un poco confuso y desorientado. No es más que una simple lista de hechos presentados en primera persona, pero de alguna forma esa lista consigue componer algo más que la suma de sus partes. La mayoría de los hechos son hilarantes, pero en el último momento, cuando la risa te ha desarmado, va y te rompe el corazón.

Ella te rompe el corazón. Por encima de todo. La perversa Amy Hempel. Eso es lo primero que Tom te enseña. Que un buen relato tiene que hacerte reír y un momento después romperte el corazón. Y lo siguiente es que nunca vas a escribir tan bien. Esa parte no la aprendes hasta que has echado a perder un montón de papel y has desperdiciado tu tiempo libre con un bolígrafo en la mano durante años y años. En cualquier horrible momento puedes coger un ejemplar de Amy Hempel y descubrir que tu mejor obra no es más que una imitación barata de la peor de ella.

Para demostrar el minimalismo, los estudiantes se sientan alrededor de la mesa de la cocina de Spanbauer durante diez semanas y diseccionan «La cosecha».

El primer aspecto que se estudia es lo que Tom llama los «caballos». La metáfora es la siguiente: si vas en carromato de Utah a California, usas los mismos caballos para todo el camino. Si en lugar de «caballos» ponéis «motivos recurrentes» o «ideas repetidas», os haréis a la idea. En el minimalismo, un relato es una sinfonía, que crece y crece pero nunca pierde la línea melódica original. Todos los personajes y las escenas, las cosas que parecen distintas, todas ilustran algún aspecto del tema de la historia. En «La cosecha», vemos que todos los detalles son aspectos de la mortalidad y la disolución, desde los donantes de riñón hasta los dedos agarrotados y la serie de televisión *Dinastía*.

El siguiente aspecto es lo que Tom llama la «lengua quemada». Es una forma de

decir algo pero diciéndolo mal, retorciéndolo para hacer que el lector tenga que ir más despacio. Obligando al lector a leer con mayor atención y no solamente ojear una superficie de imágenes abstractas, adverbios que sirvan de atajo y clichés.

En el minimalismo los clichés se llaman «texto recibido».

En «La cosecha» Hempel escribe: «Mis días avanzaban como una cabeza cortada que termina una frase». Ahí tenéis sus «caballos» de la muerte y la disolución, y también la tenéis escribiendo una frase que os hace frenar y adoptar una velocidad más concentrada y atenta.

Oh, y en el minimalismo no hay términos abstractos. Nada de adverbios estúpidos como «somnolientamente», «irritantemente» o «tristemente», por favor. Y nada de medidas, nada de centímetros, metros, grados o edad. La frase «una chica de dieciocho años», ¿qué quiere decir?

En «La cosecha» Hempel escribe: «El año en que aprendí a pronunciar *suaré* en vez de *soirée*, un hombre al que apenas conocía de nada estuvo a punto de matarme por accidente».

En lugar de una fría cifra relativa a la edad o a un sistema de medidas, tenemos la imagen de alguien que está ganando en sofisticación, además hay lengua quemada y además se usa el caballo de la mortalidad.

¿Y a qué nos llevan estas cosas?

Otra cosa que se estudia del minimalismo es el «registro de ángel». Esto quiere decir escribir sin hacer juicios. Al lector no se le describe nada como «gordo» o «feliz». Solamente se pueden describir acciones y apariencias de una forma que haga que el juicio aparezca en la mente del lector. Sea lo que sea, uno lo disgrega en forma de detalles que se vuelvan a reunir en la mente del lector.

Amy Hempel hace esto. En lugar de decirnos que el novio de «La cosecha» es un gilipollas, lo vemos sostener un jersey empapado de sangre de su novia y decirle: «Tú estarás bien, pero este jersey está para tirar».

Menos se convierte en más. En lugar del habitual flujo de detalles generales, uno se encuentra con un goteo lento de párrafos de una sola frase, cada uno de los cuales evoca su propia respuesta emocional. En el mejor de los casos, Hempel es una abogada que va presentando su caso, prueba tras prueba. Una prueba detrás de otra. En el peor de los casos, es una maga que engaña a la gente. Pero al leer uno siempre recibe la bala sin esperarla.

Así que ya hemos hablado de los «caballos», de la «lengua quemada» y del «registro de ángel». Ahora nos referiremos a escribir «en el cuerpo».

Hempel enseña que una historia no tiene que ser un flujo constante de bla, bla, bla que intimide al lector para obligarlo a prestar atención. No hay que agarrar al lector de las orejas y hacerle tragar todos y cada uno de los momentos. En cambio, la historia puede ser una sucesión de detalles sabrosos, olorosos y táctiles. Lo que Tom

Spanbauer y Gordon Lish llaman «ir a por el cuerpo», darle al lector una reacción física simpática, involucrar al lector a un nivel visceral.

El único problema del palacio de fragmentos de Hempel es lo difícil que resulta citarlo. Sacad cualquier parte de contexto y perderá su poder. El filósofo francés Jacques Derrida compara escribir ficción con un código de software que opera en el hardware de la mente. Con engarzar macros individuales que, combinadas, crean una reacción. Ninguna ficción consigue esto tan bien como la de Hempel, pero todas sus historias son tan tersas, y están tan despojadas de todo lo que no son datos desnudos, que lo único que uno puede hacer es tumbarse en el suelo boca abajo y elogiarla.

Mi norma sobre conocer a la gente es que si me encanta lo que escriben no quiero arriesgarme a verlos tirarse un pedo o hurgarse los dientes. El verano pasado en Nueva York hice una lectura en el Barnes & Noble de Union Square en la que elogié a Hempel y le dije al público que si ella escribiera lo bastante yo me quedaría en casa y me pasaría el día leyendo en la cama. La noche siguiente ella apareció en mi lectura del Village. Yo me bebí media cerveza y estuvimos hablando sobre ventosidades.

Con todo, tengo cierta esperanza de no volver a verla nunca más. Pero me compré aquella primera edición de setenta y cinco dólares.

Leerse a uno mismo

(Reading Yourself)

Es casi medianoche en el desván de Marilyn Manson.

Estamos en lo alto de una escalera de caracol donde el esqueleto de un hombre de más de dos metros de altura, con los huesos ennegrecidos por el paso del tiempo, permanece en cuclillas, con el cráneo humano reemplazado por el cráneo de un carnero. Se trata del retablo de una antigua iglesia satánica en Gran Bretaña, dice Manson. Al lado del esqueleto está la pierna artificial que un hombre se quitó y le dio a Manson después de un concierto. Junto a ella está la peluca con peinado de palurdo de la película *La sucia historia de Joe Guarro.*

Esto tiene lugar al final de diez años de trabajo. Es un nuevo comienzo. El alfa y el omega de un hombre que ha trabajado más de una década para convertirse en el artista más despreciado y temible del mundo de la música. A modo de salvaguarda. De mecanismo de defensa. O simplemente por aburrimiento.

Las paredes son rojas, y cuando Manson se sienta en la alfombra negra, barajando las cartas del tarot, dice:

—Es difícil leerse a uno mismo.

En alguna parte, dice, tiene el esqueleto de un niño chino de siete años, desmontado y sellado en bolsas de plástico.

—Creo que lo voy a usar para hacer una araña de luces —dice.

En alguna parte está la botella de absenta que bebe pese al miedo a las lesiones cerebrales.

Aquí en el desván están sus pinturas y el manuscrito inacabado de su nuevo libro, una novela. Saca los diseños de una nueva baraja de cartas del tarot. Él aparece en casi todas las cartas. Manson el Emperador, sentado en una silla de ruedas con piernas protésicas, un rifle en las manos y la bandera norteamericana colgada boca abajo detrás de él. Manson como el Loco decapitado, tirándose de un acantilado, con imágenes granulosas de Jackie Onassis con su vestido rosa y un póster de campaña de JFK de fondo.

—Era cuestión de reinterpretar el tarot —dice—. Reemplacé las espadas por pistolas. Y la Justicia está sopesando la Biblia con el Cerebro.

Y dice:

—Como cada carta tiene tantos símbolos distintos, hay en ellas un elemento de verdadero ritual y magia. Cuando barajas, se supone que les transfieres energía a las cartas. Suena un poco cutre. No es algo a lo que me dedique todo el tiempo. Me gusta mucho más el simbolismo que intentar confiar en la adivinación.

»Creo que una pregunta razonable sería: ¿qué viene a continuación? —dice, a punto de echar las cartas y empezar su lectura—. O más específicamente, ¿cuál es mi siguiente paso?

Manson reparte la primera carta: el Sumo Sacerdote.

—La primera carta que repartes —dice Manson, mirando la carta, que está del revés— representa la sabiduría y la previsión, y el hecho de que la haya sacado del revés podría significar lo contrario, como una ausencia. Puede ser que esté siendo ingenuo sobre algo. Esta carta es, ahora mismo, mi influencia directa.

Esta lectura tiene lugar después de que Rose McGowen se marche de la casa que los dos comparten en Hollywood Hills. Después de que Manson y McGowen jueguen con sus boston terriers, Bug y Fester, y de que ella le enseñe un catálogo con los disfraces de Halloween que quiere comprar por teléfono para los perros. Ella nos habla del «Boston Tea Party», donde cientos de personas hacen desfilar a sus boston terriers por un parque de Los Ángeles. Me cuentan que alquilaron una limusina Cadillac azul pastel de 1975 —la única que se podía alquilar— para viajar a una granja aislada por la nieve en el Medio Oeste y allí compraron dos de aquellos terriers para los padres de Manson.

El coche de ella y su chófer están fuera, esperando. Tiene que coger el primer vuelo de la mañana a Canadá, donde va a hacer una película con Alan Alda. En la cocina, una pantalla muestra imágenes de las distintas cámaras de seguridad, y McGowen cuenta lo distinto que es Alan Alda en persona y lo grande que tiene la nariz. Manson le cuenta que cuando los hombres se hacen mayores, les crecen la nariz, las orejas y el escroto. Su madre, que es enfermera, le habló de viejos a los que las pelotas les colgaban a la altura de las rodillas.

Manson y McGowen se dan un beso de despedida.

—Muchas gracias —dice ella—. Ahora cuando trabaje con Alan Alda me estaré preguntando cómo tendrá el escroto de grande.

En el desván, Manson reparte su segunda carta: la Justicia.

—Esto podría referirse a mi juicio —dice—, mi capacidad de discernir, posiblemente en materia de amistades o negocios. Ahora mismo esto representa mi situación. Me siento un poco ingenuo o inseguro en cuanto a amistades o negocios, lo cual se aplica en concreto a ciertas circunstancias entre mi compañía discográfica y yo. Así que tiene todo el sentido.

El día anterior, en las oficinas de su compañía discográfica en Santa Monica Boulevard, Manson estaba sentado en un sofá de cuero negro, vestido con pantalones de cuero negro, y cada vez que se movía el roce de los cueros emitía una especie de

gruñido grave que se parecía asombrosamente a su voz.

—De niño intenté aprender a nadar, pero no podía soportar el agua que me entraba por la nariz. Me da miedo el agua. No me gusta el océano. Tiene algo demasiado infinito que me parece peligroso.

Las paredes son de color azul oscuro y no hay ninguna luz encendida. Manson está sentado en una habitación de color azul oscuro con el aire acondicionado a todo trapo, bebiendo un refresco de cola y con las gafas de sol puestas.

—Supongo que tengo tendencia a vivir en lugares donde no encajo. Crecí en Florida, y tal vez es eso lo que me hizo ser un inadaptado. Eso fue lo que me llevó a que me gustara y me atrajera todo lo que se oponía a mi entorno, porque nunca me gustó la cultura de la playa.

Dice:

—Lo que me gustaba era mirar. Cuando me mudé a Florida y todavía no conocía a nadie, me sentaba a mirar a la gente. Escuchaba sus conversaciones y observaba. Sí uno quiere crear algo que la gente desee escuchar y observar, primero tiene que escuchar a la gente. Esa es la clave.

En casa, en el desván de su casa de cinco pisos, bebiendo una copa de vino tinto, Manson reparte su tercera carta: el Loco.

—La tercera carta representa mis metas —dice con esa voz que suena a cuero frotando contra cuero—. El Loco está a punto de tirarse de un acantilado y es una buena carta. Representa embarcarse en un viaje o dar un gran paso adelante. Esto podría representar la campaña del disco que sale ahora o la nueva gira.

Dice:

—Me dan miedo las salas abarrotadas. No me gusta estar rodeado de mucha gente, pero me siento muy cómodo en el escenario delante de miles de personas. Creo que es una forma de defenderse de esa fobia.

Su voz es grave y suave y desaparece por debajo del susurro del aire acondicionado.

—Sé que es raro, pero soy muy tímido —dice—. Y esa es la ironía de ser un exhibicionista, de estar delante de tanta gente. Y es que en realidad soy muy tímido.

»También me gusta cantar a solas. Cuando canto prefiero que haya cuanta menos gente mejor. Cuando estoy grabando, a veces los obligo a pulsar la tecla de grabar y salir de la sala.

Sobre las giras, dice:

—Las amenazas de muerte hacen que la vida valga la pena, hacen que todo sea excitante. Son el alivio supremo contra el aburrimiento. Estar en medio de todo eso. Yo pensaba: «Sé que para transmitir lo que quiero transmitir voy a tener que llevar las cosas hasta un extremo tal que me situaré en lo más bajo y me convertiré en la persona más despreciada del mundo. Voy a representar todo eso a lo que os oponéis y

vosotros no podréis decir nada para hacerme daño ni para hacer sentirme peor. Solamente podré ir hacia arriba». Creo que eso fue lo más gratificante, sentir que nadie podría hacerme daño de ninguna forma. Aparte de matándome. Porque represento lo más bajo. Soy lo peor que puede haber, así que nadie puede decir que yo haya hecho nada que me ha hecho quedar mal, porque ya digo de entrada que soy lo peor. Fue muy liberador no tener que preocuparme de cómo la gente iba a intentar acabar conmigo.

»Si no os gusta mi música, no me importa. Es algo que no me preocupa. Si no os gusta mi aspecto, si no os gusta lo que tengo que decir, todo eso es parte de lo que estoy buscando. Me estáis dando justo lo que pido.

Manson reparte su cuarta carta: la Muerte.

—La cuarta carta es tu pasado lejano —dice—. Y la carta de la Muerte representa en la mayoría de los casos una transición, y es parte de lo que te ha traído hasta donde estás y a como estás ahora. Esto tiene mucho sentido, teniendo en cuenta que acabo de pasar por una transición grandiosa que ha tenido lugar en el curso de los últimos diez años.

Sentado en la sala de color azul oscuro de su discográfica, dice:

—Creo que mi madre tiene en muchos sentidos ese síndrome de Munchausen que hace que la gente intente convencerte de que estás enfermo para poder aferrarse a ti durante más tiempo. Porque cuando yo era joven, mi madre siempre me decía que era alérgico a distintas cosas a las que no era alérgico. Me decía que yo era alérgico a los huevos y al suavizante y a toda clase de cosas extrañas. Forma parte del elemento médico también, porque mi madre es enfermera.

Sus pantalones de cuero negro son tan largos que ocultan unos zapatos negros de suela gruesa.

Dice:

—Recuerdo que se me cerró la uretra, y me tuvieron que meter un taladro por la polla y desbloquearla. Fue lo peor que le podía ocurrir a un niño. Me dijeron que después de pasar la pubertad tenía que volver y hacérmelo otra vez, pero yo les dije: «Ni hablar. Ya no me importa cómo sea mi flujo urinario. Yo no vuelvo».

Su madre todavía guarda su prepucio en una ampolla.

—Cuando yo estaba creciendo, no me llevaba bien con mi padre. El no estaba nunca, y por eso yo no hablaba nunca de él, porque no lo veía. Trabajaba todo el tiempo. Yo no considero que lo que yo hago sea trabajo, pero sí creo haber heredado su determinismo de la adicción al trabajo. Creo que no fue hasta que yo tenía veintitantos cuando me habló de sus experiencias en la guerra de Vietnam. Entonces empezó a hablarme de la gente a la que había matado y a contarme que había estado involucrado en cosas relacionadas con el Agente Naranja.

Dice:

—Mi padre y yo tenemos los dos una especie de trastorno cardíaco, un soplo en el corazón. De niño yo estuve muy enfermo. Tuve neumonía cuatro o cinco veces y siempre estaba en el hospital, siempre flaco, esquelético y listo para que me dieran de guantazos.

Suenan teléfonos en las demás oficinas. Por la calle avanzan cuatro carriles de tráfico.

—Cuando estaba escribiendo el libro [su autobiografía] —dice Manson—, todavía no había llegado a la conclusión de lo mucho que me parezco a mi abuelo. Hasta que llegué al final del libro no me di cuenta. De que de niño yo lo veía como a un monstruo porque tenía ropa de mujer y consoladores y todo eso, y a fin de cuentas resulta que yo me he vuelto mucho peor de lo que era mi abuelo.

»Creo que no le he contado esto a nadie —dice Manson—, pero lo que he descubierto durante el último año es que mi padre y mi abuelo nunca se llevaron bien. Mi padre volvió de la guerra de Vietnam, y como que lo echaron a la calle y le dijeron que tenía que pagar alquiler... Hay algo realmente oscuro en esa historia que nunca me ha gustado. Y el año pasado mi padre me contó que había descubierto que no era su padre verdadero. Y oír aquello fue muy extraño, porque de pronto empezó a tener sentido que lo trataran así de mal y que tuviera una relación familiar tan rara. Resulta verdaderamente extraño pensar que no era mi abuelo de verdad.

Dice:

—Sospecho que hay tantas imágenes de la muerte porque de niño, por el hecho de estar siempre enfermo y de tener tantos parientes enfermos, viví durante mucho tiempo con el miedo a la muerte. Viví con miedo al demonio. Con miedo al fin del mundo. Al Éxtasis, que es un mito cristiano que descubrí que ni siquiera existe en la Biblia. Y me acabé convirtiendo en todo eso. Acabé convirtiéndome en las cosas que temía. Así es como conseguí vencerlas.

En el desván, Manson reparte su quinta carta: el Ahorcado.

—La quinta carta es más bien tu pasado reciente —dice—. También se supone que significa que ha tenido lugar alguna clase de cambio. En este caso, podría querer decir que he aprendido a concentrarme mucho más y que en cierto sentido he descuidado mis amistades y mis relaciones.

Dice:

—Nací en mil novecientos sesenta y nueve, y ese año se ha convertido en el eje central de muchas cosas, sobre todo de este disco, *Holy Wood*. Es porque mil novecientos sesenta y nueve fue el final de muchas cosas. La cultura cambió por completo, y creo que es muy importante que sea también la fecha de mi nacimiento. El final de los sesenta. El hecho de que Huxley y Kennedy murieran el mismo día. Para mí, aquello abrió una especie de cisma o de portal a lo que iba a pasar después.

Empecé a ver paralelismos en todas partes. Altamont fue como el Woodstock del noventa y nueve. Vivo en la misma casa donde vivieron los Stones cuando escribieron «Let It Bleed». Encontré *Cocksucker Blues*, una película muy poco conocida que hicieron, y aparecen en mi sala de estar escribiendo «Gimme Shelter». Y «Gimme Shelter» fue la canción que acabó siendo emblemática de toda la tragedia de Altamont. Y los asesinatos de Charlie Manson son algo con lo que he estado obsesionado siempre, desde que era niño. Para mí, tuvieron la misma cobertura mediática que Columbine.

»Lo que siempre me ha preocupado es —dice— que está pasando exactamente lo mismo. Nixon salió durante el juicio y dijo que Manson era culpable, porque a Nixon lo estaban culpando de todos los problemas que atravesaba la cultura. Y después salió Clinton y dijo lo mismo: "¿Por qué actúan estos chavales de forma tan violenta? Debe de ser por Marilyn Manson. Debe de ser por esta película. Debe de ser por este videojuego". Luego el tío mira para otro lado y tira unas cuantas bombas en otro continente para matar a unas cuantas personas. Y encima se pregunta por qué los chavales tienen bombas y se dedican a matar a la gente...

Manson trae unas acuarelas que ha pintado: oscuros, brillantes y coloridos retratos de McGowen que recuerdan a los tests de Rorschach. Acuarelas que pinta... bueno, no tanto con pinturas como con el agua que queda tras limpiar los pinceles. Una de las pinturas muestra las cabezas sonrientes de Eric Harris y Dylan Klebold empaladas en los dedos levantados de una mano que hace el signo de la paz.

—Resulta que ni siquiera eran fans míos —dice—. Un periodista de Denver investigó lo bastante como para descubrir que yo no les gustaba porque era demasiado comercial. A ellos les gustaba un rollo más underground. Me cabreó que los medios se aferraran a una cosa y la hincharan hasta extremos exagerados. Y fue porque soy un blanco fácil. Parezco culpable. Y en aquel momento yo estaba de gira.

Dice:

—La gente siempre me pregunta: «¿Qué les habrías dicho si hubieras podido hablar con ellos?». Y mi respuesta es: «Nada. Habría escuchado». Ahí está el problema. Nadie escuchaba lo que decían. Si hubierais escuchado, os habríais enterado de lo que estaba pasando.

Y dice:

—Resulta extraño que, aunque la música es algo que uno escucha, creo que también te escucha a ti porque no emite juicios. Así es como los chavales encuentran cosas con que identificarse. O los adultos. He ahí un sitio al que puedes ir sin que te juzguen. Sin nadie que te diga en qué tienes que creer.

Manson reparte su sexta carta: la Estrella.

—Esta carta es el futuro —dice—. La Estrella. Esto quiere decir un gran éxito.

Dice:

—Durante mucho tiempo no me podía imaginar a mí mismo llegando a este punto. Nunca miraba más allá porque pensaba que o bien me iba a destruir a mí mismo o bien alguien me iba a matar en el proceso. Así que en cierto modo he ido más allá del sueño. Y da miedo. Es como empezar de nuevo, pero eso es bueno porque es lo que necesitaba. Ha habido muchos pequeños renacimientos por el camino, pero ahora siento que he vuelto a nacer en el mismo sitio donde empecé pero con una interpretación distinta. En cierto modo he vuelto atrás en el tiempo, pero ahora tengo más munición y más conocimientos para afrontar el mundo.

Dice:

—Lo natural sería que me metiera en el mundo del cine, pero realmente tiene que ser poniendo yo las condiciones. Creo que estoy mejor dotado como director que como actor, aunque me gusta actuar. Estoy hablando con Jodorowsky, el tío que hizo *El topo* y *La montaña sagrada*. Es un director hispanoamericano que trabajó con Dalí. Ha escrito un guión titulado *Abelcaín* que es fantástico. Hace como quince años que lo tiene y quiere hacerlo, pero se ha puesto en contacto conmigo porque yo soy la única persona con la que quería trabajar. Y el personaje es muy distinto a lo que la gente conoce de mí, y esa es la única razón por la que me interesa, porque la mayor parte de la gente que viene a mí quiere que interprete distintas versiones de mí mismo. Y eso no es ningún desafío.

En primavera de 2001, Manson planea publicar su primera novela, titulada *Holy Wood*, un relato que abarcará sus tres primeros discos. En el desván, sentado en el suelo e inclinado hacia la luz azul de su ordenador portátil, me lee en voz alta el primer capítulo, una historia mágica, surrealista y poética, trufada de detalles y sin ningún parecido con la narrativa tradicional y aburrida. Fascinante, aunque de momento alto secreto.

Reparte su séptima carta: la Suma Sacerdotisa.

—Esta... —dice—, no sé qué pensar de esta.

A la gente que viene a entrevistar a Manson, su publicista les pide que no publiquen el hecho de que se pone de pie cada vez que una mujer entra o sale de la sala. Después de que una lesión de espalda dejara a su padre inválido, Manson les compró a sus padres una casa en California y ahora los mantiene. Cuando se registra en un hotel, usa el nombre de «Patrick Bateman», el asesino en serie de la novela *American Psycho* de Bret Easton Ellis.

Reparte su octava carta:

—El Mundo —dice—. Colocada aquí de forma adecuada, representa los factores ambientales o externos que pueden neutralizarlo a uno.

Dice:

—Tuve una experiencia enormemente interesante en Dublín. Como es un sitio tan

católico, hice una actuación allí dentro de mi gira europea. Tenía una cruz hecha de televisores que estallaban en llamas y luego salía yo, que básicamente estaba desnudo salvo por la ropa interior de cuero. Llevaba el cuerpo pintado como si estuviera quemado. Salí al escenario mientras la cruz estaba en llamas y vi que la gente de la primera fila apartaba la cara y miraba en otra dirección. Así de ofendidos estaban, y es increíble que alguien pudiera estar tan ofendido, que apartaran la cara y miraran para otro lado. Cientos de personas.

Manson reparte su novena carta: la Torre.

—La Torre es una carta muy mala —dice—. Representa la destrucción, pero de la forma en que esto se lee, figura que voy a tener que luchar básicamente contra todo el mundo. Va a ser una lucha revolucionaria y se va a producir alguna clase de destrucción. El hecho de que el resultado final sea el Sol quiere decir que es probable que el destruido no sea yo. Será probablemente la gente que se interponga en mi camino.

Sobre su novela, dice:

—Si coges toda la historia desde el principio ves que es paralela a mi historia, pero está contada con metáforas y distintos símbolos que he pensado que otra gente puede utilizar. Trata sobre ser inocente e ingenuo, en gran medida como estaba Adán en el Paraíso antes de caer en desgracia. Y sobre comprender algo como «Holy Wood» [Madera sagrada], que he usado como metáfora para representar lo que la gente cree que es un mundo perfecto, el ideal con el que todos hemos de compararnos, la forma en que se supone que tenemos que actuar y el aspecto que hemos de tener. Y trata sobre querer, durante toda la vida, formar parte de un mundo que no considera que encajes, al que no le caes bien, que te machaca a cada paso que das, y a pesar de todo tú luchas y luchas y luchas hasta que lo consigues y entonces te das cuenta de que toda la gente que te rodea era la gente que al principio te machacaba. Así que automáticamente odias a todo el mundo que te rodea. Los detestas por hacerte formar parte de este juego en el que no te dabas cuenta de que te estabas metiendo. En cierto sentido has cambiado una celda por otra.

»Esa acaba siendo la revolución —dice—. Ser lo bastante idealista como para creer que puedes cambiar el mundo, y descubrir que lo único que puedes hacer es cambiarte a ti mismo.

McGowen llama desde el aeropuerto y promete llamar otra vez cuando aterrice su avión. Dentro de una semana Manson partirá rumbo a Japón. Dentro de un mes empezará una gira mundial en Mineápolis. La primavera que viene su novela cerrará la década anterior de su vida. Y después de eso volverá a empezar.

—En cierta forma es como... no como una carga pero sí como si me quitara un peso de encima al dejar reposar un proyecto a largo plazo —dice—. Eso me da la

libertad para ir a cualquier parte. Me siento en gran medida como hace diez años cuando monté la banda. Siento el mismo impulso, la misma inspiración y el mismo desprecio hacia el mundo que me da ganas de hacer algo que haga pensar a la gente.

»El único miedo que tengo es el miedo a no ser capaz de crear, a no tener inspiración —dice Manson.

»Puede que fracase, y puede que esto no funcione, pero por lo menos soy yo quien elige hacerlo. No es algo que haga porque no me queda más remedio.

Manson reparte su última carta: el Sol.

Los dos boston terriers están encogidos, durmiendo sobre una butaca de terciopelo negro.

Y me dice:

—Este es el resultado final, el Sol, que representa la felicidad y el cumplimiento de grandes ambiciones.

Bodhisattvas

(Bodhisattvas)

—Volamos desde Miami a Tegucigalpa —dice Michelle Keating—, y luego pasamos cinco días de terror. Había minas antipersona. Había serpientes. Había gente que se moría de hambre. El alcalde de Tegucigalpa se había matado la semana antes en un accidente de helicóptero.

Keating mira las fotografías de un montón de álbumes y dice:

—Fue el huracán Mitch. Yo nunca había imaginado que presenciaría un desastre semejante.

En octubre de 1998 el huracán Mitch arrasó la República de Honduras con vientos de doscientos noventa kilómetros por hora y días enteros de lluvias torrenciales, con sesenta y cinco centímetros cúbicos en un solo día. Murieron 9.071 personas en Centroamérica, 5.657 de ellas en Honduras, donde sigue habiendo 8.058 personas desaparecidas. Un millón cuatrocientas mil personas se quedaron sin casa y el setenta por ciento de las cosechas del país quedaron destruidas.

En los días posteriores a la tormenta la ciudad de Tegucigalpa era una cloaca abierta, atiborrada de barro y de cadáveres. Hubo un brote de malaria. También de dengue. Las ratas transmitían la leptospirosis, que causa fallos hepáticos y renales y la muerte. En aquella ciudad de mineros, situada a mil quinientos metros sobre el nivel del mar, un tercio de los edificios quedaron destruidos. El alcalde de la ciudad murió mientras inspeccionaba los daños en helicóptero. Los saqueos se generalizaron.

A ese país donde el cincuenta por ciento de los seis millones y medio de personas viven por debajo del nivel de pobreza establecido por las Naciones Unidas y el treinta por ciento de la población está desempleada, fueron Michelle Keating y su golden retriever, Yogi, a ayudar a encontrar a los muertos.

Michelle mira una foto de Yogi sentado en un asiento de la American Airlines, comiéndose un menú de avión que tiene en una bandeja delante.

Refiriéndose a otro voluntario del equipo de búsqueda y rescate, me dice:

—Harry me dijo: «Esta gente tiene hambre y es posible que intenten comerse a tu perro». Volvía a casa en coche de una reunión con él y empecé a decirme: «¡No quiero morir!». Pero sabía que sí quería ir.

Mira varias fotos del cuartel de bomberos de Honduras donde dormían. Habían llegado perros entrenados para el rescate de México, pero no eran de gran ayuda. A las dos de la madrugada se había desmoronado un embalse que había por encima de la ciudad.

—Una ola de doce metros lo había arrasado todo y después se había retirado

dejando atrás nada más que un lodazal increíblemente profundo —dice Keating—. Allí donde el agua y el barro habían tocado un cadáver se habían impregnado de su olor. Y era eso lo que estaba confundiendo a los perros mexicanos. Los olores los llamaban desde todas partes.

Mirando las fotos del río Choluteca, crecido y fangoso, dice:

—Había dengue. Había gérmenes. Allí donde uno fuera, olía a cadáver. Y Yogi tampoco pudo librarse, y ya no movía la cola para nada. Había carestía de agua, pero nosotros lo lavábamos todo siempre que podíamos.

En las fotografías aparece gente quitando con palas el barro de las calles a cambio de comida del gobierno. El olor de los muertos era «acre», dice Keating.

—Se notaba en la boca.

Y dice:

—Murieron diez mil personas por todo el país y un buen porcentaje de ellos estaba aquí, en Tegucigalpa, porque también hubo corrimientos de tierra. Primero está la gente que murió ahogada por la ola de doce metros que arrasó la ciudad. Y luego se hundió el campo de fútbol.

Me enseña fotos de salas a oscuras, llenas de barro y muebles rotos. Dice:

—El primer día fuimos a un restaurante chino donde había muerto una familia. El departamento de bomberos tenía que excavar, y lo que nosotros podíamos hacer era ahorrarles un montón de tiempo, y de dolor, porque podíamos señalar exactamente dónde estaban. En el restaurante chino nos pusimos protector labial mentolado debajo de la nariz, mascarillas y cascos con luz porque estaba oscuro. Toda la comida, como el cangrejo, estaba por el suelo, las cloacas se habían desbordado y el barro llegaba hasta las rodillas. Y estaba todo lleno de pañales sucios. Así que Yogi y yo fuimos hasta la cocina y yo pensé: «Madre mía, ¿qué vamos a encontrar?».

En las fotos lleva un casco de minero con una luz montada en la parte de delante y una mascarilla quirúrgica de gasa.

—Toda la ropa y los efectos personales de aquella gente estaban incrustados en el barro —dice—. Su vida entera.

Encontraron los cadáveres aplastados y retorcidos:

—Resultó que estaban debajo de una tarima. Era una tarima del restaurante sobre la que había sillas y mesas y el agua los había arrastrado hasta allí.

Michelle está sentada en el sofá de su sala de estar, con los álbumes de fotos en una mesa delante de ella. Yogi está sentado en el suelo a su lado. Otro golden retriever, Maggie, está sentado en un sillón de fumar al otro lado de la sala. Los dos perros tienen cinco años y medio. Maggie procede de un refugio de animales donde la encontraron, enferma y muerta de hambre, al parecer abandonada por un criador después de que hubiera dado a luz a tantas carnadas que ya no podía parir más.

A Yogi se lo vendió un criador cuando tenía seis meses y no podía caminar.

—Resultó que tenía displasia de las articulaciones del codo —dice—. Y hace un par de años lo llevé a un veterinario de Eugene, que lo operó para que pudiera caminar. El veterinario le recolocó la articulación del codo. Lo que pasaba era que aquella pequeña articulación tenía que funcionar como puntal, pero en cambio estaba recibiendo todo el peso y se estaba fragmentando, y al perro le resultaba muy doloroso.

Mira a la perra que está en el sillón y dice:

—Maggie es más bien del tipo rojizo y pequeño. Debe de pesar unos treinta kilos. Yogi es de los grandes, rubios y peludos. En invierno llega a los cuarenta y cinco kilos. Tiene el típico trasero grande y dorado.

Mira las fotos más antiguas y dice:

—Hace unos ocho años tenía un perro llamado Murphy. Era una mezcla de border collie y pastor australiano, un perro increíble, y pensé: «Es una buena manera de practicar obediencia con él y de paso conocer gente». Yo estaba trabajando en la Hewlett-Packard, en una oficina, así que necesitaba algo distinto.

Y dice:

—Cuanto más lo hacía, más me intrigaban los casos. Empezó como algo centrado en la obediencia del perro y terminó siendo algo por lo que sentía más que pasión.

En las fotos de Honduras, Michelle y Yogi trabajan con otro voluntario, Harry Oakes Jr., y con su perra Valerie, una mezcla de collie de pelo largo, schipperke y kelpie. Oakes y Valerie ayudaron a inspeccionar las ruinas del Tribunal Federal después del atentado de Oklahoma City.

—Cuando Valerie huele un cadáver, o lo que sea que esté buscando, se pone a ladrar. Es muy expresiva. Yogi mueve la cola y se excita mucho, pero apenas ladra. Si es una víctima que ha muerto, se pone a gemir. Baja la cola y reacciona como con preocupación.

Dice:

—Valerie se pone histérica y se echa a llorar. Y si el suelo es de barro y hay alguien enterrado debajo, se pone a cavar. O si es agua, se tira al agua.

Mira las fotos de las casas derruidas y dice:

—Cuando alguien está preocupado o furioso o algo así, libera epinefrina. Cuando tiene lugar un acto violento o una muerte, se produce una emisión más intensa de ese mismo olor. Además de los gases y fluidos que hubiera en el cuerpo cuando murió. Ya te puedes imaginar lo importante que eso debía de ser para la manada cuando estos animales vivían en libertad. Para un animal, ese olor quiere decir: «Aquí ha habido una muerte. Han matado a un miembro de mi manada». Y se angustian especialmente cuando se trata de un humano, porque somos parte de su manada.

Dice:

—Un noventa por ciento del adiestramiento para búsquedas y rescates consiste en

que el humano aprenda a reconocer lo que el perro está haciendo de forma natural. Ser capaz de leer a Yogi cuando está preocupado.

»La obediencia les deja claro que tú estás al mando —dice—. Luego les escondes juguetes. Yo todavía lo hago. Y les encanta. Hacen carreras para ver quién lo encuentra primero. Lo siguiente que haces es que alguien sujete al perro mientras tú vas y te escondes. Y así vas planteando situaciones cada vez más complejas. Ellos buscan un rastro. Si no han visto adonde has ido, te pueden oler.

Mira la foto de un grupo de hombres y dice:

—Esta es la brigada de bomberos venezolana. Decíamos que éramos el equipo de rescate panamericano.

Señalando otra foto, dice:

—Esta es la zona que llamábamos el «cementerio de coches».

Refiriéndose a una enorme ladera derrumbada de lodo, dice:

—Este es el campo de fútbol que se hundió.

Sobre otra foto del interior de una casa llena de barro, dice:

—Dentro de esta casa que había sido saqueada las paredes estaban llenas de huellas de manos. Por todas partes donde los saqueadores habían apoyado las manos para mantener el equilibrio.

Formando una amplia cenefa a lo largo de las paredes hay incontables huellas perfectas de manos impresas en barro marrón.

En otras fotos aparecen las salas donde Yogi encontró cuerpos enterrados bajo las paredes caídas, bajo los colchones.

Una foto muestra un vecindario de casas desplomadas por la ladera de un abrupto barranco de lodo.

—Esto es en la colina donde las casas se habían derrumbado —dice—. Había cientos de historias por las cuales la gente no quería marcharse. No querían que los saqueadores se llevaran sus cosas. Una mujer con niños dijo que su marido se había ido a un bar y le había dicho que se quedara allí. Historias trágicas y terribles.

Otra foto muestra a Valerie durmiendo en la parte de atrás de una camioneta. Parece pequeña en comparación con el enorme montón de bolsas de plástico negras que tiene al lado.

Michelle dice:

—Esta es Valerie con las bolsas de transporte de cadáveres, agotada.

Me habla de su primera búsqueda y me cuenta:

—Fue en Kelso, donde había desaparecido la esposa de un tipo. Se rumoreaba que la mujer tonteaba con toda clase de gente que pasaba por su casa. Así que nos dirigimos a su granja, que estaba impecablemente cuidada. Con caballos y pastos y un toro. Los perros emitieron una impresionante alerta de muerte en el establo. Bajaron la cola y se mearon. No paraban de tragar saliva. La reacción natural es

defecar, además de mear, gemir y llorar. Creo que es algo que les da náuseas. Yogi se apartó. No quería ni acercarse. Valerie fue hacia allí y se puso a cavar sin dejar de ladrar, y se puso frenética porque estaba intentando comunicar algo: «¡Está aquí!».

»El niño de aquella familia, que tenía unos cuatro años, dijo a su abuela algo así como: “Papá ha puesto a mamá bajo el agua”, luego se lo llevaron y ya nadie consiguió quedarse a solas con él.

En otra foto de Tegucigalpa hay una larga tira de cemento volcada de lado en medio del lecho de un río.

—Esto era un puente —dice Michelle.

En todas las fotos hay paquetitos de manteca rancia tirados por todas partes, diseminados por el agua.

—La búsqueda más profunda, que todavía me provoca un nudo en la garganta, fue la de un niño autista —dice—. El chaval tenía cuatro años y lo tenían encerrado, pero encontró una forma de abrir la puerta mientras su madre estaba planchando en el piso de arriba. En cuanto salió por la puerta se quitó toda la ropa. Se presentó un montón de gente voluntaria para ir en su busca. Y eso no es bueno, porque cada vez que alguien pasa sobre el rastro, el olor se desvía hacia otra parte.

En las fotos más antiguas, Michelle está trabajando con Rusty, otro golden retriever. Las fotos muestran un denso bosque rodeando un cenagal oscuro de agua estancada.

—Al cabo de una hora de llegar allí, llegamos al cenagal. Aquel era el punto de partida de la búsqueda, porque al niño le gustaba tirar un juguete y recogerlo una y otra vez. Era un pequeño terraplén situado por encima de la ciénaga y rodeado de raíces y árboles.

Dice:

—Para entonces Rust estaba muy angustiado y triste. Aquel era el primer sitio donde el niño se había metido, así que el olor allí no era tan fuerte como cuando nos pusimos a seguir la corriente todavía débil de la ciénaga hasta la parte donde se volvía más y más fuerte. Entonces fue cuando llamamos a los buzos. Había una alcantarilla entre dos partes del cenagal.

Mira las fotos y dice:

—Lo que pasó fue que el cuerpo se había quedado atrapado en aquella alcantarilla y estaba cubierto de barro.

Acaricia a Yogi y dice:

—Se trataba de una zona de agua bastante extensa, y yo iba de un lado a otro, recibiendo alertas de muerte por toda aquella enorme zona pantanosa. Me dedicaba a marcar todos los sitios donde el perro reaccionaba. Toda el agua que había estado en contacto con el cuerpo estaba impregnada de olor a muerte. A veces uno puede triangular y calcular dónde está el cuerpo a partir de las alertas que recibe.

»Fuimos etiquetando y calculando de dónde venía el viento —dice—. Cuál era la temperatura. Quién era yo. Qué hora era. Todo lo poníamos en un mapa. Para intentar averiguar adonde había sido arrastrado el cadáver.

»Oler el aire... En caso de no saber exactamente por dónde entró la persona, sigue habiendo el olor del aire. Hay un cono de olor que va así. —Hace un gesto con las manos en el aire—. Y se puede hacer que el perro avance en zigzag. Es posible que lo haga de forma natural. Debemos conseguir que vayan hacia la fuente del olor.

Sin dejar de acariciar a Yogi, Michelle parpadea y las lágrimas brillan en sus ojos.

—Levanté la vista y lo estaban sacando de la alcantarilla. Es la única víctima que he visto, porque la mayoría de las veces, como en Honduras, vienen a desenterrar los cadáveres después de que nos hayamos ido. Pero me quedé en un profundo estado de shock en cuanto lo vi, y sentí un impulso tremendo de abrazar al pobrecillo.

Dice:

—Fuimos a la casa e hicimos varias entrevistas, y luego entramos para reconfortar a la familia, porque se supone que los perros reconfortan a las familias, y fue como adentrarse en un aura, en una energía, era como algo ambiental, como entrar en la niebla.

»No digerimos aquello como hubiéramos debido —dice Michelle—. Volví a casa, puse a Rusty con los otros dos perros para que jugara y me fui a trabajar. Siempre me ha parecido que tardó demasiado en recuperarse porque no me hice cargo de él, y creo que es porque no sabía cómo digerir aquello. Creo que no entendí lo que estaba pasando, a consecuencia del profundo shock, hasta que fui a Honduras.

»Se supone que tienes que soltarlos para que encuentren a alguien vivo, y eso lo hice. También tienes que asegurarte de que lo lavas todo. Su chaleco. Mi ropa. Todo lo que llevaran puesto. Lavar todo lo que haya en el coche. Todo lo que haya entrado en contacto con el olor a muerte. Una pizca de ese olor y vuelven a deprimirse.

Dice:

—Al volver a casa, el olor impregnó en gran medida el coche, y es que también debería haberlo limpiado.

Ahora Rusty y Murphy, el perro mezcla de collie de pelo largo y pastor de Michelle, ya están muertos, igual que todas las víctimas que encontraron. A Murphy lo sacrificaron cuando tenía catorce años y medio, después de tres años de sufrir problemas de espalda. A Rusty lo sacrificaron cuando empezaron a fallarle los riñones.

Michelle mira fotos de niños, niños que están abrazando a Yogi en una foto detrás de otra, y me cuenta que conoció a una niña en Tegucigalpa. Tenía las piernas cubiertas de infecciones de estafilococos y estaba cogiendo agua de un charco de aguas residuales. Michelle le puso tabletas desinfectantes en el agua. Un periodista le untó las piernas de crema antibiótica.

—Teníamos que ir andando a la mayoría de los sitios porque había barro y todo el mundo que veía a Yogi sonreía —dice—. Y si parábamos en algún sitio se agolpaban a su alrededor y decían en español: «¡Dámelo, dámelo!». Y él estaba entusiasmado. Le encantaba la atención. Sé que entendía lo importante que era el trabajo y yo intentaba explicárselo por el camino: «Esto es muy importante. Estás haciendo cosas buenas por la gente».

En una foto del campo de fútbol hundido, Michelle señala una multitud que está de pie en la otra punta.

—La gente se quedaba de pie al final del campo y se nos quedaba mirando, y un niño pequeño nos dijo «Gracias» en inglés.

Dice:

—Aquellas cosas me dejaban hecha polvo. Era demasiado desgarrador tener contacto humano como aquel.

Mira una foto, sonriendo, y me dice:

—Fuimos a un orfanato para animar a los perros. Un niño corría a esconderse y los perros lo encontraban.

Mira la siguiente foto y dice:

—Esto es una isla. Viajamos dos horas por carreteras llenas de baches y curvas cerradas en la parte de atrás de un volquete para llegar hasta allí. Esta es la parte de atrás del volquete, estaba llena de polvo. Encontramos tres cadáveres.

Acaricia a Yogi y dice:

—Creo que aquello le hizo envejecer. Vio y olió cosas que un cachorro de dos años no tendría que ver nunca.

En otro álbum de fotos Yogi está sentado con unos hombres muy flacos y sonrientes.

—Creo en los Bodhisattvas —dice Michelle—. En el budismo existen seres que están iluminados y que vuelven para ayudar a los demás. Creo que la intención de Yogi al estar conmigo es ayudarme a ser una persona mejor y a hacer cosas. Para mí, ir a Our House habría sido difícil sin él, pero con él me sentí como en casa.

Refiriéndose a la residencia para enfermos desahuciados de sida donde ahora lleva a Yogi, Michelle dice:

—Yo buscaba algo que me llenara y que tuviera sentido, y la gente no paraba de hablarme de Our House. Al principio les pregunté si querían a alguien que hiciera reiki, y me dijeron que no. Luego dije que tenía un perro muy bueno y listo, y entonces me dijeron que me pasara por allí. Y eso es todo. Empezamos a ir todas las semanas.

»Muchos de ellos acaban de perder a su animal de compañía —dice—. A veces ese es el factor de mitigación: “Bueno, como tengo un animal no me puedo mudar a Our House”. Luego el animal se muere y eso les causa mucho dolor. Y todo el mundo

que vive allí es un poco como un refugiado. Han perdido por lo menos a un amante. Y en el plano material han perdido su casa.

Michelle rasca las orejas de Yogi y dice:

—Forma parte de su trabajo. Reconfortar a la gente. A eso me refiero con lo del Bodhisattva, a que le interesa ayudar y reconfortar a veces más que su propio bienestar.

Dice:

—El viaje a Honduras fue un momento realmente fundamental para mí. Uno de esos momentos que marcan un hito. En cierto sentido, un punto álgido. Mientras estabas allí nunca te preguntabas cuál era el sentido de tu vida porque resultaba obvio. Podías estar completamente inmerso en él.

Ahora los dos perros están dormidos en sus sillones de fumar en este rancho de color gris de los barrios residenciales. El patio está al otro lado de unas puertas correderas de cristal, salpicado del barro que dejan los perros al correr.

—Antes de ir a Honduras, acababa de terminar la universidad —dice Michelle—. Me había sacado mi máster y había dejado la Hewlett-Packard. Me decía: «Eh, hay todo un mundo multidimensional ahí fuera, mucho más importante que intentar amoldarse a la estúpida cultura de la empresa. ¿Qué sentido tiene eso?». Un día de búsqueda en Honduras, y mientras estuve allí fui muy consciente de ello, tiene cien veces más significado que veinte años en el mundo de la empresa.

»Es hermoso —dice Michelle—. Una parte de mí todavía llora cuando veo trabajar a un perro, sea un perro lazarillo o Yogi en sus mejores momentos. Simplemente me apabulla.

Cierra el álbum de Tegucigalpa, Honduras —las fotos del huracán Mitch—, y lo guarda entre una pila de álbumes.

Y dice:

—Solamente fueron ocho días. Creo que hicimos lo que pudimos.

Error humano

(Human Error)

Es probable que hayan visto a Brian Walker por televisión. Si no, lo habrán oído por la radio. Lo habrán visto charlando con Conan O'Brien, o en *Good Morning America*. También estuvo una mañana con Howard Stern.

Es aquel tío. Ya saben, el primero que se puso a construir su propio cohete —sí, en el jardín de su casa en Bend (Oregón)—, para lanzarse al espacio exterior.

Se hace llamar el Hombre Cohete.

Ah, sí. Claro. Aquel tío.

Ahora se acuerdan. Oyeron ustedes los detalles en cientos de espacios de televisión y radio, los leyeron en periódicos y revistas. Se enteraron de que su cohete es de fibra de vidrio y que obtiene la energía de una solución de peróxido de hidrógeno al noventa por ciento expuesta a una pantalla recubierta de plata.

—Es como cuando uno mezcla vinagre y bicarbonato —cuenta el Hombre Cohete—. Es una reacción química. El peróxido toca la plata y causa una conversión catalítica que lo convierte en vapor. Luego el vapor se expande. Básicamente, el peróxido se convierte en vapor supercaliente a unos ciento cincuenta grados y se expande hasta multiplicar su volumen por seis.

Una explosión de aire comprimido ayudará al lanzamiento. El cohete subirá ochenta kilómetros en línea recta y luego caerá, controlado por un paracaídas.

Es el rico inventor de juguetes. Comprometido con la hermosa mujer rusa a la que conoció por internet y con la que estuvo saliendo mientras se entrenaba con cosmonautas rusos.

Sí, por supuesto que han oído hablar de él y de su proyecto RUSH, que quiere decir *Rapid Up Super High* [Sube Rápido y Súper Alto]. El tío solo tiene estudios hasta la secundaria. Probablemente lo hayan oído en el programa de radio de Art Bell y luego le hayan enviado un e-mail. Si lo han hecho, habrán obtenido respuesta. El Hombre Cohete ha respondido miles de los e-mails de ustedes. E-mails en que le pedían consejo sobre sus inventos. Donde le contaban cómo les encantan sus juguetes a los hijos de ustedes. Y lo más asombroso es que él les ha respondido. Tal vez incluso les haya enviado un juguete.

Es su héroe. O bien piensan que es un fraude y un bocazas.

Sí, aquel tipo. ¿Qué fue de él?

Oh, sigue ahí. Bueno, sí y no.

Si le enviaron un e-mail —a www.rocketguy.com— lo más probable es que todavía lo tenga en el ordenador. Si le enviaron un e-mail, son ustedes una pequeña

parte del problema.

Es diciembre de 2001 y el Hombre Cohete está en su taller, trabajando en el elevador hidráulico del camión que tiene que llevar su cohete hasta el lugar del lanzamiento. Fuera la temperatura está por debajo de los cero grados y en el desierto alto la nieve le llega a uno a los tobillos. Los doce acres donde vive Brian Walker, tan cerca del centro del pueblo que solamente da tiempo a escuchar una canción en el estéreo del coche, son en su mayor parte pinos y roca volcánica. Vive en una enorme cabaña de troncos. Un poco más allá colina abajo están su garaje y los edificios de sus talleres. Junto a los mismos está su «Jardín Espacial», un montón de equipamiento que ha construido para entrenarse para su viaje a la atmósfera.

Se pueden ver prototipos de misiles, de cápsulas y de cohetes, de colores rojo brillante y amarillo, de espuma y de fibra de vidrio. En su taller, las paredes blancas están cubiertas de prototipos de juguetes que ha inventado. Brian Walker es un tipo corpulento y barbudo, mientras que su ayudante a tiempo parcial, Dave Engeman, es un tipo pequeño y bien afeitado, y entre la nieve, los juguetes, los pinos y la cabaña de troncos, los dos hombres dan la impresión de estar en un taller en algún sitio cercano al polo norte. Más como si fueran elfos que astronautas.

Si se lo piden, el Hombre Cohete bajará de la pared y demostrará el funcionamiento de los juguetes que nunca pudo vender.

—Intentar construir juguetes hoy es duro —dice—. La Administración para la Seguridad de los Productos de Consumo es increíblemente quisquillosa sobre los malos usos que se pueden dar a las cosas. En los viejos tiempos se podían construir juguetes con los que era posible perder un ojo o un dedo si los usabas mal.

Hay una camilla con techo de lona que diseñó para el ejército. Hay un kart del tamaño de una maleta. Te enseña los fracasos, cientos de prototipos de plástico y madera almacenados en cajas, y dice:

—Quiero crear una línea que se llame «Juguetes para un Futuro Mejor». Y estarán diseñados para que si el coeficiente intelectual de un niño no alcanza un nivel determinado, no sobreviva al juguete. Así que a una edad temprana ya se va depurando la reserva genética. Los niños estúpidos no son ni de lejos tan peligrosos como los adultos estúpidos, así que es mejor eliminarlos antes de que crezcan. Sé que parece una idea cruel, pero es una expectativa razonable.

Se ríe y dice:

—Claro que es una broma. Igual que la línea de juguetes que quería hacer para niños ciegos y que se llamaba «Juguetes Fuera de mi Vista».

En el extremo inferior del camión lanzacohetes está instalando un tanque de acero. De ese tanque salen cuatro largos tubos que entran dentro del cohete. En el lanzamiento, el aire a alta presión procedente del tanque subirá por los cuatro tubos y dará al cohete el empuje inicial.

—La explosión de aire le da el empuje —dice Brian—. Si tengo un motor de propulsión de seis toneladas y un cohete de media tonelada con cuatro toneladas y media de combustible, entonces tengo un peso de despegue de cinco toneladas y seis toneladas de empuje. Si el aire a presión me da un impulso adicional, entonces consigo un peso equivalente a cero, así que las seis toneladas de empuje se destinan de inmediato al empuje. De esa forma despego del suelo con una actitud más positiva y un lanzamiento mucho más estable.

En resumidas cuentas, el funcionamiento científico de un cohete. Por lo menos en el primer vuelo de prueba. Dentro del cohete no hay controles, así que no hay posibilidad de error humano. Así de fácil.

—No soy un científico espacial —dice Brian—. Todo lo que hago es de dominio público. Uso información cosechada durante cincuenta años de programa espacial. Mi cohete viene a ser un juguete gigante. Es un juguete que ha tomado esteroides.

Dice:

—En cuanto uno abre la válvula del motor, hay que liberar el aire. Quiero el motor a toda máquina antes de liberar la presión del aire. Si por alguna razón el motor no se encendiera en el momento del lanzamiento, me haría subir quince metros y luego bajaría otra vez. El paracaídas no ayudaría a parar la caída, y el peso sería tan grande que no me permitiría desprenderme de la cápsula del tanque de combustible. En el momento en que se abre la válvula reguladora del motor, sale el aire comprimido.

Peróxido de hidrógeno que se convierte en vapor... Aire a presión... Es igual que uno de los juguetes de Brian, el Lanzacohetes Pop-It, que se puede comprar en Target y en Disneyland... Y Brian en persona va de pie en el morro del cohete de nueve metros.

—Cuando despegue, ¡buuum! Allá voy —dice—. Y cuando llegue al apogeo, al punto más alto, el cono del morro se suelta y sale un paracaídas. Luego, mientras desciendo, dos portezuelas se abren y hay un resorte debajo del asiento que me catapultará al exterior. Y me tiro con el paracaídas en caída libre.

Así de fácil.

Estará viajando a velocidad Mach 4 cuando al motor principal se le acabe el combustible. Su cápsula se separará del tanque de combustible y se deslizará durante cuatro minutos y medio, hasta que llegue a la altura máxima a unos seis minutos del lanzamiento.

—La fase de aceleración es de nueve segundos —dice—. Y el vuelo entero tiene que durar unos quince minutos desde el despegue hasta tocar tierra.

Unas aletas hechas de espuma de poliestireno moldeado ayudarán a estabilizar el cohete, luego se soltarán en dos fases, haciéndose más y más pequeñas a medida que el cohete gane velocidad. Su primer cohete tripulado de prueba viajará a cuatro mil

quinientos kilómetros en línea recta y luego bajarán también en línea recta, más o menos.

—Tampoco voy a dejar caer muchas cosas —dice—. Voy a soltar ocho piezas de las aletas, que caerán revoloteando como hojas. Y el tanque de combustible. Y tengo planeado recuperar el tanque de combustible para la posteridad, porque pienso exponer mi cápsula y el tanque y el cohete entero en el museo Smithsonian o en algún otro museo importante de la aviación y el espacio. Hablé con la gente del Smithsonian y me dijeron que sí, que si construyo y lanzo mi propio cohete privado, y si es el primero, seguro que me lo exponen.

Ese es el plan, quince minutos de fama y luego directo a los libros de historia.

Y todo esto tendrá lugar en el desierto de Black Rock, en Nevada, donde tiene lugar el festival anual Burning Man. El único lugar donde cabe el cuarto de millón de personas que Brian espera que asistan.

Este ha sido el sueño de Brian Walker desde que tenía nueve años. Su padre lo llevó a su primera exhibición aérea cuando tenía doce años. Dos semanas después de cumplir dieciséis años tuvo su primera experiencia con el paracaidismo de caída libre. En 1974, cuando tenía dieciocho años, el aire lo arrastró a la cola del avión mientras hacía un salto con línea estática.

Se congeló, las manos se le quedaron pegadas al ala y el avión tuvo que aterrizar con él todavía allí. Tardó diecisiete años en volver a tirarse.

Sobre su educación, Brian cuenta:

—Soy disléxico, tengo TDAH, y la escuela fue una tortura para mí. Fui dos trimestres a la universidad, para estudiar ingeniería y en mayor o menor medida para apaciguar a mi padre. Hice dos trimestres de la licenciatura de ingeniería mecánica en el Instituto de Tecnología de Oregón y decidí: «Esto no es lo que quiero». Las fiestas casi acabaron conmigo. Lo único que podía hacer para mantener la cordura era estar tan colocado como pudiera.

Es propenso a las verrugas plantares y usa un soldador de plasma para quemárselas.

—Va genial para quitar verrugas —dice—. Pero te deja un cratercito en el pie. Aprieto y suelto el gatillo tan deprisa como puedo y el soldador me envía una ráfaga de plasma que vaporiza la piel. Duele como un demonio.

Para Brian, dormir cinco horas es un lujo. A pesar de las nuevas almohadas y de una colcha de plumón, sufre insomnio, igual que su padre. No tiene otros hobbies que inventar cosas. No usa el nombre del Señor en vano y dice que un concierto de Britney Spears no es más que un espectáculo erótico. No aprueba los libros de Harry Potter por la brujería. No tiene animales domésticos, al menos no ahora en 2001, pero sí tuvo una ardilla voladora llamada Benny que murió de aneurisma después de nueve años. Después tuvo un petauro y lo explica así:

—Es el equivalente marsupial de una ardilla voladora.

Si hiciera una adaptación cinematográfica de su vida, dice que pondría de protagonista a Mel Gibson o a Heath Ledger.

—Cuando era chaval —dice— no estaba muy puesto en deportes. Me daba la impresión de que me consideraban menos hombre porque no sabía nada de estadísticas sobre jugadores. La verdad es que estoy bastante harto y considero que los deportes se han elevado de forma artificial a un nivel de importancia que no deberían tener. Parece que están intentando que el análisis de los partidos y los jugadores se convierta en un arte y en un estilo de vida. Cualquier bar de América en el que entres tiene una pantalla que lo único que pone son deportes y programas sobre deportes. Y yo tengo que ser sincero: nunca he visto un partido de baloncesto en el que viera nada nuevo, y la verdad es que he visto unos cuantos. Y me preocupa un poco el hecho de que si uno no es un fanático recalcitrante de los deportes y conoce todos los aspectos del juego, de alguna forma no es un hombre de verdad.

En un bar de deportes, a la hora del almuerzo, deja de hablar para mirar un gráfico informático en televisión que muestra una bomba de pulso electromagnético explotando sobre una ciudad. Se pide una hamburguesa Big Bad Bob con una rodaja extra de cebolla cruda. Hasta en diciembre bebe agua con hielo. Creció en el distrito de Parkrose de Portland (Oregón).

A la hora del almuerzo se queja de que los astronautas americanos se pasan toda la vida entrenando y ganando rodaje a costa del contribuyente y luego hacen fortuna gracias a la fama que les ha reportado su experiencia. Después, de cómo la opinión pública se ha cebado con los ciudadanos ricos norteamericanos que pagan para ir en misiones espaciales rusas. Y de que el sueño de los viajes espaciales se tiene que abrir a gente que no quiera una carrera militar de por vida.

Le gustaría sustituir el impuesto sobre la renta por un impuesto sobre las ventas nacionales.

En este momento, en 2001, Brian tiene cuarenta y cinco años y está comprometido para casarse con una mujer que se llama «Ilena» (no es su nombre de verdad, por la razón que entenderán ustedes más adelante), una rusa a la que conoció a través de una página web llamada «Relaciones internacionales».

Se trata del mismo Hombre Cohete al que ustedes conocen. Prefiere los caramelos Altoids de canela a los normales. Ha volado en cazas MiG rusos y se ha tragado su propio vómito mientras experimentaba momentos de gravedad cero a bordo del avión *Cometa del Vómito* que se usa para entrenar a los cosmonautas. No se ha casado nunca pero ahora está listo.

—Mi meta —te cuenta— es encontrar a una mujer que sea capaz de disfrutar de la vida sin necesidad de pensar que tiene que salir y demostrar algo. Esto, por desgracia, es lo que muchas mujeres de nuestra cultura creen que tienen que hacer. El

movimiento feminista de finales de los sesenta y principios de los setenta convenció a las mujeres de que la maternidad y el quedarse en casa se traducía en una existencia solitaria y carente de importancia. De que no eran nadie si no tenían una carrera.

Mientras se come su hamburguesa, dice:

—Una de mis misiones en la vida es hacer todo lo que pueda para promover las relaciones entre Estados Unidos y Rusia. La guerra fría se ha acabado. No le deis más vueltas. Esa gente no es nuestro enemigo. Los rusos son gente que quiere ser como nosotros. Les encanta América y les encanta lo que representamos. Creo que casarme con una rusa hará que sea inevitable que me encuentre representando ese rol público.

Después del almuerzo mira su buzón y se encuentra un cheque de 55,06 dólares de una entrevista en una emisora de radio de Escocia. El único dinero que asegura haber ganado durante toda la avalancha de publicidad del Hombre Cohete.

—Quería ponerme un nombre —recuerda—. Pero no quería que me llamaran «Hombre del Espacio». Me parecía demasiado formal. Y demasiado usado ya. «Hombre Cohete» suena mucho más amigable. Es como el apodo de un vecino. Del hombre de la calle. Y a la gente se le quedó lo de «Hombre Cohete».

Fue en una entrevista para un periódico de Florida cuando nació el Hombre Cohete, una celebridad mediática internacional que daba dos o tres entrevistas al día. Recibía tantas llamadas telefónicas que su buzón de mensajes llegó al límite de capacidad después del primer centenar. Su página web llegó a tener 380.000 visitas en una hora.

—De todas las entrevistas de radio que he hecho, solamente ha habido dos o tres, tal vez una docena, en que los presentadores hayan intentado dejarme en ridículo —dice—. Ni siquiera Howard Stern intentó burlarse de mí cuando estuve media hora hablando con él. No me quiso dejar como un chiflado. Hizo un par de referencias a si ahora estaba follando más a menudo, pero no convirtió el asunto en un pene gigante, un rollo sexual ni un símbolo fálico.

Y, sin embargo, todo lo que sube tiene que bajar.

Y hasta el Hombre Cohete lo dice: el aterrizaje puede ser muy jodido.

Brian e Ilena se conocieron en persona en abril de 2001. Dos meses más tarde pasaron otras dos semanas juntos y se comprometieron. En julio de 2002 Ilena y su hijo de ocho años, Alexi, llegaron a América con visado de compromiso marital.

—Me negaba a creer que pudiera cometer un error tan grande —dice Brian—. Nos escribimos un total de mil ciento cincuenta y cinco e-mails en un período de un año y medio. Yo tenía tantas ganas de creerla que estuve dispuesto a correr el riesgo, pero en cuanto nos casamos, el quince de octubre de dos mil dos, las cosas empezaron a empeorar.

Ilena tenía quince años menos que Brian y dejaba atrás un apartamento de setenta metros cuadrados que compartía con otras siete personas en Rusia. Brian le instaló

una piscina para su hijo. Aceptó pagarle cirugía ocular por valor de cuatro mil dólares y ortodoncia por valor de doce mil. Cambió su BMW descapotable biplaza por un sedán. Y, aun así, se peleaban. Ella se negaba a hablar inglés a la hora de la cena o a levantarse antes de las ocho de la mañana.

Brian le trajo un ordenador a casa para que ella lo usara mientras Alexi se pasaba el día en la escuela. Seis semanas más tarde le preguntó por su navegación en internet...

—Las peores páginas web eran de bestialismo y sexo con animales —dice—. Se dedicaba a pasar una hora o una hora y media, varias veces por semana, visitando aquellas páginas. Solo pasaron seis semanas desde que traje el ordenador hasta que se marchó. A mí me dejó completamente abatido pensar que aquella mujer a la que yo había querido tanto como para traerla de Rusia y casarme con ella pudiera ser tan perversa. No estamos hablando de porno normal. Hablamos de cosas que le hacen a uno vomitar.

Después de seis semanas de casados ella había puesto anuncios en la red en secreto para buscar a otro hombre, a ser posible un artista de pelo largo y rubio que viviera en un loft en la ciudad, prácticamente lo contrario de Brian, que era moreno, barbudo y vivía en una cabaña de troncos.

—Ilena es una mujer hermosa, pero no tiene alma —dice—. Estoy convencido de que lo único que le importaba era el pasaje hasta aquí. Y nada más.

En la mente de Brian Walker, el proyecto RUSH estaba conectado con ser el Hombre Cohete y con estar casado con Ilena.

—Yo pensaba, a mi manera, que sería una forma maravillosa de unir al mundo —dice—. De demostrar la cooperación y la conexión entre antiguos enemigos. Hablábamos de escribir un libro entre los dos. Podríamos escribir libros infantiles en inglés y en ruso. Yo veía que de todas aquellas oportunidades podría crecer un gran árbol, pero todo se fue al garete.

La primera vez que habló con ella sobre sus navegaciones por internet, Ilena hizo la maleta, cogió a su hijo y se fue a vivir con un vecino, un ruso con el que ha estado viviendo desde entonces.

Brian dice:

—He recibido e-mails de un montón de tipos y sus historias eran casi idénticas. Eran tipos que creían que había amor, pero en cuanto sus mujeres conseguían el permiso de residencia desaparecían. Ilena ni siquiera esperó tanto. Se marchó dos meses después de que nos casáramos. Ni siquiera pudo fingir durante el suficiente tiempo como para legalizar su situación.

Entonces fue cuando todo se hundió. Brian se pasó ocho semanas sin comer. Perdió veintidós kilos, se afeitó la barba y ya no pudo soportar seguir trabajando en el cohete.

—Llevo tanto tiempo trabajando tan duro... —dice—. Es como volver a antes de empezar el proyecto del cohete, a los quince años de fracasos miserables. Construí un submarino, pero nunca pude hacer dinero con él. Tuve éxito en una parte, pero fracasé en otra. Lo mismo pasó con mi camilla o con mis otros cientos de inventos. Estuve trabajando sin parar durante meses seguidos y años seguidos. Luego empecé a triunfar en la industria juguetera y en lugar de ampliar el negocio me metí en este proyecto, y en estos momentos no lo puedo ni soportar.

Otro shock le llegó en forma del Premio X, un premio de diez millones de dólares para el primer grupo privado que ponga un cohete en la atmósfera. Y de la repentina competencia que ahora le ha salido al Hombre Cohete en forma de equipos con gran preparación y abundantes recursos de todo el mundo.

Hasta la atención mediática se ha convertido en un obstáculo. A su puerta han llegado unas dos mil personas pidiendo ir en el cohete.

—Me cuesta muchísimo decir que no —dice—. Lo que me ha retrasado más durante los últimos tres años es mi deseo de satisfacer las peticiones de la gente. Ya sea en los medios de comunicación. Ya sea leyendo y contestando e-mails o invitando a gente a ver las instalaciones. O participando en actos de recaudación de fondos para escuelas. Voy mucho a dar charlas por las escuelas.

Ha sido toda una experiencia. Dinero. Fama. Amor. Y todo antes de que el cohete llegue siquiera a la rampa de lanzamiento.

Saltamos ahora a julio de 2003, y, día a día, Brian Walker está regresando al mundo. Un amigo le presentó a una mujer, norteamericana, agente inmobiliaria y de su misma edad. Se llama Laura y ya tiene su voz en el mensaje del contestador. Se han tirado juntos en caída libre. Incluso hablan de casarse otra vez, cuando el divorcio de Brian sea efectivo.

Y sigue recibiendo cartas, cientos de cartas de niños, de padres y de maestros a los que les encantan sus juguetes.

Y allí en Bend (Oregón), el trabajo continúa en el Jardín Espacial. Está la centrifugadora donde Brian se entrena para soportar la fuerza gravitatoria. Está la torre donde pone a prueba los motores del cohete. Dentro de un par de meses planea lanzarse a cinco kilómetros de altura en un cohete de prueba. Planea terminar la cúpula geodésica que ha empezado. Y el observatorio que ha construido sobre la misma. Dentro de la cúpula, el cohete espera, pintado con dos tonos distintos, azul claro y azul oscuro. Listo ya y montado en el camión que estaba preparando en diciembre de 2001. Cuando todo parecía posible. El amor. La fama. La familia.

En cierto modo, todo sigue siendo posible.

En lugar de instrumentos de navegación dentro del cohete quiere un monitor de vídeo de pantalla plana conectado a cámaras exteriores. O llevar visores de vídeo.

Quiere construir un trineo para cohetes montado en una rampa que salga de un

costado de la cúpula.

Quiere diseñar una especie de nave planeadora que pueda ser catapultada de ciudad a ciudad.

Está construyendo un kart que funciona con dos motores a reacción.

Y en cuanto al motor a reacción que ha comprado en e-Bay y ha arreglado para que su emisión a novecientos grados funda la nieve de la entrada para coches...

—Cuando esta cosa cobre vida, las pelotas te van a subir hasta el estómago —dice—. Verlo en funcionamiento es casi aterrador.

Y hay que buscar empresas patrocinadoras.

—Me encantaría que me patrocinara Viagra —dice Brian Walker—. Porque el cohete es un símbolo perfecto para el Viagra —dice Brian Walker—. Mucho mejor que un coche de carreras.

Queda mucho trabajo por hacer.

Sigue necesitando destilar las cuatro toneladas y media de peróxido de hidrógeno. Y contestar muchos e-mails. En la cabaña de troncos le espera su traje espacial hecho en la Unión Soviética.

El mundo entero espera.

Sí, tendrán ustedes noticias del Hombre Cohete.

Muchas noticias.

Si él no es el primer individuo que va por su cuenta al espacio, entonces quiere ser el pionero de la caída libre a grandes altitudes desde cohetes. Quiere lanzar el turismo espacial, que permitirá a la gente orbitar la Tierra en una estación, parecida a un crucero, y bajar desde el cielo para visitar cualquier lugar, como un puerto. Planea escribir un libro que explique su éxito como inventor. Está diseñando un cañón de fibra de carbono que disparará globos llenos de mil doscientos litros de agua para apagar incendios forestales a ocho kilómetros de distancia.

Dentro de su cúpula geodésica de catorce metros de ancho, Brian Walker habla de las luces halógenas rojas, verdes y amarillas que planea instalar. Habla de sus otros sueños. De ser el «Hombre Teletransporte» y teletransportarse al instante a Rusia. O de ser el «Viajero del Tiempo».

De momento dice:

—La única cosa razonable que creo poder hacer es lanzarme al espacio. No puedo viajar en el tiempo. No puedo teletransportarme.

Dentro de la cúpula fría y oscura, lejos del sol del desierto, a solas con su cohete, dice:

—Quiero tener una iluminación y unos efectos especiales extraordinarios, y quiero tener altavoces que reverberen para poder llevar a cabo unas presentaciones fantásticas.

Fíjense en que, tal como lo explica el Hombre Cohete, la meta —el viaje espacial,

el viaje en el tiempo y el teletransporte— no es la verdadera recompensa. Es lo que uno descubre por el camino. Igual que llevar a un hombre a la Luna nos dejó las sartenes de teflón.

—Y quiero —dice Brian Walker— hacer mi propio rollo al estilo de *Made in USA* de John Landis. ¿Y te acuerdas del programa de la tele *Túnel del tiempo*?

Dice:

—Quiero hacer *Túnel del tiempo 2001,* protagonizada por el «Hombre Tiempo», y las misiones del Hombre Tiempo consisten en viajar al pasado para tirarse a chatis importantes de la historia y poder diseminar sus genes genéticos en el futuro. Así que viaja a Egipto para hacérselo con Cleopatra, pero nada más llegar se gira y está a punto de ser aplastado por una cuadriga y lo tienen que transportar de vuelta al futuro. Después se va a Francia para montárselo con María Antonieta y se materializa en la guillotina justo cuando está bajando la cuchilla. Así que el pobre tío viaja en el tiempo y llega siempre a un punto donde le falta un segundo para morir. Y al final resulta que el pobre tío nunca puede hacer nada...

Querido señor Levin

(Dear Mr. Levin)

En la universidad nos hicieron leer una vez sobre una gente a la que les enseñaron fotografías de enfermedades de las encías. Se trataba de fotografías de encías podridas y deformes y de dientes manchados, y la idea era ver cómo esas imágenes afectaban a la forma en que la gente cuidaba sus dientes.

A un grupo le enseñaron fotografías de bocas solamente un poco podridas. Al segundo grupo le enseñaron fotos de encías moderadamente podridas. Al tercer grupo le enseñaron bocas horriblemente ennegrecidas, con las encías descarnadas, en carne viva y sangrantes, y los dientes de color marrón o caídos.

El primer grupo de estudio siguió cuidándose la boca como siempre. El segundo grupo empezó a cepillarse y pasarse el hilo dental un poco más. El tercer grupo simplemente renunció. Dejaron de cepillarse y de pasarse hilo dental y se limitaron a esperar que los dientes se les volvieran negros.

A ese efecto el estudio lo llamó «narcotización».

Cuando el problema parece demasiado grande, cuando nos enseñan demasiada realidad, tendemos a cerrarnos en banda. Nos resignamos. No hacemos nada porque el desastre parece inevitable. Estamos atrapados. Eso es la narcotización.

En una cultura donde la gente tiene demasiado miedo para afrontar las enfermedades de las encías, ¿cómo se puede conseguir que afronten las demás cosas? Como la polución o la igualdad de derechos. ¿Y cómo se consigue que luchen?

Eso es lo que usted, señor Ira Levin, hace a la maravilla. Hechiza a la gente.

Sus libros no son tanto relatos de terror como fábulas con moraleja. Escribe usted una versión inteligente y actualizada de la clase de leyendas tradicionales que las culturas han usado siempre —como los poemas infantiles y las vidrieras— para enseñarle alguna idea básica a la gente. Sus libros, entre ellos *El hijo de Rosemary, Las poseídas de Stepford* y *La astilla,* cogen algunos de los asuntos más espinosos de nuestra cultura y nos hechizan para que afrontemos el problema. Como forma de ocio. Convierte usted esa clase de terapia en diversión. En nuestras pausas para el almuerzo, mientras esperamos el autobús o tumbados en la cama, usted hace que afrontemos esos Grandes Problemas y que los combatamos.

Lo terrorífico es que se trata de cuestiones que el público norteamericano está a años luz de afrontar, pero en cada uno —en cada libro— usted nos prepara para una batalla que parece ver próxima. Y, hasta ahora, nunca se ha equivocado.

En *El hijo de Rosemary,* publicado en 1967, la batalla es por el derecho de una mujer a controlar su cuerpo. El derecho a una buena asistencia sanitaria. Y el derecho

a elegir el aborto. Y a la mujer la controlan su religión, su marido, su mejor amigo y su tocólogo.

Y consiguió usted que eso lo leyera la gente, y que pagara para leerlo, años antes del movimiento sanitario feminista. De la Boston Women's Health Cooperative. Del eslogan «Nuestros cuerpos, nosotras». Y de los grupos de concienciación donde las mujeres se sentaban con espéculos y linternas para observar los cambios en el cuello del útero de sus compañeras.

Les enseñó usted a las mujeres exactamente lo que no tenían que ser. Lo que no tenían que hacer. No os sentéis en vuestro apartamento cosiendo cojines para las repisas de las ventanas y evitando hacer preguntas. Asumid responsabilidades. Si el Diablo se dedica a violaros con cita previa, no dudéis en interrumpir el embarazo. Y sí, es una tontería. El Diablo... Y el hecho es que tiene una erección ENORME. Y Rosemary está atada, con Jackie Kennedy sujetándole los brazos extendidos, a bordo de un yate durante una tormenta en el mar. ¿Qué diría Carl Jung sobre esa escena? En todo caso, es lo que nos permite implicarnos. El hecho de que podemos fingir que es todo una fantasía. Que no es real y que el aborto no está sobre la mesa. De que podemos sentir el placer de Rosemary, su terror y su rabia.

¿Acaso previo usted que ahora, en un siniestro eco treinta años más tarde, la reacción conservadora al aborto le da al feto el derecho legal a nacer en muchos estados? En los tribunales, las mujeres se han convertido en simples «anfitrionas de gestación» o «portadoras de gestación» y están obligadas mediante acciones legales a llevar dentro y parir niños que ellas no quieren. Los fetos se han convertido en símbolos que los enemigos del aborto pasean en sus manifestaciones. Igual que los vecinos de Rosemary paseaban a su hijo en su cuna cubierta de paños negros.

Otro aspecto gracioso y siniestro es que nuestro cuerpo no sabe que todo eso no es real. Estamos tan metidos en la historia que tenemos una experiencia catártica. Una aventura horrible por poderes. Igual que Rosemary, aprendemos. No vamos a cometer el mismo error. No. Se acabaron los médicos autoritarios. Se acabaron los maridos sórdidos. Se acabó el emborracharse y que el demonio te pase por la piedra.

Y solamente por si acaso, hagamos que el aborto sea una opción válida y legal. Caso cerrado.

Señor Levin, su talento para contar una historia importante y amenazante mediante una metáfora tal vez venga de su experiencia como guionista para series de la «época dorada» de la televisión como *Lights Out* y *The United States Steel Hour.* Se trataba de la televisión de los cincuenta y los sesenta, donde había que enmascarar o disfrazar la mayoría de las cuestiones para evitar ofender a un público conservador y a los patrocinadores todavía más conservadores de los programas. En una época previa a la «ficción transgresora» representada por *The Monkey Wrench Gang, American Psycho* o *Trainspotting,* en la que el autor puede subirse a una tarima y

hablar a gritos de cuestiones sociales, en esa época empezó usted su carrera, en la modalidad más pública posible de escritura, cuando la máscara, la metáfora y el disfraz lo eran todo.

El buen teatro y el comentario social tenían que casar adecuadamente con los anuncios de jabón y cigarrillos.

Y lo importante es que funcionaba. Y sigue funcionando. La fábula libera un problema de su época concreta y la hace importante para la gente de años venideros. La fábula acaba por convertirse en el problema, en insuflarle su humor y en darle a la gente una nueva libertad para reírse de lo que antes les asustaba. Su mejor ejemplo de esto es *Las poseídas de Stepford.*

Publicado en 1972, el libro presenta a una mujer con una familia y una carrera incipiente como fotógrafa profesional. Acaba de mudarse fuera de la ciudad, al pueblo rural de Stepford. Allí todas las mujeres parecen entregadas en exclusiva a servir a sus maridos y a sus familias. Son todas físicamente impecables, guapas y de pechos grandes. Limpian y cocinan. Y, bueno, eso es todo. Mientras leemos el libro, seguimos a Joanna Eberhart y a sus dos amigas a medida que renuncian una por una a sus ambiciones personales y se resignan a cocinar y limpiar.

Lo más horripilante es que los maridos de Stepford están matando a sus mujeres. Trabajando en grupo, los hombres están sustituyendo a sus mujeres por robots encantadores y eficaces que hacen todo lo que se les pide.

Y lo más horripilante todavía es que usted escribió esto más de una década antes de que el resto de la cultura norteamericana percibiera la «reacción» de los hombres a la liberación femenina. No fue hasta el libro galardonado con el Pulitzer *Reacción,* de Susan Faludi, cuando alguien además de usted tuvo en cuenta la idea de que los hombres pudieran organizarse y luchar para mantener a las mujeres en sus roles femeninos tradicionales.

Y sí, *Reacción* es un libro excelente, y presenta su tesis describiendo cómo los diseñadores de moda masculinos visten a las mujeres, y cómo los antiabortistas desprecian a las mujeres y las consideran simples vehículos de un feto no nato, pero el mensaje de sus páginas es tan... estridente. Carece de encanto. La señorita Faludi señala un problema y presenta las pruebas, pero al terminar el libro no nos deja ninguna sensación de resolución. Ni de libertad. Ni de transformación personal.

Y, peor todavía: igual que en la ficción transgresora, donde el autor puede despotricar ruidosamente sobre los problemas, desencadena la narcotización. El mensaje se vuelve tan obvio e implacable que la gente deja de oírlo.

Pero en *Las poseídas de Stepford,* caramba, nos reímos con Bobbie y Joanna. Nos reímos un montón durante toda la primera mitad del libro. Entonces Charmaine desaparece. Y luego la pobre Bobbie. Y por fin Joanna. Y el ciclo del horror se completa. Hemos visto lo que pasa cuando una se hace la tonta y niega la realidad

hasta que es demasiado tarde. Ahora vemos a todas esas afables amas de casa que preparan masa para tartas en sus cocinas limpias y soleadas como seres contaminados, manipulados y controlados. Como mujeres de Stepford.

Esa tonta y descabellada metáfora suya de los robots es tan... exagerada. Pero por descabellada que parezca, ha sustituido a todas las pesadas diatribas dogmáticas sobre el trabajo doméstico como actividad denigrante y bla, bla, bla. Su metáfora de los «robots femeninos Disney esclavas sexuales y amas de casa» es todavía mejor que su metáfora del «Diablo de polla enorme que viola con cita previa».

Nos deja usted con el mensaje exacto y claro: trabajo doméstico = muerte. Una fábula moderna, sencilla y memorable. No dejéis que nadie os convierta en mujeres de Stepford. Además de ser esposas tenéis que desarrollar vuestras carreras.

En cada libro crea usted una metáfora que nos permite afrontar un Gran Problema sin sentirnos tan amenazados que renunciemos a la esperanza y nos retiremos. Primero nos hechiza usted con su sentido del humor y después nos asusta con el peor de los escenarios posibles. Nos enseña usted a alguien que queda atrapado y que se niega a admitirlo y a afrontar el peligro hasta que es demasiado tarde.

Puede que no esté usted de acuerdo, pero incluso en *La astilla*, publicada en 1991, el personaje principal se niega a abrir los ojos hasta que es demasiado tarde.

Diez años antes de que el resto del mundo se sintonizara a la «telerrealidad» y a las webcams ocultas en los salones de rayos UVA, los vestuarios y los lavabos públicos, de nuevo predice usted la batalla por la intimidad tras la llegada de las nuevas tecnologías de transmisión y de vídeo. En *La astilla*, Kay Norris se muda a un encantador apartamento en el piso veinte de un edificio alto y angosto de Manhattan, la «astilla» del título. Se enamora de un hombre más joven, también inquilino del edificio, sin saber que en realidad es el propietario del mismo. Y que ha instalado cámaras ocultas en todos los apartamentos para poder vigilar a los inquilinos como forma de diversión.

El secreto más oscuro del «rascacielos del terror» es que cuando la gente descubre que sus teléfonos están pinchados y que sus apartamentos son objeto de espionaje, el joven propietario del edificio los asesina. Incluso graba los asesinatos y guarda las cintas.

Igual que Rosemary Woodhouse y Joanna Eberhart, Kay cree que su apartamento es un estupendo nuevo comienzo. A pesar de que a su alrededor los demás inquilinos no paran de morir, se aferra a su rechazo y se distrae con su historia de amor. En una interesante evolución a partir de Rosemary (que no tenía carrera) y pasando por Joanna (que sacaba unas cuantas fotos), a Kay Norris la consume su trabajo como editora. No ha estado nunca casada. Y no la acaba destruyendo la realidad que no consigue admitir.

Pero solamente porque la salva su gato. No es que sea mérito de ella.

Diez años antes de que los estados se dieran cuenta de que no tenían leyes que prohibieran a la gente meter una cámara en una maleta, mezclarse con una multitud y filmar desde abajo las faldas de las mujeres, hace una década, usted intentó avisarnos. De que era posible. De que la tecnología había dejado atrás a la ley y de que esas cosas iban a pasar. Entonces creó usted una fábula para llamarnos la atención e inocularnos contra el miedo mediante la creación de una metáfora y de un personaje que sirviera como modelo de conducta incorrecta.

¿Acaso no era Platón el que transmitía sus argumentos contando un relato que contenía un error evidente y dejando que fuera el oyente quien lo descubriera? Fuera quien fuese, ese método adjudica al lector el momento del descubrimiento, el momento emocional del «¡ajá!». Y los expertos en educación dicen que, a menos que al momento del caos le siga el alivio emocional del descubrimiento, no recordamos nada. Y así es como usted, señor Ira Levin, nos obliga a recordar los errores cometidos por sus personajes.

Oh, señor Ira Levin, ¿cómo lo hace? Usted nos enseña el futuro. Y nos ayuda a afrontar ese terrorífico nuevo mundo. Nos lleva usted en un recorrido acelerado por el peor de los mundos posibles y nos permite vivir en él.

En la terapia llamada de «inmersión», el psicólogo obliga al paciente a soportar una versión exagerada de su peor miedo. Lo sobrecarga emocionalmente. Una persona que tenga miedo a las arañas puede ser encerrada en una habitación llena de arañas. Una persona que tenga miedo a las serpientes puede verse obligada a manejar serpientes. La idea es que el contacto y la familiaridad mitiguen el terror que el paciente siente hacia algo que han tenido demasiado miedo para explorar. La experiencia real, la realidad del contacto con las serpientes y de su conducta, destruye el miedo contradiciendo la expectativa del paciente.

¿Se trata de eso, señor Levin? ¿Es eso lo que usted se propone?

¿O lo que hace usted no es más que consolación? Enseñarnos lo peor para que nuestras vidas parezcan mejores por comparación. No importa lo manipulador que parezca nuestro médico, por lo menos nosotros no vamos a dar a luz a un niño diabólico. No importa lo aburridos que sean los barrios residenciales, por lo menos nosotros no estamos muertos y hemos sido reemplazados por un robot.

Su colega Stephen King dijo una vez que las novelas de terror nos dan una oportunidad de ensayar nuestra propia muerte. El escritor de terror es como uno de aquellos «comedores de pecados» del folclore galés, puesto que absorbe los defectos de una cultura, los difumina y deja al lector con menos miedo a morir. Usted, señor Levin, es casi lo contrario. Usted saca a la luz nuestros defectos de forma grandiosa, divertida y temible. Esos problemas que nos da miedo admitir.

Y, al escribir, consigue que haya menos cosas que temer en la vida.

Y eso da MUCHO miedo, señor Levin. Pero no miedo en un sentido malo. Miedo

en un sentido bueno. En un sentido genial.

PERSONAL

(Personal)

Acompañante

(Escort)

En mi primer día como acompañante, a mi primera «cita» le falta una pierna. El tipo fue a una casa de baños gay, para quitarse el frío, me dijo. Tal vez en busca de sexo. Y se quedó dormido en el baño turco, demasiado cerca de la fuente de calor. Se pasó horas inconsciente hasta que alguien lo encontró. Para entonces la carne de su muslo izquierdo ya estaba completamente cocida.

No podía caminar, pero su madre vino de Wisconsin para verlo y el hospital para enfermos desahuciados necesitaba a alguien que los llevara a los dos a visitar los sitios locales de interés turístico. Que los llevara de compras por el centro. A ver la playa. Multnomah Falls. Era lo único que podía hacer uno como voluntario a menos que fuera enfermero, cocinero o médico.

En ese caso se hacía uno acompañante, y el hospital del que hablo era un sitio al que iban a morir jóvenes sin seguro médico. Ni siquiera me acuerdo del nombre. No lo ponía en ningún letrero, y te pedían que fueras discreto en tus idas y venidas porque los vecinos no tenían ni idea de lo que pasaba en aquella casa enorme y antigua de su calle, una calle a la que no le faltaban fumaderos de crack y tiroteos desde los coches, a pesar de lo cual nadie quería vivir al lado de aquello: cuatro personas muriéndose en la sala de estar y dos en el comedor. Por lo menos dos personas en cama agonizando en cada dormitorio del piso de arriba, y la verdad es que no faltaban dormitorios. Como mínimo la mitad de aquella gente tenía sida, pero la casa no discriminaba a nadie. Uno podía ir allí y morir de lo que fuera.

Mi razón para estar allí era mi trabajo. Consistía en tumbarme de espaldas en una camilla con la línea motriz de un camión diesel clase 8 de cien kilos apoyada en el pecho, que me pasaba por entre las piernas hasta los pies. Mi trabajo consistía en meterme rodando bajo los camiones a medida que estos avanzaban en la línea de montaje e instalar aquellas líneas motrices. Veintiséis líneas cada ocho horas. Trabajando deprisa mientras los camiones avanzaban y me empujaban en dirección a los enormes hornos de pintura incandescente que había a escasos metros de mí en la línea de montaje.

Mi licenciatura en periodismo no podía darme más de cinco dólares la hora. Otros tipos del taller tenían el mismo título y entre nosotros bromeábamos diciendo que las licenciaturas en humanidades deberían incluir cursillos de soldador para poder sacarse por lo menos los dos pavos extra que nuestro taller pagaba a los machacas que supieran soldar. Alguien me invitó a su iglesia y yo estuve lo bastante desesperado como para ir. En la iglesia tenían un ficus en una maceta que se llamaba

el Árbol de la Generosidad y que estaba decorado con adornos de papel, en cada uno de los cuales había impresa una buena obra que uno podía elegir.

Mi adorno decía: «Saca a pasear a un enfermo desahuciado».

Esa era la expresión exacta: «Saca a pasear». Y había un número de teléfono.

Llevé al hombre con una sola pierna, y luego a él y a su madre, por toda la zona, a sitios con vistas y a museos, con su silla de ruedas plegada en el maletero de mi Mercury Bobcat de hacía quince años. Su madre fumaba en silencio. Su hijo tenía treinta años y ella tenía dos semanas de vacaciones. Por las noches yo la llevaba de vuelta a su TravelLodge situado junto a la autopista, luego se sentaba a fumar en la capota de mi coche y se ponía a hablar de su hijo ya en pasado. Su hijo tocaba el piano, me dijo. Se había sacado el título de música pero había terminado haciendo demostraciones de órganos eléctricos en tiendas de centros comerciales.

Eran conversaciones que nacían cuando ya no nos quedaban emociones.

Yo tenía veinticinco años, y al día siguiente volví a meterme bajo los camiones después de haber dormido tal vez tres o cuatro horas. Con la diferencia de que ahora mis problemas ya no me parecían tan graves. Solamente tenía que mirarme las manos y los pies, maravillarme del peso que era capaz de levantar y de la forma en que podía gritar por encima del rugido neumático del taller, y mi vida ya no me parecía un error sino un milagro.

Al cabo de dos semanas la madre se volvió a su casa. Al cabo de tres meses su hijo estaba muerto. Muerto, desaparecido. Yo me dedicaba a llevar a gente con cáncer a ver el océano por última vez. Llevaba a gente con sida a la cima del monte Hood para que pudieran ver el mundo entero mientras todavía podían.

Me sentaba junto a las camas mientras la enfermera me explicaba qué señales buscar en el momento de la muerte, el tragar saliva y la lucha inconsciente de alguien ahogándose dormido mientras el fallo renal les llenaba de agua los pulmones. El monitor pitaba cuando la máquina inyectaba morfina al paciente, cada cinco o diez segundos. El paciente tenía los ojos hinchados y completamente en blanco. Tú le cogías la mano fría durante horas hasta que otro acompañante llegaba al rescate o hasta que ya no importaba.

La madre de Wisconsin me envió una manta bordada que había tejido a ganchillo ella misma, púrpura y roja. Otra madre o abuela para la que había hecho de acompañante me envió una manta bordada azul, verde y blanca. Luego me llegó otra roja, blanca y negra. Mantas a cuadros y mantas con dibujos en forma de zigzag. Se fueron amontonando a un lado del sofá hasta que mis compañeros de casa me preguntaron si podíamos guardarlas en el desván.

Justo antes de morir, el hijo de aquella mujer, el hombre con una sola pierna, justo antes de perder el conocimiento, me suplicó que fuera a su antiguo apartamento. Había un armario lleno de juguetes sexuales. Revistas. Consoladores. Ropa de cuero.

El no quería que su madre encontrara nada de aquello y me hizo prometerle que lo tiraría todo.

Así que fui allí, a su pequeño estudio, cerrado a cal y canto y mal ventilado después de estar meses deshabitado. Como una cripta, diría yo, pero no es la palabra más adecuada. Suena demasiado dramática. Como música de órgano cutre. Pero, de hecho, no es más que una palabra triste.

Los juguetes sexuales y cacharros anales eran todavía más tristes. Huérfanos. Tampoco es la palabra adecuada, pero es la primera que me viene a la cabeza.

Las mantas bordadas siguen en una caja en mi desván. Todos los años por Navidad alguno de mis compañeros de casa sube a buscar adornos y se encuentra las mantas, rojas y negras, púrpuras y verdes, cada una correspondiente a una persona muerta. Y quien las encuentra me pregunta si podemos usarlas en nuestras camas o darlas a Goodwill.

Y todas las navidades digo que no. No estoy seguro de qué me da más miedo, tirar a todos esos hijos muertos o bien dormir con ellos.

No me preguntéis por qué, les digo. No quiero ni oír hablar del tema. Todo aquello pasó hace diez años. Vendí el Bobcat en 1989. Y dejé de hacer de acompañante.

Tal vez porque después del hombre con una sola pierna, después de que muriera y después de que todos sus juguetes sexuales acabaran en bolsas de basura, después de enterrarlos en el vertedero, después de abrir las ventanas del apartamento y de que desapareciera el olor a cuero, a látex y a mierda, el apartamento resultó ser un lugar bonito. El sofá cama era de un elegante color malva. Las paredes y la alfombra de color crema. La pequeña cocina tenía encimeras de madera para cortar la carne. El baño era todo blanco y estaba impecable.

Me quedé allí sentado guardando un elegante silencio. Podría haber vivido allí.

Cualquiera podría haber vivido allí.

Casi California

(Almost California)

La infección de mi cabeza está empezando a curarse por fin cuando recibo hoy el paquete en el correo.

Se trata del guión basado en mi primera novela, *El club de la lucha.*

Lo envía la Twentieth Century Fox. El agente de Nueva York ya me dijo que llegaría. Así que estaba avisado. Incluso fui una pequeña parte del proceso. Fui a Los Ángeles y asistí a dos días de conferencias sobre el argumento donde le estuvimos dando vueltas a la trama. La gente de la Twentieth Century Fox me reservó una habitación en el Century Plaza. Cruzamos los platos al aire libre del estudio. Me señalaron a Arnold Schwarzenegger. Mi habitación en el hotel tenía una bañera de hidromasaje gigante y yo me senté en el centro de la misma y esperé casi una hora a que se llenara lo bastante para poder encender el hidromasaje. Tenía en la mano mi botellín de ginebra del minibar.

La infección de mi cabeza la cogí el día antes de ir a Hollywood. Me pagaban el vuelo a Los Ángeles, así que fui corriendo al Gap e intenté comprar un polo de color calabaza. La idea era tener un aspecto del sur de California.

La infección me vino de no leer las instrucciones de un tubo de crema depilatoria para hombres. Es como las cremas Nair o Neet pero extrafuerte, la que usan los hombres negros para afeitarse la cabeza.

En el mismo tubo de la crema depilatoria para hombres marca Magic lo dice en mayúsculas: «NO DEBE USARSE CON CUCHILLA DE AFEITAR». Incluso está subrayado. La infección no fue culpa de los diseñadores del envase de Magic. Pero volvamos a mí, sentado en mi bañera de hidromasaje del Century Plaza. No para de entrar agua, pero la bañera es tan grande que incluso después de media hora sigo allí sentado con la ginebra, la cabeza afeitada y el culo sentado en un charquito de agua templada. Las paredes de la bañera son de mármol y están prácticamente congeladas por el aire acondicionado. Los jaboncitos de almendra ya están guardados en mi maleta.

El cheque de la compra de opción de adaptación cinematográfica ya está en mi cuenta bancaria.

El baño está cubierto de espejos enormes y luces indirectas, así que me puedo ver desde todos los ángulos, desnudo y chapoteando en tres centímetros de agua mientras mi copa se calienta. Esto es todo lo que yo quería que se convirtiera en realidad. Durante todo el tiempo en que uno escribe, un pequeño pólipo no exactamente zen de tu cerebro quiere que le paguen un billete de primera clase a Los Ángeles. Quieres

posar para las fotos de las solapas. Quieres que haya un séquito de periodistas esperando en la puerta de llegadas de la terminal del aeropuerto, y quieres tener un chófer, no un taxista, sino un chófer que te lleve de una entrevista deslumbrante a una firma de libros refulgente.

Ese es el sueño. Admitidlo. Y es probable que seáis todavía más superficiales. Es probable que queráis intercambiar trucos de pintura de uñas de los pies con Demi Moore en la sala de espera justo antes de salir al plato como invitado del show de David Letterman.

Sí, bueno, pues bienvenidos al mercado de la ficción literaria.

Vuestro libro tiene unos cien días en la estantería de la librería antes de ser considerado un fracaso oficial.

Después de eso, las tiendas empiezan a devolver los libros a tu editor y los precios empiezan a bajar. Los libros no se mueven. Van a la trituradora.

A ese trocito de vuestro corazón, a esa primera novelita que escribisteis, le bajan un setenta por ciento el precio y aun así nadie lo quiere.

Luego uno se encuentra en el Gap probándose polos de punto de color pastel y frunciendo los ojos mientras se mira en el espejo en un intento de que le queden casi bien. Casi California. Hay que apoyar la adaptación cinematográfica, y ahora uno tiene la esperanza de que la adaptación salve su libro. Solo porque una gran editorial haya publicado mi primera novela no quiere decir que me haya vuelto atractivo. Me vienen a la cabeza las palabras «perezoso» y «estúpido». Cuando se trata de ser atractivo y divertido en situaciones sociales simplemente no puedo competir. Bajar del avión en Los Ángeles con el pelo lleno de laca y un polo de color salmón no va a ser de gran ayuda.

Hacer que el publicista de la gran editorial llame a todo el mundo para decirles que soy atractivo y divertido solamente iba a dar falsas esperanzas a la gente.

La única cosa peor que aparecer feo en el aeropuerto de Los Ángeles es aparecer feo pero dando señales de que has intentado con todas tus fuerzas estar guapo. De que lo has intentado como has podido pero esto es lo mejor que has conseguido. Te has cortado el pelo y te has bronceado, te has pasado hilo dental y te has arrancado los pelos de la nariz, pero sigues estando feo. Llevas un polo de punto informal del Gap cien por cien algodón. Has hecho gárgaras. Has usado colirio y desodorante, pero sigues bajando del avión con unos cuantos cromosomas de menos.

Y yo no quería que eso me pasara.

La idea era asegurarme de que nadie pensara que estaba intentando siquiera estar guapo. La idea era llevar la ropa que llevaba todos los días. Y para eliminar cualquier riesgo de peinado fallido, me afeitaría la cabeza.

No era la primera vez que me afeitaba la cabeza. La mayor parte del tiempo que pasé escribiendo *El club de la lucha* tuve ese look con la cabeza afeitada y de color

azulado. Luego... qué puedo decir, me volvió a crecer el pelo. Pasaba frío. Para cuando llegó el momento de hacerme la foto de la solapa del libro ya me había crecido otra vez el pelo, aunque tampoco ayudó mucho.

Mientras me hacía la foto para la solapa, la fotógrafa dejó claro que iba a salir feo y que no era culpa de ella.

Así que dejé todos los nuevos colores de polos, incluidos el calabaza, el terracota, el azafrán y el celadón en el Gap, me fui y no leí las instrucciones del tubo de crema depilatoria para hombres. Me unté la cabeza con el producto y empecé a afeitarme el cuero cabelludo con la cuchilla. La única cosa peor que se puede hacer es mezclar agua con la crema depilatoria. Así que me enjuagué la cabeza con agua muy caliente.

Imaginad cómo debe de ser coserse uno la cabeza a cuchilladas y después echarse lejía en los cortes.

Al día siguiente me iba a Hollywood. Aquella noche no pude conseguir que me dejara de sangrar la cabeza. Tenía todo el cuero cabelludo hinchado y lleno de trocitos de papel higiénico. Era como una especie de look de cartón piedra con mis sesos debajo. Me sentí mejor cuando empezaron a cicatrizar los cortes, pero las partes rojas seguían hinchadas. Y las raíces del pelo empezaron a crecer de nuevo y a empujar las costras desde debajo. Los pelos enquistados me hacían bolitas de pus que yo tenía que ir vaciando.

Era: El Hombre Elefante va a Hollywood.

La gente de la compañía aérea me hizo subir al avión a toda prisa, como si fuera un órgano de un donante. Cuando eché el asiento hacia atrás, las costras se me pegaron a la pequeña funda de papel que cubría la parte superior del respaldo. Después del aterrizaje, la auxiliar de vuelo me la tuvo que despegar. Probablemente aquello tampoco fue el punto álgido de su jornada.

Es por eso por lo que escribo.

La infección de mi cabeza empeoró. Todo el mundo a quien yo iba conociendo parecían héroes de leyenda, como si todos fueran hijos de JFK. Todas las mujeres eran como Uma Thurman. En todos los restaurantes a los que íbamos, los ejecutivos de Warner Brothers y de Tri-Star venían a hablarme de sus últimos proyectos.

Es por eso por lo que escribo, ya lo creo.

Nadie cometió el error de mirarme a los ojos. Todos hablaban del próximo bombazo de la industria.

El productor de la película de *El club de la lucha* me llevó en coche por todos los platos abiertos de la Fox. Vimos el sitio donde filmaban *Policías de Nueva York.* Les dije que yo no veía la televisión. No era la mejor noticia que podía darles.

Fuimos a Malibú Colony. Fuimos a Venice Beach. El único sitio al que yo quería ir era el museo Getty, pero hay que conseguir cita con un mes de antelación.

Así que es por eso por lo que escribo. Porque la mayoría de las veces la vida no es

divertida hasta que uno la revive. La mayoría de las veces no se puede ni aguantar.

La cabeza no me paraba de sangrar. A quien estuviera más abajo en la jerarquía le tocaba llevarme en coche. Me enseñaron todas aquellas huellas de manos y de pies en el cemento e hicieron un aparte para discutir los ingresos brutos de *Twister* y de *Misión imposible* mientras yo deambulaba igual que el resto de los turistas mirando el suelo en busca de Marilyn Monroe.

Me llevaron en coche por Brentwood, por Bel-Air, por Beverly Hills y por Pacific Palisades.

Me dejaron en el hotel, donde me quedaban dos horas antes de bajar a la cena. Allí estaba yo, allí estaba el minibar pidiendo a gritos ser saqueado y allí había también un baño más grande que el sitio donde yo vivía. El baño estaba cubierto de espejos, así que mi imagen estaba por todas partes, completamente desnudo y con las erupciones de mi cabeza finalmente supurando líquido blanco. Con el botellín de ginebra del hotel en la mano. La bañera gigante seguía llenándose y llenándose, y nunca había más de tres dedos de agua.

Uno se pasa años y años escribiendo. Se sienta a oscuras y dice: Algún día. Un contrato editorial. Una foto en la solapa. Una gira promocional. Una película de Hollywood. Y llega el día en que consigue todo eso y no sale como uno lo había planeado.

Luego te llega por correo la adaptación de tu libro y ves que pone:«*El club de la lucha*, de Jim Uhls». Es el guionista. Y muy por debajo, entre paréntesis, pone: Basado en tu novela.

Es por eso por lo que escribo, porque la vida nunca funciona salvo si miras hacia atrás. Y escribir le hace a uno mirar hacia atrás. Porque como es imposible controlar la vida, por lo menos puedes controlar tu versión de la misma. Porque incluso sentado en mi charco de agua templada en Los Ángeles, ya estaba pensando en qué les contaría a mis amigos cuando me preguntaran por aquel viaje. Les hablaría de mi infección y de Malibú y de la bañera sin fondo, y ellos me dirían:

Eso tienes que escribirlo.

El Potenciador Labial

(The Lip Enhancer)

Fue Ina la primera que me habló de los labios de Brad y de lo que hace con ellos. Conocimos a Brad el verano pasado, cerca de Los Ángeles, en San Pedro, en una extensión de seis acres de cemento pelado y guerra de bandas, con el territorio de los Crip y los Blood marcado por todas partes a nuestro alrededor. Era el decorado de una película basada en un libro que yo había escrito y que apenas recordaba. Justo antes de esto, a un hombre del vecindario lo habían atado al banco de una parada de autobús allí mismo. Los trabajadores del equipo de rodaje lo habían encontrado atado y muerto a tiros. El equipo estaba construyendo una mansión victoriana en ruinas valorada en un millón de dólares.

Toda esta introducción, toda esta construcción del escenario es para no parecer yo demasiado estúpido.

Esto solamente parece que trata de Brad Pitt.

Era la una o las dos de la mañana cuando Ina y yo llegamos allí. En el campamento base de la productora, los extras dormían convertidos en bultos oscuros, encogidos dentro de sus coches. Esperando a que los llamaran. Cuando aparcamos, un guardia de seguridad me explicó que teníamos que recorrer a pie y sin protección las dos manzanas que nos separaban del escenario del rodaje.

Del cercano vecindario a oscuras llegó el ruido de un disparo, luego otro.

Son tiroteos desde los coches, nos dijo el guardia. Para llegar al decorado, dijo, teníamos que mantener la cabeza gacha y correr. Vosotros corred, nos dijo. Venga.

Así que corrimos.

De acuerdo con Ina, lo que hace Brad es relamerse los labios. Muy a menudo. De acuerdo con Ina, es poco probable que sea algo accidental. De acuerdo con Ina, Brad tiene unos labios magníficos.

En algún momento después de aquello, mi hermana me envió una cinta de vídeo en la que Oprah Winfrey estaba entrevistando a Brad, y la verdad es que Ina tenía razón.

El primer día que conocimos a Brad, vino corriendo con la camisa abierta, bronceado y sonriente, y me dijo:

—¡Gracias por el mejor puto papel de toda mi puta carrera!

Eso es todo lo que recuerdo.

Eso y que quise tener labios.

Todo el mundo tiene unos labios enormes. Las modelos de pasarela, las estrellas de cine. En la parte de Oregón donde yo vivo, en una casa en el bosque, uno puede

vivir prácticamente aislado del mundo, pero un día recibimos un catálogo de venta por correo y en el interior estaba el Potenciador Labial.

Para aquella película, a Brad le tuvieron que quitar las fundas de sus incisivos y pegarle unas fundas nuevas en forma de dientes partidos. Se afeitó la cabeza. Entre tomas, los encargados del vestuario le embadurnaban la ropa de polvo del suelo. Y seguía siendo tan guapo que Ina era incapaz de decir dos palabras seguidas. Las chicas del barrio se apelotonaban a centenares en las vallas de contención que había a dos manzanas de nosotros y coreaban su nombre.

Yo tenía que conseguir unos labios como aquellos.

De acuerdo con la gente de Facial Sculpting Inc., se pueden conseguir inyecciones de colágeno para los labios, pero no duran nada. Unos labios completos de colágeno te cuestan unos 6.880 dólares anuales. Además, el colágeno tiende a desplazarse por dentro y terminas con los labios llenos de bultos. Por si fuera poco, el proceso de inyección provoca hematomas oscuros y una hinchazón que puede durar hasta una semana, y hacen falta inyecciones nuevas de colágeno todos los meses.

En honor a la verdad, llamé a cinco consultas locales de cirugía cosmética de Oregón, todas las cuales ofrecían tratamientos labiales, y en todas se negaron en redondo a hablar del Potenciador Labial. Ni siquiera cuando acepté pagar cien dólares por una consulta. Ni siquiera cuando me puse de rodillas y supliqué.

Sí, doctora Linda Mueller, a usted me refiero.

El Potenciador Labial me costó veinticinco dólares más un par de pavos en concepto de gastos de envío, además del tono insidioso del hombre que me cogió el pedido. No es un producto pensado para hombres. Se supone que los hombres estamos por encima de esas cosas. Con todo, el Potenciador Labial es similar a un enorme número de sistemas de agrandamiento del pene disponibles en el mercado.

Se trata de sistemas que uno puede comprar y usar, sobre los que uno puede escribir ensayos graciosos y por tanto que le permiten a uno desgravar impuestos. No hace falta decir que varios de esos sistemas están de camino a mi casa por correo.

La palabra clave es succión. Igual que los sistemas de agrandamiento del pene, el Potenciador Labial usa una suave succión para distenderlos labios. Básicamente se trata de un tubo extensible de dos piezas cerrado por un lado. Te colocas el lado abierto del tubo sobre los labios y tiras del lado cerrado en dirección contraria, extendiendo el tubo. Eso crea una succión que absorbe tus labios al interior del tubo y te permite tener unos labios gruesos y carnosos en apenas dos minutos.

En las instrucciones, la joven encantadora tiene los labios tan absorbidos en el interior del tubo que parece un pez gurami dando un beso.

A algunas personas esto les provoca un chupetón enorme alrededor de la boca. Como cuando uno es niño y se pone la abertura de un vaso de plástico alrededor de la boca y de la barbilla y luego absorbe todo el aire hasta tener un moretón enorme y

oscuro que se parece a la sombra de barba de Pedro Picapiedra o Homer Simpson.

No se puede usar el Potenciador Labial si se es diabético o se tiene alguna enfermedad de la sangre.

De acuerdo con el catálogo, tus nuevos labios gruesos y carnosos duran unas seis horas.

Así es como debió de sentirse Cenicienta.

Existen sistemas de succión similares para conseguir unos pezones más grandes y joviales.

Uno puede imaginar que en un futuro no muy lejano todas las grandes ocasiones empezarán horas antes, cuando te empiecen a chupar distintos aparatos y cada uno de ellos aumente el tamaño de una parte de ti durante unas horas. Y toda la noche será una carrera de velocidad para desnudarse y conseguir algo de amor antes de que tus partes regresen a su tamaño original.

Sí, hasta existe un sistema para aumentar de tamaño los testículos.

Fui el visitante 921 a la página web del Potenciador Labial.

Fui el visitante 500.000 a cualquiera de las páginas web de agrandamiento del pene.

La primera semana de uso del Potenciador Labial hay que aplicar el tratamiento dos veces al día. Eso implica sesiones breves y suaves de succión de los labios. Suena más excitante de lo que es.

Ahora bien, yo he besado labios finos y he besado labios gruesos. Y tengo lo que se puede llamar unos labios combinados, el de abajo grueso y el de arriba casi inexistente. En algunas culturas se marcan la cara con cuchillos. En otras se aplanan la cabeza de los bebés con unas tablas especiales en las cunas. En otras se alargan el cuello con aros de metal. Todas esas imágenes del *National Geographic* me pasaron por la cabeza mientras permanecía sentado en mi coche, con la cabeza echada hacia atrás en el ángulo recomendado de cuarenta y cinco grados, con el Potenciador Labial colocado bien prieto alrededor de mi boca y los labios absorbidos en el interior del tubo. La belleza es un constructo cultural. Una convención sobre la que se establece un acuerdo. Nadie miraba a George Washington, con sus dientes de madera y su peluca empolvada, y le llamaba víctima de la moda.

Al cabo de dos minutos —el tiempo máximo recomendado para el tratamiento— seguía sin parecerme a Brad. Cuando intenté hablar, casi todas las consonantes me salían como *bes,* con el mismo tono vagamente racista con que hablaba el personaje de labios enormes en los viejos dibujos animados de *Fat Albert* los sábados por la mañana.

—¿Qué bal, Fab Alberb? —le dije al retrovisor—. ¿Qué be barecen bis babios?

Mis labios estaban doloridos e hinchados, como si me hubiera comido barriles enteros de palomitas saladas.

Comprendí por qué ninguna de las encantadoras modelos de los folletos del Potenciador Labial sonreía nunca.

Salí a toda prisa del coche, todavía dentro del intervalo de tiempo antes de que mis labios disminuyeran de tamaño hasta quedar en nada. De vuelta al yo normal y corriente. Fui a un seminario de escritura y mi amigo Tom me preguntó:

—¿Tú no tenías bigote?

Probé a relamerme los labios al estilo Brad en el programa de Oprah.

Mi amiga Erin se me acercó, con los ojos fruncidos, y me preguntó:

—¿Has ido hoy al dentista?

Me acordé de Brad en la silla del dentista, soportando el dolor de que le cambiaran las fundas para poder tener un aspecto menos glamouroso con los dientes mellados. Un día debía tener los dientes en buen estado y al día siguiente, partidos. Cada cambio requería más tiempo en el dentista. Más dolor.

Tiene gracia, pero uno se ve a sí mismo de una manera determinada y cualquier cambio es difícil de entender. Es difícil decir si estaba más guapo o más feo. A mí me daba repelús, como en aquellos anuncios de los tebeos antiguos a los que uno podía escribir para pedir unos labios de negro o una nariz de judío. Como una caricatura de algo. En este caso, una caricatura de la belleza.

De acuerdo con los documentos incluidos en el paquete, el Potenciador Labial se puede lavar con agua y jabón. De acuerdo con la página web, es perfecto para regalarlo. Así que ahora está lavado y envuelto, y el cumpleaños de Ina es el 16 de octubre.

En alguna parte del sistema postal, en la parte de atrás de varios camiones o en la bodega de varios aviones, hay más sistemas de succión que se dirigen a mi casa. Decenas de millares se dirigen a las casas de otra gente. Esa gente y yo creemos en ellos. En algo que nos salve. Que nos libre. Que nos haga felices. Y, claro, uno puede argumentar que esa clase de truco de efectos especiales es válido en el caso de un actor. Porque un actor está interpretando un papel. Bueno, digo yo, ¿y quién no?

Así que en realidad esto no trata de Brad.

Trata de todo el mundo.

Si no hago lo que leo, me meo

(Monkey Think, Monkey Do)

Este verano un joven me llevó aparte en una librería y me dijo que le había encantado lo que yo había escrito en *El club de la lucha* sobre los camareros que hacen guarradas con la comida. Me pidió que le firmara un ejemplar y me dijo que él trabajaba en un restaurante de cinco estrellas donde hacen guarradas todo el tiempo con la comida de los famosos.

—Margaret Thatcher —dijo— se ha comido mi esperma. —Levantó la mano con los dedos extendidos y dijo—: Por lo menos cinco veces.

Mientras escribía aquel libro conocí a un proyeccionista de cine que coleccionaba fotogramas sueltos de películas porno y los pasaba a diapositivas. Cuando yo le conté a la gente mi idea de insertar aquellos fotogramas en películas aptas para todos los públicos, un amigo me dijo:

—No lo pongas. La gente lo leerá y empezará a hacerlo.

Más tarde, mientras se estaba rodando la película de *El club de la lucha*, algunos peces gordos de Hollywood me dijeron que el libro les había impresionado porque ellos mismos habían metido porno dentro de películas normales cuando eran proyeccionistas jóvenes y airados. Otras personas me explicaban que se sonaban los mocos sobre las hamburguesas cuando tenían trabajos de cocineros en restaurantes de comida rápida. Me contaban que cambiaban de caja los frascos de tinte para el pelo en la tienda, de rubio a negro, de rojo a castaño, y que luego volvían para ver cómo los clientes furiosos y con el pelo hecho una pena le gritaban al encargado de la tienda.

Era la década de las «novelas transgresoras», que empezó con *American Psycho* y continuó con *Trainspotting* y *El club de la lucha.* Novelas sobre chavales aburridos que probaban cualquier cosa para sentirse vivos. Todo lo que me contaba la gente, yo lo metía en un libro y lo vendía.

En cada gira promocional, la gente me contaba que cada vez que se sentaban en la fila del avión donde estaba la salida de emergencia, el vuelo entero era una pugna por no abrir la portezuela. El aire saliendo a presión del aparato, las mascarillas de oxígeno cayendo, el caos de gritos y el aterrizaje de emergencia: «¡Mayday, mayday!». Claro como el agua: aquella puerta pedía a gritos que la abrieran.

El filósofo danés Søren Kierkegaard define el terror como el conocimiento de lo que tienes que hacer para demostrar que eres libre, aunque hacerlo te destruya. Su ejemplo es Adán en el Jardín del Edén, feliz y contento hasta que Dios le enseña el Árbol del Conocimiento y le dice: «No comas esto». Ahora Adán ya no es libre.

Solamente hay una ley que tenga que violar, que deba violar, para demostrar que es libre, aunque hacerlo le destruya. Kierkegaard dice que, en el momento en que nos prohíben algo, lo tenemos que hacer. Es inevitable.

Si no hago todo lo que veo, me meo.

De acuerdo con Kierkegaard, la persona que permite que la ley controle su vida, que dice que lo posible no es posible porque es ilegal, está llevando una vida carente de autenticidad.

En Portland (Oregón), alguien está llenando pelotas de tenis con cabezas de cerillas y cerrándolas otra vez con cinta adhesiva. Luego deja las pelotas en la calle para que la gente las encuentre, y cuando alguien les da una patada o las tira explotan. Hasta el momento un hombre ha perdido un pie y un perro la cabeza.

Ahora los escritores de graffiti se dedican a usar cremas áridas que grabar el cristal para escribir en escaparates de tiendas y ventanillas de coche. En el instituto que graban el Tigard, en un barrio residencial, un adolescente no identificado coge su mierda y frota con ella las paredes del lavabo de hombres. La escuela solamente lo conoce como el «Mierdabomber». Se supone que nadie puede hablar de él porque la escuela tiene miedo de que aparezcan imitadores.

Como diría Kierkegaard, cada vez que vemos que algo es posible hacemos que pase. Lo hacemos inevitable. Hasta que Stephen King escribió sobre pringados que mataban a sus compañeros de instituto, nadie había oído hablar de tiroteos en las escuelas. ¿Pero acaso *Carrie* y *Rabia* lo hicieron inevitable?

Millones de nosotros pagamos para ver cómo destruían el Empire State en *Independence Day.* Ahora el Departamento de Defensa ha enrolado a los mejores creativos de Hollywood para prever posibles situaciones de terrorismo, entre ellos el director David Fincher, que derribó todas las torres de la Century City en *El club de la lucha.* Queremos conocer todas las formas en que podemos ser atacados. Para poder estar preparados.

Por culpa de Ted Kaczynski, Unabomber, ya no se puede enviar un paquete sin acudir a un empleado de correos. Por culpa de que la gente tira bolos sobre las autopistas, ahora los puentes peatonales están rodeados de verjas.

Menuda forma de responder, como si pudiéramos protegernos contra todo.

Este verano Dale Shackleford, el hombre convicto por matar a mi padre, dijo que el estado podía aplicarle la pena de muerte, pero que él y sus amigos supremacistas blancos habían construido y enterrado varias bombas de ántrax alrededor de Spokane (Washington). Si el estado lo mataba, algún día una excavadora rompería una bomba enterrada y morirían decenas de millares de personas. Los miembros del equipo de fiscales empezaron a llamar a aquella clase de declaraciones «mentiras shackle-freudianas».

Lo que se avecina es un millón de razones nuevas para no vivir tu vida. Uno

puede negar su posibilidad de triunfar y echar la culpa a otro. Uno puede luchar contra cualquier cosa: Margaret Thatcher, los propietarios de viviendas, el deseo de abrir la portezuela en mitad de un vuelo... Cualquier cosa que uno finja que lo está oprimiendo. Uno puede vivir la vida carente de autenticidad de la que hablaba Kierkegaard. O uno puede llevar a cabo lo que Kierkegaard llamaba su Salto de Fe, mediante el cual uno deja de vivir como reacción a las circunstancias y empieza a vivir como una fuerza encaminada a lo que uno dice que debería ser.

Lo que se avecina es un millón de razones nuevas para seguir adelante.

Lo que se está terminando es la novela transgresora catártica.

Películas como *Thelma* y *Louise*, libros como *The Monkey Wrench Gang*, cada vez es menos probable que su público se ría y los entienda. Por el momento, conseguimos fingir que no somos nuestro peor enemigo.

Estrategia de alto riesgo

(Brinkmanship)

En aquel bar no se podía poner una botella de cerveza sobre la mesa sin que varias cucarachas treparan por la etiqueta y se ahogaran en ella.

Cada vez que dejaba la cerveza, en el siguiente trago había una cucaracha muerta. Había strippers filipinas que, entre número y número, venían a jugar a billar en tanga. Por cinco dólares ponían una silla de plástico en las sombras entre montones de cajas de cerveza y te hacían un lap dance.

Íbamos allí porque estaba cerca del hospital Good Samaritan.

Visitábamos a Alan hasta que los calmantes lo dejaban dormido y entonces Geoff y yo nos íbamos a beber cerveza. Geoff se dedicaba a aplastar con su botella de cerveza una cucaracha tras otra de las que correteaban por nuestra mesa.

Hablábamos con las strippers. Hablábamos con los tipos de las otras mesas. Éramos jóvenes, casi jóvenes, nos acercábamos a los treinta, y una noche una camarera nos preguntó:

—Si a vuestra edad ya estáis mirando a las bailarinas en un sitio como este, ¿qué haréis cuando seáis viejos?

En la mesa de al lado había un médico, un hombre mayor que nos explicó muchas cosas. Nos dijo que los focos que iluminaban el escenario eran rojos y negros porque aquello ocultaba los hematomas y las marcas de pinchazos de las bailarinas. Nos enseñó que en las uñas, en el pelo y en los ojos se les podían ver las huellas de sus enfermedades infantiles. Que se podía ver la calidad de su alimentación en sus dientes y su piel. Que oliéndoles el aliento y el sudor se podía saber de qué iban a morir.

En aquel bar, el suelo, las mesas, las sillas y todo estaba pegajoso. Alguien dijo que Madonna iba mucho allí cuando estaba en Portland rodando *El cuerpo del delito,* pero para entonces yo ya había dejado de ir. Para entonces Alan y su cáncer ya habían muerto.

Es una historia que ya he contado en otra parte, pero una vez prometí a una amiga que le presentaría a Brad Pitt si me dejaba ayudarla a diseccionar unos cadáveres en la facultad de medicina.

Ya había suspendido los cursos de medicina tres veces, pero su padre era médico, así que mi amiga continuaba yendo por allí. Tenía la edad que tengo yo ahora, era de mediana edad, la estudiante más vieja de su clase, y nos pasamos la noche entera diseccionando tres cadáveres para que los estudiantes de primer año pudieran

examinarlos al día siguiente.

Dentro de cada cuerpo había un país entero del que yo siempre había oído hablar pero que nunca pensé que fuera a visitar. Allí estaban el bazo y el corazón y el hígado. Dentro de la cabeza estaban el hipotálamo y las placas y los nudos del Alzheimer. Con todo, lo que a mí más me asombró era lo que no había. Aquellos cuerpos amarillos, afeitados y correosos no se parecían en nada a aquella amiga mía que estaba allí cortando y serrando. Por primera vez vi que tal vez los seres humanos son más que sus cuerpos. Que tal vez exista el alma.

La noche en que ella conoció a Brad, veníamos del plato 15 de los estudios de la Fox. Era pasada la medianoche y estábamos caminando a oscuras entre los decorados de Nueva York usados en un millón de producciones desde que fueron construidos para Barbra Streisand en *Hello, Dolly!* A nuestro lado pasó un taxi con matrícula de Nueva York. Salía vapor de las tapas de alcantarilla falsas. De pronto las aceras estaban llenas de gente vestida con abrigos de invierno y cargada con bolsas de la compra de Gumps y Bloomingdales. Al cabo de un minuto alguien nos hizo un gesto para evitar que nos metiéramos —riendo y con pantalones cortos y camiseta— en un episodio de Navidad de *Policías de Nueva York.*

Cogimos otra dirección, al lado de un plato abierto donde unos actores bajo unos focos y vestidos con ropa de quirófano azul estaban inclinados sobre una mesa de operaciones y fingían salvarle la vida a alguien.

En otra ocasión estaba fregando el suelo de la cocina y me desgarré un músculo del costado. O esa fue la impresión que me dio al principio.

Me pasé tres días yendo al urinario sin poder mear, y para cuando me fui del trabajo y cogí el coche rumbo a la oficina del médico, el dolor me hacía caminar como un pato. Para entonces, el médico del bar de striptease era mi médico. Me palpó la espalda y me dijo:

—Tienes que ir al hospital o vas a perder este riñón.

Unos días más tarde lo llamé desde la bañera, donde estaba sentado en un charco de orina y sangre, bebiendo champán de California y atiborrándome de Vicodin. Y le dije por teléfono:

—Acabo de mear mi piedra.

Y en la otra mano yo tenía una bola de nueve milímetros de diminutos cristales oxálicos, todos ellos afilados como cuchillas.

Al día siguiente volé a Spokane y acepté un premio de la Asociación de Libreros del Pacífico Noroeste por *El club de la lucha.*

La semana siguiente, el día en que yo tenía cita, me llamaron para avisarme de que el médico había muerto. Un ataque al corazón en plena noche. Había muerto solo, en el suelo, al lado de su cama.

Mi bañera de fibra de vidrio sigue teniendo una circunferencia de color sangre

alrededor.

Las luces rojas y negras. Los decorados. Los cadáveres embalsamados. Mi médico, mi amigo, muerto en el suelo de su dormitorio. Ahora quiero creer que no son más que historias. Quiero creer que nuestros cuerpos físicos no son más que maniquíes. Que la vida, la vida física, es una ilusión.

Y me lo creo, pero solo durante un instante de vez en cuando.

Tiene gracia, pero la última vez que vi a mi padre con vida fue en el funeral de mi cuñado. Mi cuñado era joven, casi joven, no había llegado a los cincuenta cuando tuvo el infarto. La iglesia nos presentó un menú y nos dijo que eligiéramos dos himnos, un salmo y tres oraciones. Era como pedir comida china.

Mi hermana vino de la sala de velatorios, de ver en privado el cuerpo de su marido, hizo una señal con la mano a mi madre y le dijo:

—Ha habido una equivocación.

Aquella cosa del ataúd, drenado y vestido y pintado, no se parecía en nada a Gerard. Mi hermana dijo:

—No es él.

La última vez que vi a mi padre me dio una corbata a rayas azules y me preguntó cómo se hacía el nudo. Yo le dije que se estuviera quieto. Con el cuello de la camisa vuelto hacia arriba, le pasé la corbata alrededor del cuello y empecé a atársela. Le dije:

—Levanta la cabeza.

Fue lo contrario del momento en que él me enseñó el truco del conejito corriendo por la cueva y me ató mi primer par de zapatos.

Aquella fue la primera vez en décadas que mi familia se juntaba para ir a misa.

Mientras escribo esto, mi madre me llama para decirme que mi abuelo ha tenido una serie de infartos. No puede tragar y se le están llenando los pulmones de líquido. Un amigo mío, tal vez mi mejor amigo, llama para decirme que tiene cáncer de pulmón. Mi abuelo está a cinco horas. Mi amigo está en la otra punta de la ciudad. Yo tengo trabajo que hacer.

La camarera nos decía:

—¿Qué vais a hacer cuando seáis viejos?

Y yo le decía:

—Ya me preocuparé cuando llegue.

Si es que llego.

Este artículo lo estoy escribiendo bajo la presión del plazo de entrega.

Mi cuñado llamaba a esta conducta «estrategia de alto riesgo», la tendencia a dejar las cosas para el último momento, de imbuirlas de un mayor dramatismo y

estrés y aparecer como el héroe que está luchando contra el reloj.

«El sitio donde nací —decía Georgia O'Keefe— y los sitios y las formas en que he vivido no son importantes.»

Y decía:

«Lo único que interesa es lo que he hecho y con quién he estado».

Lo siento si todo esto parece un poco apresurado y desesperado.

Lo es.

Ahora me acuerdo...

(Now I Remember...)

Asunto: veintisiete cajas de bombones de San Valentín, precio 298 dólares.

Asunto: cuatro pájaros robóticos parlantes, precio 112 dólares.

A medida que se acerca el 15 de abril mi gestora, Mary, no para de llamarme y de preguntarme:

—¿Qué narices es todo esto?

Asunto: dos noches en el hotel Hilton de Carson (California), 21 de febrero de 2001.

Mary me pregunta por qué estaba yo en Carson. Porque el 21 es mi cumpleaños. ¿Qué tiene ese viaje que justifica que yo intente usarlo para desgravar?

Los bombones de San Valentín, los pájaros parlantes y las noches en el Hilton de Carson me hacen alegrarme enormemente de haber guardado los recibos. De otra forma no tendría ni idea. Un año más tarde ya no me acuerdo de a qué corresponden esas cantidades.

Es por eso por lo que, en el mismo momento en que vi a Guy Pearce en *Memento,* supe que por fin alguien estaba contando mi historia. Que estaba viendo una película sobre la forma de arte predominante de nuestra época:

Tomar notas.

Todos mis amigos con sus agendas electrónicas y sus teléfonos móviles no paran nunca de llamarse a sí mismos y de dejarse recordatorios de lo que va a pasar. Dejamos post-its para nosotros mismos. Vamos a la tienda del centro comercial, esa donde te graban cualquier cosa que te dé la gana en una cajita con baño de plata o en una pluma, y pedimos un recordatorio para cada acontecimiento especial que no conseguimos recordar porque la vida pasa demasiado deprisa. Compramos esos marcos de foto donde se puede grabar un mensaje en un chip de audio. ¡Lo grabamos todo en vídeo! Ah, y ahora hay esas cámaras digitales, así que podemos enviar nuestras fotos por e-mail a todas partes: el equivalente de este siglo al tedioso pase de diapositivas de las vacaciones. Organizamos y reorganizamos. Grabamos y archivamos.

No me sorprende que a la gente le guste *Memento.* Me sorprende que no ganara todos los premios de la Academia y luego destruyera todo el mercado de consumo de discos compactos grabables, libros en blanco, dictáfonos, agendas personales y todos los demás chismes que usamos para llevar a cabo un seguimiento de nuestras vidas.

Mi sistema de archivo es mi fetiche. Antes de irme de la Freightliner Corporation compré una pared entera de archivadores de acero negro de cuatro cajones a cinco

pavos cada uno como restos de oficina. Ahora, cuando se acumulan los recibos, las cartas, los contratos y todo lo demás, cierro las persianas, pongo un cedé de sonidos de lluvia y me siento a archivar como un loco. Uso carpetas colgantes y etiquetas plásticas para archivador especiales de colores. Soy Guy Pearce sin el cuerpo estilizado y sin la cara bonita. Me dedico a organizar las fechas y la naturaleza de los gastos. Organizo ideas para relatos y datos desparejados.

Este verano, una mujer de Palouse (Washington), me contó que se puede plantar semilla de colza para conseguir comida o lubricante. Hay dos variedades distintas de semilla. Por desgracia, el tipo lubricante es venenoso. Por esa razón, cada condado del país tiene que decidir si permite a los granjeros plantar la variedad comestible o la lubricante de la semilla de colza. Si en algún condado se equivocaran con unas cuantas semillas podría morir gente. También me contó que la gente que costea el movimiento supuestamente popular para acabar con las presas hidroeléctricas son en realidad la industria norteamericana del carbón: no los militantes ecologistas cumbayás ni los practicantes del rafting por rápidos, sino los mineros del carbón que se oponen a la energía hidroeléctrica. Lo sabe, me dice, porque ella les diseña las páginas web.

Igual que pasa con los pájaros robóticos, se trata de datos interesantes, pero ¿qué puedo hacer con ellos?

Los puedo archivar. Algún día les encontraré un uso. Igual que mi padre y mi abuelo llevaban a casa leña y coches rotos, cualquier cosa gratis o barata que pudiera tener algún uso en el futuro, yo ahora apunto datos y cifras y me los guardo para algún proyecto futuro.

Imaginen la casa en Nueva York de Andy Warhol, abarrotada de montañas de objetos kitsch, botes de galletas y revistas viejas, y se harán una idea de cómo es mi mente. Los archivos son un anexo a mi cabeza.

Los libros son otro anexo. Los libros que escribo son mi sistema de retención de sobrecargas de las historias que ya no puedo conservar en mi memoria reciente. Los libros que leo sirven para reunir datos para más historias. Ahora mismo estoy mirando un ejemplar de *Fedro,* una conversación ficticia entre Sócrates y un joven ateniense llamado Fedro.

Sócrates está intentando convencer al joven de que el habla es mejor que la comunicación escrita o que cualquier comunicación grabada, como las películas. De acuerdo con Sócrates, el dios Toth del antiguo Egipto inventó los números, el cálculo, el juego, la geometría y la astronomía... y también inventó la escritura. Luego le presentó sus inventos al gran rey-dios Tamus y le preguntó cuál de ellos tenía que enseñar al pueblo egipcio.

Tamus dictaminó que la escritura era un *pharmakon.* Igual que la palabra «droga», el concepto podía usarse para cosas buenas y para cosas malas. Para cosas

que curaban o para venenos.

De acuerdo con Tamus, escribir permitía a los humanos ampliar sus recuerdos y compartir información. Pero lo que es más importante, la escritura permitiría a los humanos apoyarse demasiado en aquellos medios externos de memoria. Nuestras memorias personales se marchitarían y empezarían a fallar. Nuestras anotaciones y registros reemplazarían a nuestras mentes.

Peor que eso, la información escrita no puede enseñar, de acuerdo con Tamus. No se puede cuestionar y tampoco se puede defender cuando la gente no la entiende bien o no la representa bien. La comunicación escrita le da a la gente lo que Tamus llamaba «el falso engreimiento del conocimiento», una certeza falsa de que comprenden algo.

Así que todas las cintas de vídeo de vuestra infancia, ¿acaso os dan una mejor comprensión de vosotros mismos? ¿O simplemente apuntalan los recuerdos defectuosos que tenéis? ¿Pueden sustituir vuestra capacidad para sentaros y hacerle preguntas a vuestra familia? ¿Para aprender de vuestros abuelos?

Si Tamus estuviera aquí, yo le diría que la memoria misma es un *pharmakon.*

La felicidad de Guy Pearce se basa por completo en su pasado. Tiene que terminar algo que apenas recuerda. Algo que tal vez esté recordando mal porque le resulta demasiado doloroso.

Guy y yo estamos unidos por la cadera.

Mis dos noches en Carson (California) las puedo recordar mirando el recibo de la tarjeta de crédito. Más o menos. Estuve posando para una sesión de fotos para la revista GQ. Su idea original era hacerme posar acostado sobre un montón de consoladores, pero llegamos a un acuerdo. Era la noche en que se daban los premios Grammy, así que todas las habitaciones de hotel decentes de Los Ángeles estaban ocupadas. Otro recibo muestra que me costó setenta pavos llegar en taxi al sitio donde se iban a hacer las fotos.

Ahora me acuerdo.

La estilista de moda me contó que su chihuahua se podía chupar el pene a sí mismo. Que a la gente le encantaba su perro, hasta que se plantaba en el centro de todas las fiestas y empezaba a hacerse mamadas allí mismo. Aquello había hecho que más de una vez se vaciaran las fiestas celebradas en su casa. La fotógrafa me contó historias de terror sobre fotografiar a Minnie Driver y a Jennifer López.

En una sesión de fotos parecida para el catálogo de Abercrombie & Fitch, el fotógrafo me cuenta que su chihuahua tiene un «trastorno de retracción eréctil». Siempre que al bicho se le pone dura, el tipo —el fotógrafo de Abercrombie— tiene que poner la mano y asegurarse de que el prepucio del perro no esté demasiado tirante.

Ah, ahora me vienen los recuerdos a mares.

Ahora, día y noche, el mensaje que aparece en primer plano de mi mente es: NUNCA TENGAS UN CHIHUAHUA.

Después de la sesión de fotos para GQ —en la que me vistieron con ropa cara y me hicieron posar en un plato que imitaba el lavabo de un avión—, un productor cinematográfico me llevó a un hotel en primera línea de mar de Santa Mónica. Era un hotel grande y caro, con un bar elegante que daba a la puesta de sol sobre el océano. Faltaba una hora para que empezaran los Grammy y los famosos con sus caras bonitas, sus trajes y sus vestidos de noche se dedicaban a mezclarse entre ellos, cenar, tomar copas y llamar a sus limusinas. La puesta de sol, la gente, yo un poco borracho y todavía maquillado para la sesión de GQ, con una dirección artística muy profesional: era como si hubiera muerto y estuviera en el paraíso de Hollywood... hasta que algo cayó en mi plato.

Una horquilla.

Me toqué el pelo y palpé docenas de horquillas, todas sobresaliendo de mi masa de pelo embadurnada de laca. Allí enfrente de la aristocracia de la música, yo era como la Olivia de Popeye pero borracha, repleta de horquillas y dejando caer varias cada vez que movía la cabeza.

Tiene gracia, pero sin los recibos nunca habría recordado nada de todo esto.

A eso me refiero con lo de *pharmakon.* No os molestéis en anotar esto.

Premios de consolación

(Consolation Prizes)

Otro camarero acaba de servirme otra comida gratis porque soy «el tipo ese».

Soy el tipo que escribió el libro ese. El libro de *El club de la lucha.* Porque hay una escena en el libro donde un camarero leal, un miembro de la secta del club de la lucha, le sirve comida gratis al narrador. Donde ahora, en la película, a Edward Norton y a Helena Bonham Carter les dan comida gratis.

Luego un jefe de redacción de una revista, otro jefe de redacción de revista, me llama furioso y despotricando porque quiere enviar a un escritor al club de la lucha secreto de su zona.

—No pasa nada, tío —dice desde Nueva York—. Puedes decirme dónde es. No lo vamos a estropear haciéndolo público.

Le digo que no existe ningún sitio. Que no hay ninguna sociedad secreta de clubes donde los tipos se den de hostias y se quejen de sus vidas vacías, sus carreras insignificantes y sus padres ausentes. Que los clubes de lucha son una fantasía. Que no se pueden frecuentar. Que me los inventé yo.

—Muy bien —me dice él—. Haz lo que quieras. Si no confías en nosotros, vete al infierno.

Me llega otro paquete de cartas a la dirección de mi editorial, escritas por jóvenes que me dicen que han ido a clubes de lucha de Nueva Jersey, Londres y Spokane. Que me hablan de sus padres. En el correo de hoy hay relojes de pulsera, pins y tazas de desayuno, premios de los centenares de concursos en los que mi padre nos inscribe a mí y a mis hermanos y hermanas todos los inviernos.

Hay partes de *El club de la lucha* que siempre han sido verdad. No es tanto una novela como una antología de las vidas de mis amigos. Es cierto que tengo insomnio y que me paso semanas deambulando sin dormir. Conozco a camareros frustrados que hacen guarradas con la comida. Que se afeitan la cabeza. Mi amiga Alice fabrica jabón. Mi amigo Mike mete fotogramas de pelis guarras en películas infantiles. Todos los tíos a los que conozco se sienten abandonados por sus padres.

Hasta mi padre se siente abandonado por su padre.

Pero ahora, cada vez más, lo poco que había que era ficción se está convirtiendo en realidad.

La noche antes de enviar el manuscrito a un agente en 1995, cuando no eran más que dos centenares de hojas de papel, una amiga me dijo en broma que quería conocer a Brad Pitt.

Yo le dije en broma que quería dejar mi trabajo como redactor técnico que se

pasaba el día trabajando con camiones diesel.

Ahora aquellas páginas son una película protagonizada por Pitt, Norton y Bonham Carter y dirigida por David Fincher. Y yo no tengo trabajo.

La Twentieth Century Fox me deja llevar a algunos amigos al rodaje y todas las mañanas desayunamos en el mismo café de Santa Mónica. En cada uno de nuestros desayunos tenemos al mismo camarero, Charlie, con su aspecto de estrella de cine y su mata de pelo, hasta la última mañana que pasamos en la ciudad. Esa mañana Charlie sale de la cocina con la cabeza afeitada. Charlie está en la película.

A mis amigos que habían sido camareros anarquistas con la cabeza afeitada ahora les está sirviendo huevos un camarero de verdad que es actor y que está interpretando a un camarero anarquista falso con la cabeza afeitada...

Es la misma sensación que cuando te pones entre dos espejos en la barbería y puedes ver el reflejo del reflejo de tu reflejo y así hasta el infinito...

Ahora los camareros rechazan mi dinero. Los editores se me quejan. Los tíos me llevan aparte en las librerías y me suplican que les diga dónde se reúne el club local. Las mujeres me preguntan, muy serias y en voz baja:

—¿Hay un club así para mujeres?

Un club de la lucha de madrugada donde uno pueda elegir a un desconocido del público y darle de guantazos hasta que uno de los dos caiga...

Dicen esas jóvenes:

—Sí, la verdad es que necesito ir a un sitio así de forma urgente.

Un amigo mío alemán, Carston, aprendió a hablar inglés usando solamente clichés pasados de moda y graciosos. Para él todas las fiestas eran «risueñas fantasías de canciones y baile».

Ahora el chapurreo de Carston es una imitación de los discursos que pronuncia un Brad Pitt de doce metros de altura delante de millones de personas. La cocina hecha polvo que tiene mi amigo Jeff en el gueto ha sido recreada en un plato de Hollywood. La noche que fui a salvar a mi amigo Kevin de una sobredosis de Xanax se ha convertido en Brad corriendo para salvar a Helena.

Mirando atrás, todo es más gracioso, más gracioso y más bonito, y mola más. Si uno se sitúa a la distancia suficiente, puede reírse de cualquier cosa.

El relato ya no es mi relato. Es de David Fincher. El decorado del apartamento yuppie de Edward Norton es una recreación de un apartamento que tuvo David en el pasado. Edward escribió y reescribió sus líneas de diálogo. Brad se melló los dientes y se afeitó la cabeza. Mi jefe cree que la historia habla de la lucha que libra él para tener contento al maniático de su jefe. Mi padre creía que la historia trataba de su padre ausente, mi abuelo, que mató a su mujer y se suicidó con una escopeta.

Mi padre tenía cuatro años en 1943 cuando se escondió debajo de una cama mientras sus padres se peleaban y sus doce hermanos y hermanas se escapaban al

bosque. Luego su madre murió y su padre estuvo dando tumbos por la casa, llamándolo, con la escopeta en las manos.

Mi padre recuerda las botas que pasaron retumbando junto a la cama y el cañón de la escopeta colgando a poca distancia del suelo. Luego recuerda haber vaciado varios cubos de serrín sobre los cadáveres para protegerlos de las avispas y las moscas.

El libro, y hoy la película, es producto de toda esa gente. Y con todo lo que se le ha añadido, la historia del club de la lucha se ha vuelto más fuerte, más limpia, ya no es solamente el registro de una vida sino el de toda una generación. No solo de una generación, sino de los hombres.

El libro es un producto de Nora Ephron y Thom Jones y Mark Richard y Joan Didion, de Amy Hempel y Bret Ellis y Denis Johnson, porque esa es la gente a la que yo leía.

Y ahora la mayor parte de mis viejos amigos, Jeff y Carston y Alice, se han marchado, se han casado, han muerto, se han licenciado, han vuelto a la universidad o están criando hijos. Este verano alguien asesinó a mi padre en las montañas de Idaho y quemó su cuerpo hasta que no quedó más que un puñado de huesos. La policía dice que no tiene un verdadero sospechoso. Tenía cincuenta y nueve años.

La noticia me llegó un viernes por la mañana, a través de mi publicista, que recibió la llamada de la oficina del sheriff del condado de Latah, que me había encontrado a través de mi editorial en internet. La pobre publicista, Holly Watson, me llamó y me dijo:

—Esto puede ser alguna clase de broma enfermiza, pero tienes que llamar a un agente de policía de Moscow (Idaho).

Ahora estoy sentado delante de una mesa llena de comida, y lo normal sería que un bento gratis y un plato de pescado gratis supieran a maravilla, pero no siempre es así.

Sigo deambulando de noche.

Lo único que queda es un libro, y ahora una película, una película divertida y excitante. Una película salvaje y excelente. Lo que para el resto de gente será una montaña rusa vertiginosa, para mí y para mis amigos es un álbum nostálgico de recortes. Un recordatorio. Una prueba asombrosamente reconfortante de que nuestra rabia, nuestra decepción, nuestros esfuerzos y nuestro resentimiento nos unieron los unos a los otros y ahora nos unen al mundo.

Lo que queda es la prueba de que podemos crear la realidad.

Frieda, la mujer que le afeitó la cabeza a Brad, me prometió el pelo para mis felicitaciones de Navidad, pero luego se olvidó, así que usé el pelo del golden retriever de un amigo. Otra mujer, amiga de mi padre, me llama hecha un manojo de nervios. Está segura de que los asesinos eran supremacistas blancos y quiere

«infiltrarse hasta el fondo» de su mundo en las inmediaciones de Hayden Lake y de Butler Lake en Idaho. Quiere que yo vaya con él y que le «sirva de apoyo». Que le «cubra las espaldas».

Así que mis aventuras no cesan. Iré al corredor de Idaho. O bien me sentaré en casa como quiere la policía, tomaré Zoloft y esperaré su llamada.

O no lo sé.

Mi padre era un yonqui de las apuestas, y todas las semanas me llegan premios de poca importancia por correo. Relojes de pulsera, tazas de desayuno, toallas de golf, calendarios, nunca los grandes premios, los coches o los barcos, siempre los pequeños. A otra amiga, Jennifer, se le murió hace poco su padre de cáncer y también le llegan los mismos regalos de poco valor de concursos en que él la inscribió meses atrás. Collares, sopa de sobre, salsa para tacos, y cada vez que llega uno, ya sean videojuegos o cepillos de dientes, a ella se le rompe el corazón.

Premios de consolación.

Unas noches antes de que muriera mi padre, mantuvimos una conferencia a larga distancia de tres horas sobre una casa que nos había construido a mi hermano y a mí en lo alto de un árbol. Hablamos de una carnada de pollos que yo estaba criando, de cómo construirles un corral, y de si el cajón para que las gallinas pusieran los huevos tenía que llevar tela metálica en el suelo.

Y él me dijo que no, que los pollos no se cagan en su propio nido.

Hablamos del tiempo y del frío que hacía por las noches. Él me dijo que en el bosque donde él vivía los pavos salvajes acababan de criar, que los pavos macho desplegaban las alas y acogían en su seno a todas sus crías, ya que eran demasiado grandes para que las hembras las protegieran. Para que estuvieran calientes.

Yo le dije que ningún animal macho podía ser tan maternal.

Ahora mi padre ha muerto y mis gallinas tienen sus nidos.

Y ahora parece que tanto él como yo nos equivocábamos.

POSDATA: El día después de que Holly Watson me llamara para darme la noticia era el día que mi hermano tenía que llegar de Sudáfrica. Venía para encargarse de unos asuntos bancarios y de impuestos. Sin embargo, lo que hicimos fue ir en coche a Idaho para ayudar a identificar un cadáver que la policía decía que podía ser el de nuestro padre. El cuerpo fue encontrado tiroteado, junto al cuerpo de una mujer, en un garaje quemado en las montañas a las afueras de Kendrick (Idaho). Corría el verano de 1999. El verano en que se estrenó la película *El club de la lucha*. Fuimos a la casa de mi padre en las montañas de Spokane para buscar unas radiografías que mostraran las dos vértebras soldadas en la espalda de mi padre después de que un accidente de tren lo dejara inválido.

La casa de mi padre en las montañas era hermosa, cientos de acres repletos de pavos salvajes y alces y ciervos. En la carretera que llevaba a la casa había un cartel

nuevo. Estaba al lado de una roca enorme colocada junto a la carretera. Decía «Roca de Kismet». No teníamos ni idea de qué significaba aquel cartel.

Antes de que mi hermano y yo pudiéramos encontrar las radiografías, la policía llamó para decir que el cadáver era de mi padre. Habían usado las fichas dentales que les habíamos enviado.

En el juicio del hombre que lo había asesinado, Dale Shackleford, salió a la luz que mi padre había contestado un anuncio clasificado puesto por una mujer cuyo ex marido había amenazado con matarla a ella y a cualquier hombre al que encontrara con ella. El epígrafe del anuncio clasificado era «Kismet». Mi padre fue uno de los cinco hombres que respondieron. Y fue el que la mujer eligió.

De acuerdo con los agentes del condado de Latah, Shackleford aseguró que yo lo estaba acosando y enviándole copias de la película *El club de la lucha.* Aquello fue en enero de 2000, cuando las únicas copias existentes eran las copias para los miembros del jurado de los Oscar.

La mujer muerta cuyo cuerpo fue encontrado junto a mi padre era la mujer que había puesto el anuncio, Donna Fontaine. Estaban solamente en su segunda o tercera cita. Ella y mi padre habían ido a casa de Donna para dar de comer a los animales antes de ir a casa de mi padre, donde él iba a darle una sorpresa con el cartel de «Roca de Kismet». Una especie de hito que tomaba el nombre de su reciente relación.

Su ex marido la estaba esperando y los siguió con el coche hasta la entrada de la casa. Según el veredicto del tribunal, los mató y pegó fuego a sus coches en el garaje. Hacía menos de dos meses que se conocían.

Dale Shackleford ha apelado su sentencia de muerte.